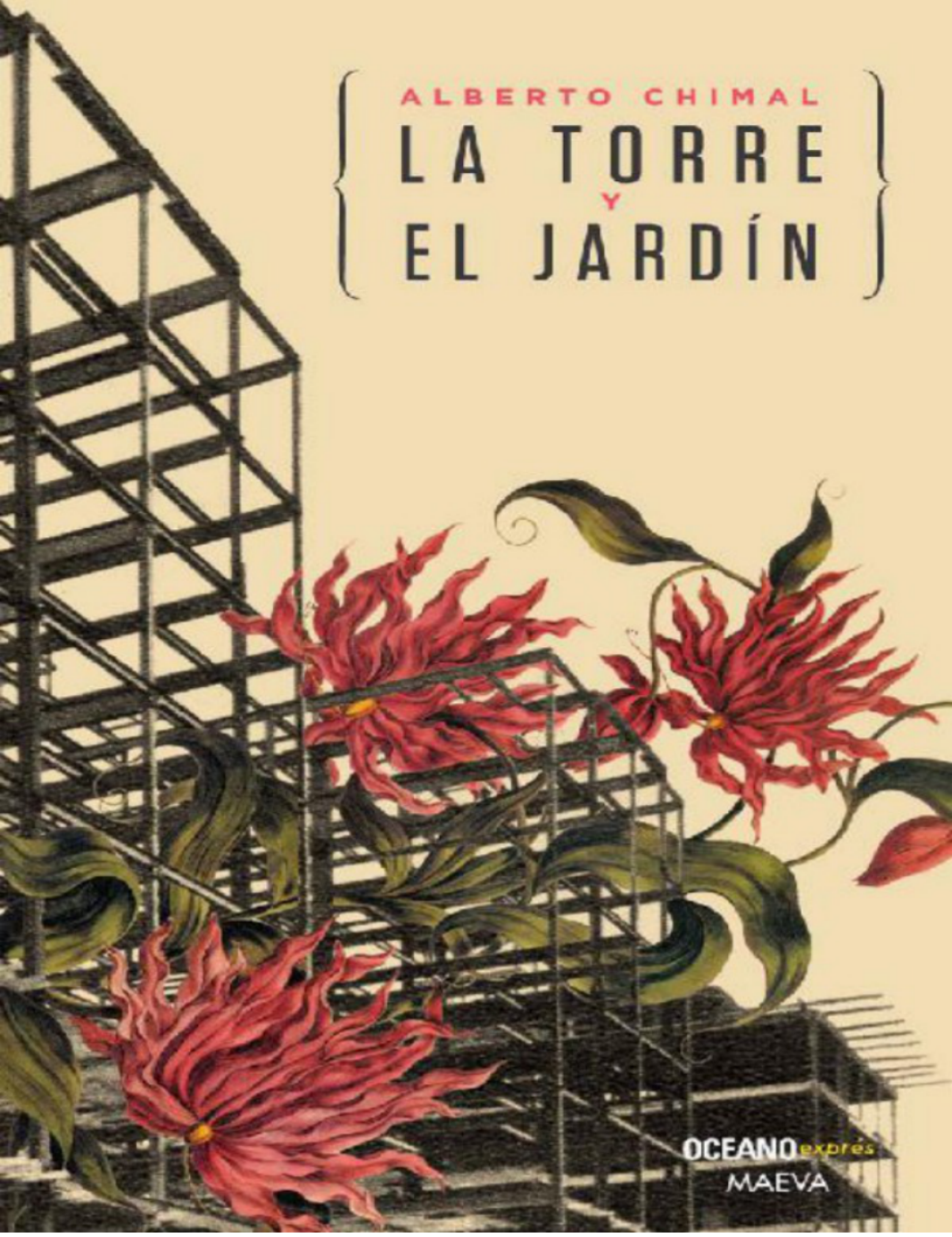
ALBERTO CHIMAL

LA TORRE Y EL JARDÍN



OCEANO exprés
MAEVA

ALBERTO CHIMAL

LA TORRE Y EL JARDÍN

OCEANO exprés

Dedicada,

con admiración y respeto,

a

P. K. D., V. N., P. F. M., M. P., M. L.,
S. B., M. B., M. di G., G. M., A. M.,
el otro A. M., W. E., W. B., C. L. D., J. C.,
G. O., G. S., S. K., S. L., J. L., L. M. P., H. G.
y, en fin, a
D. A. F., M. de S.

[*R. I. P. donde corresponda*]

Da pena, una especie de fúnebre desesperanza, contemplar a una joven olorosa y fresca con un libro entre las manos.

Y *en cambio, ¡qué alegría, qué sensación de infinita potencia, verla tumbada sobre la hierba viendo ayuntar a las bestias!*

FRANCISCO TARIO

Cada hijo tiene su burdel en el corazón.

ARTURO MEZA

…mas el esplendor de la Naturaleza alegra sus días y lejana yace la oscura pregunta de la duda.

FRIEDRICH HÖLDERLIN

LA CRIATURA
(1967)

La puerta se cierra tras ellos.

—Ahí está.

La criatura los mira. Nació aquí. Y aquí ha vivido siempre. No ha conocido jamás lo que hay afuera. No ha visto nunca un prado ni una brizna de hierba.

—¿Ésa es?

No carece de instintos, de recuerdos más allá de la memoria, pero ha crecido en los cuartos sin sol donde fue engendrada: donde han vivido tantos otros.

—Sí.

—¿Segura?

—Yo no veo ninguna más. ¿Usted?

Por consiguiente, si en este momento la llevaran al campo vasto, lleno de lomas y estanques, de plantas y árboles; si tuviera ante sí las montañas altas y nevadas; si se viera en el valle profundo y apretado bajo la luz de la mañana, no sabría qué hacer.

—Pensé que sería más chica.

—No es mala. Dígale algo.

—¿Qué le digo?

—Lo que usted quiera.

Tal vez se quedaría como está ahora: inmóvil, temblorosa…

—Ven acá.

—Háblele con cariño.

Aunque lo más probable es que, en realidad, no esté temblando: que no sienta miedo. Bien puede no percibir siquiera que el cuarto está cerrado con llave, que el aire se estanca, que el cliente se está desnudando y huele a sudor y ya respira pesadamente, como otro animal.

—¿Cómo con cariño?

«La sangre pulsa en los órganos», dice el libro azul, en una página que Isabel ya ha leído. «Se levanta como una ola que no se puede ver y de pronto, sin aviso, se ha apoderado ya del hombre, de los brazos y las piernas y el tronco y el pelo y la cabeza, las tripas y las glándulas, los nervios, los huesos y los músculos, y todo lo ha sometido y vuelto uno, en el deseo y en la urgencia.»

—O no le diga nada —dice Isabel.

—Ven acá —dice el cliente. Ella ha escuchado muchas veces la misma voz áspera, deseosa de sonar fuerte y temible como la de un presidente o un héroe de película. Al mismo tiempo es una voz acongojada: las palabras son blandas, vacilantes, y la última vocal

siempre desafina. A Isabel le parece que quienes hablan así no creen en el poder que quieren representar. Pero nunca lo ha dicho. Ahora sólo dice:

—Eso sí no va a poder.

Pero el hombre vuelve a decir:

—Ven.

Ya está desnudo y con todo listo (como dicen otros cuidadores). Pero Isabel se resiste a mirarlo y en cambio observa, como él, a la criatura, encadenada a la pared por el cuello y las patas delanteras. Isabel se decide: no cree que pueda imaginar lo que va a sucederle.

—Ven —dice el cliente una vez más.

—¿Qué no ve que está amarrada? —empieza Isabel, con disgusto, pero entonces descubre que ella sí está temblando— Las tenemos que amarrar porque… ¡Oiga, además se tiene que esperar a que yo me vaya!

El cliente vacila: parpadea, mira a Isabel, mira de nuevo a la criatura; deja de mirarla; hace de pronto grandes esfuerzos por sumir el vientre; abre y cierra las manos. Isabel ya ha visto, también, los mismos gestos en otros clientes, y comprende que este hombre no esperaba el fallo de su propia voz ni, tampoco, un reproche como el que Isabel acaba de hacerle.

«No esperan la presencia de nadie», dice el libro azul, «en momento tan cercano a la culminación de su fantasía: en ella –en sus diez o doce escenas, borrosas, rápidas, nacidas sin duda en noches largas, en incontables minutos de tedio en excusados y calles y autobuses– no debe haber ningún testigo, como tampoco debe haber defectos en su potestad, ni el recuerdo del dinero que apenas han tenido que pagar en la entrada, ni la conciencia de que su ropa y su cinturón y todas sus otras cosas aguardan tras ellos, en el suelo, en un montón informe, para cuando terminen y deban salir al lugar del que vinieron.»

El hombre toma unas botas de hule, altas y de color naranja, que están a su lado. Se las pone.

—Vete —dice, e Isabel se da cuenta de que está decepcionado: no sabe si continuar o si dar media vuelta y olvidarse de todo. Pero ya está allí, debe pensar. ¿Va a perder su dinero, va a ser un cobarde?

—¡Mi papá es el encargado y se va a enojar conmigo! —se queja Isabel, quien de pronto siente rabia.

—¡Ya vete! —grita el hombre, con una voz mucho más aguda, mientras avanza hasta la criatura que ahora empieza a balar.

—Yo no… —comienza Isabel, mientras el cliente se afana en

atorar las patas traseras de la criatura en las cañas de sus botas, pero la interrumpe una voz, desde fuera del cuarto.

—Isabel —dice.

—¿Ya ve, ya ve? —murmura la niña, furiosa. Se aparta de los otros dos, sale y cierra la puerta tras de sí —Ya salí, papá —dice a otro hombre, vestido con un traje barato, que la mira con dureza.

Dentro, amortiguados por la puerta, los balidos se convierten en un sonido distinto. De este lado el corredor está en silencio.

Su padre no dice nada y echa a andar. Isabel lo sigue.

—¿A dónde vamos? —pregunta, pero cuando se encaminan al elevador entiende que van hacia el último piso; de seguro ya los esperan.

Mientras avanzan, Isabel no habla porque conoce el gesto adusto de su padre: lo vio por primera vez aquella noche, hace tan poco tiempo, cuando lo del niño y el muerto.

LA TORRE
(23:59)

En la esquina de las calles de Nicolás Bravo y Miguel Hidalgo, en el centro de la ciudad de Morosa, hay un edificio. Su aspecto no es deslumbrador: por fuera parece tener siete pisos de altura moderada, y es poco más que una caja de concreto, lisa y sin adornos. La impresión se acentúa porque no hay ventanas antes del quinto o sexto piso y el gris constante bajo esos primeros cristales es una superficie enteramente plana: uniforme.

El negocio que funciona en el edificio no tiene nombre, pero muchas personas (sobre todo, cuando hablan del lugar en secreto, o entre risas nerviosas) lo llaman "El Brincadero".

—Ahí está otra vez. ¿Lo oye?
—Sí, sí, lo oigo.

Este nombre, que es simple y vago al mismo tiempo, no es tan diferente del de otros establecimientos de su mismo giro en la ciudad y fuera de ella.

—¿Qué será?
—No tengo idea. Suena como radio.

En la ciudad se cuenta que el lugar pudo haber sido un restaurante, o tal vez hasta un cabaret, pero hace mucho; otros lo creen un viejo edificio de oficinas o de departamentos, remodelado en algún momento; por último hay quienes creen, o desean creer, que el lugar sigue cerrado y en desuso.

—Pero está hablando de este lugar.

Esta última impresión puede deberse al aspecto sucio y descuidado de su planta baja. La entrada de servicio apenas puede verse, colocada como está en el fondo de un callejón, entre basura y contenedores de metal. La rampa que conduce al estacionamiento subterráneo está obstruida por cadenas y candados que parecen cubiertos de óxido.

—Entonces es algo como música ambiental…
—Sin música.
—Oh, bueno… No sé. ¿No será como lo que ponen a veces en los museos o en las tiendas? ¿Una grabación informativa?
—No tengo idea.

Como no es el único edificio abandonado de la ciudad, los transeúntes pasan, casi siempre, sin mirar, en dirección a alguna de las avenidas cercanas o a la estación del metro, que se encuentra a poca distancia del callejón y más allá de una sastrería, una tienda de abarrotes y otros comercios.

—¿Oiga?
—Sí.
—No se vaya a ofender. ¿Usted es un…? No, no, no, no, no, perdón. Quiero decir, ¿a usted le gusta…?

Algo en la fachada, sin embargo, produce un efecto curioso que atrae a algunas personas, si pasan en el momento correcto del día y a menos de tres pasos de la puerta de entrada, que es una hoja de acero pintada de negro, alta y estrecha, adornada con filigranas doradas pero sucias por años sin cuidados.

—¿Lo que hace aquí la gente? No.
—¿Y entonces? No se ofenda, es sólo…
—¿Qué me dice de usted? ¿Le gusta?
—Ya le dije, yo estoy aquí por otra razón.

Si se cumplen las condiciones ya mencionadas, los paseantes se detienen; se vuelven, y miran la puerta; luego miran para arriba, trepando con los ojos, como si su mirada resbalara en la vasta pared gris y no pudiera mantenerse en ella, y así hasta que llegan al techo, y luego pueden llegar a mirar aún más arriba, aunque ya se haya acabado el edificio y se encuentren más bien contemplando un montón de nubes, trazas de humo de la zona industrial o el simple cielo de Morosa, que es de un azul deslucido y opaco. Algo los atrae, como si las líneas del edificio se prolongaran mucho más de lo que la propia vista sugiere. No pueden detenerse; de pronto, están mirando para arriba.

—Bueno, en todo caso es interesante. Por ejemplo, cuando llegué me pasó precisamente eso*, lo de quedarme viendo para arriba, y acabé en una posición ridícula, así como arqueado…*
—¿Arqueado?
—Sí, como…, así. Mire.
—Acuérdese de que no puedo verlo.
La voz no ha dejado de hablar.

Quienes saben algo del asunto cuentan que don Cruz, el arquitecto, dijo, cuando vio llegar las primeras *cuadrillas* de

construcción: “La voluntad del edificio, es decir, si existieran mapas, representaciones que mostraran la voluntad de los edificios y permitieran comparar, discernir qué empuje tiene éste de acá, qué tan tímido es este otro, cómo se enterca el de más allá y persiste y se empeña en existir…, si todo esto lo tuviéramos, si hubiera esos mapas o representaciones, la voluntad de este edificio que vamos a hacer aquí se vería como una jabalina, recta, enorme, clavada en medio de puros dibujos, es decir, planos: los otros edificios. ¿Me explico? Todo lo demás plano y nada más la jabalina que les digo. Todo lo demás sin volumen, sin empuje, sin nada. Así sería”.

—¡Ah, sí, es cierto…! Bueno, me…, me desarqueo. Con su permiso.

—… Adelante.

Hoy, hacia las ocho de la noche, un hombre flaco y barbudo, de mochila al hombro, apareció caminando por Hidalgo. Pasó sin detenerse bajo los arcos que rodean a la Catedral, cruzó Bravo y, sin que nadie le prestara atención (pues Morosa, como su nombre sugiere, es ciudad de gente hosca y resignada), llegó hasta la puerta.

Miró hacia arriba por un largo rato. Luego respiró profundamente. Luego tocó tres veces, despacio, y dos más tan rápido como le fue posible, y al fin apoyó la palma de la mano en el metal, para atenuar su vibración.

—Ah, caray.

—¿Qué?

—¿Oyó eso? ¡Es la…, cómo se llama, la clave secreta! —murmura uno de los dos encerrados; su nombre es Francisco Molinar y es corpulento y lampiño.

—¿Cómo dice?

—La clave para entrar.

El hombre esperó.

Junto a él pasó un muchacho, corriendo hacia la estación del metro.

El hombre siguió esperando.

Luego pasó una familia: un padre, una madre y una niña, y la niña formuló una pregunta, pero la madre, en vez de responder, la pellizcó hasta hacerla gritar.

—Sí, ¿verdad? —responde el otro encerrado, cuyo nombre completo es Horacio Kustos y, salvo la breve pausa para

arquearse y erguirse nuevamente, no ha dejado lo que está haciendo.

El hombre siguió esperando y, mientras esperaba, observó que hay una placa de metal en la parte inferior de la puerta, a tan escasa altura que es difícil notarla. Se agachó para leer

y no se levantó de inmediato.

—Qué raro sonó eso.
—¿Qué cosa?
—Oiga, pero además, ¿ya se dio cuenta, Horacio?
—¿De qué?
—Usted es ese hombre, ¿no? El que estaba espere y espere.
—¿Yo?
—¿No? ¿No le parece?

De pronto, le parecía encontrarse en un momento crucial, el último de quietud que tendría en mucho tiempo, y sin hablar, sin moverse, dejó que las puntas de los dedos de su mano izquierda sintieran la aspereza del cemento; cerró los ojos y procuró escuchar los gritos de la niña que se alejaba, cada vez más tenues entre sus pasos y los de sus padres y tantos otros, a diversas distancias; se

concentró, por un momento, en el peso, el olor, la textura y hasta las humedades casuales de su propia ropa, que eran las de muchos otros días, en muchos lugares; también escuchó las músicas, átonas, pulsantes, como latidos de muchos corazones, que venían de tiendas y de puestos callejeros, entre voces chillonas de hombres y mujeres que anunciaban ofertas en farmacias, cuáles eran los hechos terribles del día, o dónde estaban los discos y las películas de moda en copias baratísimas.

Separó de las voces los motores discretos o rugientes de los automóviles; percibió, junto con el sonido o por debajo del sonido, el aroma preciso del aire seco, salpicado de emanaciones, en una brisa tenuísima que parecía venir de alguna calle lejana a chocar y revolverse y morir contra la fachada…

—Pero mire, sí es cierto… Sí, claro, suena como si fuera yo.

—¿Hace usted eso? ¿Por qué hace eso?

—Un momento…, es que esto no se deja…

—¿Qué está haciendo?

—Sigo tratando de abrir un agujero. Ah, y de lo que usted pregunta… Siempre lo hago. Es que siempre me siento igual cuando voy a empezar un nuevo trabajo. Supongo que le ha de pasar a los arqueólogos. Aunque a ellos, claro, les pasa en ruinas y excavaciones, y a mí en lugares más raros, en calles, en casas…

Entonces, sin que el primer hombre se diera cuenta, otro salió de la estación del metro, subiendo por la escalera que se hundía en el subsuelo de la calle de Bravo, y luego caminó a paso ligero frente a los abarrotes y los sastres, frente al callejón, hacia la puerta.

(Éste se había detenido ante una juguetería casi en la esquina con Hidalgo y se había quedado mirando, por un rato, las figuras de plástico exhibidas en un aparador: animales azules, verdes, anaranjados, vestidos con ropas humanas y de caras grandes y alegres.)

Al llegar hasta la puerta, el segundo hombre se quedó mirando al primero, intrigado hasta el punto de que tardó en oír.

—No es cierto —dice Molinar.

—¿Qué?

—Ése soy yo.

—¿Usted?

Pero pronto, sin que ninguno tuviese tiempo de cambiar de posición, ambos advirtieron cómo desde dentro, desde muy dentro, llegaba hasta ellos un rumor de otras voces y de cantos.

—A ver si ahora —responde Molinar— habla de lo que se oía entonces…

No provenía, y esto lo supieron los dos hombres, de gargantas humanas: parecía el fantasma de una selva, y en verdad –así lo pensaron los dos, sin ponerse de acuerdo– se hubiera dicho que de una selva del pasado *remoto*, que la memoria no puede evocar ni en los mismos sueños, de no ser por los otros sonidos: voces de mando, de abrir y cerrar de puertas, gemidos de dolor y placer.

—¿Qué le parece? —dice Kustos.

—¿Qué me parece? Qué me ha de parecer, rarísimo.

—También es un poco…

—¿Quién será? —pregunta Molinar.

—Espere. Una cosa. ¿Donde está usted hay bocinas o algo así? Acá no hay.

—Déjeme ver…

Kustos escucha que Molinar se yergue. Lo oye alejarse de la pared, detenerse. Luego lo oye volver. Sus pasos son lentos, pesados.

—No, no creo —lo oye decir—. Al menos no veo nada parecido… Digo, a lo mejor muy escondida, en el suelo…

—Hay que reconocer que esto está bastante bueno —dice Kustos.

—¿Bueno?¿Qué cosa?

—Lo de la voz. ¿Le conté exactamente a qué me dedico? Soy investigador…

—¿Periodista?

El recuerdo de aquellos sonidos, el de su primer momento ante la torre, se quedaría con los dos hombres durante mucho tiempo.

—No exactamente.

—¿Está haciendo un reportaje sobre el negocio? ¿Como los que sacan ahora?

—¿Cuáles?

—Estos que están de moda: porno, pederastia, prostitución infantil… A mí me gustan. Es decir, no esas cosas: me gustan los reportajes…

—No —responde Kustos.

Ambos, entonces, hicieron una pausa.

—Hace rato, usted sólo se paró hasta que abrieron, me acuerdo —dice Molinar.

—Es que puedo ser muy obsesivo —responde Kustos, mientras vuelve a golpear la pared.

La puerta se abrió y una voz de mujer, alta y cordial, con fuerte acento, les dijo: "Buenas noches, bienvenidos, pasen por aquí".

—En todo caso, qué raro —Molinar levanta las manos, y las mueve, pero no sabe a dónde señalar y su gesto termina en nada—. Eso. La voz. ¿No cree?

—Pues sí…, pero mire, si yo le contara de algunas de las cosas que me ha tocado encontrar…

—¿Como qué cosas?

—Uy, si le contara…

EL ELEFANTE: el vestíbulo de la torre, discreto pero notablemente mejor amueblado que los de otros negocios semejantes, se divide a poca distancia de la entrada en dos corredores paralelos, muy separados entre sí, que avanzan varios metros y vuelven a juntarse ante las puertas de escaleras y elevadores, donde aguardan los ayudantes y los guías. La mayor parte de la gente pasa sin prestar atención al espacio entre los dos corredores, que vendría a ser un cuarto de apreciable tamaño pero sin entradas visibles. Pocos saben que en ese cuarto habita el elefante.

Se puede entrar sólo por un piso superior muy escondido y tan discreto que no tiene nombre. Hay que entrar en silencio y descender con cuidado la estrecha escalera de caracol: la regla de la casa dicta que las luces nunca se encenderán cuando pase un cliente, y por ende todos tardan un poco en percibir la presencia del animal, grande y pesada, plácida –pero no mansa, nunca mansa– en el centro del cuarto.

—¿Algo como esto?

Ahora bien, el visitante siempre sabe lo que quiere; si no, no se le deja entrar. Y si lo que quiere se encuentra ahí, sobre esa piel arrugada, recia, fétida a pesar de numerosos lavados, debe desnudarse rápido: esta otra forma del amor existe y basta murmurar unas palabras de afecto mientras se da un paso hacia

delante, hacia el calor de la mole tremenda.

Entonces viene la primera etapa del juego, pues nunca se sabe con qué parte de su cuerpo recibe a las visitas: si con el costado, amplio como un mapa de tierras incógnitas, o con la trompa, que en el cuento es una serpiente y confunde con su ligereza y su artería; si con los colmillos, que en el ataque son puntas de lanza pero en reposo tienen dureza más amable, o con el trasero, que no es el de un ser humano pero se deja explorar de maneras semejantes.

> *—Si es que uno quiere tocarla, claro —comenta Kustos, mientras deja de golpear, se pone de pie y decide que necesita una mejor herramienta que la pata de la silla—; si quiere sentir la sabiduría del animal.*
>
> *—¿La qué?*
>
> *—La sabiduría. No es doble sentido.*
>
> *—¿Doble sentido?¿Qué sería doble sentido? Ah, ya entendí…*
>
> *—Un poco vulgar. Pero… es cierto. Lo de la sabiduría: el elefante es sabio, aunque no como piensa casi todo el mundo. Una vez estaba yo en Uttar Pradesh, en la India, ¿la conoce?*
>
> *—¿Me ve cara de que viajo a la India?*
>
> *—De hecho no le veo la cara. Ni nada. ¿Se acuerda?*

El animal está educado: si no basta el entrenamiento de sus domadores, se le puede drogar y encadenar a soportes ocultos. Pero esto se cuenta en otros corredores, más remotos; en depósitos de saberes oscuros; en callejones y plazas donde se puede hablar sin que nadie escuche; en rincones que apestan a excremento, a sangre o a polvo: hay quienes, simplemente, no logran conmover al elefante, que los ignora hasta que la oscuridad se vuelve intolerable por hueca o terrible, y también hay (dicen) quienes han muerto aplastados por un momento de enojo o de otra pasión más distante de la humana.

> *—Yo nunca había oído algo así.*

Pero los que saben admiten esto: hay que tomar lo que esté enfrente y aceptar lo que venga, los toques en lo oscuro, la fuerza contenida en la carne inmensa. Hay que imaginar la totalidad de la bestia a partir de lo que da a nuestro tacto, a las partes recónditas.

Cuando alguien se queda aquí, siempre termina por escucharse un sonido muy dulce; no es exactamente el barritar que tantos han oído, y no tiene un nombre. Es el signo de la pasión de los elefantes.

Todos en la torre lo conocen.

—Creo que yo pasé por ese cuarto pero no entré —reconoce Kustos—. No cuando usted y yo llegamos, claro, sino después, cuando me desaparecí.

Está junto al hacha decorativa que cuelga de una las paredes. Se queda escuchando por unos segundos. Luego asiente, para nadie. Sólo escucha su propia respiración y un ruido remoto, indescifrable. Podría ser de tuberías o de cables eléctricos.

—Oiga, ¿ya paró? La voz. ¿La oye usted?

—¿Que si ya paró? Creo que sí. Hace rato —dice Kustos, mientras toma el hacha por el mango e intenta arrancarla.

—Oiga, Horacio, ¿será verdad todo eso? ¿Lo del elefante?

—Le digo que al menos lo de la sabiduría sí lo es. Me ha tocado verlo. Lo del ruido especial, por ejemplo, eso sí no sé —el hacha no cede; Kustos empieza a tirar con más fuerza—. Claro, aquí se cuentan muchísimas historias… Hasta son famosas.

—¿Famosas?

—Las historias, es decir —Kustos nota que el mango del hacha, puesto sobre dos alcayatas, está atado a cada una de ellas por un par de vueltas de alambre grueso y oxidado—, no en el sentido de que la gente venga hasta acá por ellas. Usted sabe…

—Sí, la gente no va a los burdeles a que le cuenten cuentos.

—Bueno… —empieza Kustos, pero no termina. Los alambres están muy apretados.

Como es sabido, a un buen burdel no se acude jamás para tener un coito, porque un coito puede lograrse en cualquier sitio, deprisa, simplemente con un poco de cautela o de abandono. No hace falta mayor esfuerzo ni cabe esperar mayor recompensa.

—Oiga —dice Molinar—, ¿esta voz no será de veras una grabación explicativa, como la de los museos?

Por el contrario, en las casas que merecen nombres, descripciones y leyendas prolongadas se comercia con fantasías. Se vende tiempo: horas y minutos, en escenarios donde los visitantes se vuelven protagonistas de las historias que jamás vivieron. Sus historias son innumerables, porque cada una posee detalles

infinitamente variables para los sentidos y la percepción, pero también son todas semejantes, hechas de los mismos materiales, con parecidos comienzos y finales. En verdad casi nadie desea algo distinto: la imaginación que se enardece es la del cuerpo que desea, y que al satisfacerse deja de imaginar.

—No creo —dice Kustos, mientras empieza a aflojar uno de los alambres—. Hace rato hablaba de nosotros.

Pero si la perfección siempre es ilusoria, aquí la ilusión tarda más tiempo en revelarse como tal, retirarse de la vista y dejar en su sitio la fealdad y la terquedad y el egoísmo de la carne. Esto es lo que compra el dinero que piden los acomodadores, los que siempre sonríen y siempre asienten. En ningún otro sitio la pasión es más complaciente, el poderío más avasallador, ni más difusa la conciencia de que nada cambia mientras los humores hierven, se derraman. Todos los que trabajan aquí, puertas adentro, aun si no son ellos mismos objetos de voluptuosidad, tienen el mismo fin: domeñar la realidad, mantenerla a raya, someterla por medio de su propia sumisión a esa cosa pequeñísima: la imagen de su propio placer que los clientes son capaces de crear.

—Sí, ¿verdad?

Ahora bien, en este lugar preciso –como en los pocos del mismo giro y la misma pretensión que hay en el mundo– existe una dificultad adicional: las criaturas que procuran el placer no tienen capacidad de raciocinio. Y ésta hace falta para apreciar la relación entre trabajo y paga, para ceder al chantaje, sentir la mezcla de amor y odio que encadena a inferiores y superiores, e insertarse sin ayuda en las precarias fantasías de los clientes. En cambio, se necesita quien conduzca a las criaturas: quien las mantenga en su sitio cuando no deben moverse y las espante con las amenazas más simples para que no hagan daño cuando no se desea.

—A ver —dice Kustos, y con un último tirón, y un gemido, logra arrancar el hacha.

—¿Qué fue eso?

—Ah, nada. ¿Sabe? Creo que en realidad no deberíamos preocuparnos demasiado por esto. Es de esas cosas raras que se encuentra uno, nada más.

Por esto, entre los clientes pobres que cuentan sus monedas y las celebridades con cara de revista; entre los abandonados y las

aburridas, entre los trajeados de ojos turbios y las muchachas casi desnudas que miran sin ver mientras caminan hacia donde ya las esperan, no es raro encontrar por los pasillos de la torre –incluyendo los que están recubiertos de mármol o de cuero, o más ricamente alfombrados– una parvada de pollos que alguien guía con un palo; o un monito bailarín con todo y cilindrero, o la jaula de un oso polar enfurecido, al que cuatro hombres alejan de los barrotes con picanas. Algunos de estos seres son criados aquí mismo; otros son importados de lugares lejanos.

> *Kustos examina el hacha. Descubre que estaba equivocado. A pesar de la colocación descuidada del arma, de las otras que la acompañan y hasta de la armadura de metal renegrido que está de pie junto a ellas, la hoja no es de latón; acaso ninguno de los objetos es realmente de utilería.*

Los clientes observan el manejo de los animales sin quejarse. Todos saben que el material de los encuentros en El Brincadero es volátil y rebelde, se controla con gran dificultad y siempre está amenazado por el azar y el error. Si se dieran tiempo para pensar en el asunto, podrían llegar a la conclusión de que el negocio, además de ser un serrallo y un teatro, también es un circo.

> *—¿Raras? —dice Molinar.*
>
> *—Me refiero a la voz. Y le digo, no la más rara del mundo, pero sí algo bastante… A ver, mire, hágase para atrás.*
>
> *—¿Para atrás? —pregunta Molinar.*
>
> *Apenas tiene tiempo de apartarse de la pared antes de que Kustos, desde el otro lado, dé el primer golpe con el hacha.*
>
> *—¡En un momento estaré con usted! —dice Kustos, mientras vuelve a golpear.*

En El Brincadero se puede hallar a visitantes ocasionales y también a clientes asiduos. He aquí ejemplos:

> *—Oiga, Horacio —dice Molinar al escuchar el tercer golpe.*

Primero: “Hablemos de otra cosa”, dice el actuario Chávez, un hombre delgado y nervioso. No hay noche en que no llegue perfectamente vestido. Le gustan las aves y en especial las muy pequeñas, las que bullen.

> *—¿Qué dice? —pregunta Kustos, y golpea una vez más—. No oigo.*

Segundo: “No, no”, dice, levantando las manos como para cubrirse el rostro, Perla. “No” y sonríe. Exige que sólo se emplee su nombre de pila: es actriz y cantante desde hace más de veinte años, y desde su primera época de éxito ha venido –pese a haber pasado por tres maridos y cuatro hijos en dos continentes– el primer sábado de cada mes. Sólo ha faltado a “su cita”, como la llama, en una o dos ocasiones.

—Horacio —repite Molinar al quinto golpe. Está pensando en una película de horror que vio cuando era adolescente.

Tercero: El hombre a quien todos llaman Hans es grueso, de hombros anchos, y a la primera oportunidad se quita los abrigos para mostrar que no lleva camisa y que un vello espeso y rubio –como murmuran asistentes y afanadoras– lo cubre entero desde la barbilla. Lleva un bigote del mismo color y una melena espesa y larga hasta la cintura. Le gustan los perros amarillos. Nunca dice nada más que unas pocas palabras en lengua extranjera.

—¿Francisco? —dice Kustos, quien sigue golpeando la pared.

Cuarto: “Mi mamá no sabe”, se defiende Sabrina, quien viene sola siempre. Ella, como la mayoría, tampoco revela cómo aprendió la clave para entrar en el edificio, que en sí misma es asunto de toda suerte de intrigas y comercios.

—¡Francisco! ¿Sigue ahí?

Kustos deja de golpear y pone el hacha en el suelo.

—¿Qué dijo? —pregunta.

—¿No deberíamos esperar a que vengan por nosotros? —pregunta Molinar, quien siente la pared en su espalda y de pronto percibe con mucha claridad el tamaño de su vientre, que es mucho más grande de lo que quisiera creer y, por lo mismo, está mucho más cerca de la pared que Kustos intenta perforar.

—No sé usted, pero yo ya me cansé de esperar —dice Kustos, y toma de nuevo el hacha. De su lado ya se ve un pequeño agujero. La pared es un poco más fuerte de lo que esperaba pero traspasarla no va a ser imposible.

—Bueno —dice Molinar—, si le cobran la pared, yo no respondo —y a Kustos le parece que la voz del hombre tiembla un poco.

Levanta el hacha pero, pensando en el temblor de la voz, se detiene antes de dar el siguiente golpe.

—¿Sabe usted por qué le dicen "Brincadero"? —dice— Al lugar. A este lugar. Creo que la voz lo dijo, hace rato.

—Claro —dice Molinar—. Le dicen así porque la gente viene a "brincar" sobre los animales para tener sexo con ellos. ¿No sabía?

Las noches son largas en el Brincadero.

—No, sí sabía, pensé que… —dice Kustos, y da un nuevo golpe con el hacha.

Molinar da un gritito agudo y enrojece inmediatamente.

Los clientes pueden provenir de la propia Morosa o de otra ciudad del país; pueden ser visitantes extranjeros: algunos habituales provienen de Europa o de Asia, y arriban en vuelos privados directamente al aeropuerto de la ciudad. Todos son discretos y llegan sin que se note, a escondidas. Algunos se ponen sombreros o pesados abrigos y otros se refugian en autos con vidrios opacos, o entre guardaespaldas. Quienes no desean pasar al estacionamiento ni entrar por la puerta principal utilizan alguno de los otros, numerosos accesos: la sastrería, la tienda de abarrotes y otros comercios que colindan con la torre son, también, entradas ocultas, y hay otra más que conecta los subterráneos de la estación del metro con uno de los sótanos.

Pese a tanto sigilo, sin embargo, los clientes son numerosos y no dejan de aparecer una vez que dan las doce y se abre el negocio.

Kustos recuerda una película de horror que vio hace muchos años y siente ganas de decir algo a propósito de la reacción de Molinar. Sin embargo, se contiene. Le llama la atención que Molinar sepa del nombre "El Brincadero".

—Es una idea rara, ¿no? —dice, para tantear— Lo del nombre —y da otro golpe con el hacha.

Algunos solicitan directamente el servicio que les interesa, lo obtienen y se van de prisa; otros pasan un rato observando los catálogos en el vestíbulo, y otros más piden varios servicios, uno tras otro, y no abandonan el lugar sino hasta cuando cierra, y amanece y el tráfico normal de Morosa puede enmascarar a un grupo o dos a pie, o en coche, desvelados y con el rostro contraído y la mirada esquiva.

—Bueno —responde Molinar—, yo como la oí de chico…

Kustos, quien está inclinado y a punto de levantar el hacha, la deja como está, clavada en la pared.

Muchos de los clientes, como es costumbre en las empresas de este tipo, son fieros defensores de la virtud y el decoro en las horas de la vigilia. Como también es costumbre, cuando se hallan aquí se saludan con cierto embarazo, graves como no lo son en ningún otro sitio, o bien se ignoran: miran el techo cuando pasa el otro, o sus manos, o las páginas de los catálogos, que son gruesas carpetas en las que sólo unas pocas descripciones aparecen ilustradas pero, de todos modos, parecen salidas de una enciclopedia especializada o un libro de zoología.

—¿De chico?

—Yo soy de aquí de Morosa —contesta Molinar—. Y no se habla mucho de estas cosas, ya sabe, pero siempre se saben detalles… De hecho, el nombre ese hasta sé de dónde viene: según esto, fue idea del dueño…

EL DUEÑO: JOSÉ CONSTANTINO AROCENA SÉVIGNY, casi siempre llamado el viejo Constantino, fundador y primer propietario de El Brincadero. Llegó a Morosa en 1943, en plena guerra mundial. Se le había dicho que ésta era una ciudad pequeña y no muy viva; cuando vio que era verdad, decidió que sería el lugar más útil para sus propósitos. No imaginaba el tamaño que el negocio llegaría a tener.

—Oiga, Francisco, ¿es ése el dueño que decía usted?

—Supongo que sí.

Como empresario se sabía pequeño. Y ya había visto, en la capital, el fracaso de más de una empresa como la que ahora intentaba levantar. Al asentarse aquí pensaba, sobre todo, en clientes de la región, deseosos de olvidar de manera discreta las noticias de la época y las preocupaciones de todos los días; sólo de vez en cuando se atrevía a pensar en clientes de otros lugares, y eran fantasías que le parecían remotísimas. “Más adelante”, se repetía; un negocio mal afianzado no podría expandirse. Y nadie, por supuesto, querría hacer el viaje hasta aquí sólo para entretenerse con lo que otros negocios parecidos ofrecían en ciudades más populosas.

—Sí —agrega Molinar—, es él, seguro.

—¿Se habla mucho de él aquí en la ciudad?

—Algo por el estilo.
—Yo sabía del arquitecto.

Constantino se dedicó primero, durante un par de años, a negocios pequeños, que le permitieron abrirse paso sin que nadie lo creyera un advenedizo. Por acá una flotilla de camiones de carga, por allí una fábrica de gelatinas y otra de lácteos, y todas acompañadas de aportaciones generosas a quienes debían hacerse: la entrega de los favores requeridos, besos en los anillos pertinentes.

—¿Fue el que se mencionó hace rato?
—¿Cuándo? —pregunta Kustos.
—Hace rato.
—No me di cuenta.

Con el tiempo, el viejo –aunque entonces era un hombre todavía joven, no llegado aún a los cuarenta: alto, delgado, pálido, siempre vestido con trajes franceses y zapatos relucientes, de barba negra y abundante– se hizo respetar entre las mejores familias de Morosa: fue invitado constante a las fiestas más exclusivas y se le dio voz y hasta voto en discusiones elevadas. Su apariencia –sus modales perfectos, su talento para los negocios, su inteligencia para saber allegarse a los otros– contaba tanto como su origen, que terminó por saberse, pero era lo suficientemente bueno como para permitirle subir aún más. De haberlo deseado, hubiera podido casarse con una heredera de las mejores familias de Morosa, vivir en mansión vieja y luego heredarla.

—Oiga, Horacio, cambiando de tema, de verdad, ¿no cree que es un poco… inútil lo que está haciendo?
—¿Qué cosa?
—El agujero.
—¿Por qué?
—Supongo que la puerta de su lado está con llave…
—Sí. La probé al entrar.
—Mi puerta debe ser igual a la suya…
—Ya casi va a estar —dice Kustos, y levanta otra vez el hacha.

Pero el viejo Constantino, como se vio luego, no deseaba colarse a las salas recónditas de aquellos notables, entrar en sus dormitorios, participar de sus fiestas secretas y sus álbumes silenciosos, sino empezar, sin obstáculos, el único proyecto que le

interesaba.

—Oiga, Horacio…

Con el siguiente golpe la hoja atraviesa entera la pared. Molinar grita.

Hasta los primeros días de la construcción, cuando ya había gastado cuanto se proponía en sobornos y regalos; cuando ya se había ganado a todas las personas que contaban, cuando sólo faltaba presentar a algunas de ellas, las adecuadas, una o dos muestras de lo que habría en el edificio aun entonces se esmeraba en mostrarse viril y fuerte con los hombres, galante y a la vez lejano con las mujeres, perfecto en cuanto se esperaba de él, pero sobre todo en ocultar la repugnancia que le producían, por igual, los hombres y las mujeres, su contacto, sus voces, sus aromas, los colores de la piel y los cabellos.

Kustos se asoma por el agujero y mira a Molinar. Éste sólo puede verle un ojo y la nariz. Kustos aparta el ojo y acerca la boca al hueco, de modo que ahora Molinar sólo puede ver los labios que le dicen:

—¿Por qué se espanta?

Molinar se ríe, nervioso.

Pero entonces, si la noche lo alcanzaba en Morosa, pedía que le llevaran su automóvil –siempre lo conducía él mismo– y se retiraba de las cinco o seis cuadras del centro de la ciudad, por las avenidas aún estorbadas de árboles y espacios inútiles, hasta la carretera y la pequeña finca que había comprado en las afueras. Y se aflojaba la corbata antes de parar la máquina, y se quitaba el cinturón mientras caminaba hacia la puerta. Y cuando cerraba tras de sí, los sirvientes corrían a sus propios cuartos, y apagaban las luces, y él llamaba jugando, con voces que no deseaban ser humanas, y le llegaba la respuesta desde la jaula de acero, pesada, tremenda, en el centro de su dormitorio.

—¿Francisco? —dice la boca.

—Perdón, estaba oyendo… Esa parte no la sabía, lo de que este señor era… Y sobre su pregunta, ¿usted no se espantaría? ¿Un tipo con un hacha que quiere…?

—Bueno, no exagere —dice la boca de Kustos—. No voy a…

—Y le digo que la puerta de acá es igual —lo interrumpe

Molinar—. La señora Isabel me dijo: iba a tener que cerrar…

LOS PELÍCANOS. Como otras aves, los pelícanos se emplean para las tareas más simples –las inserciones y los frotamientos–, pero también para otras acciones y fantasías. Una de las más solicitadas tiene que ver, al contrario de tantas otras cosas en el negocio, con la tradición.

—¿Isabel, dijo?

"Sí", diría doña Bertha, una de las encargadas de cuidar a las criaturas, "porque según dice la leyenda, los pelícanos se picotean ellos solos aquí, en la pechuga, para alimentar con eso a sus hijos, pero eso no es cierto: no hay ningún pelícano que haga eso. Pero los que creen en esto también aseguran que los pelícanos son como Jesús, porque se sacrifican por sus hijos, como Dios, y entonces vienen acá con picahielos y taladros y quién sabe qué más traen y juegan a que son como…, ¡qué voy a saber qué, quién sabe qué traen en la cabeza!"

—¿La conoce? —prosigue Kustos— ¿A la señora…?

—Claro que la conozco. Ella fue la que me invitó.

—¡Qué mal! —dice Kustos, y se aparta y un momento más tarde está golpeando la pared una vez más— ¡Yo por eso ni lo esperé! Tenía la impresión de que usted era más bien un cliente, y no que estaba de invitado de la señora. De haber sabido…

—Ya deje de estar golpeando.

—Seguramente usted pensó lo mismo cuando me fui. ¿No? Cuando me desaparecí y los dejé a usted y a la muchacha, ¿se acuerda?

Las jaulas de los pelícanos se encuentran en el piso Vivo Sin Vivir En Mí.

—Horacio…

—Es que de haber sabido —responde Kustos, sin dejar de golpear—… Me dice que ha estado aquí todo el tiempo desde que entramos, ¿no?

—Sí. ¡Pero ya! ¡Basta! ¡Deténgase!

LAS GALLINAS son como madres forzadas a la indignidad y la desdicha: al menos, así las juzgan los clientes, que gustan imaginarlas confiadas, pacientes, empeñosas en su infame labor.

Kustos se detiene.
Su boca vuelve a asomar por el agujero:
—Cálmese.

"Cuando las dejan solas", dice Manuel, un empleado de limpieza, "se quedan soñando. Yo así siento que se quedan. Cuando las dejan solas y ya no les duele tanto, ¿sí?, yo siento que sueñan con sus hijos. Yo las veo contentas y digo pues sí, han de sentir que los han salvado, ¿sí?, o sea, de tener que pasar por la humillación, porque yo siempre les digo así, yo les digo siempre: Juanita, Genoveva, Sinforosa, todas tienen nombre, aquella es Espirulina, pero les digo: piensa que haces esto por tus hijos."

—¿Cómo "cálmese"?

"Lo malo es que todas se hacen viejas bien rápido y cuando las empiezan a evitar pues ya no hay más remedio. Siempre llega el día que las tengo que llevar a la cocina, y entonces quién sabe, porque a lo mejor los animales no entienden, pero ¿qué tal si sí, qué tal que cuando las tengo que llevar a la cocina ven a todos sus parientes, y se dan cuentan de que les dije puras mentiras?"

—Mire, si se hubiera ido conmigo…
—A mí me van a llevar a una visita guiada. Una especie de paseo. Nada más que hay que esperar a que sea más tarde. Porque no soy cliente. La chica que nos abrió me trajo aquí para esperar.

Las gallinas están alojadas en el corral del piso Abril Es El Mes Más Cruel.

—A mí me dijeron lo mismo. Mire, ¿sabe qué? Lamento mucho tener que decírselo, pero no hay nada que ver. Yo ya vi todo: ya estuve en todos los pisos…
—¿En todos?
—Bueno…, no estoy seguro. Pero mire, en el fondo este lugar es como cualquier otro de su tipo. No sé si usted conoce otro, claro. Pero es que ni siquiera un sitio que tienen en el último piso, que se supone que es muy secreto y exclusivo…
—¿Ya estuvo en el jardín? —pregunta Molinar, asombrado.
La boca de Kustos deja de verse. Después de un momento, su ojo y su nariz aparecen nuevamente por el agujero. El ojo se mueve hacia un lado y hacia otro hasta que encuentra a

Molinar.

—¿Usted sabe del jardín?

—De hecho a eso vine –dice Molinar—. A verlo. Según me decían era muy secreto.

Kustos se aparta de la pared y se incorpora. Ahora es él quien va hasta la pared opuesta: llega casi de un solo salto y la golpea con la espalda, como la víctima que se descubre como tal en una película de horror.

—¿Y cómo supo? —dice.

—¿Cómo supe qué?

—¿Quién es usted? —dice Kustos. Nota que tiene el hacha entre las manos y piensa en dejarla en el suelo pero no lo hace. Es un hombre flaco y fuerte a la vez pero está cansado. Peor todavía, sigue un poco aturdido, tembloroso. Además del dolor de los golpes, las horas de su recorrido por el edificio le pesan aún; le parece que algo semejante al recuerdo, un eco de todo lo que vio, persiste en su cuerpo entero: suena como ruedas, engranes chirriantes, vidrio que se rompe— ¿Quién es usted? ¿Lo pusieron ellos en la celda?

—¿Celda? —responde Molinar— ¿Cuál celda?

Mira a su alrededor. El cuarto es largo y angosto, tal vez de seis por tres metros, y tiene sólo una pequeña ventana, casi tocando el techo, provista de un vidrio pero también de cuatro barrotes verticales de metal, muy gruesos y muy juntos. Además, las paredes tienen un acabado muy convincente de moho y mugre sobre cemento que se extiende incluso, para disimularla, sobre la puerta del baño. Además, en lugar de cama, hay una amplia estructura vertical de madera, provista de argollas y cadenas.

Todo es teatro, escenografía, como la que hay en otros sitios que Molinar ha visto e incluso visitado.

—Y ya le dije: mi nombre es Francisco Molinar y soy doctor. De hecho soy proctólogo.

El cuarto que Kustos ocupa, y cuya puerta es tan pesada y tan sólida, tiene las paredes cubiertas de espuma pintada: si no se mira bien realmente parece roca vieja y húmeda. Hay manchas, aquí y allá, de falsa sangre seca. La armadura está en una esquina, y sobre la pared, junto al sitio que ocupaba el hacha, hay una lanza, y también un exhibidor de instrumentos de tortura junto al que se encuentra la cama. Ésta tiene cuatro postes altos en sus vértices; en los postes hay argollas para asegurar –probablemente– cuerdas o cintas de cuero.

—¿Cómo sabe usted del jardín? —vuelve a preguntar Kustos —¿Es de la gente de Barba?

—¿Quién es Barba?

—¿Olaf?

—¿Quién?

—No, no, usted no es Olaf: usted es más grueso, ¿verdad? Y habla más o menos bien… Pero si es de los de Barba no hay problema, ¿eh? No voy a ir a meterme en sus cosas otra vez. Sólo quiero salir.

—¡Yo llegué con usted! —se queja Molinar.

—Debería ver —dice Kustos— la de problemas en que se meten algunas organizaciones secretas al hacer sus intrigas. Cualquiera diría que están locos.

Molinar busca en sus bolsillos hasta encontrar su teléfono celular, lo saca, lo enciende.

—¿Me oyó? Le dije que…

—Lo oí —responde Molinar—. Mire, no sé qué quiere usted, pero estese tranquilo y en cualquier rato vendrán por nosotros. A usted lo dejan salir y yo…

—Si de verdad viene a ver el jardín y no lo conoce todavía, le repito, realmente no tiene caso que espere.

Molinar mira la pantalla de su teléfono. Sigue sin haber señal: es imposible hacer o recibir llamadas.

El visitante impaciente acostumbra pensar que El Brincadero es un lugar como los otros. Sin embargo, los ejemplos anteriores, que permiten al visitante orientarse en los pisos y corredores y encontrar lo que desea sin dificultades, no son de ningún modo los únicos. Y otros pueden ofrecerle claves, incitaciones, sorpresas que no preveía.

Kustos se aparta un poco de la pared.

Molinar dice:

—Mire, Horacio…

LAS NUTRIAS viven en el piso Y SE VAN LLORANDO, LLORANDO, en estanques apropiados, tendidas en el agua, invitadoras. Se les droga para volverlas dóciles sin quitarles la vida. En todo caso, lo que debe verse vivo de ellas es únicamente las manitas y los bigotes.

—Espere, espere, espere, ¿oyó qué dijo, el piso qué? —pregunta Kustos.

Enredadas como aprenden a enredarse, acarician como muchas palmas juntas: palmas suaves y húmedas. No debe pedírseles un beso.

—Un momento, un momento, cállese.
—Usted me acaba de preguntar —se queja Molinar.

GATOS: *a*) El gato blanco, Gaspar, ronronea y lame las mejillas de una clienta. Ágil, se le para en un hombro y lame su oreja. Luego puede volverse más audaz. De bruces en el colchón, la clienta no debe preocuparse por la sensualidad de sus propios movimientos, que puede no ser demasiada luego de muchas horas y muchos años de esfuerzos inútiles.

—Espere, espere. Deje ver si lo dice otra vez.
—¿Qué cosa?
—¡Shhhhh!

b) Los gatos siameses, Dinah (macho) y Cartarón (hembra), copulan con delicadeza y de tal modo que nada, o casi nada, puede verse desde los agujeros que constelan las paredes del cuarto (pues la incógnita es más atrayente que su disipación).

c) El gato abisinio parece flotar en el aire lleno de humo de su cuarto. Las clientas aspiran los efluvios, se marean, dan pasos inseguros sobre el piso invisible, persiguen al gato que siempre está en otra parte, les huye, da vueltas y más vueltas. Hay luces brillantes y móviles y una música pesada, estridente. Al fin ninguna clienta puede tenerse en pie y todas tosen, caen al piso, desmayadas. El gato abisinio se sienta en la cara, el vientre o el trasero de alguna de ellas y se duerme.

—¿Horacio?
—¡Shhhhh!

d) Oralia, gata negra, tiene largas uñas con las que desgarra la piel de quien se atreva a acercársele. También tiene dientes que pueden abrir profundos cortes sin gran esfuerzo: más de un parroquiano ha perdido un ojo, parte de una oreja o de la nariz al buscar sus favores. Siempre hay largas filas afuera de sus aposentos: si se pronuncia la orden adecuada, la gata no desgarra tirantes de cuero ni máscaras de castigo.

—Vamos, vamos, lo dijiste. Yo oí que lo dijiste.
—¿De qué está hablando? ¿A qué se refiere?

e) Svengali es sólo el nombre artístico (y muy trillado) del gato gris. Sentado en el cojín, observa con sus ojos amarillos y el muchacho, que los mira con fijeza, sueña que lo domina esa voluntad del color del sol, y que su propia mano derecha, que desciende por su cuerpo lampiño y lo masturba con movimientos previsibles y frenéticos, lo hace no por su gusto, sino por el de ese imperio ajeno, sordo, inhumano. Ésta es su descripción de la felicidad.

(Todos estos y más en el piso Dadme Mi Arco De Oro Ardiente, que está dividido en numerosos cuartos, decorados de numerosas formas.)

—Horacio…

—Ahí está, ahí está. "Dame mi arco de oro ardiente." ¿Verdad? ¡Dijo eso! ¿No?

—¡¿Qué le pasa?! —responde Molinar.

Pero Kustos apenas nota que el hombre está más asustado que antes, y en cambio deja el hacha sobre la cama, se acerca a la pared perforada y vuelve a poner la boca contra el agujero.

—Francisco, Francisco, escuche. ¿Me da su palabra de honor de que no conoce a estas personas que mencioné? ¿Que no trabaja para ellos? ¿Que no conoce a Barba, o a sus…?

—No tengo ni la más remota idea…

—Dígame que me da su palabra.

—¡Le doy mi palabra! ¡Ya! ¡Se la di, carajo!

Molinar camina hacia su puerta, con la idea de golpearla y llamar la atención de alguien, pero lo detienen las siguientes palabras de Kustos:

—Voy a confiar en usted. No voy a seguir abriendo el agujero por el momento. Me voy a quedar acá. No le voy a hacer nada. No se preocupe. Entiendo que pueda parecerle medio raro, pero le voy a explicar todo, si es que le interesa. Antes necesito solamente que me ayude con un detalle…

Molinar asiente y tarda unos segundos en darse cuenta de que Kustos no puede verlo.

—Sí, claro —dice.

—Muy bien —dice la boca sin cuerpo en la pared—. Gracias. Es usted muy amable. Se trata de esto: cuando venía, ¿le tocó ver cómo están marcados los cuartos de aquí? ¿Le tocó ver si tenían nombres, frases?

—¿Cómo?

KOALAS: mascando sus hojas, subidos en los eucaliptos del piso DE TENER TIEMPO Y MUNDO SUFICIENTES, los koalas pueden parecer criaturas perezosas, indiferentes a todo, o por lo menos incapaces de comprender los fines de los hombres y mujeres que se les acercan, los miran de lejos, los toman por sus cuerpos redondos y amables, se los llevan.

—Así. Como acaba de decir. La voz.

—Los pisos son los que están marcados así. ¿No se fijó?

—No, los cuartos.

—No, cada piso. Es un nombre por piso. La voz dijo "piso".

Sin embargo, algunos que frecuentan a estos animales pero no los toman de inmediato –que primero dedican algún tiempo a observarlos: a quedarse tan inmóviles como ellos en las ramas, a verlos sin tocarlos– juran advertir en ellos una angustia perpetua. La ven en los bordes de sus ojos y en la punta de su nariz; en la rigidez de sus patas delanteras y la tiesura de su lomo cuando se yerguen; en los bordes mordidos de las hojas de eucalipto, que nunca terminan de ser comidas y caen al suelo en trozos, como si provinieran de un otoño a medio hacer. Éstos no son koalas como los de fuera; éstos *saben*, siquiera de forma oscura o fragmentaria, pues se entiesan todavía más cuando los tocan, cuando van a llevárselos, y en especial cuando los clientes se llevan a *otro*.

—¿Dijo piso? No es cierto. ¿Sí dijo eso?

—Claro que sí. ¿Por qué no?

Esto último es visto como un signo de solidaridad o de empatía: la conciencia de un horror compartido. Y quienes afirman haberlo visto se alegran, en general, de ser pocos: de que casi nadie sepa que es posible leer, *interpretar* a estas bestias amables.

—¿Horacio?

—Usted se la ha pasado aquí encerrado todo el tiempo, pero yo he visto, no sé, cientos de letreritos como esos…

—¿Como cuáles?

—Todos con frasecitas así —dice Kustos—. Y el edificio tiene siete pisos.

—A mí la muchacha me dijo eso, que los pisos tenían nombres.

—Mire —dice Kustos—, no es que me parezca imposible ni

nada… Si usted supiera la de cosas que me he encontrado sabría que yo nunca miento…

SE SABE POCO DEL ARQUITECTO JUAN CRUZ de la Piedra. Muy de vez en cuando se le ve en Morosa, pero viaja por todo el mundo y rara vez permanece mucho tiempo en un mismo lugar. Es un anciano delgado pero de enorme panza, de ojos grandes y nariz redonda y chata, con el cabello largo y peinado en una trenza y el cráneo terminado en una punta sutil pero visible. Las manchas de su piel, casi blanca, son de color gris y verde.

—¿Qué cosa?
—Espere, espere, espere, oiga esto que está diciendo… Oigamos.

De estatura mediana, pero siempre encorvado, viste siempre pantalones de franela y suéteres tejidos que no ocultan la debilidad de sus piernas y brazos ni el tamaño de su vientre. No usa zapatos sino pantuflas negras; sus pies son grandes y deformes, como si en otro tiempo hubiese caminado descalzo y en largas jornadas. Sus manos son delgadas, sarmentosas, de uñas renegridas y melladas. Huele a tela vieja con trazas levísimas de orina y de sudor.

Todos le dicen don Cruz a pesar de que su nombre completo se conoce.

—¿Qué es esto?
—Shhh, por favor.

La versión más frecuente es que el viejo Constantino, quien le habría encargado personalmente el diseño y la construcción de la torre, tardó varios años en convencerlo de que lo ayudara en su proyecto. Otros dicen que, por el contrario, ya se conocían, y una de las razones por las que Constantino llegó a Morosa fue precisamente que aquí vivía don Cruz. Otros más sostienen que la idea del edificio fue del arquitecto, quien sólo tuvo que convencer al empresario. Y otros afirman que la jaula de acero en el interior de la casa del viejo Constantino no era sólo para su uso personal, sino también para el de otros amigos, muy selectos y antiguos.

—¿Sabe qué creo? —dice Kustos.
—¿Eh?

El mismo don Cruz, elusivo, nada confirma y nada niega, y en cambio se complace en repetir que la torre, a no dudar, es el mejor

de sus numerosos proyectos, sus “bromas arquitectónicas”.

—Ah, no, no, no, espere. Espere.

“Así son esas bromas”, agrega, “porque en verdad las hago con edificios y casas, con todo lo proverbialmente arquitectónico, lo que es de la disciplina, así es. Tengo un pasillo, por ejemplo, que si usted lo recorre hasta un extremo, se le olvida a dónde iba y llega siempre al mismo piso 13 de otro edificio vestido de verde, es decir usted, no el edificio. Por ejemplo. Y también está la que se llama Escala de Seres Repugnantes, que tiene su raíz mítica, no crea, pero que desde fuera parece un cuarto de hotel…”

—¡Maldito…!

—¿Qué?

—Ese tipo. El tal don Cruz. Si yo le contara… Él me metió en la escala, esa que mencionó. Es un cuarto en el que hay unas literas puestas una encima de otra, pero son muchísimas. Muchisísimas. Y entonces uno puede subir de un piso al siguiente, como si subiera una escalera… Y yo, que estas cosas siempre me interesan, quise subir, porque según don Cruz la cosa estaba dotada de poderes sobrenaturales y con ella se podía alcanzar… Ya sabe…

—No, no sé, ¿alcanzar qué?

—…y es como una broma, ¿me entiende? De pronto se oyó un ruido horrible, y en vez de ver la luz vi miles de insectos horrorosos que comenzaron a bajar desde no sé dónde, y me pasaron por encima, y acabé cubierto de una sustancia viscosa, de un olor… Y él estaba muerto de risa cuando fui a reclamarle.

Molinar hace una mueca.

—¿Es una broma?

—¿Lo que le digo? No, claro que no. Es la verdad.

—Me va a perdonar pero no suena a verdad.

La boca de Kustos se aparta de la pared. Después de un momento lo oye decir:

—Espere un momento, Francisco. Necesito estirar un poco las piernas. Además…, déjeme ver…

LOS ENCARGADOS DE LIMPIAR LOS APARATOS DE TORMENTO de la torre se mueven rápidamente, antes y después de los usuarios: silenciosos, limpian ruedas y junturas, recogen plumas o mechones de pelo o trozos de piel y de carne, barren con todo. Los animales que aún viven son

llevados a los veterinarios; el resto debe ser llevado de prisa a los basureros o el incinerador o (a veces) a las cocinas, porque el asco de un cliente puede ser el gozo de otro.

—¿Qué cosa?

Cuando han pasado por todas las maniobras requeridas, y han descargado los martillos y hecho girar las ruedas y cerrado las espitas de los lanzallamas, los maestros del dolor (así se hacen llamar algunos entre ellos, o bien los tenedores de la pena) levantan la mirada y se encuentran en un piso cualquiera: casi siempre un espacio vasto, dividido por paredes bajas, alumbrado con luces rojas y blancas, que apesta como un mercado o un basurero, y del que todos se van deprisa, con la espalda encorvada, como si ya quisieran estar en otro sitio.

—Un segundo. ¿No tiene usted hambre?
—Sí. ¿Por qué?

Solamente son distintos los aficionados a la *total*, una práctica nueva. Ellos llegan y piden cuantos animales puedan pagar, mientras más mejor, sin importar su tamaño ni su especie, y cuando los tienen a todos delante, amarrados y quietos, los fusilan con rifles o pistolas o metralletas, y luego queman ellos mismos los restos o los disuelven en grandes tanques de ácido. Éstos, al terminar, son los únicos que se marchan con actitud altiva.

—Es que por aquí tengo… Se supone que tengo…

LA MESA DE RECUERDOS es una pequeña tienda situada en la planta baja, cerca de las salidas que dan al callejón junto al edificio. En ella los clientes pueden comprar a los animales que acaban de utilizar si éstos (como ocurre con frecuencia) han muerto durante las manipulaciones, las caricias o los golpes: un equipo de taxidermistas puede tener lista a la criatura en una hora, y las técnicas modernas permiten que los cuerpos se mantengan incorruptos y en buen estado por mucho más tiempo que el que permiten los métodos tradicionales. Los encargados de las ventas han concluido que los clientes se llevan estos trofeos por diversos motivos: hay quienes recogen los restos de una corza pequeñita, puesta como si estuviera dormida, con lágrimas en los ojos, y otros que piden que el puma esté en actitud de atacar, con los dientes de fuera y una pata en alto y con las garras bien visibles, y entonces se acercan, lo toman por la cabeza con ambas manos y abren la boca,

para enseñarle sus propios dientes a la criatura muerta, como en una promesa de más dolores y combates.

—Carajo.

—¿Qué?

—Pensé que tenía comida. Pero se la llevaron estos cabrones… La gente con la que estuve apenas, antes de que me trajeran para acá. Siempre que vengo a este tipo de visitas me traigo raciones, algo simple, nada más por si llega a hacer falta…

Se puede equipar a los animales disecados con toda clase de accesorios, incluyendo conductos lubricados que se abren en el cuerpo, para que no sólo sean *souvenirs*.

Ahora Molinar se acerca a la pared y, con algo de trabajo, se acuclilla.

—Pero sí, se llevaron todo. Tendrán mucha hambre los muy…

Molinar descubre que está perdiendo el equilibrio y opta por arrodillarse. De inmediato las rodillas empiezan a dolerle. Apoya una mano en la pared y no le sirve de nada.

—¿Creerá que me dejaron nada más unos cigarros?

Si la tienda no consigue vender los cuerpos, un camión de basura los recoge cada mañana, poco después de las siete, en los depósitos del primer nivel subterráneo, en un espacio contiguo a los estacionamientos.

—¿Cigarros? —dice Molinar, y se para, y vuelve a arrodillarse—. ¿Tiene? ¿Por qué no me había dicho?

—Porque no sabía —responde Kustos, quien observa que la cajetilla, además de abierta, está un poco aplastada. Dos cigarrillos están rotos e inservibles. Pero quedan otros—. ¿Quiere?

—Sí, sí, por favor —responde Molinar, quien lleva muchas horas sin fumar y ahora siente que saliva—. Soy un adicto perdido…

Kustos se asoma por el agujero. Primero un ojo, luego la boca.

—No va a caber por aquí. Es decir, no va a caber bien. Tendría que poder pasar la mano…

—Agrándelo. ¿No estaba en eso hace rato?

—¿No hay problema?

—¡Por favor!

Kustos va por el hacha y vuelve.

—Quítese —dice.

—Rápido.

Kustos da un golpe en la pared y Molinar se aparta un poco, pero sin ponerse de pie. Kustos da otro golpe…

—¡Rápido!

—¡Calma! —otro golpe.

—¿No tiene encendedor…? Ah, no, yo traigo —está junto al teléfono celular, en el bolsillo de su saco; Molinar lo toma y lo prueba. La llama se enciende—. ¿Ya?

—¡Ya voy!

Otro golpe, y Molinar escucha que Kustos deja caer el hacha. Efectivamente el agujero es ahora más grande. Molinar piensa que cuando entraba al edificio con la muchacha, no quiso detenerse en una pequeña tabaquería a un lado de la entrada, cerca de la puerta de lo que (si hay que creerle a la voz) era el cuarto del elefante.

—Déjeme quitarme los guantes —dice Kustos.

—¿Guantes? —dice Molinar, pero el otro ya está pasando la cajetilla por el agujero hasta la celda de Molinar. Éste la toma: la marca es de las que menos le gustan, pero de todas formas saca un cigarro, lo enciende y le da una larga fumada.

Ahora dos ojos, grandes y negros, miran desde el agujero.

—Me hacía falta —dice Molinar, echando una nube azul espesa por la boca, y da otra chupada larga—. Gracias —agrega, hablando hacia el agujero, y todo el humo cae sobre los dos ojos, que se retiran. Molinar oye toses.

—Perdón —dice Molinar.

Kustos, del otro lado, sigue tosiendo, pero vuelve a meter la mano en el agujero, con la palma abierta.

—No se apure —alcanza a decir—. Mucho gusto.

Molinar estrecha la mano de Kustos, que es mucho más larga y delgada que la suya.

—¿De qué estábamos hablando hace rato? Yo le decía que todo aquello de la escalera se me hacía increíble, y también estaba lo de los pisos…

Afuera se escucha, muy remoto, el rumor de la torre, que debe llevar cerca de una hora abierta y recibiendo a sus clientes altaneros, esquivos o indiferentes, ya con el pensamiento concentrado en lo que ha de venir. Los empleados

avanzan por los corredores con sus diversos encargos, los guías suben y bajan por los elevadores, los meseros llevan comidas y bebidas; un par de sacamaloras (la palabra todavía se usa en Morosa, y sobre todo en la torre) llevan a la entrada, para echarlo, a un cliente cubierto de su propio vómito pero también de sangre ajena y plumas amarillas.

Y la señora Isabel, en otro piso, toma varios papeles que le tiende un empleado y piensa que sus asuntos con los dos hombres en las celdas ya se han retrasado muchísimo.

LA MITAD
DE LA VIDA
(1991)

Isabel, sentada en el sillón junto a la cama, intenta distraerse y abre el libro azul en uno de sus pasajes favoritos. Está muy al comienzo de la segunda parte, entre los detalles de las puertas y la tercera sección sellada, y no tiene título ni explicación alguna pero comienza: “La mitad de la vida está lejos de la paz”.

Cuando va a empezar a leer, sin embargo, la bocina junto a la puerta se enciende:

—Señora Isabel —dice.

Su padre, Emilio, se agita y abre los ojos. Ella cierra el libro y lo pone en la mesa de noche. Luego se inclina sobre él y le da un beso en la frente.

—Vuélvase a dormir —dice.

—No —responde él—. Hay que aprovechar. Ésta es la pura vida. Cuántos años de “don Emilio venga, don Emilio por acá, don Emilio por allá, don Emilio se nos muere la vaca”…

—Ándele, duérmase.

—Qué suerte, qué suerte, que ahora es “doña Isabel”. ¿Ya te vas?

—Cállese, papá —le ordena Isabel, cariñosa—. Nomás voy a contestar.

Se yergue y se pone de pie pero no va hasta el interfono. Se pregunta para qué la querrán y si será necesario cambiar de ropa. Podría ser un accidente; ésta es la hora en la que empiezan a ocurrir. Y el doctor Herrera está de vacaciones y ninguno de sus subordinados puede hacer nada sin él.

No quisiera tener que ponerse una bata: las que tiene aquí dejan ver huellas sutiles de sangre aunque están recién lavadas. Los incidentes de los últimos días han sido peores y más abundantes que de costumbre…

—Señora Isabel —repite la bocina.

—Yo siempre quise ser un mantenido —dice su padre—. ¿Ya te lo había dicho? Se lo decía…

—Papá —dice Isabel—, no hable o en vez de regresar con usted me voy a ir al cine o a ver a dónde. Ya ve que yo sí me voy.

—Hasta al señor Cruz se lo decía —insiste él—. Mejor deme chamba de mantenido, ¿no?, le decía… Ándele, pinche viejo loco…

—Me voy a ir de vacaciones y a ver quién le vacía la bacinica o le lee sus cuentitos —dice Isabel, y sacude la cabeza—. Tan viejo y todavía quiere que le lean.

—¿Qué tiene de malo? —responde su padre, y le sonríe—.

Cuando era niño nunca me leyeron y si me pongo a ver la tele me duermo. Yo a estos programas de ahora no les entiendo nada. A lo mejor resulta que soy intelectual.

Ríe; su risa es húmeda, rugosa, y provoca un par de estallidos breves y débiles.

—El señor Cruz me dijo que un día iba a ser un tipo sabio —pero no continúa: empieza a toser y no puede parar. Isabel vuelve a su lado, lo ayuda a incorporarse en la cama y espera a que cese el ataque. Es uno leve: en un par de minutos su padre está otra vez tendido en el colchón.

Isabel lo besa ahora en la mejilla. Piensa que su padre huele a guardado y a viejo, como si fuera un objeto que se hubiese mantenido bajo llave, olvidado, durante muchos años.

—Señora Isabel —dice la bocina. Ella va por una bata al armario.

—Salgo y regreso.

—Todavía te puedes casar —dice su padre, mirándola—. Te tendrías que casar. Mucha gente te sigue echando el ojo. O siquiera adoptar a un chamaquito. No siempre sale mal eso. Al menos para que luego crezca y te cuide…

—No me diga eso, papá —protesta ella.

Y él quiere continuar pero no lo consigue: su siguiente palabra no alcanza a entenderse porque se diluye en otro ataque de tos, más violento que el de antes.

Isabel va hasta el interfono y dice:

—Voy, estoy ocupada. En un momento bajo —y vuelve con su padre. No hay mucho que pueda hacer. Emilio García era un hombre fuerte, ancho y membrudo; ahora ha perdido tanto peso que la piel, pálida y arrugada, parece colgarle de los huesos. Sus ojeras son más grandes cada día. Lleva dos semanas sin salir del cuarto y sólo se levanta de la cama cuando le cambian sábanas y almohadas. Incluso el cómodo se vuelve más y más difícil de usar.

—Mire para arriba, papá —lo aconseja Isabel, y después de un rato el ataque pasa y puede volver a acostarlo.

—Señora Isabel —dice la bocina, pero ella la ignora: trata de peinar con los dedos el cabello blanco y delgado de Emilio, y cuando no consigue hacerlo trata, por lo menos, de apartarlo de su frente.

—¿Sí te ha funcionado el libro? —le pregunta él—. Para el trabajo. La parte de los nombres.

—Sí, papá.

—Te lo pasé y todo, ¿verdad? Dije lo que tenía que decir…

—Las palabras mágicas, sí, papá. Hace como dos años que las dijo. No me salga ahora con que no se acuerda. Si no está tan mal…

Isabel se pregunta cuál es el recuerdo más remoto que tiene de su padre. Luego de un momento consigue recobrarlo: los dos estaban en este mismo cuarto. Ella era muy pequeña y estaba sentada, desnuda, en una palangana de metal. Su padre la bañaba, con muchos aspavientos y salpicones constantes. Ella se resistía y él, de pronto, sacó de su bolsillo una lagartija pequeña y asustada. Trató de acercarla a la cara de Isabel, con cuidado… Ella no recuerda si la criatura que se retorcía entre los dedos del hombre la asustó o la atrajo.

(Isabel no olvida el olor del metal, el color del jabón, la tibieza del agua, su propia voz mientras ensayaba una palabra. Ya estaba aprendiendo a hablar. Y tampoco olvida los ojos de la lagartija, que eran diminutos pero se le figuraron enormes. Tal vez, piensa Isabel ahora, la criatura intentaba decir que estaba sorprendida, o maravillada…)

—Te digo —dice su padre, cuando ha terminado de toser—. Te digo, no te puedes quedar sola. No es nomás que haya alguien que siga con esto —no levanta las manos, no hace ningún gesto, pero Isabel comprende.

—Sí, papá —responde.

—No me digas “sí, papá”, Chabe.

—No me diga “Chabe”.

—Señora Isabel, disculpe —dice la bocina.

—¡Chabela! —dice su padre en alta voz—. ¡Hazme caso, chingado! —y empieza a toser otra vez, fuerte, violentamente.

Ella se sobresalta y vuelve a inclinarse sobre él. Otra vez lo ayuda a incorporarse, otra vez procura hacer que mire para arriba. Por fin lo abraza hasta que el ataque cesa. Luego hace que se recueste.

—No se agite, papá…

—El chamaco, Isabel.

—¿Qué chamaco?

—Uy, ya ni te acuerdas.

—¿Cuál chamaco?

—El que te tienes que conseguir…

—¡Señora Isabel! —la voz es un murmullo pero quien habla, se nota, desearía poder gritar— Señora, la necesitamos en la enfermería…

—Mire, vamos a hacer una cosa. Va, pues. Acepto. Voy a ver cómo le hago. La familia no se va a acabar conmigo. El tres veces

heroico apellido García va a seguir en el mundo. Pero usted me ayuda. ¿Le parece? Me ayuda a ver eso. Una vez que encuentre con quién tenerlo, me ayuda a criarlo. Como abuelito. Hasta se lo dejo. Para que me lo malcríe y lo haga un macho mexicano igual de menso que usted. En cuanto usted se alivie le prometo que lo vemos. ¿Sí?

—Yo ya no me alivio. Mira, no nomás es por esto, ya te dije que…

Pero el hombre no termina. En cambio, cierra los ojos.

Entonces Isabel lo escucha resoplar y entiende que sólo está de mal humor.

Isabel se asegura de que su padre esté bien cubierto por la sábana. Luego, le aplasta contra las sienes dos mechones rebeldes y grasientos.

—Ahorita vengo.

—No, espérate.

—¿Qué pasa?

—Por favor, señora Isabel, es urgente —dice la bocina.

—¿Ya viste cómo estás de sucia? Límpiate. No seas puerca.

Ella se levanta de nuevo.

—Ahorita me voy a ensuciar otra vez, papá… No me tardo. Mire, le prendo la tele. ¿Ya vio las noticias?

—Puro desastre, guerras, muertos.

—Pero con eso viene más la gente, ¿no cree? Usted mismo lo decía, ¿no se acuerda? Como para…

—Para celebrar que siguen vivos. Cabrones.

—Exacto. Como cuando el temblor, ¿se acuerda? Por meses no nos dimos abasto.

—Eso también lo decía el señor Cruz, que ahora ya casi no viene, ¿verdad? Otro cabrón. Me pasé la vida con él y ahora qué.

—Mire, le voy a poner otra cosa —dice Isabel, y hace girar la rueda del televisor (es un aparato viejo) hasta encontrar un canal que transmite un programa de variedades: *Siempre en Domingo*—. ¿Está bien? Así se duerme. ¿No?

—Espérate, Chabelita —dice su padre, pero Isabel ya está otra vez ante la bocina, pulsando el botón.

—Ya voy, ya voy —dice—. ¿A dónde?

—"Ni rencores ni perdón."

Isabel no responde: apaga la luz, sale deprisa y camina por el corredor hasta los elevadores. Aprieta el botón de llamada y, mientras espera, se pregunta qué hará cuando regrese con su padre.

Para distraerse (para no pensar en Emilio, pero tampoco en la

llamada que debe atender, y que sin duda será otro herido o hasta otro muerto, como los de los osos el mes pasado, o los de apenas ayer, con las tarántulas), Isabel intenta pensar en algo distinto. Lo único que consigue es recordar las palabras que su padre le dijo al mostrarle el libro azul, hace muchos años:

—Está la parte de trabajo, que es ésta, de aquí a acá, y está la otra.

—¿Y la otra para qué es?

—Para uno.

—No le entiendo.

—Le vas a entender.

Y ahora Isabel piensa que su padre la sobreestima. Lo que ella entiende no es tanto. Para empezar, no comprende por qué Emilio insiste en que ella le lea en voz alta –y cada vez con más frecuencia– ciertos pasajes muy lúgubres de la segunda parte del libro.

El elevador no llega. Isabel se mira en el espejo oblongo que cuelga de la pared, entre las dos puertas de metal. Ve un rostro muy parecido al de su padre: sólo es un poco menos arrugado, más redondo, y está enmarcado por cabellos negros. Es verdad que aún le dicen que es hermosa, como cuando tenía quince o veinte años, pero ella no lo ve.

—¿Qué piso? —le pregunta el elevadorista, de pronto, sobre el ruido del motor que abre las puertas.

Las muchachas encargadas fueron incapaces de detener a dos borrachos que entraron en los tanques menos profundos. Tal vez no estaban sólo borrachos. Cada uno, creyendo que eran sólo objetos decorativos, había levantado un pez piedra del fondo del tanque. Su intención, al parecer, era arrojárselo al compañero, jugando. Cada uno recibió muchas picaduras en las manos. Isabel llega y regaña, furiosa pero sin alzar la voz, a las empleadas: a ninguna se le ocurrió llamar para pedir el antídoto, y quince de los sesenta minutos que tarda el veneno del pez en causar la muerte han transcurrido. Luego espera al lado de los heridos, que están en camillas y pasan del llanto a la risa, y viceversa, con gran rapidez.

Al llegar el especialista con el antídoto, Isabel se marcha. Ya le dirán si fue muy tarde o no. Al menos, piensa, no se ensució más la bata.

Isabel sale del elevador, llega al cuarto, abre la puerta y dice:

—Papá.

Va a encender la luz pero no lo hace. Da un paso en el interior y se detiene. Cierra la puerta. Alguien canta en la televisión. El cuarto

está a oscuras pero la luz blanca y temblorosa del aparato alumbra a Emilio de tal modo que Isabel tiene la impresión de estar viendo una fotografía de su padre: de pronto, le parece que no hay relieves en la sábana ni en el cuerpo que asoma bajo ella. Nada se mueve.

El pecho de Emilio no se mueve.

Pasa un minuto. La canción termina. Muchos aplauden en el televisor. La voz alegre del conductor alaba a quien sea que haya terminado de cantar. El rostro de su padre se colorea de azul, de verde, de rojo, a medida que cambian las imágenes en la pantalla. Luego vuelve a ser blanco. Su pecho sigue sin moverse.

Isabel regresa al sillón junto a la cama. Piensa que este gesto, el llegar hasta aquí otra vez, carece de significado: que hacerlo es perder el tiempo. Se sienta.

El interfono vuelve a sonar pero Isabel no hace caso. Está asombrada: siente en las mejillas el calor de las lágrimas pero no se dio cuenta de cuándo brotaron.

Un poco más tarde, Isabel se pregunta si su padre se habrá visto, cuando estaba solo, como se ve ahora: si todo ocurrió en silencio, en paz, mientras ella perdía su tiempo con los envenenados.

NOS OYE
(0:50)

—Yo le decía que todo aquello de la escalera se me hacía increíble, también estaba lo de los pisos —dice Molinar.

—Creo que acabo de descubrir algo importante —responde Kustos, mientras su mano retrocede por el agujero y deja de verse—. A ver si me explico. Para empezar, creo que nos oye.

—¿Quién?

—No sé, pero nos oye. Y eso es muy interesante.

—No entiendo.

Kustos se levanta y piensa en volver a ponerse los guantes, pero decide que es mejor no hacerlo. No hace calor pero tampoco frío. Tal vez haya algún tipo de calefacción que tampoco se ve; tal vez a ella se deben los ruidos extraños, casi imperceptibles, que siguen viniendo de algún lugar más allá de los cuartos.

—¿Se acuerda de hace rato, cuando yo le estaba diciendo que no valía la pena darse la vuelta por aquí, que yo ya había visto todo?

Molinar da una larga fumada al cigarro. Mira a su alrededor. No hay un cenicero a la vista.

—Tuvo usted que reconocer que a lo mejor no lo había visto todo.

—Y justo en el momento en que hablábamos de eso —dice Kustos—, empezó a oírse la voz diciendo algo sobre la gente impaciente. ¿Se acuerda?

Drogado, como muerto, vuelto piel maravillosa que respira, EL TIGRE –uno de los varios que se guardan en el piso SI VES UN MONTE DE ESPUMAS– no se da cuenta de la llegada de su violador, al que podría matar casi con sólo verlo si existiese la justicia.

—¿Dijo eso? —pregunta Molinar mientras se esfuerza por no agitar su cigarro, en cuya punta ya hay una cantidad apreciable de ceniza.

Cuando mucho, existe el silencio: aun al más arrogante imponen respeto la carne mayúscula, su temblor, los rugidos que dormitan tras la puerta abierta de los colmillos, los colores, que no serían menos ni en la muerte verdadera y que casi nadie se atreve a mirar mientras está en su faena.

—Lo dijo. Y se siguió hablando de animales, del asunto de los pisos o cuartos o lo que sean y luego de don Cruz, el arquitecto. Y con eso que dijo me detuvo. Me quedé escuchando en vez de tratar de salir porque me interesó lo que decía. ¿Se acuerda? ¿Que incluso se refirió a la escalera que yo conocí, y usted no me creyó?

—De eso me acuerdo, yo mismo le dije…

—Debiera haber estado ahí usted. Cuando pude salir y lo fui a ver, a don Cruz, para reclamarle… Finalmente nos quedamos platicando, porque en realidad tampoco podía hacer mucho más. ¿No? Ya me había hecho su broma, ya estaba muy contento, y la verdad sí da un poco de miedo: es un viejo cabrón. Viejo de veras. Y lo otro también. Pero bueno: lo importante es que ya en la plática le caí bien, creo, y se puso a platicarme de su trabajo, y me enseñó planos y maquetas de toda clase de cosas. Por ejemplo estaba uno que él llamaba el Palacio de las Puntas, y otro que era las Prisiones de la Rutina…

—¿Las qué?

Los usos de LAS HORMIGAS son escasos pero permiten muchas variaciones. Quienes practican éstas creen que el nombre del piso de las hormigas: UNA VISIÓN MADURA Y SE PERFECCIONA, describe perfectamente el sentido último y la nobleza de sus placeres.

—Son como negocios complementarios: el Palacio es para personas con más dinero, es decir, es como la versión de lujo. También resultó que él hizo la poligonería de Seatburgo, la que tiene forma de corazón y fuentes de sangre…

—¿Qué?

—¿No ha oído hablar de ella? —prosigue Kustos— Se venden equipos e instalaciones de tiro y también personas a las que tirar. Y este don Cruz también hizo la Salvatería de Guadrea, la que se ve desde el espacio.

A estos clientes asiduos les gusta, sobre todo, la ingesta y la *incitación* –el forzar a las hormigas a atacar ciertas áreas precisas–, pero han inventado formas de mantener vivas a las hormigas durante más tiempo en los tractos del cuerpo; de incitarlas a la calma o al frenesí a voluntad; de confinarlas a zonas precisas de la piel o incluso encauzarlas a terminaciones nerviosas o “puntos de presión” previamente determinados. No falta quien atribuya propiedades curativas a los juegos más dolorosos.

Molinar se da por vencido y golpea el cigarro para que la ceniza caiga al suelo. Por otra parte le da una nueva fumada, larga y profunda.

—No sé de qué está hablando —dice.

—¡No me diga que no la conoce! La que mandó hacer la Cuadragésima Cuarta Iglesia Cuarta… Los que están juntando dinero para que su Gran Papa vaya en un cohete al espacio a ver la cosa desde arriba.

Molinar ríe; es una risa suave, de tenor, con asperezas casi imperceptibles: un río que fluye sobre un lecho de piedras.

—Me va a perdonar, Horacio, pero todo eso suena…

Kustos resopla.

—¡No me va a decir que usted es de esos escépticos que no creen en nada! Caray, Francisco: "los palacios, las cárceles, las piezas de las almas silenciosas, los seres invisibles, los gigantes, las obras de los locos, ¡los rayos que fulminan desde dentro!".

Molinar oye un golpe, fuerte pero distinto de todos los que ha escuchado desde que comenzó a hablar con Kustos.

—Ay —dice éste, desde el otro lado—. Todo eso último que dije es un poema de un amigo mío, y estaba yo declamando con los brazos abiertos y me pegué con la pared.

Molinar, quien se ha quedado tieso y ya pensaba moverse al menos hacia la ventana alta, inalcanzable, vuelve a reír.

—Pero mire, ya me fui por otro lado… Le estaba explicando. Lo entendí cuando estábamos hablando y se oyó la voz.

LAS MANTARRAYAS, planas en el agua de sus tanques, *pican.*

—Como ahorita.

Sólo una vez gozaron de verdadera popularidad: a fines de los años setenta. Tras no se sabe qué ruegos o pagos exorbitantes, los miembros de una secta religiosa de California vinieron todos a la torre con la intención expresa de entregárseles en un ritual elaboradísimo.

—Exactamente como ahorita. Entró en el momento justo. ¿Se acuerda que un poco antes estuvo incluso hablando de nosotros?

—Sí, claro.

Los textos doctrinales del grupo, de los que aún hay una copia en la oficina de la señora Isabel, declaran que la secta se hacía llamar de los *suplicantes* y creía "en el amor como vida de la muerte" (nunca se habla del origen de la cita). Todos se vistieron con ropas blancas y se pintaron la cara de rojo; todos dedicaron medio día a la meditación y el canto; todos se dejaron tocar en cuanto entraron en el agua de los tanques. Se cree que, deliberadamente, trataron de mantenerse inmóviles; no dieron ninguna señal de sentir placer.

—¿Y no se le hizo raro?
Molinar resopla.

Aún hoy es muy costoso y complicado contratar el uso de las mantarrayas: se piden testamento y mil pruebas de anuencia. Un par de abogados empleados por El Brincadero fue enviado a los funerales de los suplicantes, en California, pero por suerte sólo fueron a pasear: no hubo problema alguno y lo más interesante de su informe es una serie de comentarios entresacados de las conversaciones de los deudos: qué explicaciones habían dejado los muertos, y qué poco habían creído en ellas sus parientes y amigos.

—¡Claro que se me hizo raro! ¿Le parece normal que hablen de usted así…?

—Lo importante es que habló en ese momento. En el momento justo. Por eso, justamente por eso, le digo que nos oye.

Molinar nota que el cigarro está por terminársele. Revisa y en la cajetilla quedan todavía algunos.

—¿No es un poco paranoico de su parte?

Todo lo que éstos dijeron llegó siempre a las mismas palabras y frases: "hastío", "soledad", "frustración", "no entiendo por qué si lo tenía todo", etcétera.

—¿Horacio? —vuelve a decir Molinar— Horacio, le digo, ¿no es como exagerado? Además ya ve que no hay bocinas…

—Para oírnos necesitaría un micrófono. Además, ahora ya no mencionó nombres de pisos. Eso que decía, del piso esto y el piso aquello. ¿Se acuerda?

—¿No lo dijo?

—Nada más para acabar de cerciorarnos —dice Kustos—, tendríamos que buscar bien si efectivamente hay algún

micrófono…

Molinar se imagina a sí mismo inclinándose, tendiéndose en el suelo, parándose de puntas o intentando trepar en el aparato de madera que está a su lado.

Hace rato que se aflojó el cinturón, como hace siempre que se queda solo.

—No hay —dice.

—No buscamos. Pero no se preocupe —Molinar va a decir algo pero Kustos no se detiene—, para buscar de veras habría que quitar el piso y abrir el techo, y si no somos capaces de abrir un simple agujerito en la pared… En cualquier caso, creo que yo ya estoy bastante seguro.

—¿De qué?

—¿No le parece extraño que nos puedan hablar sin bocinas, oír sin micrófonos?

La brasa del cigarro ha alcanzado el filtro. Molinar deja caer la ceniza y los restos y luego los pisa.

De quienes van al piso de LAS FOCAS, no todos entran de inmediato en el cuarto blanco y amplísimo, de muros que aparentan una gran altura porque no hay nada en ellos salvo la puerta, achaparrada y también blanca, por donde las dejan entrar, confiadas y dulces y estúpidas.

En efecto, muchos se demoran mirando el cuadro enorme –seis metros de ancho por tres de alto, pintado en acrílico sobre madera por un artista desconocido pero no sin talento— que decora la sección oeste del corredor de acceso. En la imagen, el hombre: grueso abrigo, cara de fastidio, guantes de lana roja con un hilo suelto en la punta del meñique derecho, parece estar allí, frente a quien lo mire, mientras levanta su bate para partirle el cráneo a la foca bebé, blanquísima, que a veces cuesta distinguir del fondo (porque se supone que la escena ocurre en el Ártico).

El propósito ostensible del cuadro es inspirar a quienes optan por el más popular entre los usos de la foca, y aun a los que sólo buscan el calor y la suavidad de la grasa y la carne. Pero muchos clientes que llegan a verlo, según han llegado a decir, interpretan la escena en un sentido más libre y amplio: ven en ella, dicen, su propia naturaleza, consumida por el aburrimiento, llena de las minucias de la vida, y subordinada a trozos de materia miserable, idiota, con ojos y narices.

—En este lugar hay más de lo que parece —dice Kustos, quien (a pesar de que es muy poco razonable) está tendido

boca abajo en el piso y ha mirado bajo la cama, en las esquinas del cuarto, en todos los rincones a los que no llega ninguna luz. Se levanta; realmente se ha convencido de que no es necesario buscar más; el mundo le parece más preciso, más claro que nunca en las últimas horas—. Ahora que ya estamos prestando atención ya no tiene que llamar la atención con ese detalle de que el edificio tiene más que siete pisos. Ya sabe que vamos a escuchar.

—¿Quién? —dice Molinar, pero se arrepiente de inmediato. Enciende un nuevo cigarro. Las manos le tiemblan. Por un momento se admira de que ha vuelto a sentir miedo.

—La voz. Sea quien sea. Lo que sea. Desde el principio quería llamar la atención. Pero no habíamos entendido.

—Yo no entiendo todavía.

—No quiere que nos vayamos, o por lo menos que yo me vaya, y por eso salió lo de los pisos, y lo de don Cruz el arquitecto —dice Kustos. Está en cuclillas y de un salto queda de pie. Se siente muy bien—. Tal vez incluso nos ha dicho más, es decir, más cosas importantes, y no lo hemos notado porque hemos estado hablando entre nosotros…

Molinar mira su reloj. Faltan tres minutos para que dé la una. ¿A qué horas habían dicho que vendrían por él? No lo recuerda. Da una fumada a su cigarro. Da otra.

—¡Muy bien! —dice Kustos en voz alta, casi gritando—. Perdón, perdón: muy bien —vuelve a decir, más quedo—. Nos has estado oyendo todo este rato. Excelente.

—Horacio —dice Molinar para no decir "Qué le pasa", "Cállese" ni nada semejante. Pero Kustos sigue:

—Ya está. Estamos escuchando. Dinos algo.

EL MÉDICO, AL ENTRAR EN SU CELDA por primera vez, sintió alivio. Era un aplazamiento, tal vez el último, del momento en que tendría que tomar la decisión irrevocable entre saber o retirarse.

—¿Qué es esto? —dice Kustos.

—¿Qué fue eso? —dice Molinar, casi al mismo tiempo.

A LO LARGO DE LA HISTORIA DE LA TORRE, más de un piso en el edificio se ha acondicionado con gran gasto para caer luego en desuso.

—Espere, espere. Ya empezó con otra cosa.

—Oiga —empieza Molinar.

—¡Shhhh!

Algunas especies dejan de estar en boga; algunas fantasías muy complejas que se realizan específicamente para tal o cual cliente no vuelven a interesar a nadie.

En establecimientos más comunes, aun los cuartos que más trabajo hubiera costado acondicionar tendrían que volver a usarse, por lo que ninguna "puesta en escena", ninguna decoración hecha a modo, podría sobrevivir por mucho tiempo.

—Horacio.
—¡Francisco, cállese…!

Tarde o temprano haría falta vaciar los espacios, limpiar pisos, techos y paredes, retirar o desechar todos los objetos de utilería; incluso, habría un límite al número de cuartos y pisos que podrían emplearse para acondicionar y algunas peticiones tendrían que ser rechazadas de plano si su costo o su dificultad fueran excesivos.

—¡Ja! —grita Kustos, y Molinar, desde el cuarto contiguo, lo escucha aplaudir rápida, nerviosamente.

Nada de esto ocurre en El Brincadero, porque su número de pisos, si bien no es infinito, sí es tan grande como para que todavía, tantos años después de su fundación, queden algunos que no se han usado nunca, aún con sus puertas selladas por el equipo de construcción original.

Sólo don Cruz y Emilio García, quien era entonces su ayudante de confianza, estaban presentes cuando llegaron las cuadrillas: centenares de hombres hoscos y achaparrados, todos de ojos huidizos y vestidos de negro, que nadie más pudo ver sino de lejos y entre los que no había uno solo que pudiera haberse confundido con un habitante de Morosa.

—¡Ah, Emilio! —dice Molinar. Kustos deja de aplaudir.
—¿Sabe quién es?
—Shhhh —dice Molinar.

Desde fuera del terreno cercado, que por muchos años había sido un baldío repleto de hierbajos y basura, los curiosos pudieron verlos trabajar durante largo tiempo, muchas veces con el torso desnudo bajo el sol como esclavos de una película antigua. Nadie los vio marcharse. Y todo lo que se les vio hacer fue la construcción de un edificio de siete pisos, desde los cimientos hasta el acabado de la fachada tristísima: todo lo demás –lo que hayan tenido que hacer– se hizo en el interior, o cuando no había absolutamente

nadie, o por medios que no tenían que ver con la presencia ni los actos de los trabajadores.

—Al rato me tiene que contar usted…
—Shhh —vuelve a decir Molinar.

Aquí, la mayor parte de los cuartos y pisos que se dejan de usar permanecen como están, sin que se cambien sus decorados ni se haga ningún esfuerzo por mantenerlos más allá de alguna limpieza ocasional. Sólo cuando han pasado décadas, y todo lo que hay en el interior de un espacio se ha vuelto imposible de reutilizar, se llega a vaciarlo. Pero además de que sacar del edificio cualquier cosa que ya ha entrado en él es sumamente difícil y costoso, los pisos –éste es otro de los efectos de su construcción inusitada– nunca tienen problemas de humedad ni excesivo calor ni frío; si cualquiera de ellos ha estado cerrado y va a volverse a abrir luego de mucho tiempo, casi nunca hace falta más que unos pocos días –pues el polvo sí se acumula como en cualquier otro sitio– para tenerlo nuevamente listo.

De modo que un paseante, si así lo deseara, podría tomar un elevador y, sabiendo a dónde ir, entrar en una tumba egipcia con montones de arena, un sarcófago y paredes de falsa piedra cubiertas de jeroglíficos, donde una vez se levantó, así lo decía el cliente, la encarnación de Anubis, el dios chacal; en un templo de apariencia griega, con más de cien falsas columnas blancas, fijo al fondo de un tanque ahora vacío pero rodeado por un ciclorama azul pensado para intensificar la impresión de que todo –los clientes, que eran cuatro; los peces; la urna con las cenizas de la madre– estaba sumergido en el Atlántico; en una reproducción perfecta (aunque los paneles decorativos son de plástico, y jamás se guardaron reptiles en el sitio original) de la Cámara de Ámbar de Federico I de Prusia, tal como se le vio por última vez en la ciudad de Leningrado, hoy San Petersburgo; en habitaciones minuciosamente ricas o terribles, en escenarios con pisos giratorios y enormes baterías de luces, en salones de baile y dioramas de tamaño natural, en basureros donde cada fragmento tuvo un lugar y una función precisa…, en sueños innumerables, en fin, que sólo fueron soñados una vez pero que no van a morir.

—Con razón, ¡con razón! —dice Kustos. Se sienta en la cama y se vuelve a levantar. Molinar se ha sentado en el suelo, junto al artefacto de madera. No dice nada— Con razón. ¿Se acuerda, Francisco, de lo que le conté sobre la vez que conocí

a don Cruz? ¿Se acuerda qué le dije? Se disculpó conmigo por la broma que me hizo, finalmente acepté, me invitó a cenar, nos pusimos un poco borrachos… Por eso se sintió en confianza y me enseñó estos proyectos de los que le conté. ¿Se acuerda? Aquellos que también le parecieron algo increíble. De hecho acabamos, no sé, no sé si exactamente de amigos… Fuimos una vez a un sitio en China, y ahí… Pero le decía: esa vez, la de la borrachera, me contó también de una cosa que él llamaba la expansión de altura. Es una técnica de construcción…, no me pregunte cómo funciona… Sirve para crear edificios de altura engañosa, ¿me entiende? Para poner muchos pisos donde sólo parece haber sitio para uno. Don Cruz la usó también en una mansión vertical, así la llama, que tiene en un departamento en Viena: uno entra y son veinte pisos. Puro lujo.

Molinar no dice nada.

—Francisco, algo que me pasó hace rato, antes de llegar aquí, en un momento le cuento…, algo de eso salió a relucir en lo que decía la voz. No sólo yo entiendo que a lo mejor todo esto…, a lo mejor esta situación es molesta para usted porque no está acostumbrado a nada parecido: usted tiene un trabajo fijo, estará en su consultorio o bien en algún hospital, tendrá su familia, supongo… Tiene una vida estable a la que está acostumbrado, lo cual está perfectamente bien. Pero por eso a lo mejor le cuesta. Créame que le entiendo. La gente se acomoda en sus costumbres, lo que es de lo más natural, por supuesto, y cuando alguna experiencia no cuadra con ellas hay que esforzarse para empezar a aceptarlo. Primero uno no puede ni hablar. Luego, siempre se pasa por una fase de "no lo creo", "no entiendo", "qué es esto", y de hecho hay gente que no puede ir más allá… Pero vea: le estoy dando toda la razón: todo esto de los pisos con nombres… Usted tenía razón y no yo: todavía no sé exactamente qué está pasando pero si el edificio es mucho más grande de lo que yo pensaba, es decir, si es más grande por dentro que por fuera, por extraño que le pudiera parecer…

—A ver, espere, espere un poco —dice Molinar de pronto —. Tengo algo que decirle. Una propuesta.

Kustos se queda callado. No sabe qué decir. No se debe a las palabras de Molinar sino a su tono.

—Pero primero: ¿cree de verdad en lo que me está diciendo? A ver —continúa Molinar—, se lo digo de otro

modo: ¿cree en lo que dijo…, en lo que dijo quienquiera que sea que estaba hablando? ¿Lo cree de veras? ¿Cree que algo de eso, o todo, puede ser cierto?

¿MÁS ANÉCDOTAS DE LA CLIENTELA?

La risa atronadora de los Pérez no puede ser contenida por las paredes, y quien recorre los pasillos cercanos los identifica de inmediato. También se les reconoce por su actitud alegre –que los cínicos juzgan injustificable, porque son personas de recursos medianos y escasos consuelos– y por los animales que frecuentan: hienas, cacatúas, ciertos grillos orientales que ellos juzgan capaces de hacer ruidos agradables, y –menos por el oído que por la vista– ciertas variedades de culebras especialmente dóciles, de la familia Colubridae, que a ellos les gusta ponerse sobre el vientre o la espalda, curvadas en grandes sonrisas efímeras.

—Horacio, ¿lo cree?
El tono de Molinar es más urgente.
—Sí —responde Kustos.

Así decorados, y con la compañía de las carcajadas animales, ella y él se desnudan; luego se ven, se chancean, y se acoplan tras preliminares largos y joviales, llenos de besos.

—Digamos que yo también oí algo de lo que dijo él hace un momento.
—¿Él? —pregunta Kustos.
—¿No quiere acabar de abrir el agujero?

Sus vaivenes, uno sobre el otro, son siempre amables; sus salidas del edificio, amargas, porque van de vuelta a la casa de sus padres, quienes todo ignoran y sólo se preguntan por qué tan endurecidos, tan reacios a asomarse al mundo y sentar cabeza.

—¿Que si no quiero qué?
—¿Usted podría —pregunta Molinar— regresar al jardín que visitó si salimos de estas celdas?
Kustos se arrodilla y se asoma por el pequeño agujero en la pared. No consigue ver a Molinar. Su aspecto, cuando llegó a verlo en otros momentos, no le pareció memorable.
—No sé —dice—. Supongo que sí.
Kustos mira para un lado y para otro. Molinar no aparece ni habla. Kustos mira el interior de la celda de Molinar y se da cuenta de que, a pesar de que la decoración es diferente, se ve

tan falsa y mal hecha como la de su propio cuarto. Se le ocurre que no es por falta de dinero: que en estas horas ha visto decorados y equipos que deben ser enormemente más costosos. Debe tratarse de instalaciones para clientes con poco dinero –que no merecen más– o bien que desean una fantasía imperfecta, menos hermosa que sórdida. A Kustos le extraña la claridad de esta idea pero a la vez lo alegra. Definitivamente está recobrado de sus malestares de poco antes…

De repente, desde lo oscuro, escucha la voz de Molinar:

—¿No quiere pasarse para acá?

—Pensé que no quería —dice Kustos.

—La idea no me hace feliz. Pero le mentí. La puerta de este lado no está cerrada con llave. ¿No me lleva al jardín ese?

—¿Quiere que lo lleve?

Molinar aparece ante el agujero y se inclina para asomarse. Los dos se miran de frente por un segundo.

Kustos retrocede y se incorpora.

—Ya no quiero esperar. Ya me cansé. Y quiero… —ahora el ojo de Molinar lo mira desde la pared— Quiero hacer algo ya. Hacer algo yo, también.

—¿No me dijo que van a venir por usted?

—Le pago, Horacio, no crea que va a ser de a gratis.

—Ah, no, no…

—No tengo tanto dinero pero tampoco es que me tenga que llevar en un safari o…

—No, no —dice Kustos—, quiero decir que no le puedo cobrar.

EL EMPLEADO MÁS VIEJO de todo El Brincadero es el doctor Salomón Herrera: tiene ochenta años y ha estado aquí desde la fundación del establecimiento. Recio, de piel blanca muy tostada, ojos azules y barba larguísima, roja aún a pesar de su edad, el doctor Herrera es ahora jefe de otros tres médicos pero aún atiende en persona a muchos mordidos, quemados, picoteados.

Ahora Molinar se pone de pie. Se le ocurre que necesita café: no hace frío pero la tensión en los ojos le recuerda que no ha dormido en muchas horas.

—Tampoco crea que se lo estoy pidiendo de rodillas…

—No me está entendiendo. Si me permite pasar, paso y lo llevo. Pero ¿no le sería mejor quedarse?

Administra remedios rápidos y se encarga de todo cuanto puede

hacer él mismo. Su idea, desde el comienzo, fue que los clientes no tuvieran que comprometerse –salir del edificio a buscar ayuda– a menos que fuera absolutamente imprescindible, y con los años ha conseguido crearse un pequeño hospital que abarca dos pisos.

—¿Por qué?

—Porque de todas maneras van a venir por usted. Por otra parte…

—¿Qué?

—También está la cuestión de lo que ella está diciendo.

—¿Ella?

—¿De veras le suena a usted como "él"?

—¿A usted no?

—Oiga lo que dice.

La barba, que según algunos le da un aspecto de profeta, puede ser también la causa de que algunos clientes suelan hablar largamente con él de sus problemas, sus ansiedades y obsesiones, mientras les desinfecta una herida o les extrae un trozo de colmillo. Alguno ha declarado que el doctor "es como Santa Claus".

—¿De qué está hablando?

—Shhh.

Una cantidad notable de partidarios del empleo erótico de LAS IGUANAS (y en especial las del Caribe, *Iguana delicatissima*, que se guardan en el piso UNA DAMA ME RUEGA QUE ME PRESTE A DECIR) tiene muchas leyendas. Unos a otros se las cuentan en las largas noches de espera: tienen un club que se reúne en una fonda de Morosa el primer sábado de cada mes, en la madrugada, cuando están por llegar los nuevos cargamentos de animales a la torre.

—El anterior parecía más interesante.

—No le entendí.

—Porque no estaba oyendo. A ver, oigamos.

Mientras hablan, sorben café rancio y respiran los humos del aire pero también comentan –"miran con los ojos de adentro"– la textura rugosa de las pieles, las espinas en los lomos, las variantes del color –delicadas y casi invisibles para el inexperto– entre el verde más intenso y el menos; entre las luces que son como la selva desde el aire –plenas, múltiples– y las sombras que se ven como la ciudad cuando se camina por ella, de noche, en un tedio o un dolor que sólo pueden comunicarse a quienes ya los padecen.

—¿Y esto qué?

—¿Por qué no acabamos de escuchar?

Entonces, alguno recuerda una persecución exultante o difícil: "La cacé por todo el pasillo y varias veces se me perdió", cuenta, "pero al fin le caí encima y me puse a gritar como nunca, y a zarandearla, y…"

"…¿Y?"

"Y ¡paf!"

"¿Cuántos?", le preguntan.

"Paf", repite el narrador, "porque la iguana se espanta de veras y quiere escapar…"

"¡Ya di cuántos!", insisten sus escuchas.

"Y claro, la iguana sabe que sin cola pesa menos…"

"¿CUÁNTOS?", gritan los fanáticos, y los otros parroquianos se sobresaltan.

"Setenta."

"No", dicen todos.

"Sí. Oh, sí. Señoras y señores…, ¡setenta centímetros de cola!"

"Setenta", repiten admirados. "Setenta" y comienzan los aplausos.

"Yo, una vez, casi, casi pude agarrar una de ochenta", murmura otro, tímido, mientras todos meten las manos en los bolsillos de sus gabardinas, agrandados por sastres discretos o por sus propias manos torpes, y tocan, para consolarse, sus propios trofeos, secos y arrugados, producto de años de práctica y de intentos numerosos. Hay quien une los tres o cuatro que tiene con un hilo, para que no se le pierdan. Otros sueñan con hacerse collares, capas, penachos…

—Ésos son fetichistas. Lo original sería que los excitaran las iguanas.

Usos numerosos de LAS MARIPOSAS: por ejemplo, triturarlas entre las manos y luego untar los restos brillantes en el cuerpo, pues la belleza molida es afrodisíaca.

Por ejemplo (un ejemplo contrario), acariciar las partes privadas con una nocturna de las más feas y apestosas.

Por ejemplo, perseguirlas sin descanso por los corredores de DURANTE LA SOSPECHA DE LA GRAN VISITA, MIENTRAS LAS COSTRAS SAGRADAS SE DESPRENDEN, que es un piso elevado y tiene grandes ventanales, por los que se ve un cielo límpido como ningún otro en el planeta; perseguirlas y no darles alcance, quedar exhaustos, dejarse caer al piso de alfombra verde hierba, suspirar, jugar a que cada uno es un

bebé desnudo, en el tiempo del amanecer, cuando se ignora dónde acaba el cuerpo y dónde empieza el mundo. (Algunos balbucean.)

Por ejemplo, ponerlas sobre la carne y sólo entonces clavar los alfileres.

> *—Pues sí. Pero la voz ha estado hablando de otras cosas. De lo que hay aquí. Imagínese todo lo que puede haber en un edificio que tiene la cantidad de pisos que éste debe tener. Me da la impresión de que de hecho quiere que nos quedemos a escuchar…*
>
> *Molinar dice*:
>
> *—¿A escuchar?*
>
> *—Ya ve que hace rato llamó nuestra atención.*
>
> *—¿Quiere quedarse sentado oyendo?*

EL HIJO DEL FUNDADOR DE El Brincadero se llama como su padre: muchos lo conocen como el joven Constantino. Sin embargo, al contrario de aquél, nunca se ha dedicado a la administración del negocio: actualmente es Isabel García, la hija de Emilio, quien se encarga de dirigirlo, y él simplemente cobra un estipendio mensual, muy generoso, que utiliza para vivir, celebrar fiestas y emprender viajes más o menos prolongados.

> *—Horacio —insiste Molinar—, le estoy hablando.*
>
> *—¿El Emilio que usted mencionó es el papá de la señora Isabel? —dice Kustos— ¿Usted lo conoce?*

Pero siempre acaba por volver y no mantiene casas ni departamentos en ningún otro sitio; aquí tiene varios pisos para él solo y sus invitados, así como un grupo más o menos formal de empleados que lo sirven.

> *Ahora es Molinar quien no contesta.*

“El viejo dejó varias empresas”, diría Isabel, de preguntársele, “pero aquí es el único sitio donde el hijo nunca ha metido mano de veras. Todos los demás…”

> *Los sonidos remotos que llegan a las celdas son un rumor distante que no cesa pero también otros: partículas diminutas, fugaces, como rostros que se asoman de pronto en una multitud o que están escondidos en la niebla. Un grito, un bramido, una palabra en no se sabe qué idioma, notas musicales, papel en el aire, metal contra metal, chasquidos y*

espuma… Molinar y Kustos escuchan lo que dice la voz con ese fondo, que puede recordar de pronto a una calle transitada, como las de Morosa, pero también a la espesura de un bosque remoto, libre de seres humanos; a la banda sonora de una película que se oye desde afuera de la sala de cine, o bien en un sueño; a un mar remoto.

El joven Constantino llega a llevar ocasionalmente a algún cliente nuevo al edificio, e incluso a atenderlo, pero por lo general él mismo se confunde con la clientela más próspera y escandalosa. Por el mero tamaño del edificio, y por lo que se hace en él, los más de los pisos se ven siempre desiertos, u ocupados sólo por una o dos personas, que casi siempre avanzan con pasos discretos y rápidos, como para no manchar con su presencia el vacío casi perfecto. En cambio, si Constantino decide salir de madrugada a divertirse dentro del negocio, nunca lo hace con menos de doce o quince personas a su alrededor, y aun en pasillos muy arriba o abajo de donde esté pueden escucharse los gritos, las risas, los ocasionales tropezones y golpes y canciones desafinadas, repetidas de la primera estrofa al estribillo y vuelta a comenzar.

Los dos hombres que escuchan la voz están de pie ahora, más o menos a la misma distancia de la pared que los separa. Los dos miran hacia arriba, sin prestar de veras atención al color apagado y sucio del techo que está sobre cada uno. Los dos tienen los brazos cruzados. Los dos piensan, a la vez, en el otro, a quien no han visto aún con toda claridad y cuyas intenciones todavía no comprenden.

Esa tropa avanza de un bar a otro de los que hay en el edificio, de las terrazas y miradores a las albercas cubiertas, y a veces no se detienen al amanecer y siguen yendo y viniendo incluso cuando todos los demás ya se han retirado y los empleados de limpieza resoplan. Hay hombres y mujeres de la mejor sociedad de Morosa, que Constantino conoce de muchos años y que lo acompañan de vez en cuando, todavía, como cuando todos eran jóvenes; hay políticos de rangos intermedios, hay cantantes y estrellas de televisión, hay extranjeros, a veces importantes y a veces no, que no siempre acaban de entender cuál es el giro del negocio y se asombran al ver una jaula o escuchar un rugido…

—Horacio.
—Sí.

—Quiero salir. Ir a ver por mi cuenta. ¿Quiere ayudarme? ¿Por lo menos decirme cómo llego?

Los traficantes son siempre aquellos que han hecho acuerdos con Isabel, pero uno solo, si tiene la suerte de poder dedicar la noche entera a esta corte veloz, puede vender sin dificultad la mercancía de hasta una semana. Y casi nadie ha objetado jamás la prohibición absoluta –establecida desde la inauguración de El Brincadero– que impide meter prostitutas en el edificio.

—Me da la impresión de que podríamos sacarle mucha información aquí a…, a ella. A él. Como sea. ¿Se ha fijado cómo va reaccionando?

—No.

Entre los invitados de Constantino están también, con frecuencia, jóvenes: herederos y herederas de sus viejos amigos, que lo tienen por un tipo generoso y excéntrico. Ninguno lo respeta de veras: a todos les parece demasiado viejo, demasiado forzada su conducta errática de borracho, y las mujeres, además, lo juzgan repulsivo, lastimoso por su insistencia en usar camisas llamativas, pulseras, cadenas de oro y plata.

"Borrachera con el viejito", se avisan unos a otros, cuando les llega una invitación y deciden aceptarla. Y ninguno habla nunca de sus problemas ocasionales para respirar, de su voz rasposa y estridente, de cómo sus implantes de cabello hacen que su cabeza parezca la de una muñeca.

La única persona que siempre acompaña al joven Constantino es una mujer muy delgada, de rostro largo y pálido y cabello rojo, que nunca bebe, fuma ni se droga, que nunca baila ni conversa con nadie más que con él mismo. Como es menuda y de estatura escasa, como siempre se sienta junto al hombre de tal modo que la masa de él la eclipsa y la borra, algunos llegan a no darse cuenta de que estuvo allí. Su nombre es Edith Barba, llegó a la torre hace más de diez años y cuando el joven Constantino se va ella se encierra en sus habitaciones –le toca un piso entero, o tal vez más– y no permite que la vea nadie.

—¡Claro que sí! Mire: esa mujer de la que está hablando es Edith Barba… ¿Oyó? ¿Oyó?

—¿Usted creía que yo trabajaba para ella…? —pregunta Molinar—. Hace rato usted preguntó si yo trabajaba para alguien llamado Barba, que yo pensé que era hombre…

—Es ella. A lo mejor es cosa de convencerla. De hacer que nos diga…

—¿Ella? ¿Barba?

—La voz.

—Bueno, si nos puede oír nos podría contestar… ¡Oiga!

"Es mi superasesora", dice Constantino, y a veces también agrega: "Ella y yo nos entendemos", pero quienes lo escuchan no comprenden: no sólo sus apariencias tan distintas vuelven chocante la idea de que pudieran ser amantes, sino que Barba nunca se inmuta cuando Constantino llega a insinuarse a otras personas. Ella, en cambio, rechaza a todos, y por esto nadie se ha percatado del siguiente detalle: cuando la fiesta termina, Constantino se despide efusivamente de todos y ella aguarda, de pie a su lado, hasta que es hora de marcharse. Entonces los dos caminan por el corredor, uno a lado del otro, hacia los elevadores. Y si Constantino mira siempre hacia delante, su mano a veces intenta tocar la de ella, o su brazo –porque él es mucho más alto–; y siempre ella se envara, y se aparta, y Constantino sigue con la vista al frente, pero su mano se retira sin ganas, a medio abrirse, como si esperara recibir permiso de hacer lo que desea al menos una vez.

—¿Oiga? —vuelve a decir Molinar— ¡Oiga!

—A lo mejor no funciona así.

—¿No quedamos en que hay alguien oyendo?

—A lo mejor no es alguien…

—Ya me voy —dice Molinar y va a abrir la puerta de su cuarto. Lo detiene la voz de Kustos:

—Espere, espere. Vamos, pues. Lo acompaño. Lo llevo. Trato.

—¿Cuánto me va a cobrar?

—Nada —dice Kustos y toma el hacha y da un nuevo golpe en la pared. Molinar se sobresalta como la primera vez pero se las arregla para mantenerse en silencio.

Kustos da, con fuerza, varios golpes muy rápidos.

—No está cerca de la pared, ¿verdad, Francisco?

—No —dice Molinar, quien se ha vuelto a sentar en el aparato de tortura de su celda.

Poco a poco, pero más rápidamente que antes, el agujero se ensancha. Los trozos de tablarroca de la pared caen en el suelo, van formando un montón.

—Espere, le ayudo —dice Molinar. Kustos se detiene y Molinar mueve los restos a un lado con el pie—. Ya está.

Kustos no responde y vuelve a golpear.

Molinar recuerda que se ha aflojado el cinturón. Siente cómo se sonroja y lo abrocha deprisa. El pantalón presiona su vientre y a Molinar, como siempre, le parece que lo vuelve aún más grande y desagradable.

—De nada —dice.

—¿Qué pasa…? Ni que fuera de piedra —se queja Kustos, pero deja de golpear. Por fin el agujero parece lo bastante grande. Molinar se acerca.

—La señora Isabel nos va a cobrar…

—¿No quería usted salir? —lo interrumpe Kustos, mientras agarra con las dos manos el borde irregular del agujero, que en efecto tiene ya un tamaño apreciable; luego alza los dos pies para apoyarlos en la misma pared y tira con fuerza; Molinar se aparta al escuchar el golpe de los zapatos contra la tablarroca.

—¿Cómo es el jardín? —pregunta Molinar.

—Feo —dice Kustos—. Peligroso —está tirando con todas sus fuerzas.

—¿Pero qué tiene de especial?

A la vez se escuchan un crujido y otro golpe, sordo y más fuerte. Después de unos segundos, Molinar se da cuenta de que Kustos se ha ido de espaldas en el otro cuarto.

—Horacio, ¿está bien…?

La mano de Kustos aparece por el agujero, y se cierra para dejar sólo el pulgar apuntando hacia arriba.

—En realidad —dice— lo que hay es leve, es cualquier cosa.

Ahora asoma la cara entera por el agujero. Kustos tiene una barba muy corta y muy negra, los ojos grandes y muy separados, la nariz un poco torcida. Un foco rojo, instalado en una falsa antorcha de plástico fija a su lado de la pared, lo alumbra.

Molinar ve la cara roja en el agujero. Se pregunta si esto será, como las de la muchachita de la que hablaba la voz, una "aventura".

A la vez, Kustos ve más rojo aún en la cara que recordaba de cuando ambos entraron en el edificio. Molinar es un hombre de cara redonda, con doble mentón, nariz ancha y pelo entrecano. Las sombras bajo sus ojos los agrandan. Su cuarto se ve menos como una verdadera mazmorra que como un aparador en Navidad.

—Mucho gusto —dice Molinar. Se inclina y agrega: — Oiga, una vez vi planos de un supuesto arquitecto… Según él, la gente que moría reencarnaba en edificios. Pero era ficción, el tipo estaba loco.

—Permítame —dice Kustos, y apenas da tiempo de que Molinar se mueva antes de meter una pierna por el agujero, para intentar pasar al otro lado.

—¿Qué es eso que trae puesto?

—¿Qué? —Kustos retira la pierna y hace pasar la otra; ambas están enfundadas en un material blanco, muy basto y grueso; ambos pies están metidos en botas altas del mismo material— Ah, esto… Es mi "traje de seguridad". De mis aventuras, ya ve. Me lo dieron y me tuve que cambiar…

—¿Quién se lo dio?

—Ahora mismo le cuento. Pero mientras… —Kustos retira la otra pierna, se levanta y mira el agujero. Piensa en tomar el hacha de nuevo pero no se decide— Ahora que estábamos hablando de que los pisos vienen cada uno con su nombre, y que el lugar es bastante más grande de lo que pensábamos… Le tengo que decir que a lo mejor toma tiempo hallar el jardín. Si es que podemos.

Para acoger a LOS LEMINGOS, doce pisos de los originales se unieron en uno, el de techos más altos de todo el edificio. Tal espacio alberga un simulacro de acantilado, con agua helada al fondo y una base de roca encima, cubierta de nieve artificial, enfriada con grandes acondicionadores de aire y tan larga como fue posible acomodar en el área limitada del edificio. Se llega a ella tomando el elevador al piso de su base, YA OTRA BALANZA. Allí se suelta a los lemingos, que se reproducen con gran velocidad y siempre existen, por tanto, en grandes cantidades.

—En estos casos nunca se sabe —sigue Kustos—. Recuerde la cantidad de espacio que a lo mejor hay aquí… Y además, Francisco, con toda franqueza, esto no es un juego. Las personas que me encontré por allá no son muy agradables. Barba y su gente. De los que oímos hace rato, ¿se acuerda? Y además… No sólo acabamos de abrir un hoyo aquí sino que vamos a meternos sin permiso por los pasillos de un burdel ilegal…

—Lo abrió usted.

—¿Se da cuenta? Vea lo que le preocupa. Yo me dedico a esto, es decir a meterme en lugares, a buscar cosas incluso

donde se supone que no puedo entrar a buscarlas, pero usted…

—Lo abrimos, pues —lo interrumpe Molinar—. No me importa. Está bien. Quiero ir. ¿Me va a llevar o qué?

"El mito", explica Violeta Guzmán, bióloga y encargada de estos animales, "es que se tiran por los acantilados cuando sufren de sobrepoblación, lo cual es totalmente falso. Pero es que hubo una película hace muchos años que decía eso, y a la gente se le quedó. Entonces, lo que hacemos aquí es que cada que es posible, cada que nuestra población de lemingos es lo bastante grande, los encerramos en un contenedor más bien pequeño que tenemos arriba en la parte alta, y cuando ya están vueltos locos uno encima de otro…, porque al igual que otras especies o que a los seres humanos les perjudica estar en espacios muy confinados y hacinados, entonces les abrimos la puerta y todos salen corriendo y se caen. Nada más rescatamos uno de cada diez pero con eso alcanza para que la población se mantenga."

—Si me dice que le pague le pago —insiste Molinar.

—Ya le dije que no necesita pagarme —dice Kustos, pero no continúa. En cambio mete las dos piernas a la vez en el agujero y trata de impulsarse, pero no lo logra.

—¿Qué pasa?

—No puedo…

—¿Pero por qué? Usted es flaco, ¿no?

—Es el trajecito este.

—¿Por qué no se lo quita?

La gente se pone en el camino de los miles de roedores que corren, y se deja barrer por la ola de pelos y carnes diminutas y nerviosas; a veces, llegan hasta a despeñarse (lo que puede hacerse con o sin cable de seguridad), y otras simplemente resisten el paso y se dejan morder por los incisivos grandes y frenéticos, o pisotear pequeña y numerosamente, o bien buscan frotar sus regiones más sensibles contra la corriente, lo que los hace moverse de un lado a otro y adoptar posiciones de lo más curiosas (Violeta Guzmán las reproduce en un cuaderno de dibujo que tiene, que mira en cada momento libre y es su propio secreto).

—Porque no traigo nada abajo… No pude recoger mi ropa.

No es fácil –mejor todavía: no es posible– entrenar a los piojos para labores eróticas. Además, el intentarlo da rápidamente frutos de

evidente resequedad y pequeñez. Pensando en los éxitos que se han obtenido con hormigas y otras especies, muchos suponen que cualquiera puede ser un maestro en el arte de la doma: de dejar en un ser vivo la impronta de su voluntad. Los piojos prueban lo contrario discurriendo sobre piel y pelo *siempre de la misma forma*, sin atender indicaciones sobre la diferencia entre pasos rápidos y lentos, entre marchas profusas y filas indias, entre la lentitud al comienzo y la lentitud al *final* del placer, entre los momentos en que es lícito morder y aquellos en que no lo es.

> *—A ver, lo ayudo. Déjeme ver…*
>
> *—Creo no falta mucho para que pueda pasar —dice Kustos—. Una vez, en Eslovenia, me quedé varado en las faldas del monte Triglav…*
>
> *—¿Cuál es ése?*
>
> *—Después le cuento. Creo que…, creo que más bien me trabé… No debí haber pasado las dos piernas…*
>
> *—A ver, jale…, es decir, jálese…*
>
> *—¿Cómo?*
>
> *—Con los brazos.*
>
> *—Mejor empújeme.*

EL QUE HAYA PIOJOS EN EL BRINCADERO se debe a usos "alternativos" como los de Juan y la señora Bracamontes. Los nombres son falsos pero constantes, al igual que sus visitas a la torre; también es invariable que pidan frascos llenos con cientos o miles de esos seres pequeñísimos, y se encierren luego en alguna de las suites elevadas y estrechas, las más costosas, disponibles en el piso Y LOS PASTOS DEL VERANO TIENEN VIDA MUY CORTA.

> *Molinar se acerca a los pies de Kustos. Duda. Trata de agarrarse de la caña de las botas.*

Muchos asisten a sus juegos desde las mirillas secretas (se cree que les agrada: nunca hay quejas, y los observadores reportan "buen ambiente", la camaradería que sólo se da en los sitios más apretados y clandestinos de establecimientos como éste).

Él se viste de harapos y ella con un traje severo; allí, él, sentado en el suelo, se vierte los piojos en la cabeza, las axilas, las cejas y el pubis, y luego se queja de comezón.

> *—Empújeme.*
>
> *Después de un momento Molinar se da por vencido, pone*

las manos en las suelas y empuja con fuerza.

—Yo también empujo —dice Kustos, y los dos resoplan, y de pronto el cuerpo de Kustos se desatora y, entre astillas y fragmentos que se desprenden de la pared, cae de nuevo en su propio cuarto.

Siguen largos regaños, y luego los dos se intercambian súplicas ("Ayúdeme"), exigencias ("Sólo si te portas bien"), más suplicas ("No me eche a la calle, no me eche a la calle"), improperios ("Entonces harás lo que yo diga, piojoso"), siempre con las mismas palabras. Al fin él se pone de rodillas, y ella toma crema y una navaja de afeitar, y lo deja mondo, desnudo por entero, con líneas blancas donde estaban las cejas y manchas pálidas en el cráneo, bajo los brazos, entre las piernas, mientras insiste en que nadie lo adoptará si está sucio. Él asiente, sin levantarse, y le canta en falsete una canción vernácula.

—¿Está bien?

—Otra vez —dice Kustos, quien una vez está de espaldas en el suelo—. Al menos la tela del traje resistió. Imagínese salir desnudo de aquí…

Se levanta con alguna dificultad, se asoma por el agujero, estudia la situación, y pasa de nuevo la pierna que había hecho pasar la primera vez.

—¿Por qué no prueba el brazo? —dice Molinar.

—¿El brazo?

Kustos obedece.

Terminado el "acto" los observadores discuten –en ocasiones largamente– y se preguntan de qué melodrama provendrán los parlamentos y la canción, de qué profundidades el resto. También, si los dos clientes tendrán otro tipo de vínculo.

—El brazo en vez *de la pierna, Horacio. A ver, Lo ayudo. Saque la pierna… Meta de una vez los dos brazos. Y ahora…*

Casi siempre, los piojos fugitivos terminan por trepar en la señora Bracamontes, y entonces ella, sin desprenderse de su máscara, dice que quiere ser limpia también, y después de un rato se mira en el espejo suave y pálida como una larva, y besa a la que tiene junto mientras le dice otras cosas, que ya no llegan a escucharse.

—Ya, está bien, a ver…

—Agárrese. Voy a jalar. Usted impúlsese desde allá.
—¿Y cómo me impulso?
—En el suelo. Haga palanca.

El teatro llega a su fin sólo cuando los piojos demuestran que tampoco saben de fantasías ni realizaciones, y reanudan sus escaladas sobre la piel recién limpia, y nuestros héroes deben bañarse y regresar al mundo.

Kustos intenta apoyarse en el suelo y de pronto está moviendo las piernas tan rápido como puede, como si deseara correr a toda velocidad y solamente se lo impidiera la pared.
—¡Jale, Francisco…!

(Peores que quienes buscan domar a los piojos, hágase la aclaración, son los "aficionados" que llegan a la torre con ganas de "domar liendres". Las liendres son los huevos del piojo, responderá altivo el encargado del piso, y por ende no se les puede entrenar *en absoluto*. Peticiones como la mencionada son las que más tristemente desenmascaran a los imbéciles.)

—¡Jale!
—Ay.
—¡Jale! —grita Kustos, y Molinar jala un poco más y Kustos pasa por el agujero y aterriza, con una maroma, en el piso del cuarto de Molinar.

Para disfrutar de LOS CARACOLES, los adeptos recurren a la siguiente forma del azar: desnudos, se dejan colocar a un centenar o más aún de los más pequeños entre estos moluscos, y entonces esperan.

Kustos se levanta de un salto. Luego sonríe y abre los brazos como un gimnasta al terminar su rutina.
—¡Ja! Hice algo parecido una vez, en el valle de Mizque… Mucho gusto, señor, una vez más. Horacio Kustos —y le estrecha la mano como hace poco. La parte superior de su overol también es blanca y tiene una máscara con ventana de plástico doblada tras la abertura del cuello. Cuando la trae puesta debe cubrirle por completo la cabeza. No se vería fuera de lugar en una granja de abejas o en un tiradero de desechos tóxicos.
—Un segundo —Kustos se inclina junto al agujero y saca algo de él: una mochila que se cuelga del hombro—. Listo. ¿Qué tal el traje? Me lo hicieron poner allá… Ya verá cómo

es. Espero.

—¿En el jardín?

—Si está seguro, vamos.

Kustos se acerca a la puerta, toma el picaporte y lo hace girar.

—¿Entonces por qué no me quería decir que no estaba con llave? —pregunta— Bueno, no importa. ¿Oiga? —alza la voz — Oiga, usted, quien sea…, sea lo que usted sea… Al rato venimos, ¿eh? Dígale a la señora Isabel que no vamos a hacer ningún destrozo.

Kustos abre la puerta. El corredor está más iluminado que el cuarto: entra la luz, proveniente de focos amarillos, brillantes como el sol, al mismo tiempo que los dos hombres salen.

Muy lejos de allí, la señora Isabel sigue enfrascada en tareas urgentes que llegan una tras otra. Pero piensa en los dos hombres: cree que aún la esperan y que no habrá dificultades.

A veces los caracoles simplemente se marchan, o se quedan inmóviles, refugiados en sus conchas de dureza ilusoria. Pero unas pocas veces, acaso dos o tres en la vida de cada aspirante, se echan a andar por la piel, dibujando caminos precisos por los puntos más sensibles, insinuando apenas el placer. Ha de buscárseles por todo el piso (Valsando Un Vals Sin Fin, Por El Planeta), que es uno de los más sencilla y cálidamente decorados.

Molinar regresa después de un momento a recoger la cajetilla de cigarros que dejó olvidada en el suelo junto al aparato de tortura.

—Me aviento —dice en voz baja, mirando la puerta abierta—. Me aviento —y vuelve a cruzar el umbral y cierra la puerta desde fuera.

La torre guarda, además de su mobiliario, sus criaturas y su personal, su historia y numerosos secretos.

Éstos, sin embargo, no son para sus clientes habituales, quienes llegan a donde desean llegar y nada más; quienes no se hacen preguntas sobre el tamaño ni, mucho menos, la naturaleza del edificio. Ninguno entre ellos llega a pensar siquiera en las cosas *extrañas* que hay. Lo que está al alcance de su vista y en realidad carece de misterio: lo que es

simplemente posible.

No: nadie piensa en la enorme cantidad y variedad de los animales disponibles y la gran cantidad de espacio y de recursos que exige su presencia; en las numerosas formas del placer que el negocio ofrece, y que son al mismo tiempo inagotables y repetidas porque los animales, distintos como son entre sí, se acercan siempre a cuerpos de la misma forma y con deseos semejantes; en las historias de los otros clientes, sus compañeros, que llevan cada uno su propia porción de la ciudad y del mundo al interior del edificio; las historias del personal de El Brincadero, que lleva al mundo su vida del edificio, y vive también su porción del afuera, y afuera nace y engendra y muere.

Nadie se pregunta por estas cosas: nadie se asombra. Todos vienen estrictamente a lo que vienen. Todos alivian sus necesidades, escenifican sus fantasías, se rascan y se frotan y se empalman y luego se van. Están aquí como si no estuvieran. Entran como si no entraran y cuando salen no se nota. Pagan por la pequeñísima porción de la realidad que les importa y, para quien los observa con atención y sin arrebato, son todos iguales.

Lo que distingue a esa tribu ciega de los dos intrusos que acaban de salir de sus celdas sin entender del todo, sin sospechar nada salvo lo que cuadra con sus deseos, es que a los clientes no se les habla nunca y apenas se les observa. Pero también que los intrusos, al cruzar el umbral y quedarse solos, han pasado al territorio peligroso: el que alcanzan quienes tocan, aunque sea levemente, el verdadero misterio de la torre, y por lo tanto se pierden y no vuelven, o mueren poco antes o poco después de algún acto espantoso, o cambian por entero –lo que puede ser aún peor– o encuentran que la criatura más terrible de las que aquí se guardan es también la mayor, la más poderosa, la que con más fuerza muerde.

MENTE ABIERTA
(1972)

El salón está decorado a la última moda, con fotomurales en las paredes, baldosas de colores en el piso y estampado de cebra en cada una de las sillas. Las piezas que se escuchan son de los Beatles y los Rolling Stones. El grupo de rocanrol sobre el pequeño escenario las toca con fuerza, las bocinas a todo volumen para compensar el que los músicos no se escuchen unos a otros y el cantante sea pésimo.

Aunque los tres se han sentado alrededor de la mesa más alejada de las bocinas, muy pronto están gritando:

—¿Cuántos años tienes?

—Va a cumplir dieciocho —grita, respondiendo por ella, su padre.

—Papá —grita Isabel.

Aunque el joven Constantino tiene veintidós años, se ve mayor. No se parece a su propio padre: es ancho, de espaldas blandas y cargadas –hasta su muerte, el viejo Constantino fue correoso y enjuto–, y además tiene la cara redonda y una papada gruesa y áspera. Lleva el cabello un poco largo, como es la moda, pero el peinado da la impresión de ser un casco, demasiado grande para la cabeza que lo lleva. También es claro que se siente muy incómodo en el traje, hecho a la medida, que se ha puesto.

—¿Y qué haces? —grita de nuevo el joven Constantino, mientras se sirve otro trago de whisky. Es claro que hace esfuerzos por mantenerse quieto y atento pero sus ojos se desvían, a veces, hacia los focos de colores que adornan las paredes, hacia las parejas que se tambalean en la pista, hacia la puerta de salida, y sobre todo hacia los senos de Isabel, que son pequeños pero firmes, enhiestos.

El hombre estaba en algún sitio de Europa, terminando la universidad o pasando de una universidad a otra, y viviendo de un fideicomiso creado por su padre. Hace un año obtuvo el control de varias otras empresas del viejo Constantino y al parecer las llevó a todas a la quiebra. Ahora acaba de llegar aquí, “para ocuparse del negocio”.

—¿Cómo que ocuparse? —preguntó Isabel hace unas horas, cuando su padre se lo dijo.

—Eso dice él —contestó Emilio—. Yo digo que tendría que haberse ocupado cuando se murió el señor Constantino, ¿no? ¿Te acuerdas? —Isabel se acordaba y asintió lentamente— De todas maneras vamos a tener que hablar de eso pronto, ver a los abogados. Tú ya sabes cómo dispuso todo el señor Constantino…,

pero creo que éste no sabe. Primero estuvo en Francia, o no sé en dónde, como en una especie de internado. Y luego se siguió, y es la primera vez que viene desde que era niño…

—Dime qué haces —repite, ahora, el joven Constantino.

—Me ayuda —empieza Emilio.

—Ayudo a mi papá —lo interrumpe Isabel— en la administración. Del negocio. Ya sabe.

—A estas alturas debe tener el equivalente de una carrera en administración —dice Emilio.

Se pone de pie para ir a hablar con un mesero que le hace señas. El joven Constantino se le queda mirando y dice algo que Isabel no alcanza a oír.

—Yo ayudo pero mi papá está siempre al pendiente del negocio —grita ella.

—¿Qué? —grita el joven Constantino, quien acerca su rostro hasta casi tocar el de Isabel. Al mismo tiempo, sin demasiada fuerza pero con dureza, pone sus manos en las mejillas de Isabel y la fuerza a girar la cabeza. Él habla, grita, directamente a su oído.

—¿Recibes a la gente? —dice, y ella puede oler su aliento. En el aroma está lo que ha bebido pero también un dejo acre, metálico.

Isabel puede ver a su padre de reojo: sigue hablando con el mesero. Se agita y no consigue separarse de Constantino.

—Que si recibes a la gente —grita él.

—Permiso —grita Isabel, lo toma de las manos con brusquedad y lo obliga a apartarlas; luego se aleja un poco—. Más bien estoy a cargo de los que ya llegaron —grita, con más fuerza que él—. A veces.

Constantino la mira y sonríe. Dice algo que Isabel no consigue escuchar, vuelve a acercársele –no se pone de pie: arrastra la silla en la que está sentado– y toca su muslo. Aprieta brevemente varias veces seguidas, como si tentara una fruta para saber si está madura. Sigue hablando, entrecierra los ojos, inclina la cabeza sin apartar la vista de los ojos de ella: parece imitar a un galán de película muda. Justo cuando Isabel se ha repuesto de la sorpresa y va a darle una patada, Constantino levanta la mano. Ahora tiene los dientes apretados.

—¡Así no se puede, carajo! —grita, y se aparta de Isabel, se pone de pie, se abre paso entre las mesas que ocupan los clientes y llega hasta el grupo. Trata de llamar la atención de los músicos y, cuando se da cuenta de que ninguno le hace caso, sube al escenario y empieza a arrancar los cables que conectan las bocinas con los instrumentos. Sólo el baterista, por el impulso de su propio ritmo y

porque sigue sin escuchar a los otros, permanece tocando casi medio minuto después de que los otros han dejado de hacerlo y han empezado a pelear con Constantino.

Emilio se da cuenta de lo que pasa y va hacia ellos.

—¡Oiga! —empieza.

Ni los músicos ni Constantino voltean a mirarlo. Mira a Isabel al pasar junto a ella, hace un gesto leve con la cabeza y ella entiende que debe sacar tranquilamente a los clientes. Se levanta y alza la mano para que los meseros la vean. Todos la conocen y saben que deben obedecerla; seis o siete llegan rápidamente hasta ella y la ayudan.

—Ustedes perdonen —les va diciendo, mientras los gritos prosiguen a un lado del escenario.

—¿Quién es ese pinche loco? —se queja un hombre de barba y morral, vestido de mezclilla. Aunque tiene un vientre prominente, el cabello largo y casi blanco, grandes bolsas bajo los ojos y la cara arrugada, sus movimientos indican que no es tan viejo como parece: que más bien no se ha negado nada, ni alcohol ni drogas ni comida ni sexo. Isabel ha visto antes a otros como él, en El Brincadero.

—¿Y por qué nos sacan a nosotros? —se queja la muchacha que acompaña al hombre. A Isabel le parece una adolescente, con el cabello peinado en dos colas y la falda plisada.

—Ustedes perdonen —dice ella, y cuando los ha acompañado hasta el pasillo agrega que todos los clientes recibirán, como compensación, una ronda gratis de bebidas en el bar más cercano, que está un piso más arriba.

—Pues no sé —dice el hombre—, gracias pero… Mejor vamos a tomar algo a otro lado. ¿No? ¿No vienes?

Isabel sabe exactamente lo que debe decirle a un cliente que hace invitaciones por el estilo. Pero en lugar de decirlo, pregunta:

—¿A dónde? ¿Afuera?

—En mi casa siempre hay de todo. Ándale, vente. ¿Verdad que sí, Angie?

—Sí —dice la muchacha, que ya está de pie a un lado del hombre, justo detrás, con su pecho tocándole la espalda.

Isabel se vuelve para mirar el interior del salón, donde su padre sigue discutiendo con Constantino y los músicos. Todos muy exaltados.

Isabel imagina a Constantino como jefe, como dueño del negocio. Lo imagina dando órdenes a su padre.

Y luego lo imagina enterado de todo: con el libro azul en las manos; dando órdenes a su padre en el jardín.

Poco después está en el elevador con el hombre y la muchacha.

—Para otra vez, si quieren ir al bar que les decía, recuerden: "Crudos Momentos En Mí Mal Gastados" —dice—. Con eso.

—¿Qué, que estamos crudos? —dice la muchacha— ¡Si yo ni siquiera estoy peda! —y empieza a reírse.

Isabel prefiere responder:

—Siento mucho lo que pasó hace rato, pero es que ese señor es el nuevo dueño…

—Pues es un tarado.

—Sí —asiente Isabel—. Un hijo de la chingada.

La muchacha empieza a reír a carcajadas. El hombre se queda callado por un momento pero luego ríe también y abraza a las dos por encima del hombro. En ese momento el elevador llega a la planta baja y las puertas se abren.

Isabel no sabe si puede sacudirse del abrazo del hombre, que mientras esté en el edificio –así le ha dicho siempre su padre– es un cliente.

—¡Vámonos ya! —dice el hombre antes de soltarla y caminar hacia la salida—. Te va a encantar la casa. ¿Te puedo hablar de tú? ¿Cómo te llamas?

Fuera del edificio, Isabel siente el frío del aire de la calle. El hombre le pone sobre los hombros su chamarra, que está hecha de mezclilla y se siente a la vez pesada y tibia.

—Gracias —dice ella.

—Las que te adornan, amiga. Yo me llamo Gustavo —dice el hombre— y ella es Angélica, Angie. Como la canción.

—Y a él —dice Angélica— también le puedes decir Gus. Gusy. ¿Verdad, Papito?

—Pero no es mi hija, ¿eh? —se apresura a decir Gustavo— ¿Verdad, mi reina? —y la besa en la boca.

Isabel los sigue. Caminan por la calle de Bravo hacia el norte; dejan atrás la catedral y la Plaza de Armas y se internan en una calle del barrio de la Cantera. No es la primera vez que Isabel sale de la torre por la noche, ni en horas de trabajo, pero hoy descubre que el exterior la atrae como pocas veces: las luces de las farolas, las figuras de los pocos transeúntes que hay en las calles a esta hora, el rumor de los motores de los autos, también pocos e infrecuentes. La ausencia de música, y más aún: el silencio que se insinúa bajo los pasos, las palabras y el resto de los sonidos, y que no se deja borrar, como ocurre en el interior del edificio.

—Qué buena onda que vengas —dice Gustavo—. Pasa, ya llegamos.

La casa de Gustavo es pequeña y vieja: tiene un pequeño jardín, muy descuidado, tras una reja de hierro. Tiene también puertas de madera gruesa y ajada y techos altos como los de la torre. La estancia, en cambio, se ve muy distinta a cualquier otra que Isabel conozca: tiene muebles viejos y desiguales, manchados de pintura de colores, pero es tibia. Dos lámparas la alumbran con luz amarilla. Bastidores sin enmarcar con imágenes abstractas cuelgan de las paredes; también fotos de Gandhi, Marx y otros. En la sala hay dos mujeres: la más joven, tal vez de la edad de Angélica, es baja y redonda, de piel apiñonada, con el pelo muy negro, apretado en una cola y viste un huipil; la otra, cerca de los cuarenta, es más alta, muy delgada, de cara blanca y pecosa, ojos azules y pelo rojo, el más rojo que Isabel haya visto. La morena está sentada a la mesa y bebe cerveza de una botella mientras lee un libro; la pelirroja, que lleva un delantal sobre su vestido verde, viene de la cocina con un enorme panqué aún humeante, sobre un plato de metal.

—Hola —dicen las dos.

—¡Otra vez con tus panqués! —dice Gustavo— Por tu culpa estoy así —se palmea el vientre— y no digamos Roberta, que también le entra con fe, ¿verdad?

La morena se sonroja e intenta reírse. Gustavo va hasta ella y, sin permitir que se levante, la toma por la nuca, tirando de su cabello.

—No nos podemos aguantar, ¿verdad, mi Berta, mi amor? —dice, y luego le da un beso largo que las otras tres mujeres observan.

Cuando han terminado, Roberta alza las manos para acariciarle las mejillas.

—Eres una bestia —dice, sonriendo.

—Espérate —le dice Gustavo. Se inclina y se quita los zapatos—. Vamos a ponernos cómodos. ¿No quieres ponerte cómoda? —dice a Isabel mientras las tres mujeres se descalzan.

Angélica se encarga de recoger y guardar los cuatro pares de zapatos. Entretanto Isabel sigue a Linda, Gustavo y Roberta, y se sienta con ellos a la mesa. Hace caso de un gesto de Gustavo y se sienta a su derecha. Linda, la pelirroja, viene de un lugar de Estados Unidos donde todos cocinan como ella, o así lo dice mientras sirve grandes rebanadas de panqué. También dice muchas otras cosas acerca de las noticias (terribles), las telenovelas (su favorita es *Muchacha italiana viene a casarse*), las labores de la casa (que son su responsabilidad, y está bien, porque después de todo es la que menos trabajo tiene, dado que Angélica ayuda a Gustavo, y Roberta

tiene sus clases en la Universidad, que son además materias importantes, humanísticas pero importantes). También canturrea la canción que perdió en el festival de la OTI (lo cual le parece una barbaridad, una injusticia).

—Los panqués son responsabilidad de las mamás y de las amas de casa en general —explica luego, volviendo a sus panqués—. Cuando vine me sorprendió tanto que aquí no los hicieran… Yo vine a México nada más de vacaciones pero conocí a Gustavo por unos amigos y me enamoré…

Isabel ha escuchado en silencio.

—¿Entonces tú trabajas en la Animalita? —pregunta Roberta.

—¿La qué?

—¿Nunca has oído que así le dicen? —pregunta Linda.

—Es por La Casita —dice Angélica.

Y Roberta, al ver la cara de perplejidad de Isabel:

—El congal de la carretera.

—De la Santa Clara-Morosa —completa Gustavo.

—¡Ah! —dice Isabel, quien jamás había oído de ese lugar— ¿También es un negocio con animales?

Mientras se admiran de que Isabel no conozca La Casita, y ella replica que no sale mucho, Angélica pone un disco: bossa nova. Voltea a mirar a Gustavo. Él le está sonriendo a Linda, pero dice:

—Queremos hablar, por favor, Angie —y Angélica baja un poco el volumen. La música queda (piensa Isabel) como Constantino hubiera querido para conversar con ella y acariciarla—. Ah, y no, no, Chabe, ¿puedo decirte Chabe? Que yo sepa nada más tienen mujeres. ¿Te traes unas chelas, mi chaparrita? —dice a Roberta, y ella se levanta de su silla y va a la cocina.

—Creo que también tienen algunos hombres allá —dice Linda.

—Vamos a cambiar de tema. Chabelita va a pensar que somos unos inmorales…

Cuando Roberta regresa de la cocina con varias cervezas en lata, todos se quedan mirando a Isabel.

Después de un momento ella dice:

—Te falta darle beso a Linda —y cuando Gustavo la besa, tan larga y cálidamente como a las otras dos, por fin se relajan.

Después todos beben y comen más de una rebanada del panqué de Linda, que es muy pesado y sabroso. Beben otra ronda, y otra. Isabel va al baño y cuando regresa ve que los cuatro han pasado a los sillones. Angélica está sentada junto a Gustavo y mordisquea su oreja; Roberta y Linda están en otro sillón, inclinadas hacia delante. Linda mira su reloj de pulsera.

—Ya, estate quieta —dice Gustavo, pero no se mueve.

—Yo creo que… —empieza Roberta, y se levanta.

—¿Ya te vas? —pregunta Gustavo.

—Tengo clase a las ocho, Papito, acuérdate.

—Otro ratito —dice Gustavo, y Roberta vuelve a sentarse.

—¿Y ustedes dos qué andaban haciendo en la Animalita? —pregunta Isabel.

Todos voltean a mirarla. Gustavo aparta a Angélica con una mano.

—¿Sabes qué?, mejor sí ya acuéstate, mi gordis —dice, mirando a Isabel—, y tú también, Lindísima… Al rato Angie recoge. Ya, vayan a descansar. Bastante friega se han puesto ya. Al rato las alcanzo. ¿Cómo se dice, Angie?

—Gracias —dice Angélica a Linda y a Roberta—. Estuvo muy rico.

—Buenas noches —dicen las otras dos mujeres, y se paran, y se marchan. Gustavo llama a Isabel para que vuelva a su lado. Ella obedece. Descubre que todavía siente curiosidad.

—Me da mucho gusto que no seas espantada, mi Chabe… Eso habla muy bien de ti. Y respondiendo a tu pregunta, pues en realidad allá no vamos a hacer nada en especial, no somos clientes. Estamos a favor de la naturaleza. ¿Y tú, qué andabas haciendo? ¿Qué haces?

Angélica va por otra lata de cerveza y la abre.

—¿Cómo dice?

—Quiero decir, ¿qué estabas haciendo allá? ¿Cuál es tu trabajo? ¿Te pagan bien?

—No —empieza Isabel—. Bueno, la verdad es que no me pagan…, pero es porque…

—¿No te pagan? —se indigna Gustavo—. No, ¡no es cierto! ¡No es justo! ¡Puros explotadores por todas partes! ¡Yo ya lo decía! ¿Verdad que te decía, nena?

—Sí —dice Angélica, que regresa al sillón y toma otro trago de su lata.

Gustavo bebe un poco más de su cerveza y cuenta a Isabel que es profesor en la Universidad Autónoma de Morosa, en la Facultad de Humanidades, y que allí conoció a Angélica y a Roberta.

—Y aquí la Angie todo el tiempo estaba cantando aquella de “quiero ser la consentida de mi profesor”…

—¿Cuál? —pregunta Isabel.

—Todo el semestre —dice Angélica— se la pasó coqueteándome. Y a mí me daba pena…

—Y hasta que le dije que se alivianara, que no pasaba nada, que es muy natural que una chica guapa se sienta atraída por un hombre mayor, con más experiencia de la vida. Y por fin me dijo que sí, se salió de la carrera y se vino a vivir conmigo. Tú eres mujer de mente abierta, ¿verdad? No te espanta que te cuente esto.

Isabel deja pasar unos segundos antes de contestar:

—¿Y Roberta también?

—Nada más que ella es maestra. De hecho ella vino primero…

—Somos de amor libre —dice Angélica, y vuelve a besar y morder la oreja de Gustavo.

—Yo enseño eso —dice él—. En contra del machismo dominante. Sí sabes qué es eso, ¿verdad?

—Bueno —dice Isabel, y otra vez se detiene. Piensa que no sabe por dónde empezar. Un momento después recuerda que no conoce a este hombre ni a estas mujeres.

Gustavo ya está diciendo:

—Es un tema tremendo. Una parte de todo lo que nos oprime en esta época. Como los trabajos. El tuyo, por ejemplo. Ve a qué horas trabajas. Tus horarios. Digo, si te compensan, si de alguna manera hasta te gusta… —se detiene para vaciar su lata de cerveza —, entonces está bien. Claro. Cada quien su vida, cada quien es libre. Yo no me espanto de nada ni obligo a nada a nadie. Ahora, si no estás a gusto allá y no tienes ningún compromiso…

Hace ademán de levantarse. No termina de hacerlo porque Angélica se levanta, va a la mesa y le trae una lata más. La abre y se la da a Gustavo, quien bebe.

—No vayas a hacer la puntada —dice luego— de quedarte allá trabajando hasta que ya seas una ruca…, una vieja. ¿Captas? Digo, yo no tengo nada contra los viejos ni contra nadie, pero ¡hay que vivir! ¡Hay que vivir, Chabe! ¿Verdad? ¿Verdad, mi reina? Hay que vivir, hay que tener contacto con la naturaleza… Uno se cansa de estarse peleando con la ciudad, con la soledad, con la contaminación…

—Y la vida —dice Angélica a Isabel, muy seria— es sagrada.

—¡La vida es sagrada! —repite Gustavo— El amor, el placer, todo es sagrado —y abraza por el hombro a Isabel.

Isabel nota que Angélica hace una mueca, pero Gustavo la ve también y se las arregla, casi sin moverse, para mirarla y atraerla con un movimiento de la cabeza. Luego le da un beso en la boca, sin soltar a Isabel.

—Mmm —dice, mientras mueve la lengua en el interior de la boca de Angélica.

—Mmm —dice ella también. Los dos (piensa Isabel) quieren que se entienda claramente la emoción de su beso.

Cuando se separan Angélica quiere abrazar a Gustavo pero éste se vuelve a mirar a Isabel, le sonríe y se acerca a su oído. Isabel huele el alcohol de su aliento y, bajo él, un aroma de humo o de ceniza.

—Yo no soy como otras personas. Soy idealista. Libertario. Lo digo porque es la verdad.

—También vas al congal a vender mota —dice Angélica, agria de pronto.

—Y tú vas conmigo, ¿qué tiene? —pregunta Gustavo, sin mirarla, alzando la voz—. Ay, perdón, Chabelita, ¿puedo decirte Chabelita? Ya te grité… A ver, sana, sana —soba la oreja de Isabel con la punta de sus dedos y de allí los hace pasar a la mejilla. Luego, al cuello. Isabel, tiesa en su asiento, escucha la música que sigue sonando y alcanza a ver la cara de Angélica, pero ésta evita su mirada y se concentra en su propia cerveza—. Mira, de veras, aquí Angie y yo y mis otras dos reinitas… somos personas…, somos gente que hemos estado en estas cosas. Sobre todo Angie y yo tenemos nuestras actividades extraescolares, como ella bien dijo, pero no sólo es que el magisterio está vendido a la reacción y nos explota: tú has de ganar más de recepcionista, o de edecán, como se llame lo que hagas, que el sueldo de hambre que a mí y a Roberta nos dan…

Angélica pone una mano en la pierna de Gustavo y empieza a acariciarlo. Él no se da por enterado.

—Y Linda no trabaja. Es decir, nos cocina, lava, por eso no gana dinero. Nos apoya y la tenemos que apoyar.

La mano de Angélica sube y baja por el muslo de Gustavo. Después de un momento se mueve con mayor rapidez.

—Además, bueno, tampoco es tan ilegal. Siempre trato con el señor Emilio, con tu jefe… Y le vendo a cualquiera. A los de la alta y a los que no. Pero lo que te estoy tratando de decir es que no dejes que te exploten. Y si un día quieres conocer algo diferente…, si un día te sientes mal, te sientes sola, quieres hablar con alguien… —quita su brazo del hombro de Isabel y se separa. También toma la mano de Angélica y la levanta—. A ver, Angie, la de escribir —dice, y Angélica se pone de pie y va a otra habitación en la que Isabel alcanza a ver un escritorio, un librero y muchos papeles. Gustavo chasquea los dedos—. Ándale, encanto, que es para hoy —y Angélica encuentra al fin un bolígrafo y vuelve con ellos.

—Aquí está, mi amor.

—Así me voy a tardar cuando me pidas tu ya sabes qué.

—Papito, ya estoy bien peda —responde Angélica, mientras intenta acariciar el rostro de Gustavo, que se aparta—. Papito…, no te enojes…, Papirrín… Además hoy me toca…

—Espera —dice Gustavo, y escribe un número de teléfono en la palma de la mano de Isabel—. Ya está. Es el número de la casa. Y ya sabes cómo llegar. Y tú —agrega, mirando a Angélica— no me hagas caras feas, ¿eh?

Angélica dice que no agitando la cabeza. Baja la mirada al suelo. Gustavo vuelve a acercarse a Isabel y ahora la toma por el talle. Isabel siente la palma del hombre, cálida, sobre su vientre.

—Te perdono. Y tú, Chabe, ya sabes. Llámame. Llámanos. Cuando te sientas sola. Te podemos ayudar. Incluso, si un día quieres dejar ese trabajo que tienes…, si te quieres ir, si te hartas… Está bien si te hartas. ¿Captas? No tienen derecho a estarte explotando. No tienen ningún derecho.

La mano de Gustavo empieza a subir hacia sus senos. Isabel no se mueve. Aunque está un poco ebria piensa muy claramente: recuerda que ya ha conocido a algunos hombres parecidos a éste, aunque todos mucho más jóvenes. Algunos de ellos han sido, incluso, idea de su padre, quien le ha dispuesto varias citas, en general insignificantes: tipos tímidos, empleados del propio negocio que prácticamente no se atrevieron a nada para no enojar a su patrón.

—Te puedes quedar aquí en la casa —dice Gustavo—. Te puedes quedar todo el tiempo que quieras.

Y ahora Isabel piensa que su padre ha insistido por años en que vaya a la universidad. Tal vez podría hacerle caso. Podría ir, incluso, a la de la capital: estar unos años lejos del edificio y de toda Morosa, conocer personas diferentes. No ver tampoco a Constantino el joven: regresar hasta que se haya apoderado de todo, si realmente va a hacerlo…

—Me hablas y te vamos a recoger. O llegas cuando quieras. En el peor de los casos Linda está aquí siempre. Es un lugar amplio. Nuestra comuna. Tenemos buena música, no como allá, y podemos… No somos convencionales. ¿Verdad, Angie, que no somos convencionales? Angie.

Vuelve a chasquear los dedos y Angie, quien ahora estaba mirando hacia arriba, voltea a verlos.

—¡Atenta!

—¿Qué, Papito?

—¿Verdad que nos la pasamos a todo dar aquí los cuatro?

—Sí.

—¡Pero dile! —insiste Gustavo, y levanta su mano sin haber llegado a tocar el pecho de Isabel— ¿Qué te pasa? ¿Qué pedo? —y por un momento los dos discuten en voz baja. Isabel decide levantarse para no escuchar mejor. Al fin, Angélica asiente varias veces, inclina la cabeza y dice a Isabel:

—El Gusy es alivianado… Y además. es cariñoso. Y apasionado. Yo creo que a las tres… —titubea— Nos enseña muchas cosas. A una que viene de familia burguesa le cuesta adaptarse, pero… Es que sabe mucho. Sabe de literatura, de poesía. El otro día nos recitó unas cosas bien padres del *Libro Azul*…

—¿El libro azul? —pregunta Isabel.

—¿Lo conoces? —pregunta a su vez Angélica— De Neruda.

—De Rubén Darío, pendeja —dice Gustavo—. ¿Verdad, Chabelita? —y como ella está de pie le toca las nalgas, justo en el borde de la minifalda — En fin, cuando quieras. ¿Eh? ¿Cómo ves? ¿Te vas a animar?

Isabel camina hacia la mesa del comedor. Gustavo se levanta y la sigue. Angélica, se levanta también pero en busca de otra cerveza. Isabel da una vuelta alrededor de la mesa y Gustavo la da también. Se tambalea. Isabel da otra vuelta y Gustavo la da también.

—Espérate —le dice—. ¿Qué te pasa? ¿No que eras muy abierta? Va a resultar que eres defensora de la monogamia.

Isabel se detiene, deja que Gustavo la alcance y cuando lo tiene cerca le pone una mano en la entrepierna: Gustavo se envara y se agita, desconcertado, pero Isabel no se aparta. Siente calor, un poco de humedad y, después de un segundo o dos, la erección que empieza bajo la mezclilla. Angélica se ha dado cuenta de lo que sucede al mismo tiempo que Gustavo pero no hace nada. Se inclina hacia Gustavo, buscando su mirada, pero Gustavo mira a Isabel, quien pega su pecho al de él y empieza a masajearlo, suave, firmemente. La erección crece todavía más.

—¿Entonces eres a toda madre? —dice Isabel— Dime una cosa. Si me vengo a vivir aquí, ¿voy a ser de tu comuna con todos los derechos? ¿O hay niveles? ¿También vas a ser mi papito, mi papirrín? ¿Mi amo y señor?

Desabrocha los pantalones de Gustavo, y está a punto de bajarle el cierre cuando él dice:

—¡Espérate! —e Isabel lo suelta.

—Sí, me voy a esperar —dice, mientras ve cómo caen los pantalones. Las piernas de Gustavo son pálidas y velludas.

Nadie la detiene cuando sale de la casa. Nadie la ayuda, tampoco, cuando se pierde en el camino de regreso y tarda más de una hora en encontrar el edificio. Cuando vuelve por fin al salón de los fotomurales, su padre y el joven Constantino ya no están allí. Y cuando por fin los encuentra, todavía juntos, ambos le hablan acremente. Su padre, en especial, le reprocha el haber salido como lo hizo y terminan por gritarse.

Isabel se va a su cuarto y duerme hasta después del mediodía, Al despertar, su padre va a buscarla y la lleva a desayunar a una de las cafeterías del edificio.

—Ya no hablemos de anoche —dice.

—Ah, ¿me perdonas? —pregunta Isabel.

Su padre deja pasar la pregunta.

—Va a ser cuesta arriba con este cabrón —y, más firmemente—: Siempre no va a administrar el edificio. Ayer levanté a los abogados y lo vimos todo de una vez. Estaba muy encabronado pero así dispuso las cosas su papá. Va a vivir aquí, va a comer de aquí, pero nada más. Y no le vamos a enseñar nada. Es decir, de…, ya sabes.

—Claro que ya sé —responde Isabel, y mira a su padre directamente a los ojos.

Su padre, primero, pone una vez más su cara agria:

—Ya sé que ya sabes —empieza, pero de pronto baja la voz y la mirada—. Nada más pasa la voz. Seguimos como siempre. Seguimos como hasta ahora en cuanto a eso. Él no sabe nada y no va a saber nada. Lo más difícil fue asegurarse de que no sabía, pero nunca ha oído hablar del libro, ni de… Quiere unos pisos para él solo, el que fue de su padre y otros más. Cosas así, nada importante.

Ahora, Emilio se ríe. Isabel conoce esa risa sin alegría.

—Va a ser como tener a otro cliente mamón. ¿De quién es la chamarra que traías ayer?

Isabel se acostumbra a salir de la torre en días de poco trabajo a fin de pasear por Morosa, reunirse con amigos, quedarse de vez en cuando una noche o dos fuera; a veces, incluso, repite la escapada con la que celebró sus quince años y se marcha a una playa por una o dos semanas. Pero siempre es discreta y vuelve al edificio, en el que conserva por mucho tiempo –en realidad, durante varios años– el número que Gustavo le dio. Lo mantiene escrito en un papel, que guarda en un cajón de su cuarto, debajo de su ropa interior.

Por otra parte, salvo esa misma noche, en la que baja al salón de los fotomurales y devuelve a Angélica la chamarra de Gustavo, nunca vuelve a hablar con ninguno de los dos y los evita cuando llega a verlos; más adelante evita también a Linda y Roberta, que

empiezan a ir a también a El Brincadero.

Un día el hombre y las tres mujeres dejan de aparecerse por el edificio. Entonces Isabel tira a la basura el papel con el número.

MUERDE
(1:31)

Mientras pasan las horas ocultos, lejos de la mirada del mundo y también de la atención de los otros, quienes vienen a la torre también olvidan esto: que cuanto prevén rara vez llega exactamente como lo imaginaron: que las fantasías, por igual las de horror que las de belleza, son tercas y voluntariosas si las obligan a cumplirse.

—No, no, espere —dice Kustos—. Insisto. Cuando digo "natural" me refiero a algo que pasa de acuerdo con las leyes de la física. Nada más.

—¿Física?

—A ver, se lo digo de otro modo. Cuando una persona, digamos…, cuando viene aquí con una gallina, o con lo que sea que venga, da exactamente lo mismo…, no contraviene la ley de la gravedad. No se cae para arriba, ¿o sí?

—¡No, claro que no! Pero sí contraviene…

—Una regla moral. ¿No?

—¡Pero es que además no es natural! ¡No se supone que deba pasar!

—Ahí vamos otra vez —suspira Kustos.

Pero en ese momento los dos llegan al extremo del pasillo, que se prolonga hacia la izquierda y se ve exactamente igual que el tramo que los dos hombres han recorrido: paredes pintadas de blanco, piso de loseta gris, techo de plafón y tubos de luz blanca. Puertas blancas, iguales. Ninguna ventana y, hasta donde puede verse, ningún acceso a escaleras ni elevadores.

—Ésta es la cuarta esquina. Ya tendríamos que haber dado una vuelta completa.

—¿Seguro? ¿Dónde están los elevadores? Estaban afuera de la puerta. ¿Se acuerda? Cuando me trajeron, nada más salimos del elevador y ahí estaba la puerta del cuarto en el que me metieron…

—A mí me pasó lo mismo, ya le dije —responde Kustos—. Pero mire, mire allá.

A pocos metros de ellos, en el suelo, pegada a una pared, está una colilla. Los dos se acercan.

—No puede ser.
—¿No es la que dejó usted caer?
—Parece. Pero…
—Pero no puede ser, ¿no? —dice Kustos— Si ya dimos la vuelta completa y no hemos encontrado los elevadores…
En este momento se apagan las luces.
—¿Horacio? ¿Horacio?
—Aquí estoy, ¿qué pasa?
—¿Cómo que qué pasa?
—¿Está bien? No grite. Nada más se fue la luz.
—Quédese donde está.
—Estoy aquí a su lado, Francisco. Calma.
—¡No me diga que me calme!

EL SEÑOR MILLIKAN –por supuesto el apellido es falso– llega siempre con su pareja y pide un cuarto de carreras: un espacio particular que la torre tiene disponible en los pisos que van del CULPABLE, RÍO DIOS DE LA SANGRE al NO QUIERO SEGUIR SIENDO RAÍZ EN LAS TINIEBLAS.

—No pasa nada.
—Oiga, ¿lo oye?
—¿Qué cosa?

Una vez allí, pide que le envíen un pony, debidamente enjaezado, y cuando lo recibe lo monta y lo conduce al trote, a la carrera, al paso. No deja de gritar, mientras está sobre la silla, para señalar los detalles más finos del comportamiento del pony, al que jamás ha tocado en el sentido erótico del término; luego desmonta y se burla, todavía a gritos, del otro hombre, quien lo ha observado sin decir una sola palabra.

—¿Lo oye? —insiste Molinar.
—¿La voz? Claro que sí.
—¿Qué está pasando?
—¿Ahora sí cree que pasa algo?
—¿Cómo que “ahora sí”?

El propósito de Millikan es humillarlo: le recuerda su pobre desempeño al ponerse la silla y el bocado, y el otro se humilla, se tira al suelo y pide perdón, pero luego se rebela, grita a su vez, señala que el señor Millikan es cruel con la única persona que lo ama de veras y le perdona todo. Y así por horas, mientras el pony se aburre o come su pienso. Los dos tienen la cara siempre larga, llena

de líneas duras en la frente y alrededor de la boca.

—Hace rato nos quedamos discutiendo… —empieza Kustos, pero no continúa: una mano de Molinar, fría, temblorosa, se cierra sobre su muñeca.

—Haga algo.

—¿Cómo qué?

—¡No sé! —dice Molinar.

Aunque no tiene nada que ver con su situación presente: aunque es un hombre adulto, formado, está pensando en una pesadilla que tuvo de niño. La puerta de su cuarto se abría a medianoche, cuando en la casa ya no había ninguna luz; alguien entraba: sólo podían escucharse sus pasos, que avanzaban hacia su cama y no llegaban nunca, pero siempre estaban más y más cerca. Y esto duraba muchas horas del sueño, infinitamente más largas que las horas de la vigilia.

—Si es un desperfecto pronto vendrá la luz —dice Kustos —. Tiene que haber una especie de generador o algo así…

—Vamos a buscar la salida, por favor.

—¿La salida?

—Vámonos.

—¿Ya no quiere ir al jardín? A ver, espere, déjeme ver…

Kustos se suelta de Molinar sin brusquedad. Éste lo oye moverse. También oye un cierre que se abre.

—Estoy abriendo mi mochila. Creo que traigo una linterna…

—Mi teléfono tiene linterna —dice Molinar—. Mire — aprieta botones y una luz tenue se enciende en un extremo del aparato. La cara de Kustos queda iluminada desde abajo, como en una película de horror. Molinar apunta al pasillo. Los dos callan por un momento: los ruidos del edificio se escuchan como siempre.

La luz no llega muy lejos pero el corredor se ve igual de vacío que antes.

—Así está mejor —dice.

—Se le va a acabar la pila —dice Kustos.

—Mientras salimos será suficiente.

—¿Podremos salir? Realmente creo que ya dimos una vuelta completa, quizá dos o tres, y las puertas de los elevadores no están.

—¿Cómo no van a estar?

HAY MUCHAS ESPECIES ANIMALES que no se encuentran en la torre: no hay

martines pescadores, no hay ranas arborícolas de White, no hay civetas de Madagascar; el esfuerzo por conseguir y mantener algunas de ellas es excesivo, otras nunca han atraído ni a los clientes más excéntricos, y también hay las que apenas estuvieron en el pasado. Cada trimestre se celebra una junta en la que se decide qué alteraciones requiere la población animal del edificio, se revisan los criaderos de las especies más comunes y se comisiona a Carlo Grimaldi, cuyo cargo es "jefe de adquisiciones", para encargarse de traer cuanto haga falta.

> *—Bueno, también podríamos preguntarnos cómo va a haber un edificio más alto por dentro que por fuera. O un altavoz invisible…*
>
> *Molinar calla y empieza a andar. Kustos va tras él.*
>
> *—Tiene que estar por aquí —dice Molinar—. El elevador. O las escaleras. Aunque yo no vi escaleras cuando llegué. ¿Y usted?*
>
> *—Sí hay. Todos los edificios tienen, ¿no? Deben tener. ¿No lo exige la ley?*
>
> *—Entonces tienen que estar. Venga.*
>
> *Los dos siguen adelante. Las puertas, todas a su izquierda, son iguales a la del cuarto o celda del que salieron.*
>
> *—Venga —dice Molinar, quien desearía caminar deprisa, con pasos firmes y sonoros. La luz de su teléfono, sin embargo, apenas consigue iluminar unos pocos metros más allá de sus pies.*

Grimaldi, que pasó veinte o treinta años como guía de cazadores en África, afirma estar satisfecho de que su trabajo sea principalmente burocrático; él mismo no llega a salir sino muy de vez en cuando y jamás va en busca de animales grandes o peligrosos; un equipo a sus órdenes, compuesto por hombres jóvenes y vigorosos, se encarga de las labores pesadas "sobre el terreno". Pero a lo largo de los tres meses posteriores a cada junta, casi siempre de noche, llegan los camiones con los encargos y Grimaldi, además de revisar la descarga de las jaulas y atender los negocios e intercambios más rutinarios, escucha los reportes de sobornos, fronteras traspasadas por la parte más agreste, de vez en cuando balazos disparados al aire o hasta al pecho de un entrometido, ataques veloces, fieros, a un valle o una bahía o una montaña, por encima de cercas y vigilantes de los que se debe huir a toda velocidad, entre gritos, con las presas anestesiadas pero quién sabe si no con una sobredosis, o una herida infligida durante

la captura.

—Francisco.
—¿Qué?
—Me consta que ya pasamos por aquí.

Entonces Grimaldi recuerda sus propias excursiones e incursiones, sus propias escapatorias y sus propias trampas, y se repantiga en su sillón de cuero y pide que lo dejen a solas, que no lo molesten. El último de sus ayudantes cierra la puerta al salir.

—¿Cómo puede estar seguro?
—Al menos hemos dado cuatro vueltas en las esquinas. Es decir, en ángulos rectos. Ya debíamos haber hecho un cuadrado.
—¿Y si no?
—¿Cómo que "y si no"?
—¿Qué tal que es otra de las cosas no naturales que pasan aquí?
Molinar observa de reojo que Kustos aprieta los labios. Los dos siguen caminando.

El caso anterior es muy distinto del de EMILIO GARCÍA, quien a pesar de tener orígenes muy humildes llegó a ser el primer administrador del negocio, el hombre de más confianza de don Cruz y, por muchos años, el brazo derecho del viejo Constantino.

Molinar nota que Kustos se ha detenido. Por su parte, él se concentra en apuntar hacia delante con la luz de su teléfono.

Don Cruz vio por primera vez a Emilio en 1941, cuando éste iba a cumplir dieciocho años. Lo encontró en una carnicería en el viejo mercado de La Piedad: un edificio que ya entonces tenía un siglo a cuestas, por lo menos, y en el que las ratas compartían los pasillos con los compradores e infestaban los puestos.

Molinar nota que la luz no se intensifica: no permite ver por completo el corredor ante ellos. Decepcionado, advierte cuánto esperaba que la luz regesara.

Emilio se parecía a muchos otros que trabajaban en el mercado: era un joven no muy alto, moreno, de pelo negro y lacio, gran nariz, mal afeitado. Vestía una camisa que alguna vez fue blanca, pantalones demasiado grandes y un delantal manchado de sangre y

de grasa. La diferencia era que sostenía una de aquellas ratas entre los dedos. Trabajaba en la carnicería (dijo después, cuando contó su historia) y había descubierto al animal sobre un trozo de res, a punto de morder. Ahora retenía al animal, no se atrevía a matarlo y en la otra mano portaba el enorme cuchillo que usaba para cortar filetes.

"Y entonces que me muerde la rata", dijo Emilio. Esto lo vio don Cruz: la rata clavó sus dientes en el dorso de la mano de Emilio, y Emilio la aventó hacia arriba, con un movimiento velocísimo, y la rata ascendió, retorciéndose, y por un instante quedó como suspendida en el aire, en el punto más alto de su trayectoria, y en ese instante preciso Emilio la partió en dos con su cuchillo y los restos salpicaron a algunos compradores, sus periódicos, sus compras.

> *Ahora, sin embargo, le parece claro que este deseo es lo que su terapeuta, hace varios años, habría calificado de una respuesta inapropiada ante un hecho imposible de modificar*.

Cuando el dueño de la carnicería lo echó por molestar a la clientela, don Cruz abordó al joven y le ofreció trabajo. Así fue que Emilio siguió a su jefe por largos años, ayudándolo en sus diversos proyectos arquitectónicos.

> *Cuando no hay nada que hacer, pero no se acepta lo inevitable, las personas llegan a actuar o a formular pensamientos que parecerían absurdos pero son, o al menos parecen, el único modo de lidiar con tales situaciones*.
>
> *De pronto a Molinar se le ocurre una idea y dice*:
>
> *—Oiga, Horacio…*

"No venimos por puro gusto, no del todo", le dijo don Cruz, cuando llegaron por primera vez a Morosa, "pero hay algo cierto e incontrovertible, y es que lugares como éste son ideales para trabajar en nuestras locuras, en todas estas cosas. ¿Y sabes por qué? Porque no le interesan a nadie. Nadie mira para acá, nadie estorba." Mucho más tarde, cuando ya lo había convencido de presidir el grupo de guardianes y quedarse en la torre, Emilio le preguntó:

> *—¿Horacio?*

"Oiga, don Cruz, ¿y por qué me escogió para que trabajara con usted?"

Kustos no está a su lado. Molinar vacila por unos segundos. Siente un escalofrío. Con los brazos pegados al cuerpo y los dientes apretados, se vuelve y lo ve más atrás, recargado en la pared, escuchando.

—¡Horacio! ¿Qué hace?

—¿Ya oyó de quién hablan?

Estaban en una casa muy vieja de Sopachuy, un pueblito en el sur de Bolivia. Era 1945: la guerra aún no concluía pero era mucho más fácil desplazarse por los lugares a los que no había llegado y concentrarse en los proyectos que don Cruz tenía en ellos. Estaban mirando el atardecer desde el interior de una casa de adobe: por la ventana podían ver una ladera cubierta de hierba que se fundía con la pendiente, más pronunciada, de un monte verde. El sol descendía hasta él y lo oscurecía con su resplandor.

—Del arquitecto ese.

—Y del papá de la señora Isabel.

—¿Del señor Emilio?

Sobre el piso de tierra, tras ellos, había algo que ninguno de los dos debía voltear a ver nunca más, pero que podía ser recogido y destruido sin problema por cualquier otro que entrara en el cuarto. Lo estaban esperando: sin duda no tardaría en llegar; tal vez sería el hombre que les había rentado la casa, o la esposa del hombre, que les llevaba la comida. No podían apartarse de aquel lugar mientras no llegase alguien, y era inevitable que alguien se acercara, tarde o temprano. Emilio se lo repetía cada tanto, para darse esperanza.

—Ah, sí es cierto —dice Molinar—. ¿Pero de qué hablan?

Entonces cae en cuenta de que ha tenido su pequeña lámpara apuntando al suelo y la levanta.

—¿No oyó lo de los guardianes?

—¿Cuáles?

Don Cruz tardaba en dar explicaciones. Mientras esperaba, Emilio quiso distraerse con otro pensamiento: aquel día se cumplían cuatro años justos de su primer encuentro con don Cruz, y en ese tiempo su vida había cambiado por completo. No había vuelto a ver a su familia ni tampoco a Mireya, la muchacha que había sido su prometida antes del incidente en la carnicería. No había vuelto a poner un pie en la buhardilla en que vivió, un edificio como una conejera detrás del mercado. De cualquier manera, no podría contar

a nadie ni la mitad de las cosas que había presenciado.

—¿Cuáles guardianes?
—¡Shhh!

Y una idea más llegó tras todas las anteriores, como una luz que se encendiera de pronto: se había comprometido de otro modo. Entendía la importancia de lo que él y su jefe estaban a punto de hacer y había decidido que eso era suficiente. Además ahora vestía camisas limpias todos los días, y trajes, y se había dejado crecer el bigote. Todavía no se acostumbraba: en más de una ocasión se sorprendía al encontrarse, de pronto, con el reflejo de su cara en un espejo, ventana o superficie pulida: sus viejas amistades le habrían dicho que parecía una estrella de cine.

—Horacio, venga para acá, hay que encontrar la salida.
—¿No se ha dado cuenta de que en este rato dimos otra vuelta completa? Mire, tengo una teoría sobre esto…
—¿De verdad ya dimos otra vuelta?
—Vea dónde estoy —dice Kustos.

Emilio levantó su taza de peltre y bebió un sorbo de café. Junto a él, don Cruz también bebía. A Emilio le pareció que su jefe debía ser mucho más viejo de lo que decía; sólo años más tarde se daría cuenta de que don Cruz siempre representaba la misma edad…

Molinar se anima al fin a acercarse. Kustos le señala el sitio en el suelo donde está la colilla de cigarro.
—No entiendo —dice Molinar.
—¡Shhh!

Don Cruz, sin dejar de mirar hacia fuera, dijo al fin: “Desde que te vi en el mercado, tuve la impresión de que tú eres, Emilio, persona sensible. Se necesita alguien sensible. Bastante. Muy sensible. Y a la vez decidido. Pensé entonces que tú eres así. Fuiste ambas cosas a un tiempo, simultáneamente, porque te defendiste, cómo no, te defendiste, pero sólo hasta el último momento, el ultimísimo. Y qué momento. ¿Te das cuenta de eso? Es muy importante: el ultimísimo momento, el instante”. “No entiendo.”

—Horacio…
—Un momento.

“Y no porque haga falta que estés de guardia de noche y de día,

¿comprendes?, no hace falta, no, señor, de ningún modo, porque aquello que tú y yo conocemos se protege solo, tú lo sabes —le guiñó un ojo—, y además van a estar los otros muchachos, ¿no?" "Sí, claro." "Antes de que lo olvide, hay algo que nunca te había dicho: lo que me llamó la atención de ti aquella ocasión, fue eso, tu inclinación a la belleza. Es raro de verdad, es muy poco frecuente. Qué bonito voló la rata, qué bonito se movía, qué bonito odio se tenían ella y tú y qué bonita tristeza le dio cuando la rompiste. Y qué bonito la rompiste. Pero te digo, Emilio, no te contraté sólo por eso…" "¿Entonces?"

—Horacio.

—¡A lo mejor esto es importante!

Pero don Cruz no dijo más en ese momento: la esposa del dueño de la casa entró con una cacerola llena de carne con ají. Vio lo que estaba tras de Emilio y don Cruz: aquella cosa pequeña e incapaz de moverse, frágil y terrible como nada en el mundo, y la aplastó con un pie. Ambos pudieron volverse entonces y comieron mientras llegaba la noche.

—No, efectivamente esto último no fue tan importante —dice Kustos—. Pero lo de los guardianes sí. Y además…

—¡Ya se va a acabar la pila de mi teléfono! —dice Molinar, angustiado. La luz del aparato luce más débil y de pronto se apaga.

Molinar escucha cómo Kustos abre su mochila. Se oye un "clic" y un haz de luz muy potente le da en la cara a Molinar, quien cierra de inmediato los ojos.

—¡Perdón!

—No se apure —dice Molinar, todavía deslumbrado. Después de un momento abre los ojos y ve una mancha verde con bordes rojos. Más allá de ella, el corredor luce mejor alumbrado por la linterna de Kustos, y ven lo que parecen las puertas del ascensor, a una docena de metros. Los dos hombres se quedan mirándolas.

—¿Ya vio dónde están? —dice Kustos. Molinar lo ve sonreír.

—¿No estaban ahí? —pregunta.

—No, claro que no. Acabamos de pasar a un costado.

—¿Cómo… cómo lo explica?

—Claro, aún no le he dicho…

—Tampoco me ha explicado sobre los… ¿Cómo los llamó?

—¿Los guardianes?

HE AQUÍ UN GRUPO QUE RARA VEZ SE REVELA: como temen indagar lo que les importa en sus lugares de origen, sólo hasta que llegan a Morosa comienzan sus investigaciones en la única biblioteca de la ciudad, con los veterinarios que encuentran en el directorio telefónico o caminando al azar por las calles. Y sólo cuando están aquí se dejan llevar por la desesperación.

—Horacio, ¿son ellos los guardianes?
—No creo…, pero ya va entendiendo, ¿verdad, Francisco?

Sólo aquí pasan de la busca febril de información a la compra de grandes botes de miel o de azúcar, y sólo si alguien se acerca a hablarles sopesan el riesgo, miden la culpa y la vergüenza y si les parece que hablar vale la pena, dicen:

—*No*.

—¿Usted sabe a qué saben las hormigas?

Pero al escuchar que no, que tampoco lo sabe quien les habla, la puerta de su alma se abre, por así decir, y nada detiene sus historias de tristeza sobre cuánto les cuesta –"dolor y muchas penas, de veras"– atraer (llegados ya a los pequeños cuartos del piso LOS MUCHOS HOMBRES QUE TE AMAN) las lenguas largas y las uñas delgadísimas de los equidnas, pues estos animales se pueden colocar cerca de los muslos, con la cabecita puntiaguda apuntando a donde debe apuntar, pero *no se puede* llamarlos, conminarlos a la acción como a un perro, justamente porque no son perros sino criaturas más libres, menos toscas y a la vez menos blandas que los vulgares animales domésticos.

—No le hablaba de ellos. Pero…
—¿Pero qué?
—¿Se da cuenta de que está jugando con nosotros?
—¿Quién?
—Quién va a ser, Francisco. La voz. El altavoz. Lo que sea.

Y es imposible, agregan, averiguar nada más: "Todos nos sabemos la misma ficha: el equidna *(Tachyglossus aculeatus)* es un monotrema de aspecto similar al zagloso, pero de menor tamaño. Son potentes excavadores y ante un posible depredador excavan hacia abajo encerrándose y dejando a la vista sólo sus espinas. Duermen durante el día en los huecos de los árboles y se alimentan de termitas y hormigas, que capturan gracias a una larga lengua —

aquí trepidan— viscosa —aquí se sonrojan y da pena verlos— que introducen en los orificios. Miden entre treinta y cuarenta y cinco centímetros y pesan de dos y medio a ocho kilogramos".

La miel y el azúcar, concluyen, son cebos. Algunos, por creer demasiado en las etimologías, van a los laboratorios en busca de ampolletas de ácido fórmico y se producen quemaduras terribles. Mas cuando el equidna se asusta no excava jamás en la carne. ¿Cómo se puede vivir así cuando se es un pobre esclavo de los cariños más pequeños y suaves, cuando nada provoca tanto como la idea de unas espinitas casi imperceptibles rozando la piel?

—No entiendo.

—No es nada más el altavoz —dice Kustos—. Es también…

Y se aleja un par de pasos de Molinar, y se planta en mitad del pasillo y da una vuelta completa, con los brazos extendidos.

La posición en la que termina le recuerda a Molinar, vagamente, un espectáculo de ballet que vio en la televisión, hace años.

—Es el edificio —dice Kustos.

—¿Cómo?

—Ya lo sospechaba desde que estábamos encerrados… Intuí que se dirigía a nosotros, de algún modo, y al ver que sabía tanto… Además, no nos ha dejado a solas un instante, todo el tiempo ha dicho frases que nos llaman la atención y dado indicios que a veces sí son lo que se espera y a veces no… Y ahora mire, las puertas están ahí y antes no estaban. Estuvieron hasta que él quiso. ¿Entiende, Francisco? El edificio está vivo y está jugando con nosotros.

Molinar calla. Mira el corredor por el que Kustos y él vinieron, mira el que aún no han recorrido o bien recorrieron durante su última vuelta. Mira las puertas del elevador, que efectivamente no estaban ahí antes. Ni siquiera la escasa iluminación que podía dar su teléfono serviría para justificar que hubieran pasado sin verlas a un lado de las altas y pesadas hojas de metal.

Al fin, Molinar dice:

—De momento no voy a discutir si le creo.

—Qué bueno —responde Kustos.

—Nada más le pido que nos vayamos de aquí, por favor.

Los dos caminan hacia las puertas del elevador, que se abren antes de que ninguno pueda apretar los botones del

tablero.

ALGO SOBRE LOS PATOS DE EL BRINCADERO:

Los dos retroceden un paso. Luego, de todas formas, entran en la caja. Dentro hay luz y Molinar se siente aliviado. Kustos apaga y guarda su linterna.

El lago artificial del piso Y Abandonar Mi Mano Sobre Tu Hombro Izquierdo, Y Nada Más es preferido (lo han comprobado sus cuidadores) por visitantes de costumbres vulgares, a quienes no molestan la suciedad habitual del agua ni los sonidos groseros de las aves que se retuercen entre sus manos, los picotean y muchas veces se escapan. Entre ellos circula la idea (falsa) de que los patos son más baratos que otras aves debido a lo tosco de su estampa.

—Bueno —dice Molinar—, vámonos.

La decoración del piso quiere imitar, en la medida de lo posible, al Parque 16 de Mayo –uno de los más feos de Morosa–, incluyendo un cielo pintado y un sol eléctrico, una fuente de piedra verdosa, juegos infantiles y el sonido grabado de los automóviles en movimiento, risas estridentes, pregones que anuncian frituras y, casi inaudibles, ramas agitadas por una brisa discontinua.

—Mire —dice Kustos, y señala el lugar donde debería estar el tablero de control del elevador. No hay nada: la pared de metal se ve como un gran espejo que fuera del techo al piso de la caja. Sólo lo interrumpe un botón rotulado "emergencia"—. Tengo que decir que ya estaba así desde que llegamos. Por si no se fijó al subir.

Las puertas empiezan a cerrarse.

Kustos toma del brazo a Molinar, tira de él y los dos salen aprisa de la caja del elevador. Las puertas terminan de cerrarse con ellos afuera, otra vez, en el pasillo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —dice Molinar, y mira para un lado y para otro, sin ver más que la luz que se cuela por la rendija entre las dos hojas de la puerta: es una línea blanca y vertical que se acorta hasta desaparecer. Molinar quiere decir algo pero Kustos tira de él nuevamente, lo arrastra lejos de las puertas y lo empuja contra la pared.

—¿Dónde está la lámpara? —alcanza a preguntar cuando Kustos lo suelta. Entonces oye un ruido metálico y ve cómo se abre otra puerta y cómo ahora entra la luz desde el pozo de

las escaleras de servicio.

Kustos está en el umbral, mirándolo.

—Perdón. No me atrevo. ¿Me acompaña un momento?

Los dos pasan a las escaleras y lo primero que percibe Molinar es un soplo de aire tibio, cargado de un olor a piedra, que sube desde no se sabe dónde. Luego ve que el espacio es redondo: un auténtico pozo, y está alumbrado por lámparas blancas, esféricas, fijas a la pared. La pared es de piedra, al igual que los escalones, largos bloques grises y horizontales. Su blanco, piensa Molinar, se ve inmaculado, a pesar de que muchos pasos deben caer sobre ellos todos los días. Se curvan desde el rellano donde los dos hombres están de pie y van formando una espiral apretada y constante. Suben. Bajan también. El pasamanos es de metal: varillas pintadas de rojo y clavadas en agujeros hechos en la piedra, sobre las que están puestas tiras planas, rojas también, soldadas en línea unas con otras.

Cuando Molinar se acerca y mira hacia abajo –hacia más abajo–, nota que el pasamanos dibuja una espiral que se superpone a la de los peldaños: una curva más pura y más perfecta a medida que se aleja, que se interna dando vueltas en una profundidad mucho mayor que cualquiera que Molinar haya visto. Más profunda que el pozo de escaleras de un edificio de siete pisos, por supuesto, más profunda que cualquier barranca, que la Torre Latinoamericana, la Torre Sears de Chicago, que el Gran Cañón, al que Molinar fue una vez y en el que sintió la misma atracción del suelo desde lo alto, aunque entonces el suelo se veía y aquí no se ve: el ojo de la escalera, el espacio vacío entre los tramos de escalones, parece un ojo de verdad, un globo ocular marcado por venas finísimas, la espiral blanca y la espiral roja, una sobre otra, inmóviles aunque no cuesta imaginarse que giran, se acercan, y después de cada vuelta alcanza a verse otra más, un poco más oscura, más difuminada por una sombra negra, negra, negra que se adivina en el fondo de todo, como un iris que fuera todo pupila, que se hiciera más y más grande…

—Francisco —dice la voz de Kustos, y unos brazos lo toman por los costados y lo hacen recobrar el equlibrio.

POR SUPUESTO, LOS PISOS DE El Brincadero dejan ver aún las proporciones y los criterios que eran la norma cuando don Cruz comenzó su proyecto: hay espacios que no están dedicados a ningún fin preciso y los techos siempre son generosamente altos. Sin embargo, hasta

hace algunos años, el edificio debía pasar por periodos de reparaciones importantes que exigían el cierre del local por semanas.

—¡Qué le pasa!

—Estaba a punto de caerse.

—Claro que no —dice Molinar, pero está agarrado del escalón de piedra con ambas manos y no alza la mirada.

Siempre ocurría igual que la primera vez: en la madrugada de 1948 todo en el negocio cerró, los empleados recibieron la orden de marcharse hasta nuevo aviso y Emilio debió persuadir al viejo Constantino de marcharse también. Lo despidió en la entrada principal y lo vio subir a su automóvil y devolverle una mirada confusa. Entonces cerró la puerta por dentro, subió a su habitación y esperó. Pasaron horas, y se preguntó qué podría haber sucedido: don Cruz le había enviado la orden por teléfono, sin mayores explicaciones: "Los sacas a todos, para afuera, los sacas y cierras por dentro, cierras bien porque tembló y hay que hacer arreglos, espero que entiendas, arreglos importantes. Voy a mandar a las personas adecuadas y nadie las puede ver más que tú. Así que los sacas. A todos. Y cierras. Por dentro."

Kustos, que está inclinado junto a Molinar, logra hacer que éste se incorpore. Lo empuja junto a la pared de piedra, de manera que pueda recuperarse sin tener que mirar el ojo de la escalera.

—Tranquilo —dice—. Descanse un momento.

"Señor, me va a perdonar", respondió Emilio, "pero, ¿tembló? ¿Cuándo?"

—Mire que hasta tenemos…, cómo decirlo, entretenimiento.

"Allí no se siente, Emilio, esas cosas no se sienten allí, pero tembló acá, ¿comprendes? Sí comprendes, seguro. Ya van para allá."

—Cállese —dice Molinar, y saca una vez más la cajetilla de cigarros y enciende uno—. ¿No tiene otros? Éstos se van a acabar.

—No.

Emilio no escuchó llegar a las cuadrillas: no tuvo que bajar a abrirles la puerta. De pronto comenzó a escucharlos trabajar: oyó los martillos, los serruchos que cortaban madera, los picos y las palas. También oyó algo que le recordó el rumor de una o varias mezcladoras de cemento. Y también había otros ruidos que no pudo identificar, y éstos eran como trinos de pájaros, a veces, o como el entrechocar de rocas frágiles, pero también eran hondos y prolongados, como una vibración de cristales, o una explosión incesante, alargada, capaz de durar horas o años pavorosos.

—¿Está bien? —pregunta Kustos.
Molinar sigue fumando y no le responde.

No hacía falta mantenerse (había dicho don Cruz) lejos de ellos, pero tampoco ir a ayudarlos. Emilio quiso distraerse, encerrado en su cuarto, escuchando música en la radio, pero los ruidos de los trabajadores eran insidiosos y se sobreponían a la voz de las cantantes y las guitarras de los tríos.

Después de un rato se levantó, se puso saco y corbata, tomó el libro azul por si llegaba a una zona inexplorada del edificio y salió al corredor, que estaba vacío. Miró hacia uno y otro lado, respiró profundamente y dijo, en voz más baja de lo que se había propuesto:

—Ahora me levanto y bajamos —dice Molinar—. ¿O subimos?
—No sé —dice Kustos.
—¿Cómo que no sabe?
—No sé. No sé si se sube o se baja.
—¿Pero no me dijo que me iba a llevar?
—Yo creo que podría… Pero por las escaleras no puede ser. Ya vio usted cómo se ve para abajo. Para arriba es igual. Subiendo o bajando a pie no vamos a llegar jamás a ningún lado… Tiene que ser…

"¿Buenas tardes?" Se obligó a repetir el saludo mientras caminaba por el corredor, abría todas las puertas, revisaba el piso entero y comprobaba que estaba vacío.

—¿Qué?
—"Tengo mi felicidad intacta porque con ella no he podido hacer feliz a nadie" —responde Kustos.
—¿Qué?

—¿Se acuerda de que no hay botones en el elevador?
—Sí. ¿A qué viene eso?
—A que sólo podemos ir por elevador…

Bajó y subió por los elevadores, deteniéndose al azar, y dondequiera que miró encontró lo mismo: los muebles estaban en su sitio, las puertas cerradas con llave, las jaulas y tanques con los animales en la misma quietud o la misma agitación cotidiana, como si no hubiera nadie más que él en todo el edificio, pero los ruidos se escuchaban en todas partes con la misma intensidad. Al fin se le ocurrió asomarse a las escaleras de servicio; tampoco vio a nadie, pero los sonidos se escuchaban con más fuerza y parecían provenir de allá abajo, del suelo que estaba por lo menos a varios centenares de pisos de distancia.

Molinar se pone de pie y mira a Kustos. Antes de advertir lo que está haciendo ya ha tirado el cigarro y ha empezado a pisotearlo, manchando la piedra del escalón. Trata de no pensar que Kustos tiene razón: que no era posible ver dónde terminan las escaleras, y que el edificio en realidad no tiene siete pisos.

—¿Entonces para qué nos salimos del elevador? —pregunta.

Emilio detestaba hacerlo pero se arriesgó a mirar hacia abajo por el ojo de la escalera. Observó como siempre que el fondo, el fondo inalcanzable, el que tan pocos conocían de verdad, era invisible. La escalera parecía infinita. Como siempre.

Y entonces le pareció que un resplandor, un fulgor difuso y diminuto, se asomaba en el negro, como un reflejo de luz sobre una pupila.

—Me asusté —dice Kustos—. No me atreví. Pero ahora volvemos.

Y después de unos segundos sintió que se soltaba del pasamanos de metal, y las piernas le fallaron, y se dejó caer sobre los escalones y apartó la vista del ojo, que –así lo creyó siempre: nunca supo decirlo de otra forma– había parpadeado un par de veces. Algo ante él se había cerrado y se había abierto de nuevo. Algo, brevemente, había cortado el paso de la luz, o del mundo que la luz hace visible.

Se arrastró sobre los peldaños y hasta el corredor. Luego de unos minutos, durante los cuales permaneció con la frente contra la

pared y repitiéndose, a media voz, muchas de las canciones que la radio de su cuarto debía repetir también, allá lejos, logró levantarse.

—¿A quién le pasó lo que estamos oyendo?
—Me parece que al papá de la señora Isabel.

Pasó el resto de la noche, y toda la mañana acostado en su cama, con la radio a todo volumen y las cobijas sobre su cabeza, como un niño al que hubieran asustado con una historia horrible y temiera que uno de los personajes fuera a ir por él.

Anocheció, y Emilio sólo se atrevió a salir una vez, deprisa, a buscar comida en una cocina y llevarla de vuelta a su cuarto. La cuadrilla estuvo tres días en total y el hombre no se dio cuenta de su partida; al anochecer del cuarto día despertó, miró su cuarto desarreglado y salpicado de basura, y descubrió que todo estaba en silencio: se habían agotado las pilas de su radio.

—Vámonos de aquí —dice Molinar, y sube los pocos escalones que lo separan del rellano y de la puerta de acceso al corredor.

—No, no espere —dice Kustos, quien ahora es el que se sienta en un peldaño de la escalera y se lleva las manos a la cabeza.

Los empleados y el viejo Constantino comenzaron a llegar durante las horas siguientes y el negocio tuvo una jornada muy buena: muchos clientes confesaron haber esperado con impaciencia e incluso haber ido a averiguar si habían terminado los días de cierre, a mirar la puerta de acero y la fachada gris.

En otras visitas de las cuadrillas de reparación, Emilio se arriesgó a mirar de nuevo el ojo de la escalera pero nunca volvió a ver lo que vio la primera ocasión. Una vez, en cambio, vio a un trabajador subiendo por peldaños remotos, y era una figura alta y plateada: no se parecía a los hombres bajos, de invariable gorro blanco, que habían construido el edificio. Otra vez escuchó algo como una música y vio, varios pisos por encima de él, una nube de vapores amarillos que se expandió por el aire y luego se contrajo, como si hubiera cambiado de parecer, y se retiró por donde había venido. Otra vez sólo percibió un sabor, que se pegó de pronto al cielo de su boca, no lo dejó sino hasta varios días más tarde y nunca pudo identificar. La torre nunca fue más solitaria que cuando perteneció a esas personas, que no son como las de aquí.

—Horacio, ya, vámonos —insiste Molinar, y abre la puerta —. ¡Nos va a pasar lo que le pasó a él!

—No lo creo —dice Kustos.

—Horacio —vuelve a decir Molinar, pero está mirando la oscuridad del pasillo, donde no se ha encendido la luz. Da media vuelta y va hasta su acompañante—. ¿Dónde está su linterna? —quiere rebuscar en la mochila de Kustos, que está a su lado en el escalón, y aparta bruscamente la mano de Horacio cuando éste trata de detenerlo.

—¡Oiga!

A la muerte de Emilio, Isabel se encargó de recibir las llamadas de aviso de don Cruz y cerrar El Brincadero por dentro cuando iban a comenzar las reparaciones. Y un día el edificio cambió, en una mañana hermosa y terrible.

—Dígame dónde está —responde Molinar, mientras intenta abrir uno de los cierres de la mochila. Kustos lo toma de la muñeca con más fuerza.

Los dos forcejean.

—¿Qué le pasa? —dice Kustos.

Isabel guarda dos objetos bajo llave en el cajón de su escritorio: uno de ellos es el libro azul, pero otro, más pequeño y más nuevo, es un cuaderno que fue de su padre: tiene pastas de cartón negro y doscientas hojas de cantos rojos. Las primeras veinte o treinta están ocupadas por anotaciones profusas, a veces muy exaltadas, de Emilio: sus observaciones de cada día de reparación desde 1948 hasta el año de su muerte. No son notas muy rigurosas y de ellas no pueden inferirse rutinas, patrones que pudieran servir para ensayar una hipótesis. Isabel no ha escrito nada en este cuaderno, y cuando llega a abrirlo no pasa de las primeras páginas: siempre se distrae mirando la letra grande de su padre, quien aprendió a escribir tarde y nunca se dio tiempo para practicar.

—Si quiere, quédese aquí.

—Ya le dije que lo llevo, sólo necesito que me espere… — Molinar consigue arrebatarle la mochila— ¡Deme eso!

Molinar se aparta.

Entonces descubre que el cierre tiene un candado de combinación.

Molinar se pregunta cómo sacarle a Kustos la combinación del candado. Entonces se da cuenta de que no sería capaz de

hacerlo. Se sienta en el escalón, otra vez cerca de Kustos, y le tiende la mochila. Kustos se la arrebata.

—¿Esto es lo que aprenden en la escuela de medicina? ¡Se comporta como un niño!

—Y usted es un hombre muy maduro, pero tiene miedo de meterse en un elevador —responde Molinar.

—Eso es un golpe bajo.

Los dos se miran en silencio.

—Vamos a hacer como que esto no pasó. ¿Le parece?

—Sí.

Pasa un minuto. Molinar enciende otro cigarro. Kustos se levanta, va hasta la puerta del pasillo, se asoma, regresa.

—Mire —dice a Molinar—, si quiere vamos en camino. No sea que se ponga a jugar otra vez con nosotros… Que no sólo nos apague la luz…

—¿Qué… qué más podría hacer?

—¿No se dio cuenta?

Molinar se queda mirándolo.

—Para usted es muy fácil decir estas cosas, ¿verdad?

HORACIO KUSTOS RECIBIÓ UNA LLAMADA DE DON CRUZ: le pedía ir a Hong Kong.

–¿Oyó?

Kustos obedeció, aunque no deseaba acercarse de ningún modo. Además de imaginar esas construcciones alarmantes, el hombre era de esos que afirman haber visto pasar muchos siglos; de los que viajan sin parar por todo el mundo y nunca están más de treinta o cuarenta años en el mismo sitio, para que todos lo olviden y puedan volver, mucho después, como desconocidos, o como si fueran descendientes remotos de sí mismos. La vida eterna, si lo es, depara sueños diferentes a los de las otras vidas, locuras más vastas, más cortantes.

—Otra vez está hablando de usted.

Aun para quienes dicen mirar más allá de la superficie de las cosas puede existir algo demasiado profundo; puede haber umbrales que teman cruzar, tras de los cuales se adivine lo que no se puede expresar.

—¿Horacio?

—Me va a perdonar, Francisco, pero le propongo un experimento. Le explico: lo que estamos oyendo es cierto.

Escuche.

Y *levanta la mano para acallar la pregunta que Molinar está a punto de hacerle*.

Pero Kustos fue, al fin, y se reunió con el arquitecto en un kilómetro preciso de un camino vecinal, al fondo las luces distantes de un pueblo –Kustos nunca supo cuál– alumbrando el único sitio donde el agua se aquieta en toda la isla de Kowloon.

Molinar va a decir algo pero Kustos vuelve a callarlo con un gesto de la mano.

Era el patio trasero de una casa abandonada, donde muchos hombres, mujeres y niños se amontonaban en los cuartos y alrededor de los dos hombres. Estaban tumbados, mudos, incapaces de oír y de ver, en un estupor que don Cruz dijo haber visto muchas veces: "Beben cielo. Algo feo y bello a la vez. Tarda: están como a la mitad, así que en unos veinte años empezarán a despertarse, a medio desperezarse, apenas, y entonces se sorprenderán de cuánto ha cambiado el mundo…"

Molinar no puede contenerse y pregunta:
—¿Don Cruz dijo eso?

"No entiendo", preguntó Kustos, "¿qué es eso de…?"

"Un misterio por noche. Un misterio nada más", dijo don Cruz, y dando una zancada evitó pisar a una mujer que tenía la cara pegada al suelo y los brazos abiertos. "¿Qué afán el de ustedes de saberlo todo de inmediato? En ningún lugar del país, ninguno en absoluto, se puede estar tan en secreto como aquí", y le contó por vez primera, de la ciudad de Morosa, de la torre y de la sociedad secreta que anidaba en ella, jovencísima en comparación con otras organizaciones semejantes pero sumamente desconfiada, y provista –al contrario de tantas otras– de un secreto verdadero.

"Lo de los guardianes no parece muy interesante. Lo siento", dijo Kustos y sonrió. "Además, al menos deberían tener un nombre llamativo… Una vez, en Bulgaria, encontré *cuatro* grupos distintos que se llamaban igual: *Gran Ola Púrpura Encarnada…"*

"La sociedad secreta", lo interrumpió don Cruz, "la cofradía, como sea que la quiera llamar usted, no importa. Es lo último que importa. Están muy contentos, muy, muy contentos haciendo su trabajo, o si no están contentos pues por lo menos allí están. Son buenos. No son malos. Ya los verá. Lo voy a mandar directamente a

la punta, con los principales, la principal de ellos. Lo que debe conocer, lo que es imprescindible que vaya y registre, es lo que guardan. Su secreto."

—Por supuesto. Y ya era bastante con que me llevara allí… ¿Sabe que eso del agua quieta es muy interesante? Si usted iba a ver dónde estaba el agua, que era en una cubeta ahí en el patio, veía que de verdad estaba inmóvil. Es decir, como si fuera hielo, pero seguía siendo… Pero escuche…

"Al jardín lo visito de tanto en tanto. Ahora menos que antes, pero voy. Siempre que voy está bien. Yo tuve que ver, ya sabe… Yo me encargué de que estuviera protegido, bien puesto en su lugar. Está en el último, último, último piso…, pero no le voy a decir nunca qué hay en él. Todo esto se lo cuento porque sé a qué se dedica usted, y sé que lo que hace es bonito también, a pesar de que la otra vez que hablamos, esa vez que estuvo en mi casa, que me fue a reclamar por aquella bromita cualquiera que le hice, una cosa de nada, una bobada, una trastadita nimia, a pesar de que por esa otra vez yo sé que no tiene sentido del humor, que no aguanta nada. Pero lo perdono porque sé que aprecia la belleza."

—Este señor también sabe. ¿Él fue quien le contó a usted?

Kustos asintió, confundido. Poco antes, su mirada había caído en una muchacha, recostada en el suelo tras don Cruz. Tenía los ojos entreabiertos y casi en blanco: sus globos oculares se movían deprisa y sin parar. Daba la impresión de estar vigilando: de que esos ojos eran la única parte viva del cuerpo.

—Qué horror.

"Mire a dónde lo he traído para decirle todo esto, para que nadie nos oiga, salvo estas personas a las que no les importa nada, y cuando vaya allá, cuando vaya a Morosa y se meta donde se va a meter, recuerde." Y se acercó para murmurar en su oído:

—Pues sí. Le explico rápido: lo que importa de aquello de la cubeta es que la calma de ese tipo de agua se extiende a un par de kilómetros a la redonda, y nadie se entera de lo que se diga o se haga dentro de esa área. No se puede oír, no se puede grabar… Pero ya me callo. No nos vayamos a perder de algo importante… —y vuelve a levantar la mano.

“No sé cuánto más va a durar. Ni yo lo sé. Le puse buena cubierta, buena protección, que funciona bien. Muy bien. Pero ni yo sé. Y cuando la *cubierta* se caiga, si es que lo que va a pasar es eso, cuando esté otra vez todo eso al aire, así, como si fuera cualquier cosa, como fue en el principio, hace muchísimo tiempo, cuando todo eso quede así, expuesto y desnudo, entonces hasta yo me voy a preocupar. Hasta yo. Va a ser bonito. Pero voy a estar muy, muy, muy, *muy* preocupado. Así.” Y don Cruz se mordió el puño, bromeando, pero Kustos notó que se mordía con fuerza, que los dientes sucios e irregulares del viejo entraban en la carne. Ninguno dijo más allí ni durante el largo camino de vuelta.

—Él —se sonríe Kustos— hizo así —y se muerde el guante. Luego abre la boca y hace un gesto de asco, con la lengua de fuera.

—¿Para qué hace eso? —pregunta Molinar.

—Quería ver cómo nos responde.

—¿Quién? ¿El… edificio?

—Ya ha visto cómo actúa. Y cuánto sabe. Cosas que…, bueno, cosas que no podría saber dado que él no estaba ahí. Como lo que acaba de contar. Lo que escuchó fue verdad…

—Claro —se burla Molinar—, y me imagino que si hubiera estado con ustedes en Japón lo habrían visto, ¿verdad?

Kustos hace una mueca.

—Kowloon está en China.

—No importa —dice Molinar—. ¿También lo de los “guardianes” es cierto?

—Sí, la sociedad secreta. Son como una secta, o no exactamente. No es una religión. Pero tienen ideas raras… Y no cualquiera puede hacer contacto con ellos. Tienen claves secretas y todo. Yo lo ignoraba, y por eso…

La mirada de Molinar se ha ido hacia arriba: hacia la espiral roja y blanca que asciende, también hasta donde no alcanza la vista. Molinar cierra los ojos.

—Lo del jardín, lo que se supone que es el jardín… —continúa Kustos— Debe ser algo sagrado para ellos… Pero no nos desviemos. Quisiera saber qué tanto sabe usted.

A HORACIO KUSTOS lo han llamado explorador, periodista, viajero, naturalista, investigador. Los informes no sacan mucho en claro más allá de estas profesiones posibles, y en el mejor de los casos se detienen en el significado del nombre: si ambas palabras provienen, como parece, del griego, *Horacio* querría decir “el clarividente” o

“el de la mirada penetrante”, y *Kustos* “el cuidador”. La pregunta que nadie parece haber respondido es qué mira con tanta atención y qué cuida.

—¿Esto también es cierto? —pregunta Molinar.

Las descripciones son insuficientes, los detalles escasos, endebles las explicaciones y teorías. Da la impresión de que el hombre es en verdad inasible y hace falta conformarse con aproximaciones, frases hechas, rodeos que sirvan para dar una apariencia de solidez a alguien que está hecho de aire.

En vez de responderle Kustos se pone de pie y levanta su mochila.

Parte del problema es que su historia es poco más que una red de líneas trazadas sobre el mapa del mundo a lo largo de años: un registro de viajes, y prácticamente nada más. No hay noticias sobre su lugar de origen, su crianza, su educación u otro antecedente.

Molinar recuerda el momento, hace rato, en que la voz habló de él y parecía saber exactamente lo que estaba pensando.

Los informes harían a creer (si esto no fuera imposible) que *no tiene* antecedentes: la existencia de Kustos parece haber consistido siempre en ir de aeropuerto en aeropuerto, a pie por caminos vecinales y carreteras en ruinas y montañas y gargantas, en barcos hacia puertos apenas visibles en el mapa o bien a latitudes y longitudes precisas mar adentro; por aire, en aviones y globos y planeadores, sobre desiertos y pantanos y grandes extensiones heladas. Kustos, se diría, ha estado siempre en movimiento, perdido entre los millones que se desplazan por el mundo a todas horas, lo mismo en ruta hacia lugares populosos y ricos o hacia las zonas más miserables o remotas, sin que nadie lo espere, nunca, en ninguna parte.

Kustos tiene una expresión extraña: su rostro se ve relajado pero su cuerpo está tenso, expectante, y sus labios se curvan hacia arriba: es el embrión de una sonrisa diferente a cualquier otra que haya visto Molinar.

Cuando se le presiona, el propio Kustos dice: “Es que estos asuntos son asuntos solitarios”.

Mientras la voz habla, Molinar nota que Kustos mueve la boca y musita, sin que se oiga pero con toda precisión, las mismas palabras.

Pero aquí puede decirse: todos estos viajes –de polo a polo y sobre todos los meridianos y paralelos– tienen el mismo fin, pues Horacio Kustos lleva muchos años encargándose de la misma tarea: "documentar" los descubrimientos que va realizando y que, inscritos con gran detalle en gruesas libretas o archivos digitales, abrigados por glosas y comentarios, a veces acompañados de imágenes y hasta de objetos de recuerdo, se convierten en testimonios de la "riqueza invisible" del mundo: las numerosas maravillas que alberga todavía y que la humanidad ya no es capaz de ver, por creer que todo ha sido ya descubierto, todos los sitios cartografiados y todos los paisajes vistos y representados mil veces.

—Eso es cierto —dice Kustos—. Uno diría que todos los descubrimientos se hicieron en el siglo XVIII, XIX, si acaso en el XX.

Esto es posible por lo que Kustos y otros llamarían una "disposición particular para la maravilla". La mayor parte de las personas en el mundo se limita a sus experiencias más cercanas: a la idea de lo real que debe aprender para sobrevivir y que excluye y niega lo que está más allá de su alcance. Por el contrario, Kustos se encuentra, casi sin esfuerzo, las noticias más peregrinas y extraordinarias: los sucesos imposibles, los seres extraños, los caminos que nadie había visto antes, las tierras secretas. A donde vaya habrá algo nuevo, como si todo lo esperara para salirle al paso sólo a él.

—Y ahora, en cambio, hay un hombre encerrado en un edificio más grande por dentro que por fuera, que entre otras cosas sirve de burdel para aficionados a la zoofilia, y que tiene un sistema de sonido que se refiere a él directamente y parece conocer sus pensamientos…

Cada año Kustos recibe una carta que le indica a dónde ir a entregar las notas y evidencias que ha recogido durante los doce meses anteriores; Kustos no sabe quiénes son sus patrocinadores y nunca los ha visto, pero la orden siempre llega hasta él con palabras amables, seguras de su obediencia, y además con la certeza de que, una vez hecha la entrega, se le dirá dónde recoger su paga.

—¿Por qué no le pierde el miedo a estas cosas? —pregunta

Kustos, y sonríe de verdad: una sonrisa amplia, como la de una caricatura. A Molinar le vienen dos recuerdos simultáneos: Kustos aplaudiendo, minutos antes, y el ojo de la escalera, enorme.

Cada entrega implica viajes prolongados y enigmas leves. Por ejemplo, Kustos puede dejar su sobre –o una mochila, o una caja de metal cerrada con candado, o una diminuta pastilla de memoria– en el mostrador de una floristería en Panamá y leer, pegada en el florero más cercano, mientras la encargada le da la espalda, una tarjeta que lo enviará a una planta de aguas negras en Bielorrusia, donde no habrá nadie y el sobre con su paga estará escondido en un envase de plástico, debajo de un montón de desperdicios. A veces se abre paso en los barrios más exclusivos, donde sólo se admite la entrada de los más ricos y sus escoltas, y otras se encuentra en arrabales de casas de cartón, escondiéndose de manadas de perros y escuadrones de la muerte, o bien en zonas de guerra franca, entre granadas y fuego de ametralladoras; pero casi siempre logra entregar su carga donde se le ha indicado, recoger su paga y subir al primer transporte que encuentra, con rumbo hacia el siguiente sitio que deba explorar. Está convencido de que cuanto hace tiene valor y todos sus hallazgos quedan a buen recaudo: de que ayuda a preservar –como sugiere la raíz griega de su apellido– un tesoro precioso.

—Suena emocionante.

—Si yo le contara cuánto llevo haciéndolo…

—A ver, a ver, ¿y es verdad lo de los informes? —pregunta Molinar— ¿Y los entrega?

—Claro que sí.

—¿Los deja donde le dicen y ya? Tendría que difundirlos, aunque no fueran, es decir… Usted me entiende.

—No, no le entiendo. ¿Aunque no sean ciertos? ¿Eso quiere decir? —Molinar no responde y Kustos se queda un momento sin hablar, los brazos en jarras y mirando a su alrededor, hacia arriba, hacia abajo, sin que parezca preocuparle la espiral interminable de las escaleras— Yo sé que lo son. Por lo demás una vez quise publicar algo y no salió bien. Estas cosas no las publican.

—¿Cómo no? Hay revistas de eso, de…

—¿De lo insólito, de ovnis y cosas por el estilo? No, esas revistas publican puras mentiras.

Kustos dice esto de pie en los escalones, pero es como si

estuviera de pie en la cima de una montaña, el mundo entero debajo… Molinar lo mira y siente envidia. Se pone de pie y se acerca a él. No es igual, descubre, cuando él mismo está junto a Kustos. Sigue inquieto por lo que vio. No puede olvidarlo, como tampoco puede olvidar el piso a oscuras, las puertas que no aparecían, la voz… o las imágenes más remotas: los hombres peleando. El muerto. La niña. El lugar amplísimo bajo el cielo, y los duendes, y los gritos que venían de quién sabe dónde. Tiene un escalofrío. Piensa en encender otro cigarro pero se contiene: tendrá que administrarlos con cuidado.

—¿Le gusta ir siempre de un lado para otro? ¿Viajar y ganar dinero nada más para seguir viajando?

—La mayor parte de la gente —responde Kustos— hace eso. ¿No? Trabajan para poder trabajar.

—No, no, bueno, hay gente muy adicta… Mire: una vez, un cuñado que tuve, el hermano de una novia…, este tipo estaba en una editorial y era el ídolo de los jefes: siempre se quedaba después de la hora de salida, siempre pedía más trabajo. Llegó a estarse días enteros. Y todo el mundo sabía que este tipo, cada cuatro horas, se levantaba al baño y salía hasta haberse metido no sé cuánto de coca, que era lo único que le permitía trabajar tanto. Ese tipo ganaba dinero para meterse coca y poder seguir ganando dinero para meterse más coca. Pero eso no es normal.

—¿No? —pregunta Kustos sin mirar al otro hombre. Parece observar cómo las lámparas en las paredes de las escaleras, a medida que se alejan de la vista, se convierten en puntos sin dimensión, semejantes a las estrellas.

La vida de Horacio Kustos es siempre distinta. Nunca está dos veces exactamente en el mismo sitio; nunca visita la misma rareza ni escribe del mismo horror o la misma maravilla. Por otra parte, sus sueños son siempre iguales. Son un solo sueño o, con toda propiedad, una pesadilla.

—Horacio… —Molinar se interrumpe antes de añadir algo.

Siempre sueña que está acostado en la banca de un parque, de espaldas, mirando al cielo. La gente pasa a su lado y no lo ve o finge no verlo. Él tiene frío, si es de noche, o un calor seco y un sol en el cenit, que lo ciega, si es de día. Su nariz está siempre llena de un olor acre. De vez en cuando escucha el tintineo de monedas que

caen en una lata vacía, y sabe que son las limosnas que unos pocos le dejan.

Molinar mira la cara de Kustos y se aparta. Ya no parece la misma. Su pose ha cambiado también. Su cabeza y hombros se inclinan. Ahora no está mirando hacia fuera sino hacia el escalón de piedra.

—Bueno —dice—. Eso también es verdad.

No puede moverse y dice palabras al azar que se confunden entre sí cuando trata de recordarlas. Esto dura mucho tiempo. De pronto, alguien llega: policías, desocupados cuyos rostros aparecen ante su vista, y lo zarandean o le dan de golpes sin que él pueda resistirse; tras un tiempo de difícil medida, lo devuelven a la posición en que se encontraba. De vez en cuando oye voces, pero no puede entender lo que dicen, porque las palabras se suman a las que ya están en su cabeza y todas se acumulan, unas sobre otras, hasta que de pronto dejan de ser palabras y son un objeto: una esfera de vidrio o de excremento o de madera, que pulsa, crece y se contrae y casi se materializa ante sus ojos.

Kustos se sienta en el escalón y se cubre los ojos con una mano.

Dobla las rodillas, se encoge, inclina aún más la cabeza.

—Llevo haciendo esto desde hace muchísimo… —dice Kustos.

Sólo de vez en cuando se aquieta su interior y entonces se incorpora, mira la lata vacía que está a su lado, busca si hay algo en ella. Lo haya o no se pone de pie para buscar comida, aliviar sus necesidades, notar el dolor de su cuerpo; aproximarse a quien llegue a estar en el parque, mirarlo, escuchar su voz para ver si la reconoce.

—Y entonces me despierto. Siempre sueño eso —se levanta de pronto, con un solo movimiento súbito, como si se desdoblara, y pasa junto a Molinar hacia la puerta que lleva al corredor—. Venga acá. Dejaré abierta la puerta para que entre luz. No pasa nada.

Kustos abre la puerta y entra. Molinar no lo sigue: de pie ante el umbral, lo ve avanzar hacia la derecha y desaparecer en el corredor. Oye un sonido apagado:

—Aquí estoy. Me voy a sentar otra vez. Deme unos

minutos para reponerme e iremos a buscar el jardín. Ya entendí cómo hacerlo.

Molinar puede ver la pared opuesta, alumbrada por la luz que entra desde el pozo de las escaleras. La pared y dos de las puertas que hay en ella se ven claramente. Los murmullos que los dos hombres han percibido desde que entraron al edificio se escuchan tan claros como siempre.

—Todo esto ya me ha pasado antes —dice Kustos. Molinar no dice nada—. Tengo ese problema: a veces me dan accesos de irrealidad. Así los llamo, ya sé que suena pomposo. Reacciono igual que usted: me cuesta creer lo que veo. Hace unos años fui a Varosha: era una zona turística en Chipre y cuando el país fue dividido quedó abandonada. Los soldados no dejan entrar a nadie porque sigue en disputa. Es una tierra de nadie. O lo fue hace mucho tiempo. Yo estaba allí para ver una playa, cerca de los edificios que quedaron vacíos: hoteles, casas, todos deshabitados. Se caen a pedazos. Por esta playa llegan al país muchos turistas sin autorización, que no pueden viajar en avión ni nada parecido. Allá les dicen fantasmas, porque se quedan en los hoteles abandonados y no tienen cara. Nadie sabe de dónde vienen…

—¿Es en serio? —pregunta Molinar, pero Kustos lo ignora.

—Llegué de noche, atravesé las barricadas del ejército sin problemas… Hasta ahora siempre he logrado salir de toda situación complicada o peligrosa… Mientras esté conmigo no le va a pasar nada. Llegué, le digo, pero no pude quedarme en la playa porque aunque yo sabía que los hoteles estaban vacíos yo iba con dudas: en el viaje soñé, y entre eso y el cansancio tuve una crisis. Llegué de noche a la playa. Después de cruzar las barricadas. Y cuando estuve solo quise orientarme, darme una idea de cómo seguir avanzando, pero empecé a ver luces. Primero no entendí qué estaba pasando. Veía luces pero en aquel lugar no hay energía. Pensé que alguien, a lo mejor los soldados, había conectado de nuevo la corriente, pero lo que estaba viendo no eran focos: no era la luz de las calles. Estaba viendo los esqueletos de los hoteles: las vigas, las columnas, como si las paredes hubieran desaparecido, como si las paredes fueran la carne de los edificios y estuviera viendo radiografías verdes y azules. Los fantasmas de los edificios. Las calaveras. Y pensé que a lo mejor si me acercaba podría ver a los fantasmas que había ido a ver, que también serían verdes y azules, pero entonces tuve la crisis: los esqueletos de los

edificios desaparecieron. Se convirtieron nada más en rayos de luz, en haces como de una linterna o de muchas linternas, que podrían haber sido de los soldados que cuidan ese lugar, que sigue en disputa… Varosha. Una zona turística en Chipre.

"Cuando me dan estas crisis siento que el mundo se deshace. Esa noche pensé que estaba soñando, aunque no fuera el mismo sueño de siempre, y es que además supe, o sentí que sabía, que en cualquier momento iban a apagar las luces y todo se iba a quedar a oscuras y yo no iba a saber cómo llegar a la playa ni cómo regresar. Me dio la impresión de que me lo advertían. Que una voz decía eso, que nada era verdad, que todo.

"Y la sensación duró tanto tiempo que me parecía que pasaban meses o años, y yo no conseguía ni quitármela de encima ni despertar de verdad, y ya no se oía nada, ni se veía nada, y ya no sabía si estaba de pie o acostado, y todo lo que se me ocurrió fue hablar y pedir por favor que no apagaran la luz, porque de pronto pensé que no iba a despertar en Varosha sino en la banca, es decir, la banca con la que sueño…

"Usted tampoco lo haría, ¿verdad? Apagar la luz. Lo digo en sentido figurado. Aquí no estoy en el sueño, de hecho supongo que no estoy tan mal como hace unas horas, porque me puse muy mal en el pasillo donde Constantino me encontró. Y tampoco estoy en aquel momento, cuando me interrogaron… Ni tampoco es el instante en que llegué. Claro. Pero es que justo ahora… Ahora, o hace un rato: esto de estar oyendo pedazos de otras cosas, de cosas que usted no tendría que saber ni nadie más…

"Esto es una maravilla. De verdad lo es. Esto es lo que busco. Lo que quiero. Pero justamente ahora… Al rato voy a pensar que lo están contando todo… Como lo que pasó en Varosha. ¿Ha viajado a Varosha? Es que a veces cuando sueño oigo voces. ¿Ya le dije que oigo voces?

Molinar no consigue moverse.

—Y otra veces —agrega Kustos— tengo la idea de que todo es cierto, ¿me entiende? Que todo esto… Que no todo lo que pasa es producto de mi imaginación.

—¿Que no todo es imaginación? —pregunta Molinar.

—Sí, sí —dice Kustos. Su voz se *escucha distinta: más grave, más remota—. Que usted existe. Que esto existe.*

La señora Isabel ha tenido que subir a otro piso para atender las quejas de un cliente ebrio, que ha vomitado sobre

un par de ranas toro y ahora acusa al empleado de limpieza entre bramidos animales.

—Él fue —dice—. Él fue. A mí no me va a estar engañando. A mí no me va a decir que no fue, porque…

Después de varios minutos de hablar en vano, Isabel decide que el cliente sea expulsado del edificio tan amablemente como sea posible, con un reembolso completo de cuanto haya gastado… Estas labores insignificantes son peores que los verdaderos problemas porque la hacen pensar en el tiempo.

—También pídanle un taxi o manden a alguien a que lo lleve en coche —ordena—, lo que sea necesario.

Ha estado pensando en lo que debe hacer. Ahora está decidida. No hay razón para cambiar de planes. Todo lo que necesita es el tiempo suficiente y que nadie la moleste. Da órdenes a los empleados, palpa en su bolsillo para asegurarse de que tiene las llaves, abre la puerta. Ahora sí va a llegar al piso de las celdas, donde Molinar por fin se ha decidido a entrar desde el pozo de las escaleras.

En el piso están la mochila de Kustos y el traje blanco de Kustos. Todo, incluyendo las botas, los guantes y la extraña capucha o casco. Pero no hay nadie allí.

—¿Horacio?

HORACIO KUSTOS SE PERDIÓ EN EL BRINCADERO.

—¿Qué? —dice Molinar.

Fue un hecho desafortunado que, más tarde, tuvo oportunidad de lamentar. Él mismo fue el causante del problema. "¡Cierre la puerta!", le gritó alguien, pero era sólo un empleado que pronto se alejó de ellos, siguiendo por el estrecho corredor a un grupo numeroso de clientes.

Molinar se sobresalta al escuchar el grito.

Molinar ya estaba aún más lejos, con la rubia que les había abierto la puerta y se había presentado como guía, enviada por la señora Isabel, con el encargo de llevarlos. "Vamos", la oyó decir, "por favor no se retrasen." "Allá voy", dijo Molinar y fue tras ella.

—Horacio, ¿dónde está? —pregunta, y se inclina para revisar la ropa. La toca, con cierto desagrado.

Horacio Kustos caminó despacio; incluso se dejó rebasar por

otros clientes, que avanzaban ansiosos y un poco irritados por el pasillo, con la vista fija al frente y las caras a veces alumbradas por las luces tenues fijadas a las paredes, a veces invisibles.

Cuando al fin estuvo en el vestíbulo, se cercioró de que Molinar y su guía ya no estuvieran cerca; vio la puerta de un elevador que se abría, se mezcló con los clientes que entraban en él y así se internó, veloz, sin hacer ruido, en la torre.

—Horacio, esto no es gracioso.

Pronto descubrió que en cada piso hay un corredor blanco, amplio y siempre iluminado, que da la vuelta completa a su perímetro y deja ver, a medida que se le recorre, muchas puertas. Éstas son, casi siempre, exactamente iguales. En ninguna parte hay indicaciones que permitan diferenciarlas a simple vista o distinguir cada piso. Algunas de las puertas no se abren siquiera y es necesario, si no se sabe de antemano, probarlas todas para encontrar cuáles conducen a las instalaciones. Y si bien las habitaciones son siempre diferentes –cada piso está dedicado a una sola familia de animales, a una sola especie o un uso particular de una sola especie–, tampoco puede saberse de un vistazo qué animales alberga cada instalación ni qué uso se les da en ella. Algunos pisos están subdivididos en numerosos cuartos, cada uno con su propio equipo, pero otros son espacios vastos y desnudos, o varios pisos fundidos en uno más alto. Algunos reciben al visitante con los olores, los sonidos y la temperatura de espacios vivos –el rumor de un edificio de oficinas, el calor persistente de un andén de subterráneo, el tufo a sudor y humores y agua sucia y madera de lápiz de una escuela secundaria– y otros serían como tumbas si no se escuchara en ellos, como se escucha en todas partes, el rumor del edificio.

> *Molinar se incorpora y se aleja de la puerta por el corredor. Después de unos pocos pasos se detiene. Las sombras se ven más negras que nunca*.
>
> *—Horacio —vuelve a decir, y regresa hasta la mochila. El candado sigue en el cierre, como hace rato*.

Kustos se dio cuenta de esta multiplicidad y se olvidó de su propósito inicial: llegar al último piso tan rápido como le fuera posible. Fingió no mirar a otros clientes mientras daba vueltas por varios pisos, subía por diferentes escaleras, bajaba a veces por los ascensores de pasajeros (mezclado en grupos de borrachos o

drogados, que lo ignoraban o lo unían a sus fiestas) y otras por los de carga.

—Señor Kustos —dice Molinar alzando la voz—. ¡Kustos! —y en voz más baja: —Qué clase de nombre es ése…

Encontró las escaleras de servicio, que descienden y ascienden en espiral. En un piso que albergaba estancias similares a las suites de un hotel vulgar, con gruesas alfombras en los pisos y mármol y espejos en las paredes, intentó sobornar a un empleado y hacerle preguntas; en otro, de menos pretensiones, se quedó mirando un contenedor de basura, lleno de condones usados y de objetos de naturaleza menos evidente, hechos de hule. Subía, bajaba, se asomaba, como hacen algunos, por las puertas entreabiertas, o por los agujeros de las cerraduras (como otros, que observan en sitios escogidos y con tal cuidado que todo parece un producto del azar). De vez en cuando se decía: "Pronto tendré que seguir hacia arriba". Pero cada piso, cada jaula con ruedas que los empleados empujaban por un corredor, cada puerta entreabierta, cada prisa o pudor de un cliente entrevisto lo atraían: tiraban de él.

—¡Kustos! —grita Molinar— ¡Horacio Kustos! ¿Dónde está? ¿Está bien?

Horacio Kustos se había extraviado, pero sólo se dio cuenta horas después. Primero notó que había perdido la cuenta de los pisos que había recorrido. Luego, al intentar alcanzar de nuevo la planta baja, no lo consiguió. Las escaleras se prolongaban mucho más de lo que había previsto y cuando por fin, agotado, se decidió a abordar solo un elevador, descubrió que ni afuera, ante las puertas, ni en el interior de la caja, había ningún indicador que avisara si el aparato subía o bajaba. Peor aún, no había ningún tipo de control salvo el botón de llamada. El panel de control interior tenía un botón rotulado EMERGENCIA y bajo él un pequeño micrófono, disimulado y apenas visible.

Molinar camina en dirección contraria. Otra vez la oscuridad lo asusta.

"¿Bueno?", dijo Kustos, vacilante, y el elevador cerró sus puertas, se puso en movimiento y lo dejó en otro piso. Kustos salió y volvió a entrar: "Oiga, disculpe", y las puertas volvieron a cerrarse. Kustos no logró discernir si subía o bajaba antes de que la caja volviera a abrirse ante un hombre enorme, con lentes oscuros,

sombrero vaquero y chamarra de plástico brillante, que se balanceaba de un lado a otro. Al ver a Kustos el vaquero se echó a reír, se abalanzó sobre él, lo aplastó en un abrazo y no le permitió salir.

"¡Pinche güey, dónde andas!", dijo.

> *—Si no regresa voy a seguir solo. Y entonces, ¡a ver cómo explica por qué anda encuerado!*

"¿Qué?" "Te ando diciendo, te digo, ¡chingado cabrón, me cae de madres…!" Kustos sospechó que el hombre lo había confundido con otro pero prefirió no decir nada mientras el vaquero hablaba. Cuando por fin se calló, soltó a Kustos y se acercó al tablero del elevador, que no se había movido y seguía abierto en el mismo piso. "Ya te está esperando el patrón… Pérame a que saque el pinche papel." Sacó algo del bolsillo trasero de su pantalón y se acercó al micrófono: "Hoy… Co… A ver, güey, léele, no veo nada con estos pinches lentes…". Y Kustos leyó:

> *—¡Conteste, hijo de su puta madre, cabrón…!*

"Hoy Colombina se ha superado" y el ascensor se puso en movimiento. El hombre se volvió hacia Kustos, pegó su nariz contra la de él y continuó: "Pero óyeme, cabrón. Yo siempre te lo digo, no nomás cuando ando… Yo te quiero un chingo, cabrón. ¿Que no? Sí sabes que te quiero un chingo, ¿no? Nos la hemos rifado juntos, pinche güey. Pinche güey, pinche güey…, pinche güey…". De pronto el vaquero se lanzó hacia Kustos, lo abrazó con fuerza y lo besó en los labios.

> *Molinar piensa en regresar a su cuarto, celda o lo que haya sido. Esperar y decir, cuando vengan por él, que el loco del cuarto de junto pasó al suyo a la fuerza, salió y quién sabe qué habrá hecho.*
>
> *—Es —dice en voz alta— lo más sensato. Y no es un problema. Sólo tengo que seguir la pared y probar las puertas hasta encontrar la que era. La que es.*

El vaquero iba a besar a Kustos otra vez cuando la puerta se abrió. Kustos se apoyaba en ella, de modo que ambos cayeron al suelo.

> *—Ya he visto muchas cosas —dice Molinar, levantando la cabeza—. ¿Hola? ¿Me oyes? Te digo que ya he visto cosas. Te*

creo.

Kustos tardó en salir de debajo del vaquero. Se palpó los costados y comprobó que no tenía las costillas rotas. Iba a levantarse cuando vio que, en la pared junto a la puerta del elevador pero casi tocando el suelo, había una placa de metal que decía precisamente

—¡Ésa es la clave! ¿Verdad? La palabra, o la frase clave. ¿Ves que lo entiendo? ¿Ves que te creo?

El vaquero estaba inconsciente. Había caído de bruces y su vientre lo levantaba un poco del suelo. Se oyeron voces desde un extremo del pasillo. Kustos se puso de pie, volvió a entrar en el elevador y dijo:

"¿Planta baja?"

—¿Me oyes?

Varios viajes más tarde tuvo que admitir que la clave para llegar a la planta baja (o, para el caso, al último piso) era menos obvia de lo que había supuesto, y que el mecanismo que gobernaba al elevador (o bien el controlador remoto y entregado y cruel) debía lanzarlo sin dirección, a un piso cualquiera al azar, siempre que el pasajero dijese cualquier cosa salvo una contraseña conocida. La intención debía ser, precisamente, que cualquier intruso perdiese el camino y la cordura. Además (pensó Kustos al pasar del centenar de traslados), el sistema de los elevadores podía ser aún más complejo: tal vez las cajas no sólo se desplazaban vertical sino horizontalmente, como en algunas películas, y por esto le parecía (aunque no fuese verdad) que el edificio era muchísimo más grande por dentro que por fuera.

—Pobre imbécil —murmura Molinar. Y luego: —¿Por qué no me contestas? ¿Ves que te estoy hablando? ¡Contéstame!

En este punto se dio cuenta de que estaba hablando solo, repitiendo algunas palabras y frases que antes había formulado apenas, vagas y movedizas como son siempre las conversaciones dirigidas hacia dentro.

—¡Por favor! —insiste Molinar— ¡Ya entendí! ¿Me oíste? ¡Háblame!

Comenzó a preocuparse de veras: además de la probabilidad creciente de que alguien acabara por detenerlo, empezaba a sentir sueño y –sin que pudiese explicárselo– la perspectiva de buscar un sitio donde dormir le pareció, de pronto, más desagradable de lo habitual. Peor aún, empezaba a sentir también el vértigo que siempre acompañaba a sus horas de mayor agotamiento: los objetos le parecían cada vez más vagos e intangibles, como si sus sentidos se debilitaran o como si todo perdiera el color, la temperatura, la consistencia.

—Esto es lo que le pasó —dice Molinar—. ¿Verdad? ¿Verdad? —y aplaude un par de veces, de modo semejante a como Kustos lo hizo antes— ¡Así se perdió! ¿Verdad?

Comenzó a moverse aún más rápido de piso en piso. Se olvidó de escaleras de servicio y de cualquier cosa salvo los elevadores y sus placas con extraños nombres, o lemas, o lo que fueran. Cada vez estaba más encorvado, más tembloroso. Se sobresaltaba con cualquier ruido y, a la vez, en varios momentos se sintió tentado a ponerse a gritar él mismo, para que alguien notara su presencia. Sacó una libreta de su mochila y se puso a anotar los nombres que iba encontrando al entrar y salir de los ascensores, sintiéndose un estúpido por no haber pensado antes en una estrategia tan simple.

—¡Está bien! Sigue, sigue, sigue… Ya entendí. Así es como hablas. He visto películas de, ¿cómo se llama?, de ficción. No soy estúpido. A lo mejor así es. A lo mejor es otra de esas cosas raras.

Después de un rato se le ocurrió leer lo que había escrito, y se encontró con un poema de cierta coherencia:

TENGO A VECES UN SUEÑO EXTRAÑO Y PENETRANTE
ESTOY EN LA ORILLA Y ESPERO AYUDA

—¿Kustos está pidiendo ayuda?

El Aire Desata Pequeñas Banderas
Jamás Sentí Que Hubiera Llegado
Y Si Tú Duermes, Duermo Como Un Perro A Tus Plantas
Devoto Siervo De Tu Antiguo Nombre
Que Se Orina En Las Alfombras
Todas Las Casas Son Ajenas Para Mí
Bajo Mi Nombre, Una Desconocida
Pero A Mis Espaldas Siempre Escucho

"¡Oiga!", dijo una voz y Kustos dio un grito.

—Esto fue lo que le pasó. ¿Verdad? Éste fue el momento.

Estaba en un piso nuevo, exactamente igual a todos los otros, pero ante él estaba el joven Constantino.

"¿Usted es el técnico?", dijo.

Algo que también le pasa a Horacio Kustos cuando está extenuado es que las personas empiezan a confundirlo con otros, como si su propia identidad se diluyera.

—No puedes hablar directamente… Tienes que decir algo que tenga que ver con el edificio. ¿No?

"Yo", dijo Kustos, pero no continuó; pensaba que, después de tanto tiempo como había pasado, semejante buena suerte tenía que alegrarlo. "Buenas noches. De pronto me siento…"

—Me estás contando lo que él dijo que le había pasado. ¿Verdad?

Y le dio la impresión de que debía, por lo menos, intentar sentarse, aunque fuese en el piso, pero no pudo hacerlo: cayó al suelo, golpeó el cuero con la cabeza y le pareció que el techo del corredor, que estaba cubierto de espejos, no reflejaba su imagen y en cambio dejaba ver el cielo, negro, sin una sola estrella.

Pasan unos segundos.

—Eso fue el momento. La debilidad que le dio a Kustos…

Molinar siente un escalofrío.

—…y que tú le provocaste hace rato, ahora que lo pienso. Tú le recordaste lo que le había pasado. Y por eso le volvió a pasar. Por eso ahora… ¿Ahora qué?

Silencio.

—¿Ahora qué? —repite Molinar—. ¿Eso es todo? ¿Qué

sigue? ¿Qué le pasó a Kustos? ¿Qué va a pasar ahora? ¿Me estás escuchando?

Pasa otro momento de silencio. Molinar se da cuenta de que es silencio de verdad. Todos los sonidos que se habían estado escuchando hasta aquel momento se han extinguido. Ahora, como nunca antes, el corredor parece el de una tumba, el de un sitio muerto y olvidado, lejos de todo.

Las luces del pozo de las escaleras se apagan.

Molinar sabe que va a gritar pero también comprende que hace un momento estaba equivocado: la oscuridad a su alrededor es más profunda que nunca ahora.

LA TARDE
EN LA QUE SUPO
QUÉ ERA EL MIEDO
(1957)

Aún hoy, a Isabel le interesa y le preocupa un pasaje muy breve, apenas un renglón, del libro azul, separado del que lo precede y el que lo sigue –como acostumbra suceder en esas páginas– por una línea de asteriscos. Quince palabras solamente: «Aquella fue la tarde en la que supo qué era el miedo».

Isabel recuerda una tarde así. La recuerda muy claramente: aunque llegue, por momentos, a olvidarse del sentimiento preciso o a confundir algunos rasgos del recuerdo, las impresiones regresan siempre a sus formas originales.

Ocurrió cuando era una niña pequeñita: apenas comenzaba a caminar. Y los matices, los hechos aledaños, el sentido del suceso, no le parecieron importantes sino más tarde: Isabel tardó en comprender que en esa tarde remota, por un tiempo largo como una vida entera (así lo dice hoy, cuando llega a contar la anécdota), se sintió aterrada por primera vez.

Es así en la memoria:

Sola, sola como nunca antes ha estado, avanza por el corredor. Hay grandes ventanales por los que el sol entra en haces largos e inclinados. Los pies descalzos sienten el calor que se ha acumulado en el cemento. Tropieza, y sus manos y rodillas lo sienten también. Ha estado llorando por tanto tiempo que ya no tiene fuerzas para gritar y únicamente gime: un solo gemido, a veces más fuerte. Isabel no lo interrumpe nunca. De vez en cuando sorbe sus lágrimas, o las deja acumularse y llenarle la lengua con su gusto salado, pero ni entonces puede callar. Papá no está y tampoco está Martita, la mujer que la cuida cuando Papá está lejos. Todavía los llama, de vez en cuando:

—Papá —dice—. Matita —pero nadie responde—. Matita —vuelve a llamar, muchas veces, esforzándose por decirlo bien, como siempre le piden. Pero nadie va por ella.

Después de mucho tiempo llega a una esquina donde el corredor se dobla a la izquierda. Isabel continúa, porque ya antes ha esperado mucho tiempo sola, sentada en el suelo; únicamente al entender que Martita se retrasa ha decidido salir, a buscarla, del cuarto donde la dejaron.

Y ahora, luego de pocos pasos en la nueva dirección del corredor, ve la primera de varias puertas de madera. Se parecen a las del cuarto, pero Isabel sabe reconocer que son distintas y llevan a otros lugares.

Se queda por un tiempo allí, gimiendo, sin saber qué hacer.

Luego escucha un ruido que nunca ha oído antes, que no puede comprender y, además, que flota en el aire, sin que nada a la vista se mueva para producirlo. Isabel ya ha escuchado sonidos a sus espaldas, o detrás de paredes y puertas, pero siempre se han debido a Papá, a Martita o a las otras personas que conoce. Siempre ha sido el golpetear de la sonaja, o el chillido del pato de hule, las cosas que conoce de toda su vida hasta donde alcanza a recordar.

Este sonido es nuevo. Es seco, chasqueante. Existe, Isabel se da cuenta, sin relación alguna con ella. Y con esta conciencia nueva su gemido cesa.

Después de un largo tiempo, el sonido vuelve a escucharse, y casi de inmediato una tercera vez.

Isabel no sabe el motivo ahora, ni lo sabrá luego, pero en esa nueva repetición el sonido la atrae. Camina, apenas unos pasos, intentando acercársele. El sonido vuelve a oírse, más fuerte. Isabel sigue caminando. Otra vez se escucha el sonido, más fuerte aún. Isabel está ante una puerta, que se encuentra entreabierta; ella la abre un poco más, como también sabe hacer.

El cuarto no es como el de ella y Papá, ni como el otro, en donde pasa con Martita la mayor parte del tiempo y donde están todos sus juguetes. Para empezar, está lleno de mesas que se elevan sobre muchas patas, altas y rígidas; luego, el piso no es de baldosas blancas y azules, sino de cemento gris, como el del pasillo. (Ella no conoce esas palabras precisas, pero las aprenderá más tarde y siempre asociará los colores del piso de sus cuartos con la idea de que son raros y preciosos, difíciles de hallar.)

Además las luces son distintas, muy abundantes, y menos amarillas y más de otro color que Isabel tampoco ha visto antes.

Y al sonido nuevo, al que Isabel acaso se ha acostumbrado un poco, se une ahora otro distinto: un golpe menos seco, más sordo. Mucho más tarde, Isabel creerá reconocer ese segundo sonido en una cachetada cariñosa, en el ruido de sus pies al tocar el suelo tras un salto, o en el mercado, ante una pollería, entre los muchos golpes, roces de objetos, cortes y palabras de quienes atienden el local.

Ahora, sigue avanzando. Ya hace mucho tiempo que no se cae al tratar de caminar, pero de todas formas se apoya ligeramente en las patas de las mesas a medida que pasa por debajo de ellas. Con los pies puede sentir el frío de este cemento, que se parece al del corredor. El segundo sonido vuelve a oírse, dos veces, muy próximas, y el primero comienza a escucharse muchas veces seguidas y mucho más fuerte y seco que nunca antes, y de pronto

un león aparece justo delante de Isabel.

Viene de un lado, por el espacio entre dos mesas, y muestra su costado a Isabel, sin mirarla, con la cabeza erguida, la vista fija hacia delante. Pero Isabel cae hacia atrás, de un sentón (como dicen Papá y Martita) y siente el golpe aun a través de la tela del pañal y abre la boca para gritar y no hay grito que pueda salir de su garganta. El león pasa, enorme. Isabel ni siquiera se da cuenta de la magnitud de lo que está sintiendo. El león pasa todavía, lento, más alto que las mesas, con su melena dorada reflejando las luces. Isabel no volverá jamás a ver una melena tan brillante. Y jamás ha estado tan cerca de ningún animal. El león pasa, una pata adelante, otra, otra, la última, vuelta a empezar, con la cabeza erguida y la vista fija. Isabel se da cuenta de que el primer sonido sigue escuchándose, que ya no se ha interrumpido y que de hecho se deja oír cada vez que el león mueve las patas, una, otra, otra, otra, vuelta a empezar.

Y de pronto el ruido se detiene, y paran también las cuatro patas del león, y el cuerpo del animal empieza a inclinarse hacia Isabel; despacio, despacito, y ella se queda paralizada por muchísimo tiempo, mirando el flanco peludo que se le viene encima, y al cabo de este tiempo se da cuenta de que el cuerpo va a caer sobre ella. No está jugando y no va a detenerse. Entonces, por primera vez en su vida, entiende en verdad lo que significa estar sola. Papá no está. Ni Martita. Nadie va a levantarla ni a consolarla.

Está gateando, se da cuenta, como si no hubiera aprendido a caminar y no lo hiciera tan bien, una mano y una rodilla y la otra mano y la otra rodilla y vuelta a empezar, alejándose del león. Se mete debajo de una de las mesas. Desde allí puede ver cómo el animal termina de llegar al suelo, y se voltea del todo para quedar panza arriba, y no se mueve más.

Isabel espera, inmóvil. Ahora ya no desea gritar sino quedarse en silencio, tanto como le sea posible, tanto como le sea necesario. Esperará a que el león se levante y se vaya, y luego se irá.

(Más adelante, cuando sepa de tales asuntos en la escuela, pensará que así debieron haber esperado, muchas veces, los hombres y las mujeres en la época de las cavernas.)

Isabel espera. Sin embargo, antes de que el león se levante, se oye el ruido de varios pasos seguidos y las piernas de un hombre, enfundadas en pantalones de mezclilla, aparecen detrás del león. Vienen de donde éste vino y se detienen justo detrás de la panza del animal. Isabel piensa en salir, pero entonces el hombre se inclina, para ver de cerca al león caído, y ella puede verle la cara.

No es muy distinta de la de su padre: gruesa, morena, de nariz ancha y labios sobre los que crece un bigote espeso y negro. Pero Isabel nunca la ha visto antes, y además le parece que no tiene ojos: en su sitio hay dos vidrios redondos que brillan aún más que la melena del león.

Se queda donde está. El hombre, de todas formas, no se da cuenta de su presencia: como el león, tiene la vista fija en otra parte. Isabel mira a donde mira él y no ve nada salvo la melena, que en realidad es muy grande, cubre bastante del pecho y el lomo y oculta también parte de las patas delanteras.

El hombre mete la mano allí, hace algo y se oye un tercer ruido nuevo, rápido y vibrante, mientras la panza de la criatura se abre. Isabel no grita pero inhala ruidosamente, sorprendida por lo que está viendo. Es como si en el vientre hubiera una puerta, cubierta de pelo y ligeramente curvada, pero capaz de abrirse y cerrarse.

Entonces el hombre la descubre.

—¿Y ahora? —dice, inclinándose para verla. Isabel retrocede al ver que los vidrios en su cara han dejado de brillar pero ahora dejan ver tras ellos los ojos más grandes que ella ha visto nunca— ¿Qué haces aquí, hija? —pregunta el hombre; de una zancada pasa delante del león, se acuclilla ante Isabel y adelantó una mano para tocarla. Ella grita—. ¡No, no, espera! ¿Qué pasa? ¿Estás bien, qué te pasó?

El hombre insiste en moverse hacia Isabel; incluso, está en cuatro patas, empezando a gatear hacia ella, pero se detiene y se queda mirándola un momento. Isabel se aleja un poco más. El hombre se lleva una mano a la cara y se quita algo de ella.

La niña nunca ha visto nada semejante, y (lo sabe ya en ese momento) no lo olvidará jamás: ahora, el hombre tiene en la mano un objeto de color negro, dos aros unidos entre sí y que rodean a otros tantos cristales, y sus ojos se ven como los de cualquiera.

—¿Te habías espantado? —lo oye preguntar. Ella asiente, confundida— Son mis lentes. Lo que pasa es que son gruesos. Mira —se acerca un cristal a un ojo e Isabel lo ve crecer; lo aparta y el ojo recobra su tamaño normal—. No puedo ver sin ellos.

Dos o tres demostraciones más tarde, Isabel se atreve a sonreír. El hombre vuelve a dejarse los lentes en la cara, le pide con la mano que se acerque y ella lo hace. Él la levanta en sus brazos como hacen Papá y Martita.

—¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu mamá? —Isabel no entiende la palabra y no dice nada— ¡Mira nada más! Estabas llorando. ¿Te espantó el león?— Isabel asiente con la cabeza— Pobrecita… ¿Pero

cómo llegaste acá? ¿Tu mamá te dejó aquí, tu papá?

—No —contesta ella.

—¿Cómo te llamas?

—Chabe.

—¿Chabe, Chabela? —ella asiente— ¿Isabel?

Ella vuelve a asentir.

—Ah, qué barbaridad… Tú has de ser la hija del señor Emilio, ¿verdad? —ella asiente muy rápidamente, y muchas veces, y se siente aún más aliviada cuando el hombre le dice—: Mira, voy a hablarle a tu papá para que venga por ti… A lo mejor se tarda un poco, pero mientras lo puedes esperar aquí. ¿Te quieres sentar en la mesa?

Ella se deja cargar y depositar sobre una de las mesas. Desde esa altura el cuarto se ve muy distinto: cada mesa tiene encima toda clase de cosas, desde cajas enormes hasta recipientes de vidrio y de metal y muchas otras que ella nunca ha visto.

El hombre se acerca a un teléfono –Isabel ya sabe qué es un teléfono, e incluso ha hablado por uno en varias ocasiones– y, después de un momento, toma la bocina y dice:

—¿Bueno? ¿Está don Emilio? ¿No…? ¿A poco…? Uy. Bueno, mire, lo que pasa es que aquí… Habla Ricardo… Sí, sí, ése soy yo. Es que aquí está su niña. Isabel.

Las palabras no parecen muy interesantes, así que Isabel decide mirar a su alrededor. Las luces caen sobre los objetos haciéndolos despedir destellos semejantes a los de la melena y los lentes.

—Sí, aquí… No sé cómo llegó pero estaba toda asustada, la pobre… Yo aquí la cuido, sí, pero estoy…

Sobre su propia mesa no hay nada. Por otra parte, aquí arriba hay un olor extraño, o más de uno, que hasta aquel momento no le habían llamado la atención pero ahora le parecen más intensos. Además, a lo lejos, puede verse al león, todavía tirado en el suelo y con la panza abierta. Sobre todo, destacan las patas, estiradas y tiesas.

—Mire, yo estoy aquí en el taller de… Sí, sí, estoy trabajando en un par de cosas para hoy en la noche… ¡Sí, sí, para eso, exacto! Y estoy bien atrasado. Es decir, si puede venir pronto alguien por ella… Bueno.

Isabel se da cuenta de que ya no ha vuelto a escuchar los tres sonidos desconocidos –y de los cuales al menos dos, los primeros, siguen siendo un misterio, pues el tercero debía ser el de la panza del león– cuando el hombre deja el teléfono y va hasta ella.

—Yo me llamo Ricardo —dice, y le estrecha la mano con mucha

seriedad—. Mucho gusto. ¿Estás bien? —antes de que Isabel pueda responder, Ricardo agrega—: Mira, tengo que seguir con lo que estaba haciendo, así que te voy a dejar aquí un momento. ¿Te puedes quedar quietecita?

—Sí.

—Muy bien. Quédate aquí y en un momento vienen por ti.

—Sí.

—Muy bien. Qué linda niña, qué bien portada. Aquí estoy, ¿eh?

Ricardo se aparta y va hasta una mesa cercana. Pero al llegar allí se queda quieto, y en silencio, durante un momento. Isabel no entiende por qué no se mueve. Ricardo voltea la cabeza hacia un lado y la mira de reojo, y a Isabel le intriga que no se dé la vuelta con todo el cuerpo.

En vez de hacerlo, Ricardo deja de mirarla y, totalmente de espaldas una vez más, se inclina sobre la mesa y comienza a hacer algo que ella no puede ver.

Después de un momento, Isabel escucha otra vez el segundo sonido, el que es húmedo y sordo, y esta vez se da cuenta de que viene del suelo, de una cubeta que está en el suelo, a un lado de los pies de Ricardo. Hay algo en el fondo de la cubeta. Otra cosa, oscura, de color y forma inciertos, cae también al interior de la cubeta. El golpe que se da es la fuente del segundo sonido…

La puerta se abre y entra Papá.

—¡Papá! —grita Isabel, y tiende los brazos hacia él.

—¿Ricardo? —dice Papá, pero se acerca a ella, la levanta y le da un abrazo enorme.

—Don Emilio —dice Ricardo, y ahora sí se vuelve con todo el cuerpo. Pero Isabel está ocupada abrazando con fuerza a Papá, de modo que apenas se fija en el otro hombre.

(He aquí una porción de estos recuerdos sobre la que Isabel duda: al evocarlo, ve a Ricardo con largos guantes de hule, cubiertos de sangre, y una porción de intestino tendida entre ambas manos.)

—Papá —vuelve a decir Isabel ahora, y va a regañarlo por haberla dejado sola pero él habla y dice:

—Gracias, Ricardo. No sé cómo le hizo para llegar hasta acá esta niña…

—La puerta estaba entreabierta, don Emilio. Oiga, ¿usted estaba ahí con lo de la jaula de…?

—¿Te contaron?

—Sí, ahorita que lo llamé me dijeron.

—Estaba yo, estaba la muchachita que me ayuda a cuidar a

esta… ¡A esta monita! —y Papá gruñe, cariñosamente, y juega a que la muerde, enseñándole los dientes y gruñendo. Pero pronto deja de hacerlo, aunque Isabel ha comenzado a reír— Al menos no se mató nadie. Pero va a ser un desastre.

—Uy. ¿Lo ayudo en algo?

—Mejor apúrate con lo que estás haciendo… ¿Ése es el león? —y señala al que está tirado en el suelo.

—Y éste es el otro león.

—¿Pero entonces apenas vas en esto?

Papá se asoma a ver lo que está en la mesa de Ricardo.

(Isabel pensará luego, muchos años después, que ella tampoco vio nada de lo que había en la mesa, y sólo hasta más tarde –años más tarde– sabrá que era otro león, con la mitad de la piel ya arrancada y del que Ricardo había estado removiendo órganos y trozos de músculo.)

—Ricardo —insiste Papá.

—Me va usted a perdonar, don Emilio, pero estas cosas no salen así nada más, toman tiempo. Usted sabe que yo he estado aquí toda la semana, partiéndome el lomo…

—Está bien, está bien —lo rechaza Papá; Isabel no entiende todo lo que se ha dicho hasta el momento, pero puede reconocer el tono de impaciencia de la voz—. Síguele, apúrate todo lo que puedas. ¿Qué pasa con éste? —y señala al otro animal.

—No sé bien —dice Ricardo mientras camina hasta el león. Cierra la puerta de su vientre y con cierto esfuerzo puede ponerlo nuevamente sobre sus cuatro patas—. Camina un poco y se para, ¡cuas! Así como lo ve.

—A ver —pide Papá, Ricardo volvió a meter la mano en la melena del león y en poco tiempo el animal está caminando otra vez, una pata, la otra, la otra, la última, y cada vez que se mueve una pata se escucha el primer sonido, el que es seco y chasqueante.

(Más tarde sabrá Isabel que los motores de aquel tiempo hacían muchos ruidos semejantes, y eran difíciles de controlar, y a veces movían un ala o una pezuña con mucha más fuerza de la debida y consecuencias siempre desagradables.)

(Y hoy, dentro de menos de una hora, Papá regañará a Martita por haber dejado sola a Isabel, pero no con mucha fuerza: él mismo le pidió que fuese a ayudarlo en aquella, la peor crisis de los primeros años del negocio. Ella misma utiliza la anécdota hasta hoy para disciplinar a algunos empleados y no omite detalle alguno sobre cómo estaban los cadáveres cuando los encontraron: su padre se equivocó, termina siempre, al pensar que no iba a haber

muertos.)

A pesar de sentirse segura, de estar otra vez en brazos de Papá, de saber que pronto verá a Martita, Isabel siente que regresa el miedo de tanto tiempo antes, el que se escondió tras la curiosidad y la aparición de Ricardo, aquel hombre tan raro, que ahora dice:

—Me voy a apurar a ver si puedo arreglarlo.

—¿Cómo que "a ver"? Además le tienes que poner el motor al otro.

—Bueno, don Emilio, sí, lo tengo que hacer, ya lo sé, el cliente pidió…

—Mira, platicamos después. Te dejo. Gracias por cuidar a la niña.

—No hay de qué. Pero oiga, mire, nada más…

Papá, con Isabel en brazos, ya camina hacia la salida, pero Ricardo comienza a caminar tras ellos.

—Oiga —continúa—. No quiero que usted piense que no quiero hacer mi trabajo, ¿me entiende? Sí quiero. Ya el primero está hecho y me tardé toda la noche en sacarle la piel y armarlo todo… ¡Don Emilio!

Papá se detiene y se vuelve. Isabel puede ver que Ricardo está enojado y que sus lentes destellan. Le recuerdan aquel momento en el que pensó que el hombre no tenía ojos.

—¿Qué cosa? —dice Papá, e Isabel nota que también está enojado.

Pero Ricardo mira directamente a Isabel, y la expresión de ira de su cara se convierte en otra distinta, y no dice más.

Cuando los dos salen del cuarto y Papá cierra la puerta, el primer sonido vuelve a escucharse, fuerte y constante.

LA MUJER
QUE LE HABLA
(2:32)

Molinar sabe que va a gritar pero también comprende que hace un momento estaba equivocado: la oscuridad a su alrededor es más profunda que nunca ahora.

Apenas un segundo después vuelven los rumores de antes, el sonido indescifrable del interior del edificio, las voces y los gritos remotísimos, y la luz del corredor se enciende y vuelve a apagarse casi enseguida: un parpadeo.

Molinar se queda mirando hacia el fondo del corredor, donde no se ve nada.

—¿Fuiste…, fuiste tú? —dice.

Otra vez el sonido se apaga, pero ahora sucede mucho más rápido. Casi de inmediato regresa. Casi de inmediato la luz vuelve a parpadear.

Molinar siente ganas de aplaudir otra vez.

—Sí fuiste tú, ¿verdad?

Un parpadeo de la luz.

—Prendes y apagas una vez para decir que sí… ¿Dos veces para decir que no?

Un parpadeo.

—¿Horacio Kustos está aquí conmigo?

Dos parpadeos.

—¿Tú eres el… el edificio?

Más cercano al Monstruo –al grifo o la quimera– que todos los otros animales realmente existentes, EL ORNITORRINCO es muy popular entre los clientes.

Un parpadeo.

—Y sólo puedes decir… Sólo puedes hablar con las grabaciones. Voz en off. Lo que sea.

Un parpadeo.

Los empleos más sencillos de su cuerpo no son (previsiblemente) muy interesantes: no exigen más habilidad ni más violencia que el asalto de un castor o de un perrillo de las praderas; las garras de la criatura no son fuertes, su pico es menos amenazador que chocante, y sus gemidos no son notablemente extraños ni conmovedores.

—¿Por qué no hiciste esto antes? ¿No se te había ocurrido? ¿O no te habíamos preguntado nada que pudieras contestar?

Un parpadeo.

—¿Dónde está Kustos? Horacio, el… Tú sabes quién.

Pero, por el contrario, su *abuso mítico* –mediante la creación y escenificación de fantasías, plenas de símbolos y motivos prestigiosos o impenetrables– es una veta de tal riqueza que El Brincadero debe mantener dos pisos completos: los llamados Era Eso: Lienzo Con Bruma, El Rastro Ácido De La Cena y Ya Somos Todo Aquello Contra Lo Que Luchamos A Los Veinte Años, repletos de ornitorrincos saludables y bien alimentados.

—¿Oye?

No todos lo creen, pero los empleados de estos pisos afirman que los clientes interesados acostumbran pertenecer a un tipo preciso y fácilmente reconocible: son mujeres y hombres desgarbados, lectores de gruesos libros, obesos y de voz lúgubre, o bien cínicos que descreen de todo pero a cada paso alzan la vista y claman, y dan a sus animales los nombres de los dioses.

La luz sigue apagada y Molinar, al fin, dice:

—Está bien, ya entendí. A ver… ¿Sabes dónde está? —pregunta.

Dos parpadeos.

—¿Por qué lo…? No, espera. ¿Le hiciste eso a propósito?

Dos parpadeos.

—¿Y entonces? ¿Qué, estabas jugando?

Un parpadeo.

Ni quienes creen en la recurrencia de estos rasgos especulan sobre el significado que podrían tener; por otra parte, sí es fácil comprobar que un buen número de clientes vuelve regularmente una vez que ha tenido su primera experiencia.

—¿Y a mí me quieres hacer lo mismo? —pregunta Molinar. Tiene en las manos la mochila de Kustos. Sigue sin haber nada que pueda hacer, piensa, si tiene que intentar salir de allí por el elevador o las escaleras.

Dos parpadeos.

—Menos mal —dice Molinar—. Oye…

Un grupo de estas personas puede solicitar, digamos, el Cuarto Claro: paredes y suelos de mármol purísimo, celosías de marfil y de nácar, columnas de basalto pintado, cortinajes sutiles como una

niebla y cuadros enormes que reproducen grandes obras de Occidente pero sólo con tonalidades del blanco, desde el "brillo de sol" hasta la "nube calma". Hasta allí se puede transportar, en una jaula de plástico lechoso y reluciente, al ornitorrinco, una mancha en el mundo impoluto del Cuarto.

—Oye, espera, por favor. Esto es importante.
Dos parpadeos.
—¿Cómo que no? Pareces niño chiquito.

Los clientes pueden enfundarse en disfraces (blancos, se entiende) que representan una de cinco ideas abstractas: la Verdad, el Bien, la Belleza, la Armonía, la Proporción. Pueden abrir la jaula y, más que seducir al pobre animalito asustado, increparlo con voces limpias y vibrantes, llamándolo Error de la Creación, Distracción Lamentable de la Mente Suprema, Adefesio y Mamarracho, Cosa Terrible Hecha de Partes de Otras Cosas.

—¡Oye! ¡Ya no te oigo! ¿Qué pasa?

Pueden también tomar al animal con la idea de enmendar el daño que hace a los ordenamientos y a las clases, a los rangos en los que no termina de hallar su sitio, y cortarlo, con herramientas afiladas, separando sus partes constituyentes: pico de pato, cola de castor, piel de topo, aguijones de avispa, todo entre más improperios, dolor y sangre (tripas entre los dientes, dedos que hurgan en la materia gris, tronar de huesos). Pueden llegar al frenesí. Pueden hacérselo a más de un animal, a muchos a la vez, en lo que les llega la otra fiebre. Pueden rebanar y arrancar y rasgar hasta que la vida de las criaturas sea mera suciedad en el mármol, y entonces, sólo entonces, quitarse las ropas y masturbarse o unirse unos con otros por las bocas o las cavidades o las eminencias. Pueden llegar las descargas del placer, que serán (según ellos) menos del cuerpo que del espíritu, que así contribuye a la pureza del mundo.

Y si hay una o más nociones falaces en estos actos –que

pueden acompañarse con flautas de Pan, o con piezas para un solo dedo sobre el piano, o con sinfonías algorítmicas en las que un bello tema se repite, sin variaciones, para siempre–, ellos no ven más que su propia virtud y su propio sosiego, y se limpian, y se van mientras llegan los empleados con trapeadores y palas y cubetas.

—¿Estás ahí? —repite Molinar—. Ya no se te oye. Estabas diciendo algo de un ornitorrinco. ¿Me oyes?

Un parpadeo.

—¿Qué pasó? ¿Por qué te callaste? Todo este tiempo has estado jugando, ¿verdad?

Un parpadeo. Pero, después de unos segundos, otros dos.

—No, no, un momento. ¿Has estado jugando?

Un parpadeo.

—Pero… ¿Has estado haciendo algo más que jugar?

Un parpadeo.

Mucho más arriba, en un piso con grandes ventanales que miran hacia fuera y sólo dejan ver una noche negra, con más estrellas de las que pueden verse en cualquier otro lugar del mundo, Isabel está furiosa: un senador se encerró a tener sexo con una actriz de telenovelas en uno de los baños, los dos se negaron a salir cuando fueron a buscarlos y ambos, además, amenazaron de muerte a la pobre afanadora que había ido por ellos. La afanadora, aterrada, bajó a buscar a Isabel y la hizo retrasarse una vez más. El hombre y la mujer, entretanto, salieron y, por lo que parece, están bebiendo en un bar cuatrocientos pisos más abajo.

Isabel encarga a otro empleado que busque a la pareja y saca su teléfono: un aparato pesado de plástico negro, en el que elige deprisa un número de los que tiene guardados.

—¿Nata? —dice Isabel— Soy yo. ¿Mandaste lo que te encargué…? ¿Cómo que se te olvidó? ¿Pasó algo…? Ay, Nata, ¿entonces? Si no pasó nada, no lo puedo creer. ¿Qué te sucede? Tú no eres desorganizada ni… Mira, que te ayude Camila o alguna de las otras. Así no tardas tanto… Nata, Camila no es tan mala, y además no te estoy preguntando. ¿Tú la buscas para que te ayude…? ¿Qué dijiste?

—Quien podría entender esto es Kustos —se lamenta Molinar—. Pero no está. Okey. No está.

Un parpadeo.

—Desapareció. Le pasó su crisis y… desapareció, ¿no?

Un parpadeo.

Molinar se pregunta si lo mejor no sería, simplemente, pedir que se le indicara la salida: bajar de alguna manera, salir del edificio, no volver jamás.

—Después platicamos de eso —dice Isabel por el teléfono —. Nata, ahorita no tengo tiempo… ¿Qué? ¡No! Si les pasó algo a ellos, mayor razón para que alguien vaya y se esté ahí, ¿no?

—A ver —dice Molinar, a muchos pisos de distancia, en el pasillo a oscuras—, tengo otra pregunta: el decir que desapareció significa…, y odio tener que decirlo… Significa que desapareció de veras. ¿Verdad? ¡Puf! —dice Molinar, y acerca sus palmas y las vuelve a alejar para dibujar en el aire una nube de humo, que se disipa— No se fue. No se quitó la ropa. No hay Kustos. Ni aquí ni en ningún lado.

Un parpadeo.

—Pero puede volver a… Puede volver. ¿No?

La luz permanece apagada.

—¿O no va a volver?

La luz sigue apagada.

Molinar se queda en silencio. No sabe cómo formular su siguiente pregunta. Al final no se decide y dice, con cierta brusquedad:

—¿Sabes si va a volver? ¿Sabes cómo puede volver?

La luz parpadea dos veces.

Molinar calla. Mira su reloj: son las 2:37 de la mañana. Hace casi siete horas que llegó a la torre. Se ha dado cuenta de que no tiene sueño. De pronto se le ocurre que nunca antes ha sentido este tumulto, nunca ha sido tan fuerte el ruido de los pensamientos que llegan sin avisar y se agolpan en su cabeza precisamente cuando quisiera silenciarlo todo.

Y aquí la esperanza pequeña, temblorosa, que Molinar ha mantenido durante los últimos días lo hace dudar. Él sabe quién es. Sabe también que lo que dijo es cierto: que si algo llega a suceder aquí, cuando él vuelva a su vida, su casa, su oficina, cualquier recuerdo quedará sólo para él, cualquier huella para el silencio y el olvido.

Él sabe quién es. Se sienta otra vez y de inmediato nota el tamaño de su vientre y el modo en que presiona, desde dentro, contra la tela estricta y suave de los pantalones. Siente la tirantez de la espalda. Siente el peso falso, invencible por ser

mera impresión, sobre los párpados, semejante al que se asienta después del coito pero más suave porque se debe al cansancio del cuerpo solo, y no se va, y a veces ya no se nota.

Pero estas sensaciones, ahora, le parecen signos de algo diferente: de una obligación a la que se ha plegado durante años pero que no pertenece a este mundo. No pertenece a este corredor a oscuras, al cuarto con una pared abierta a hachazos y un mecanismo de tormento. No tiene que ver con el loco vestido de blanco, con la criatura que le habla y parpadea. No tiene que ver con las historias, a las que justamente ahora no presta atención, pero que continúan. No tiene que ver con esta historia.

¿Por qué no podría la voluntad del doctor Francisco Molinar, porque es doctor, con todo y ser una voluntad pequeñita, estorbada por su edad y su peso, cobarde y perezosa, dar al menos un solo paso aquí, en este mundo que ahora es el suyo también?

Primero y sobre todo, es el *tacto* de LOS CEFALÓPODOS: la blandura, la flacidez de los miembros y del cuerpo, y también el hecho de que los tentáculos están en movimiento constante. Así lo dicen, por lo menos, las hermanas Inés y Ximena Elola Surget.

"Mucho gusto", se presentan a coro. Las inflexiones de sus voces no dan a pensar en un carácter fuerte ni en mucha inteligencia. Las dos son gemelas idénticas, pelirrojas y de cara redonda. Visten sencillamente, pero sus pantalones, sudaderas, overoles, zapatos, son siempre iguales. También insisten en hacer todo juntas y hablar completando una las frases de la otra.

—Tendría —dice Molinar, para sí mismo— que saber de esas preguntas de lógica, con las que se puede averiguar quién miente y quién dice la verdad… ¿La señora Isabel sabe de estas cosas? —pregunta—. De ti y de todo esto.

Un parpadeo.

—Ella me dijo que iba a venir. Ya se tardó. ¿Sabes si vendrá pronto?

Dos parpadeos.

La impresión de extrañeza y de vaga repulsa que inspiran distrae a casi todos. Pocos saben que son hijas del hombre más rico de Morosa, y uno de los más prósperos del país, o que aquí pertenecen también al estrato más elevado: tienen dos de los poquísimos "pases dorados" que ha expedido El Brincadero, firmados por el joven

Constantino y concedidos a perpetuidad, y con ellos pueden, sin necesidad de hacer cita ni trámite alguno, acudir cuando les plazca, permanecer el tiempo que deseen y pedir cuanto quieran de los servicios disponibles y de los animales.

> *—¿Quiénes son esas…? No. No, no, espera. A ver: si no se hace algo por Kustos, no va a volver, ¿verdad? ¿O puede regresar él solo?*
>
> *Dos parpadeos.*
>
> *—A lo mejor te suena raro que ahora sea yo el que esté hablando de todo esto, cuando todo este rato me la pasé diciendo que no creía en nada…*
>
> *Dos parpadeos.*

Por lo demás, nunca vienen sino al piso de los cefalópodos: Cuando De Repente En Mitad De La Vida Llega Una Palabra Jamás Antes Pronunciada. Y exceptuando los meses en que salen de viaje –y durante los cuales el joven Constantino, Isabel y los dos o tres empleados asignados al piso de modo permanente reciben tarjetas postales, mensajes electrónicos y hasta alguna llamada transcontinental: las Elola Surget son personas amables–, llegan a pasar semanas enteras sin salir del edificio. Las dos tienen asignada, y siempre lista, una suite de lujo, con dos habitaciones provistas de camas *king size* y todos los servicios de un hotel de siete estrellas.

> *—No. Ya entiendo. Se me olvida que tú sabes lo que estoy pensando.*
>
> *Un parpadeo.*

Años de investigación en diversos laboratorios han llevado al descubrimiento de sustancias aromáticas muy sutiles y potentes que, aplicadas en los lugares precisos, atraen de modo irresistible a calamares, nautilos y pulpos.

—Una cosa —dice Inés— es la parafilia.

—Otra muy distinta su estudio científico —completa Ximena.

—Por cuyo medio se pueden maximizar las sensaciones —dice Inés— y mejorar la experiencia en todos los sentidos.

—No hay nada malo en eso —dice Ximena.

—Como lo puede atestiguar cualquier persona medianamente sana.

—Aunque también es justo decir que las cosas han cambiado en los últimos cien años.

—Al menos en el sentido de que hay cada vez más personas que

no tienen problemas con sus preferencias sexuales ni con las de otros.

—Y no van por ahí, por ejemplo, insistiendo en que todo el mundo desea reproducirse.

—Como dijo tu amigo.

—No era mi amigo.

—Pero lo dijo —Inés se ríe—. Es lo natural, dijo. Es el instinto. Antes de que le enseñaras a Juanita.

—¿Juanita?

—La jibia.

—No se llama Juanita —responde Ximena, y si bien a las hermanas les gusta que las escuchen (e incluso es bueno, como saben los empleados, hacerles alguna pregunta de vez en cuando), cuando comienzan a hablar entre ellas también se sabe que seguirán durante horas y es mejor dejarlas solas.

—¿Qué hago? —dice Molinar—. Dime. ¡Tú fuiste el que le hizo a Kustos…, lo que sea que le hayas hecho! ¿Me estás oyendo? ¿Qué le voy a decir a la señora Isabel cuando venga? ¿Qué le voy a decir a…, a los parientes de él? ¡Yo no sé de estas cosas!

Nada. Se escuchan los murmullos de los otros pisos de la torre: la gente que celebra y goza y se esconde y toma a otras criaturas…

—¿No puedes encender la luz al menos? —pregunta Molinar— ¡Ya viste que no voy a hacer nada! —y las luces se encienden, y Molinar parpadea, deslumbrado, y las puertas del elevador se abren y sale una mujer.

La mujer no termina de salir de la caja del elevador. Tiene un pie afuera y el otro adentro: las puertas no se cierran.

—Hola. Buena noche —dice—. O buen día. Buenos días. Porque ya es de día. ¿Cómo está? ¿Todo está a gusto en su cuarto? —mira a Molinar, que no responde— ¿No se acuerda de mí? —hace una pausa. Es alta y de hombros anchos; viste pantalones, camisa y delantal blancos y lleva una red sobre su pelo rubio. Molinar sigue en silencio— Un momento. ¿Es usted el doctor… —saca de un bolsillo de su delantal una hoja de papel doblada en cuatro, la desdobla, lee— Molina? No. ¿Mólinar? No. ¿Molínar?

—Molinar —dice Molinar.

Al mismo tiempo se da cuenta de que la mujer es todavía muy joven, casi una muchacha, pero más robusta y gruesa de lo que parecía, y que habla con acento. Suena (piensa) a ruso.

—¡Ah, sí, Molinar! —la rusa vuelve a entrar en la caja del elevador y sale de ella empujando un carrito rodante con bandejas, copas, platos y cubiertos, servilletas, botellas. Luego sonríe. Su sonrisa es (piensa Molinar) la de una conductora de televisión.

—Usted fue la persona que me trajo hasta acá, ¿verdad?

—La señora Isabel pidió que le enviara su cena —dice la rusa, mientras empuja el carrito hacia las puertas de los cuartos—. Y también para la otra persona que está aquí en el piso. También es invitado de la señora.

—¿Horacio Kustos?

—¿Kustos? —dice la rusa, y vuelve a sacar su hoja de papel— Sí, Kustos. ¿Lo conoce?

—Fue el que entró con nosotros.

—Ése. Tiene problema. ¿No?

—¿Qué? —dice Molinar.

La rubia se le queda mirando.

HORACIO KUSTOS ha entregado a sus benefactores una cantidad enorme de historias. Algunas veces ha copiado sus informes y otras los ha dejado perderse en dondequiera que le pidan entregarlos. Pero recuerda todo.

—¡Ah, es que yo ya sé! —dice— Lo quería comentar a la señora Isabel pero no pude. Anda muy ocupada y cuando está ocupada no oye qué le dicen. A veces no oye.

—¿Pero cómo sabe usted…?

Horacio Kustos visitó la ciudad de T, cosa que se creía imposible, y además llegó en tren, superando los obstáculos que la Compañía Teana de Trenes y Transportes ha creado para impedir que cualquier usuario de sus servicios pueda efectivamente llegar a T.

—Ah, es que me dijo… —empieza la rubia, y levanta la vista y mira el techo. Luego voltea a un lado y a otro— También me dijo que usted ya oyó también.

Horacio Kustos visitó el pueblo de San Alfonso el Sabio, Michoacán, cuyos habitantes despertaron todos con el mismo tatuaje (un ave rudimentaria y verde, vista de lado) la mañana del 17 de enero de 1999. Vio que el dibujo, en todos los casos, salvo los de un par de hombres calvos y cínicos, había aparecido bajo el

cabello de forma inexplicable. Vio el breve ataque de locura colectiva durante el cual todos los sanalfonsinos que no eran calvos se raparon sólo para descubrir que ninguno se había salvado del misterio.

> *—Ah —dice Molinar, y va a preguntar si ella también escucha la voz pero le parece, de pronto, que semejante pregunta es una tontería.*
>
> *Luego piensa en preguntar alguna otra cosa, que ni a él mismo le termina de quedar clara –si todos oyen a la voz dentro del edificio; si todos oyen lo mismo, si eso es parte de lo que los clientes esperan cuando vienen aquí– pero la muchacha se lleva una mano a los labios y Molinar calla.*

Horacio Kustos encontró y rescató el único ejemplar que queda en el mundo del *Libro de Sohaga*, escrito en el siglo XVI por un tal Johannes Sausus con el fin de oponerse a "las artes diabólicas" de Gutenberg y su imprenta. Es un texto que destruye cualquier mecanismo que intente reproducirlo. Puestas en tipos móviles, sus letras ocasionaban que se fundiera el metal y se pudriera la madera de las prensas; en siglos posteriores se ha probado que su poder no disminuye en máquinas de escribir (que se convierten en polvo), máquinas de linotipia (que estallan violentamente como enormes granadas de fragmentación) y computadoras (que inmediatamente se llenan con todos los virus conocidos).

Horacio Kustos vio su cara reflejada en el espejo de piedra que se guarda en los sótanos del Centro Pompidou de París. Antes estuvo en el Louvre, donde numerosos aficionados de los *bestsellers* lo "descubrían" cada cierto tiempo y, creyéndolo un mero objeto fabricado por alguna sociedad secreta, desgastaban su fuerza mirando sólo los signos pintados en su superficie.

> *—¿Qué fue lo que pasó a esta persona? —dice la rubia en voz baja.*
>
> *—Desapareció de pronto —responde Molinar.*
>
> *La rubia se cubre los labios de nuevo.*

Horacio Kustos ha establecido contacto (aunque no siempre de manera cordial) con varias comunidades famosas por su secreto y la reclusión de sus habitantes. El pueblo de Los Ciegos en su valle perdido de los Andes; los "Países Hermanos" de Los Sordos, Los Sin Tacto, Los Lenguagrises y Los Desnarigados; la ciudad subterránea de Ataúdes (a la que sólo puede entrarse por los cementerios más

viejos y humildes de la ciudad de México); las comunidades cambiantes alrededor de Camahojas en el Perú; los conciliábulos dispersos de la Tercera Iglesia Cuarta, proscrita por todas las posteriores; los Cara de Sol, los Donadores de Qi, los Sempetralliopuninsedenganö de Meretenseneg-Ëndöllopunsellitrapa-Mantanäkällupusö que se ocultan en sus nombres larguísimos. También se introdujo clandestinamente en una reunión de la Logia del 21, que se dice dueña del presente siglo y de los números 7 y 3 y capaz de emplear tanto las cifras como el tiempo mismo en contra de sus enemigos. Oculto en una sala de juntas, sólo vio una sesión: una serie larga de presentaciones y discusiones sobre estados financieros, empaques de pañales y fotografías de árboles. Aquello se prolongó durante varias horas. Al ser descubierto, Kustos fue echado amablemente del lugar, pero una vez en la calle comprobó que para su reloj y para el resto del mundo sólo habían pasado 21 minutos.

> *—¿Qué es todo eso?*
>
> *—Cosas que hizo el señor Kustos —responde la rubia—. Cosas de su vida. A lo mejor —mira hacia arriba— está tratando de decirnos algo…*

Horacio Kustos pasó un invierno en la isla de Árvore de Palma, la más remota de las Azores, más que inaccesible que la isla Inaccesible y en la que sólo habita la especie rarísima, parlante y católica devota, de los cocos.

Horacio Kustos encontró, bajo la piedra que le había indicado el mapa milenario, el primer indicio de la existencia del Fantasma del Mundo, que no es lo que cabría esperar puesto que el mundo, al parecer, no ha dejado de existir, y en cambio los fantasmas no han existido jamás, o al menos no como la mayor parte de la gente los comprende y espera. Iba a dar la medianoche cuando Kustos llegó al lugar, que era un espacio vacío y ocioso: un área de descanso en el aeropuerto de Amsterdam. Acababa de bajar de un vuelo transcontinental y sabía que, muy pronto, un sopor invencible lo haría perder la secuencia del tiempo: creería haber llegado a aquel lugar antes de haber bajado del avión, lo que a su vez le parecería anterior a haber abordado ese avión y muchos otros. Arrastró su maleta por los corredores del aeropuerto, repletos a toda hora de viajeros que observan

las pantallas o la mercancía en exhibición, buscando instrucciones.

Kustos caminó hasta llegar a la zona de descanso, en la que había dos estatuas: figuras recostadas que parecían hechas de piedra pero en realidad eran de tela plástica rellena de sustancia blanda; grandes sillones en los que algunos, atrevidos o muy cansados, se arrellanaban sobre los cuerpos de ese par de gigantes. Junto a la cabeza de una de ellas, en el suelo recién abrillantado, a poca distancia de un chico y una chica que se besaban, estaba la piedra: era redonda y gris, suave como si el agua de un río la hubiera pulido durante años. Kustos miró la hora en las pantallas: eran las 0:01, exactamente como indicaban las instrucciones en el mapa. La piedra sólo sería visible durante aquel minuto, al igual que la hoja de papel que estaba bajo ella. La chica estaba sentada, con la espalda en el pecho de una de las estatuas, y el chico estaba a cuatro patas, manos y rodillas en el suelo, echando su cara hacia ella una y otra vez.

Cuando iba a tomar la piedra y levantar la hoja, que era cuadrada y amarilla, lo distrajeron los ojos abiertos de la joven, su mirada muy lejos de la cara del chico. Entonces vio que él tenía los ojos igualmente abiertos, igualmente fijos en nada, y entendió que ambos estaban ciegos.

Tocó la piedra y todo esto sucedió a la vez: pudo ver la luz tras los párpados cerrados de un gato en Katmandú; pudo oler el agua del mar en un embarcadero en El Callao, mezclada con aceites malolientes y algo más que se pudría y que no pudo identificar; pudo escuchar todos los motores de todos los coches que estaban encendidos en ese momento en la ciudad de Milán; pudo saborear un trozo de queso, salpicado de sangre apenas cocida, que estaba en la boca de alguien en un sitio sin nombre y dejaba escapar poco a poco el sabor de su centro sobre un regusto de vino tinto; pudo sentir en todo el cuerpo el frío seco de una caverna cerca de Winneba, Ghana, y también el calor que se escapaba de unas manos puestas sobre la piedra, y a la vez, como si tocara desde fuera y desde dentro a la vez, la aspereza de la roca y de la piel…

Todo esto duró un instante, pero Kustos sólo se dio cuenta cuando volvió a percibir el aeropuerto de Amsterdam, los chicos ciegos que se besaban, las estatuas amables, el trozo de papel en su mano con las instrucciones para continuar. La

piedra ya no estaba.

Kustos se puso de pie, se echó a andar, y esta investigación, como otras, quedó inconclusa y a la espera de que se revele lo que se pueda revelar. Pero Kustos, aunque estaba sacudido y exhausto, sonreía. Por primera vez en mucho tiempo no entendía lo que ocurrió: nada en su vida previa se parecía a la experiencia de existir en cinco sitios a la vez. Y justamente eso lo alienta a continuar sus viajes y hallazgos. Con todo lo que lo aterra la pesadilla de estar tendido en el parque, mirando hacia arriba desde el suelo, nada es más poderoso que estos momentos fascinantes. Por ellos enfrenta y evita todos los peligros: la muerte violenta, el encarcelamiento y la desaparición forzada, el desvanecimiento súbito que amenaza con borrarle la conciencia. Por ellos enfrenta a sus adversarios, diversos y temibles.

—¿Cómo dijo que se llama?— pregunta Molinar.

—Mi nombre es Natalya. Aquí me dicen Nati, o Nata. Casi todos me dicen Nata.

—¿Nata…? Mucho gusto. Pero a ver, vamos otra vez. ¿Dice que —mira hacia arriba— no se calló?

—Sí, le digo que sigue hablando —contesta la rubia—. Pero cuando tiene mucha alegría —sonríe—, cuando está muy contenta o contento, habla más alto. Cómo le diré. Como en alta frecuencia. ¿No oye que le zumban un poco los oídos?

—Ahora no.

Nata hace una pausa. Molinar se esfuerza pero más allá del rumor de siempre en el corredor, sólo consigue oír cómo uno de los tubos luminosos del pasillo parpadea con chasquidos casi imperceptibles.

—No, ahora ya no, ya se calló. Pero ¿recuerda que hizo cosa parecida cuando entendimos que nos quería decir algo? Es como un perrito que yo tenía, que se perseguía su propia cola y daba vuelta y vuelta. Es el, ¿cómo se dice?, el entusiasmo.

—¿Así es como se entusiasma? —pregunta Molinar.

—Así es como hace todo. Habla y habla y habla. También mueve cosas, apaga luces y las prende, o cambia cosas, como les hizo a ustedes en el pasillo. Pero es lo que le digo: nos quiere decir algo y lo tiene que hacer así. Así habla. Tenemos

que entender lo que trata de decir. ¿Dice que el señor Kustos se desapareció? ¿Se salió, se fue?

ESTO LO CUENTA BÁRBARA, una de las afanadoras de los pisos medios, a una amiga suya:

—Desapareció —dice Molinar y señala el traje vacío de Kustos, que sigue en el sitio y la posición en que cayó.

"Yo hago mi despensa en el supercito de aquí a la vuelta, junto a la estación del metro. El otro día me encontré a un señor, no me acuerdo cómo se llama, pero seguro te has de acordar, un tipo como con ojos saltones, de nariz grande…"

"No."

—¡Ya está hablando normal otra vez! —dice Nata— Pero…

"¡Sí, claro que sí! Uno que siempre le daba propina a quien se le ponía enfrente."

"No."

"Que sí… Oh, bueno. El chiste es que dejó de venir después de mucho tiempo, y yo me lo volví a encontrar la semana pasada pero no me reconoció, claro, pero yo sí lo reconocí, y pensé: 'Qué desmejorado', porque se veía como encorvado, ¿no?, y además tenía una ropa que no era como la ropa cara que se ponía antes…"

—¿Qué?

—Dígame. ¿El señor Horacio desapareció así nomás? ¿Puf? ¿Ya no está? ¿Cómo?

—Sí —dice Molinar—. ¡Cómo voy a saber! La culpa la tuvo… —y levanta las manos para señalar el techo, las paredes, el piso. Realmente no se puede saber de dónde viene la voz…

—Zhenya.

—¿Qué?

"No sé de quién me estás hablando."

"¡Sí, uno que se ponía unos trajes acá, bien…! ¡Nos daba hartas propinas…! Bueno, pues. No importa. El chiste es que estaba como desmejorado y yo pensé: 'Ha de haber perdido el trabajo, se ha de haber quedado sin tanto dinero como antes'… Porque además estaba comprando hartas latas, latas y latas y latas de atún, puro atún."

“¿Y eso qué?”

“¿Cómo que qué? ¿De veras no te acuerdas de él? ¡Eran para consolarse!”

—Yo le digo Zhenya —explica Nata—. Es nombre unisex. Ruso pero unisex. ¿Por qué tuvo la culpa?

“¿Se comía el atún?”

“¡No, no! Se acordaba de cuando venía, seguro ya no tiene para venir y así se consuela…”

—Shenia —dice Molinar. Piensa que lo ha dicho muy mal y hace un esfuerzo—: Sheenia nos dijo… nos empezó a decir algo. Había estado molestándonos… Es muy raro, pero nos convenció de hacer varias cosas. Nos manipulaba… Y en una de esas empezó a decir algo que a él, a Kustos, lo afectó mucho. Le dio una crisis y entonces…

—¿Entonces puf?

—Puf —asiente Molinar.

“No entiendo, ¿tiene gatos? ¿Venía con los gatos?”

“¡No, no, no, venía con los atunes!”

“¿Pero para qué quiere el atún en lata…?”

Silencio.

Luego, la amiga de Bárbara prosigue:

“Ah.”

“‘Aaaaaah’”, se burla Bárbara, y continúa: “Tarada”.

—Eso suena raro —dice Nata—, pero no se preocupe, aquí siempre pasa algo raro.

—No me diga —se burla Molinar.

—¡Es cierto! —dice Nata— ¿No se ha dado cuenta?

Entretanto, cien pisos por encima de ellos, la señora Isabel y el empleado han descubierto que el bulto ensangrentado es sólo tela.

—Pensé que era otra cosa —dice el hombre, aliviado.

—Por si las dudas, no lo cuentes. Y revisa el piso entero. Ciérralo y trabaja con tres o cuatro. Cualquier cosa que te encuentres me avisas antes que a nadie.

—¡Claro que me he dado cuenta! —dice Molinar.

—Yo pienso que Zhenya no lo hizo con mala intención —responde Nata, y de pronto voltea a mirar el carro de la comida—. ¿No quiere comer algo?

—¿No podríamos ver primero lo de Horacio…?

Hace un momento, CUANDO KUSTOS DESAPARECIÓ, tuvo tiempo de voltear a mirar a la puerta del pozo de las escaleras. No consiguió ver a Francisco Molinar. Lo último que sintió fue una gran preocupación.

—Esto no lo había hecho.

—¿Qué cosa?

—Hablar de lo que pasó apenas.

—Zhenya —explica Nata— sólo puede hablar de lo que hay en el edificio o que ha pasado en el edificio. Sabe lo que uno piensa, qué hace, pero no puede decir "yo". Debe ser que quiere ayudar. También es como un gatito que tuve cuando era niña: le daba tanta alegría estar con la gente que los mordía, y entonces los lamía, para disculparse. Yo decía que le gustaba dar besitos…

Molinar se queda mirando a Nata.

—¿Dar qué? No, no importa. ¿Cómo es eso de que quiere ayudar?

Poco antes, sin embargo, Horacio Kustos había sentido un goce extraño: se resignaba a escuchar a la voz.

Nata lo hace callar. Los dos se quedan escuchando.

Al escucharla, pensaba en los movimientos que había hecho en las horas previas a su llegada a las celdas, hacia arriba y hacia abajo, por corredores y cuartos, de una pared a otra, del centro de un espacio cerrado a alguno de sus extremos y luego de regreso, y a todos los imaginaba como parte de un trazo establecido de antemano, decidido por alguien más y que él sólo podía repetir, y sólo cuando así se le ordenaba.

—Está contando lo que le pasó entonces —dice Molinar. Nata no responde.

Y ahora, que ya había hecho todo: que había ido del principio al final de la ruta preestablecida, venían las palabras a describir y repetir sus acciones, como si la deidad que lo maneja no quisiera molestarse en mantener su paso y se contentara con observarlo desde un poco después de sí mismo, desde el pasado que aún no terminaba de endurecerse: como si bastaran las palabras para que el pasado sucediera de nuevo, y Horacio Kustos y el mundo entero volvieran a existir una y otra vez.

Por otra parte, cuando las palabras callaban aún era posible escuchar, tenues, remotos, los sonidos del resto de El Brincadero. Kustos, incluso, podría haber cerrado los ojos y haberse concentrado en ese sonido para separar los elementos que lo formaban. Los sonidos metálicos y los que no lo eran; los roces, los cliqueteos, los frotamientos, los tronares ahogados y los gritos remotísimos.

Y entonces Kustos se dio cuenta de que los murmullos eran indescriptibles, carecían de sentido, no podían significar gran cosa ni tener importancia y, sobre todo, estaban más allá del alcance de las palabras.

Y, del mismo modo, su propio pensamiento –que de pronto le pareció recién abierto, encendido apenas como la luz que llegaba al corredor a oscuras– podía estar más allá de la voz, y sin embargo la voz no dejaba de relatar los momentos en los que Kustos descreía de sí mismo: del tiempo de la pesadilla. Si tan sólo, alcanzó a pensar Kustos, hubiese hablado de otra cosa, o le hubiese dado la oportunidad de mantener la seguridad: la certeza de que todo estaba allí.

> *—¿Está mal de la cabeza su amigo?*
> *Molinar tarda en decir*:
> *—Después de que le hablara… Chenia…, de pronto empezó a delirar, como a volverse incoherente*.
> *—Es un tipo muy raro —dice Nata*.
> *—¿Le cuesta creer lo que oye? —pregunta Molinar*.
> *—Pues un poco, sí. Y eso que vivo aquí. Pero ¿sabe qué? Todo esto es importante. Lo que está diciendo. ¿Se ha fijado que habla y luego se calla un ratito?*

El miedo ha existido desde el comienzo. Kustos no recuerda un momento en el que no estuviera cerca: no siempre está sobre él, no siempre se percibe su amenaza, pero no se marcha nunca. Kustos sabe reconocerlo. Es enorme, negro, fiel: un enemigo siempre a pocos pasos de distancia, siempre detrás, siempre mirándolo, siempre dispuesto a dar el golpe y siempre retrasándolo por mera piedad: porque se sabe invencible.

> *—¿Sí?*
> *—Sí: mire, por ejemplo ahora. Escuche*.

Kustos sabe reconocerlo cuando percibe el frío de su aliento en la nuca, cuando siente que las puntas de sus garras le tocan los

costados, cuando deja de percibir con claridad si tiene los ojos abiertos, o si está por abrirlos y por dejar de creer en lo que ve. Pero cuando Kustos, de pronto, sin pensarlo, sin decidir que es un acto de valor o un esfuerzo inmensurable, abre los ojos…

> *—Mire, tengo una idea. Kustos se fue. Tenía ese traje puesto y luego el traje estaba vacío. Y yo le decía a él, justamente, que estas cosas son como de películas de ficción, de fantasía.*
>
> *—¿Qué tiene que ver eso?*
>
> *—Quiero decir que es muy simple. ¿Cree usted en lo que le digo yo? ¿En lo que dice Shin-Lla?*

…y comprueba que el mundo –aunque sea provisionalmente– sigue aquí. Siguen los lugares visibles y los secretos. Siguen los sitios conocidos y los que faltan por descubrir: los territorios vírgenes y las ciudades ocultas en las ciudades, las tierras sumergidas en los polos y las islas más allá de los mapas. Y siguen los hombres y las mujeres que viven la misma vida tediosa o lastimera pero en otros sitios, con otras lenguas y otras músicas y reglas. Y siguen los lugares donde las reglas se quiebran. El precipicio donde se adora a cinco viejos dioses; el fondo de aquella mina de Sudáfrica; las criaturas que son una sola y de cuyos designios no se puede hablar…

En la torre, pues, tras descubrir los versos que nombran cada piso y que nombraban el momento de su tribulación, Kustos se repuso, y creyó nuevamente, y entonces vino el hombre que le pidió la clave, y vino la mujer y su deseo terrible, y vinieron los gemelos empeñados en la destrucción, y se dijo la palabra *jardín*. Y aparecieron las criaturas feroces…

> *—Eso —concluye Molinar—. ¡Eso! ¿Puede usted creer en eso?*
>
> *—¿Por qué no? Yo creo en él. ¡Yo les abrí a los dos la puerta!*
>
> *—Sonará ridículo pero se me ocurre que él dejó de… —Molinar levanta las dos manos; las junta; las vuelve a separar; se da cuenta de que realmente no está intentando indicar nada con ellas, y sólo retrasa el momento de hablar.*
>
> *—¿De qué?*
>
> *—…dejó de creer.*
>
> *—¡Eso yo lo vi en una película! —comenta Nata.*

Y luego fue la mazmorra de caricatura, el falso aparato de tortura, la voz de un hombre del otro lado de la pared y la voz sin cuerpo que hablaba a uno y a otro. Como otras veces, Horacio Kustos se había repuesto: estaba otra vez en un sitio del mundo.

—Sí, ya sé que es como de película… Créame que no estoy acostumbrado a estas cosas…

—¿Pero entonces qué hacemos?

—No sé bien. Pero… Dígame otra vez, ¿cree en lo que dice… Shinsha? Carajo, no me sale.

—Zhenya. Es fácil.

—Como sea. ¿Lo cree?

He aquí un piso único de la torre: Mas Tal Estoy, Que Con La Muerte Al Lado, el de los dos dinosaurios.

Son –por supuesto– sólo un par de esqueletos, más bien maltratados y probablemente incompletos, que se conservan ensamblados como para exhibirse en un museo pero que los clientes acaban invariablemente por desarmar: vuelan las costillas, caen al suelo las vértebras, las garras se confunden o se dispersan.

Molinar habla con tanta seriedad que Nata se tarda en responder. Hasta hace un momento el hombre le parecía igual a tantos clientes que ha conocido: tipos de mediana edad, temerosos y dóciles…

Entonces los clientes toman lo que les gusta, se desnudan y juegan con el pasado a su manera indiferente, o avergonzada, a veces pronta como una rendición.

El piso no tiene divisiones ni cuartos: es una sala vasta de paredes negras. En ellas hay pequeños apliques mortecinos cada tantos metros, y cada uno alumbra una pequeña litografía enmarcada: una imagen en blanco y negro de un animal, una persona o un objeto.

—Yo a Zhenya le creo desde la primera vez —dice por fin.

—Pues entonces voy a probar algo… Yo conozco a ese hombre —grita Molinar, al aire—. ¡Yo lo conozco! Dígalo usted también. "Yo conozco a ese hombre".

—¿Yo conozco… a ese hombre?

—¡No, no! Más fuerte.

—¿Yo conozco a ese hombre?

—¡Más! ¡Yo conozco a ese hombre?

—¿Pero para qué…?

—¿Francisco? —dice la voz de Kustos.

Nata da un grito de sorpresa.

—¿Es usted, Francisco? —repite la voz.

—¿Dónde está usted, Horacio?

—No lo sé —dice Kustos—. Sigue la luz apagada, ¿verdad? No veo nada.

—¡No se mueva, Horacio! —dice Molinar— Quédese donde está.

—Zhenya lo está pasando —dice Nata—. Como teléfono. ¡Eso nunca lo había hecho! ¡Qué bien! —grita— ¡Lo haces muy bien, Zhenya!

—¿Quién está con usted?

—Es la señorita… Nata, se llama. La que nos abrió cuando llegamos. Trabaja aquí.

—¡Ah! ¡Mucho gusto! Hace rato me fui, disculpe… ¿Cómo me está llegando la voz de ustedes? ¿Dónde están?

Molinar piensa que la voz de Kustos parece provenir del sitio donde su traje está tirado. Pero, por supuesto, allí no hay nadie.

—Tenemos que hacer algo para que usted acabe de volver.

—¿Volver a dónde? ¿Dónde… dónde estoy? ¿No están aquí?

—Vuelva —dice Nata—. Se está enfriando su cena.

—¿Qué dice usted? ¿Vamos a cenar? No entiendo… ¿Volver a dónde?

—Usted cree que esto puede pasar. ¿Verdad, Nata?
—Sí.

—Algo me pasó. ¿Verdad?

—¿Se acuerda cómo es Kustos?
—¿Qué?

—¿Francisco?

—Usted lo vio, ¿recuerda?

—Francisco, ¡dígame algo! ¿Qué pasó? ¿Dónde estoy, dónde están?

—Apenas lo vi —dice Nata.
—¡Pero ya oyó lo que dice Shania de él! ¿Verdad? Lo vio. Cree en él.

> “No todo será posible aquí”, le dijo don Cruz a Emilio, en una tarde de 1949, mientras los animales dormían y los clientes se preparaban para venir, con deliberación y vergüenza. “No todo es posible pero los cimientos, las bases, son fuertes.”

—Ya le dije que sí.

—¿Francisco? ¿Señorita? Sus voces se oyen raras. Y la mía también… Y el edificio. ¿Están todos bien? ¿Qué pasó?

—Cálmese, Horacio —dice Molinar.

—Francisco, ¿qué está pasando?

"¿Ves que son fuertes? Por eso podrán pasar cosas brillantes, de hermosos colores, con texturas de todo tipo, y ni hablar, Emilio, ni hablar de los sabores ni de los tonos. Qué acordes habrá, qué estructuras, qué formas. Te sorprenderás…, y muchos más también, muchos más también."

—Recuérdelo —dice Molinar —. Piense en él. ¡Zhinia, por qué no nos dices eso…! Dinos cómo era. Un tipo flaco, con la barba crecida pero no mucho, los ojos un poco separados, las manos grandes, el pelo negro… Que entonces no llevaba ese traje que ve usted ahí en el suelo, sino unos pantalones de mezclilla, una sudadera y una chamarra negra…

"Van a tener que decir: no lo creía y lo creo ahora. No lo creía y lo creo ahora", y se rio, y tosió, y escupió en un pañuelo blanco. "Maldito catarro. Y triste el que no consiga ver cuando se presenten los momentos tremendos, Emilio, tristes de los

que no vean.”

—Oiga, ¿qué pasó? ¿Qué me pasó? ¿Me volvió a pasar lo que…?

—Se desapareció. Pero lo vamos a arreglar —dice Molinar —. ¿Verdad, señorita? ¿Verdad, Nata? Sí lo ve más claro ahora, ¿verdad? Sí se lo imagina, ¿verdad? ¿Verdad que sí? ¡Dígame que sí lo ve!

“Yo no voy a estar aquí siempre, pero mientras esté les voy a decir: ‘Están viendo y no ven’…”

—Ayúdeme, Francisco —dice Kustos—. Ayúdenme. ¿Señorita Nata?

—Sí —dice Nata—. Me acuerdo de él. ¡Me acuerdo cómo era!

—¡Cómo es!

—¡Cómo es! Flaco, y como dice usted de los ojos, y con esa ropa…

—¿Señorita?

—¡Ya lo estoy viendo! —dice Nata.

—¡No se detenga! —dice Francisco— Falta muy poco. Yo también lo veo. Horacio Kustos, el aventurero… el viajero…

—Ya lo estoy viendo —repite Nata, y señala el traje blanco, que otra vez está lleno de Horacio Kustos.

Éste tiene la cara cubierta de sudor, está pálido y tiembla, pero está allí.

—Perdonen por haberme ido así. ¿Oí algo de una cena?

LOS FINES
Y LOS COMIENZOS
(1992)

—“Esta imagen de idilio” —lee.

—¿Idilio?

—Sí.

—¿Qué es eso?

—Ay, por favor —Isabel frunce el ceño y sigue leyendo—. “Esta imagen de idilio, paraíso sin hombres, llena el mundo porque el mundo es, aún, en el tiempo de ventura, antes de la llegada de aquellos monstruos y sus palabras y sus máquinas.”

”Mírese sólo el valle, al abrigo de los montes nevados, bajo la luz de la mañana. Crecen las plantas y entre ellas vuelan los insectos. Menos que ellos pero más altos en el cielo, las aves. Sobre la tierra caminan los seres de varias patas, los gusanos y las víboras se arrastran, y todos se miran bajo el sol y la luna y se cazan y se huyen, matan, mueren porque la dulzura es un invento posterior: de los otros.

”Pero la armonía de los seres no se quiebra porque en ella están los fines y los comienzos, los movimientos que no media la razón, los sueños perezosos y rudos de las múltiples carnes. Muchos cantan con sus músicas antes de la música, con sus gruñidos sordos, con sus almas llenas de silencio.

”Y esto no es lo que llaman el éxtasis, porque no aparece ni se va: porque el flujo de las vidas tiene por siempre su verdad y su dolor y su goce presentes. Como el coito de los armadillos o el cortejo de las aves coloras, la muerte tiene en sí misma la impronta de su acuerdo con el resto, con el universo que se destruye y se renueva en cada frotar y cada morder…

—¿Puedo ver? —dice Armando, y levanta un poco la cabeza, e Isabel le pone el libro en las manos. Las páginas son grises y las cubiertas de un azul profundo, como si estuvieran cubiertas de sulfato de cobre, hechas de madera con incrustaciones de metal—. Este libro es muy antiguo, ¿verdad?

Isabel toma el libro de las manos de Armando.

—Ahora que lo mencionas… —dice, y vuelve a leer—: “¿Quién inventó la falta, la insatisfacción, el deseo? Sin duda no fue ninguno de éstos, de los animales que pueblan el mundo en su esplendor, antes de la caída”.

—Oiga —Armando titubea—. Oye.

Isabel advierte que desea sonreír aunque no lo consigue y logra sólo una expresión de ansiedad. Está esperando que ella le muestre su aprobación. Ella mira la entrepierna de él y en su centro el

miembro, adormilado, como deseoso de esconderse en su espesura mansa.

La sonrisa de Isabel es amplia y relajada. Ella puede leer en Armando: puede saber lo que piensa con sólo mirar los movimientos de sus muslos, la forma en que aprieta o relaja los labios, la dirección en que miran sus ojos cuando habla o vacila.

Con la sonrisa de Isabel, su amante encuentra un poco más de confianza: juega a tocarle uno de los pechos, apenas, con la punta de su meñique, y luego lleva el dedo hacia el sexo de ella, que asoma bajo el pliegue de la sábana. Pero ella le aparta la mano con gentileza:

—Oye esto: "Fueron ellos. Fueron todos, desde el primero, el que surgió del polvo y quiso dar sus propios pasos y tener su propia alma. El que fue preso por el pensamiento, para siempre en la busca del final y el principio, para siempre ensordecido por el griterío de sus otros mundos, todos, alejados de su propia materia animada, salvaje, pura, viva".

—Oye —dice Armando. Su voz es cálida por primera vez.

Isabel responde, con una sonrisa más amplia:

—¿Dime?

—¿Dónde se habla del jardín?

Afuera, como si hubiera estado esperando esa palabra precisa, se escucha un trueno. No hace vibrar las ventanas, no ilumina con un destello los cristales, pero consigue que los dos salgan un momento del espacio que habían creado: la cama, la cercanía de los cuerpos, los aromas acres o salobres de cada piel, tomados del otro cuerpo, y que aún no se desvanecen. Pasan la mirada por la habitación y recuerdan el resto del mundo: las paredes de madera brusca de la cabaña, la sala, el comedor y la cocina, el estudio repleto de libros, el sendero que aguarda tras la puerta, la lluvia que viene de las montañas.

—Ay, Armando —dice Isabel, pero la ha distraído un picor súbito y cada vez más fuerte en su muslo derecho; apenas se ha dado cuenta de que todo el peso de su cuerpo descansaba allí y la sangre dejó de circular—. Ay, ay, ay.

—¿Está bien?

—"Estás", háblame de tú, por Dios. Ya ibas bien.

—¿Estás…?

—Se me durmió una pierna. Ve y haz un poco de café, ¿no? ¿Por favor?

—Sí —dice Armando, asintiendo con la cabeza, y se pone un suéter encima y se calza deprisa los zapatos.

—¿No te va a dar frío en…? —empieza a decir Isabel, sonriente, pero él ya está saliendo hacia la cocina. Sabe que Isabel le mira el trasero y lo mueve apenas, para coquetear y a la vez para no dar la impresión (Isabel entendió esto hace mucho tiempo) de que es poco varonil.

Un momento después lo oye buscar en las gavetas, abrir la llave del agua y encender la estufa. Ella se sienta en la cama.

—Ay, ay, ay —vuelve a decir.

El nombre del pueblo más cercano se le escapa todavía. Es una palabra de origen indio: en otro tiempo, le dijo don Cruz, hubo una tribu que vivió allí por muchos siglos.

—Luego se fueron, o más bien los expulsaron, como tú sabes. Ya no están.

Pero eso se lo dijo en Morosa, hace más de seis meses, mientras velaban el cuerpo de su padre en un piso de la torre apartado expresamente para ello.

—Sí hay clientes —le confirmó una empleada—. Dos.

—Que alguien se disculpe con ellos —dijo Isabel—. Díganles la verdad. Pongan un crespón negro en la entrada…

La torre cerraba por completo muy raras veces, pero hoy, fuesen dos o doscientos, tendrían que esperar. Ésta no era la primera decisión que ella tomaba sin consultar a nadie, pero así le parecía: muchos empleados, incluso, después de hacer guardia junto al ataúd, dudaban antes de acercarse y darle el pésame. La veían de pie, con el vestido negro que había comprado para la ocasión, el pelo recogido como nunca lo había llevado, y luego por eso miraban para un lado y para el otro. Parecían buscar a alguien más: al señor Emilio García, que había dedicado la vida entera al edificio y sus negocios y que ahora, cuando ya no podía hacer nada por quienes lo habían obedecido, estaría con ellos de modo más entrañable, siempre listo a ser convocado, siempre de acuerdo con lo que los otros esperaran de él: con su aspecto fijo, igual para siempre al de los recuerdos más alegres o más dolorosos.

Isabel no deseaba pensar, así que dijo a don Cruz:

—¿Y entonces?

—Entonces puedes ir allá. Yo tengo allá una casa simple, Isabel. Puedes ir siempre que quieras. Puedes ir ahora. Sólo dime, ¿sabes qué es eso, sabes qué es una casa simple, sí te llegó a decir tu papá? Él sabía.

—Claro que me dijo —respondió Isabel.

Y hoy piensa en decírselo a Armando, pero primero tendría que hablarle de todas las casas *complejas*; tendría que decirle que don

Cruz nunca las llama así, luego explicarle qué son, más tarde ofrecerle ejemplos, y todo eso debería estar precedido, de hecho, por una larga plática que le recordara a Armando que en realidad no sabe casi nada de su trabajo, de su pareja y de la historia de uno y de otra.

Armando sabe cómo abrir la puerta del jardín, sabe las tareas que debe realizar, está enamorado de ella y piensa que eso es suficiente.

Antes de que ella le planteara la cuestión, él nunca se había preguntado cómo era posible que el edificio fuera más alto por dentro que por fuera.

—Una casa simple es una casa "normal" —continuó Isabel aquella noche, en la sala de velación, cubierta por cortinas negras, y en cuyo centro estaba el ataúd, cerrado, rodeado de coronas de flores—, que no tiene trucos. Como la que usted usa para irse de vacaciones, y que tiene los pisos que dice tener…

—¡Exacto!

—¿Cómo quieres tu café? —le pregunta Armando a gritos.

Armando sabe, desde hace mucho, cómo quiere ella su café, pero siempre pregunta. Piensa que es una muestra de cariño.

Si fuera un hombre más seguro de sí mismo, piensa Isabel, tal vez sería consciente de lo hermoso que es. Entonces trataría de sacar partido de su apostura y aprovecharse de ella.

—Hasta usted necesita un lugar tranquilo, ¿verdad? —le dijo Isabel a don Cruz, el día del funeral.

Éste dio un respingo.

—Jamás en la vida —dijo—, jamás en todos los años que pasó trabajando para mí, jamás pero jamás, me dijo tu padre algo como lo que tú acabas de decir.

—¡Café negro! —grita Isabel—. ¡No! Espera. Mejor con leche y dos de azúcar.

—Trabaja—contesta Armando desde la cocina.

Hace seis meses, Isabel no supo qué contestar hasta que don Cruz agregó:

—No te vayas a ofender, Chabe, perdón, Isabel, ya sé que no te gusta que te digan Chabe… Es decir, Isabel… No vayas a pensar que es impropio ni nada… Pero creo, en fin, a esto quiero llegar: que tienes mejor cabeza, más entendederas que tu propio papá, y mira que él no era tonto. A él le hubiera gustado que te invitara. Aunque nunca terminó de entender por qué le pedí que trabajara conmigo.

Cuando llegaron a un acuerdo, don Cruz abrazó a Isabel. Un abrazo más largo que los que le habían dado los demás empleados

de la torre, los hombres y mujeres de confianza de su padre, las dos o tres personas cercanas a Emilio que no tenían relación con el edificio y de todas formas estaban allí.

—Yo lo que digo —opinó uno de ellos, que había sido peluquero de Emilio por cerca de treinta años— es que uno tiene que trabajar a veces en cosas que no ha elegido, pero uno es quien es.

Don Cruz no le dio palmadas ni le frotó la espalda: sólo posó sus manos, tibias, en la tela del vestido negro.

—Entonces ya estamos de acuerdo —le dijo—. No te va a faltar nada de lo que tuvo tu papá. Cuando sea necesario yo estaré aquí, como siempre. ¿Correcto?

—Café con dos de azúcar y leche —anuncia Armando. Posa la bandeja sobre el colchón. Puso como adorno un florero y una flor de plástico.

—Qué elegante —lo celebra Isabel.

—Usted necesita más elegancia en su vida, señorita —responde Armando, e Isabel se da cuenta de que ahora le habla de usted deliberadamente, para lograr un efecto. La idea la satisface tanto que decide no mencionar el hecho de que el hombre sigue con el cuerpo descubierto del bajo vientre a los talones.

El día de la velación, don Cruz se apartó de Isabel y fue a hablar con algunos de los empleados: los más viejos, y entre ellos un par que lo habían conocido casi desde el principio. Alguien llegó empujando un carrito con café, galletas y refrescos. Isabel tomó dos galletas, se sirvió una taza de café negro y escuchó, tras ella, una voz de mujer que decía:

—Ahorita es cuando se ve que se tendría que haber casado.

Era Lidia, la más vieja de las cocineras. Hablaba con el doctor Herrera, recién regresado de sus vacaciones.

—Mire, Lidia, yo no sé —respondió el doctor, alterado y nervioso.

—¿Qué pasó, doctor, doña Lidia? —dijo Isabel mientras llegaba hasta ellos. Se sintió molesta, de pronto, por tener las dos manos ocupadas, y comenzó a mordisquear una galleta.

—Nada, nada —dijo el doctor.

—¿Cómo que nada? —se quejó Lidia— Estamos hablando, y discúlpame, Isabelita… A mí me preocupa mucho que ahora te va a tocar encargarte de todo sola. No es tarea para una mujer…

—Señora —empezó el doctor.

—Qué señora ni qué nada. Bastante hizo el señor Emilio no volviéndose a casar. ¿Qué vas a hacer tú, Isabelita? Tendrías que haberlo pensado hace mucho. Necesitas a alguien que te apoye, te

consuele… ¿Cuándo vas a…?

—Señora —insistió el doctor.

—¿Cuándo voy a tener hijos? —completó Isabel, y unas pocas migajas salieron de su boca—. Carajo.

El doctor quiso reírse pero Lidia lo miró con enojo:

—Vea cómo está, don Salomón. ¡Vea cómo está! No todos los días una persona se queda sin apoyo, sin nadie…

—Cállate, Lidia —dijo el doctor, pero Isabel entendió que pensaba algo muy parecido a lo que ella estaba diciendo.

Ahora ha empezado a llover. Es una tormenta: las paredes y el techo retumban bajo los golpes del agua, y los truenos se amontonan en el aire y dan la impresión de no desvanecerse. Pero dentro todo está inmóvil, seco y tibio.

—¿No te encantaría vivir aquí? —dice Isabel— En la mañana, ¿te acuerdas, cuando salí?, me asomé a ver las montañas, el sol que estaba a punto de salir…, la luz que ya estaba en todas partes, el río… y pensé: qué fea es Morosa. Es horrible. Qué espanto vivir ahí.

Armando asiente. Isabel entiende que no le molesta vivir en Morosa.

—Que sea una casita —dice— como ésta: con su sala, su baño, su cocina, su comedor, su recámara. Todo bien puesto. Todo bien hecho. Una tele y unos libros para mí. A lo mejor te convenzo de leer y tú me convences de ver contigo el futbol.

—Yo no entiendo cómo es que a las mujeres no les gusta —dice Armando.

Los dos beben café. De tanto en tanto, con mucho cuidado, Armando deja su taza en la bandeja y se inclina para enterrar la cara entre los senos de Isabel. Le gusta soplar en la piel suave sobre el esternón: sabe que Isabel siente cosquillas allí. Y se ha vuelto a quitar la ropa, por lo que Isabel, cuando él se inclina, puede ver su espalda, que es suave y firme; las vértebras se asoman apenas.

Ella se decide:

—Hay varias cosas que te necesito explicar —dice—. Acerca del trabajo.

Armando levanta la cara.

—¿Vamos a hablar de trabajo?

—¿Y ese tono? ¡Se supone que es una muestra de confianza!

Isabel quita de en medio la bandeja del café y continúa:

—Escucha. Podemos ser esto —y le acaricia el miembro todavía dormido, brevemente; también le da un beso en la mejilla—. Podemos serlo, y los dos estaremos muy bien y muy a gusto…, pero podemos ser más. No hay problema. Una cosa no estorba a la otra.

Yo no voy a dejar el trabajo…, y de hecho no voy a dejar de ser tu jefa… así que…

—No entiendo.

—A ver, más fácil. ¿No quieres trabajar conmigo? ¿De veras trabajar conmigo? Ser algo *más* que mi empleado.

—Yo pensé que ya era más que tu empleado —responde Armando, ofendido.

Afuera llueve. Hubo lluvia también la tarde del funeral y la mayoría de las personas no pudo resistir y fue hasta las ventanas, a ver cómo se ve la lluvia desde tan gran altura. Iluminadas por la luz que sale del interior, las gotas parecen formar grandes cortinas brillantes que el viento agita, que dobla y desdobla. También podrían ser telones, uno detrás de otro hasta donde alcanzan la luz y la vista.

Entretanto, las guardias proseguían: grupos de cuatro se colocaban cerca de cada una de las esquinas del ataúd y permanecían allí por diez o quince minutos, para luego dejar sus lugares al siguiente grupo. El Brincadero tenía una cantidad enorme de empleados; Isabel no recordaba haber visto tantos en un solo lugar.

—En el libro azul —dice ahora—, no nada más están estos pasajes que hemos estado leyendo.

—¿Qué son, eh? Por cierto. ¿Quién lo escribió?

—No se sabe. El libro nos lo dio don Cruz. Pero son… indicaciones para que entendamos mejor lo que estamos haciendo.

—No entiendo.

—Pues no seas impaciente —dice Isabel—. Es justo lo que quiero…

—No soy impaciente.

—Te voy a prestar el libro —dice Isabel, y hace una pausa. Luego suspira—. ¿Entiendes que esto es importante?

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? —pregunta Isabel, y de pronto decide que necesita levantarse. Busca y encuentra su suéter tirado sobre el borde de una alfombra. Se lo pone. Armando la observa en silencio mientras ella vuelve a la cama y se sienta— A ver, esto es muy importante.

El joven se incorpora hasta quedar sentado. Endereza la espalda.

—Lo que te leí es sólo una parte del libro. Hay otra, que es la que más usamos —dice Isabel mientras lo toma, lo abre y va hacia las primeras páginas—, es la de los nombres de los pisos. Ven a ver.

Las páginas están llenas de renglones de largo irregular,

impresos en un tipo apretado pero muy legible. Algunos, muy pocos, tienen una marca de pluma o lápiz en el margen izquierdo. Todos vienen seguidos por una fecha.

—Día, mes y año…

—¿Es cuando se tienen que usar? ¿O cuando se usaron?

—No, es cuando se escribió cada verso. Son versos. De poemas. No me preguntes por qué.

—¿Por qué?

—Que no me preguntes —Isabel lo mira por un momento y le da un beso en la punta de la nariz—. No sé. Así venía el libro. Según creo, la idea es que los pisos se puedan identificar, siendo tantos… Si un día vas a una biblioteca y te pones a buscar, puede que llegues a encontrar quién escribió éste de aquí, por ejemplo, y en qué libro viene.

—Pero esta fecha es del año próximo.

—Ah, sí, es cierto… Ésa es la parte rara. ¿Te das cuenta de que este libro es muy antiguo? Cada piso tiene su nombre desde mucho antes…, es decir, cuando se abre un piso nuevo ya viene con nombre…, y sin embargo hay nombres de pisos que no se han escrito todavía.

Armando pone una cara que Isabel conoce bien y ella se da cuenta:

—¿Cómo que no se han escrito? —lo oye decir— Aquí están.

Después del refrigerio, mientras empezaba a anochecer y los asistentes al funeral comenzaban a retirarse, las botellas comenzaron a aparecer aquí y allá entre los grupos que se quedarían a velar. Isabel no se sintió con ánimo de ordenar que las guardaran.

Uno de los grupos era el de la tertulia de poesía, que –al contrario de lo que sucede en casi todas partes– estaba compuesto de personas que realmente leían e intercambiaban poemas. La causa, sospechaba Isabel, era que todos sabían del libro azul.

De entre ellos, cuando estuvieron lo suficientemente envalentonados por el alcohol, salió Peña, un encargado de limpieza que estaba en la torre desde los años setenta y era el líder de la tertulia.

—Señorita Isabel —le dijo—, con su permiso, ya sabe usted que todos queríamos mucho al señor Emilio, a su señor padre. Ahora yo tengo aquí un poema que quisiera declamar, ahora que estamos todavía en presencia de la mayoría de los que trabajamos con él —y otro de los de su grupo le tendió una bolsa de plástico, de la que él sacó un grueso marco de madera—. Es éste. Lo hice hace dieciséis

años, cuando entré a trabajar aquí, y no lo tengo enmarcado porque sea un gran poema, sino porque lo traigo de mi casa…

En la cabaña, Isabel pasa las páginas del libro azul hasta llegar cerca del final.

—Hay de todo en esta sección. Pero son cosas sueltas. Parecen instrucciones o cuentos… y también está la parte de las quejas. Escucha: "La mayoría de los clientes, como ya se ha insinuado, jamás se detiene a pensar, mientras se quita la ropa ante su codorniz o su dragón de Komodo o su perro elemental, que los animales podrían ser otra cosa que eso: vehículos del placer por el placer, a la vez portadores y destinatarios de sensaciones voluptuosas". ¿Nunca viste —pregunta Isabel— a alguien que llegara diciendo que no le deberíamos cobrar, que porque a fin de cuentas la gatita o lo que sea que le dábamos también obtenía su placer?

—¿En serio te han llegado a decir eso?

—A mí y a un montón más.

—¿De verdad?

—Hazme el favor.

—¿Ya tan pronto?

Isabel le quita el libro, lo pone en la mesa de noche y dice:

—¡Qué grosero! —antes de golpearlo con una almohada.

Aquella otra noche, después del poema enmarcado y de varios más, alguien puso en una grabadora los danzones y las canciones rancheras "que más le gustaban a su señor padre". Isabel reconoció algunas de las canciones. Nadie se levantó a bailar pero algunas personas canturreaban o marcaban el ritmo con un pie.

Isabel quisiera seguir leyendo a Armando el pasaje que ya comenzó del libro azul, y que continúa así: "¿Quién podría culpar a la mayoría de sólo pensar en ese gozo momentáneo? Cualquier otra sospecha es enterrada, dicha a media voz, olvidada de prisa porque para casi todos ya es bastante la desazón de encontrarse allí y luego tener que salir a sus casas y sus vidas habituales, en las que se debe ocultar todo conocimiento de esta casa y esta vida, decir que se apoya la virtud, dar la impresión de que se persigue el mal, etcétera. Ni siquiera los que llegan directamente a los aparatos más espantosos, y jamás preguntan por una criatura a la que tengan afecto o costumbre, y hacen tronar las articulaciones de sus dedos mientras el animal que han pedido es llevado a su presencia, ni siquiera ellos son capaces de hablar de las patas amarradas a las superficies de metal, o de las alas clavadas en madera, o de los sonidos diversos, entre gritos y estertores, que se pueden crear con

la ayuda de la carne viva y el más diverso instrumental. Se ponen a veces, no siempre, ropas talares o de cuero negro o de plástico brillante y pegajoso. Atrapan la cabeza de un macaco en una máscara de castigo, toda agujetas y mordazas, o bien estiran aún más el cuello de una jirafa con ayuda de ruedas y poleas y cuerdas; apartan las plumas y luego la piel y la carne de un mapache con tijeras y tenazas; adosan alambres de cobre a las aletas de un arenque o de cualquier otro pez, a sus agallas o a sus ojos, para aplicarles corriente eléctrica y buscar el que llaman su santo grial: un signo de sufrimiento, de claro terror en aquellos, los más inexpresivos de los seres, antes de que sobrevenga la asfixia por falta de agua. Pero nunca dicen nada."

Sin embargo, Armando dice de pronto:

—Oye, una pregunta.

—¿Cuál?

Él empuja con su mano para cerrar el libro azul. El gesto sorprende a Isabel.

—Desde que llegué a trabajar aquí…, digo, allá —Armando sonríe—, siempre vi a tu papá por todas partes. Pero nunca a tu mamá.

Isabel se queda callada. Frunce el ceño. Se da cuenta, por como cambia la expresión de Armando, de que le toma un poco de tiempo, aunque no tanto como ella esperaba, notar que ha cometido un error. Aprieta los labios y dice, de todas formas:

—¿A qué viene la pregunta?

—¿Cómo?

—¿No te has enterado de qué pasó con mi mamá? ¿Nadie te lo ha contado? Mi mamá trabajaba en el negocio, lavaba ropa…, y tuvo sus queveres con mi papá. Era más joven que él. Y un día se quedó embarazada.

—¿Cómo se llamaba?

—¿Qué importa eso?

—Bueno, es que…

—Se casaron y todo. Hay una foto de su boda, que fue también allá en el edificio, y ella está con una panzota pero vestida de blanco. Creo que a los dos les daba miedo la responsabilidad pero se querían. Yo nací aquí… —Isabel se interrumpe— Nací allá. En el edificio. Y poco después ella se murió.

Hace otra pausa para dar tiempo a que Armando ponga una cara seria.

—Le dio un cáncer —prosigue—. Fue rapidísimo. En menos de un año ya había muerto. Prácticamente no la conocí. Supongo que

fue lo mejor.

—¿Te quieres casar conmigo? —pregunta Armando.

A la mañana siguiente, tras la velación, el ataúd que guardaba el cuerpo de Emilio fue sacado del salón negro. Secretamente, cuando bajaba por el elevador, se le cambió por otro igual y lleno de piedras. Éste fue el ataúd que salió del edificio hacia el Panteón General de Morosa. Y el que contenía el cuerpo de su padre fue a donde tenía que ir.

Cuando el ataúd subía a la carroza fúnebre, Isabel y una docena de amigos de su padre subieron a un pequeño autobús rentado. Siguieron a la carroza, despacio, por las calles de la ciudad. Todos asistirían al falso entierro y volverían a la torre; casi todos irían también al entierro verdadero. Armando, que entonces era sólo un mesero y no sabía del engaño, insistió en ir también. Era la única persona más joven que Isabel en el cortejo. E Isabel se dio cuenta de que era la persona más joven de cuantas habían aguantado despiertas la noche entera.

Y era guapo. Poco más que un muchacho, de manos grandes y ojos casi negros. Los dos hablaron durante todo el trayecto, mientras la señora Lidia y el doctor Herrera continuaban su conversación sobre las cosas que Isabel debería hacer en un futuro próximo. Sólo de vez en cuando se desviaban al asunto de que Emilio podría, también, haberse casado nuevamente: haberle dado hermanos a Isabel.

—Cállate, Lidia —decía el doctor de tanto en tanto, tratando de no alzar la voz.

—¡No me calles! Ella tiene una obligación…

Isabel pensó que nadie sabía de la promesa que había hecho a su padre. Y que nadie, ni siquiera el personal de más confianza de Emilio, entendía lo importante que era su trabajo: proteger el edificio y no perder de vista la obligación, sin importar el tiempo transcurrido.

Pero hoy, mientras un trueno aislado se escucha a lo lejos y los dos entienden que ha pasado la tormenta, Isabel decide que esta vez –como las otras, como siempre– no puede hacer lo que se espera de ella.

—Tú no quieres casarte conmigo —su voz es tan amable que Armando no entiende el sentido de sus palabras. Se aparta y, después de un momento, se levanta de la cama—. No quieres que yo me case contigo. Pedírmelo es muy lindo de tu parte, pero no quieres. Te sientes comprometido. Piensas que es tu deber.

—No —dice Armando—, no es cierto.

Ella le da un beso en los labios.

—Eres muy amable, pero sé que tengo razón. Y yo, bueno…, yo tampoco me quiero casar. Van a decir que abuso de ti, que eres mi último tren.

Al término del entierro en el panteón, todos caminaron de vuelta al autobús para regresar al edificio. Isabel se retrasó porque se dio cuenta de que Armando la miraba. Se detuvieron bajo uno de los altos árboles que flanqueaban la calle principal del panteón, al lado de un par de tumbas del siglo XIX que habían sido grises y ahora eran verdes, la piedra cubierta de musgo y el metal de orín.

Armando dio un paso hacia ella y la tomó de las manos. Ella recordó que debía cumplir una promesa y pensó que Armando le gustaba.

—No sólo me gustas —dice hoy—. No me malinterpretes.

Y Armando pregunta:

—¿Por qué no te quieres casar?

—Eres bueno —responde Isabel—, y generoso…, pero… Mira, la verdad: podemos ser una cosa, jefa y subordinado; podemos ser la segunda…, amantes…, pero la tercera…

—¿Y si estás embarazada?

Ahora es Isabel quien dice:

—¿Qué?

Luego intenta reír pero no lo consigue. El sonido que sale de su garganta la desconcierta y desconcierta a Armando, quien abre la boca pero no consigue decir nada porque Isabel abre otra vez el libro azul y lo pone entre los dos.

—Si estoy embarazada, tiene arreglo —dice—. Mejor escucha. De verdad. Mejor escucha. Te quiero como no tienes una idea…, te quiero mucho, Armando. ¿No te das cuenta? Por ti saqué el libro del edificio.

—¿Cuál libro, ése?

Isabel, aún desnuda ante el hombre, decide que no va a leer.

—El libro nunca había salido del edificio. El libro no debería haber salido del edificio. ¿No entiendes?

Los dos se quedan en silencio, mirándose.

Pronto viajarán de vuelta a Morosa y las cosas no volverán a ser como antes. En los primeros días Isabel tendrá numerosos problemas para estar a la altura de sus obligaciones, y cuando por fin decida comprar una prueba de embarazo el resultado será negativo. Un mes después Armando encontrará un trabajo en otro sitio y se irá de la ciudad.

Entretanto, hoy, en la página en que Isabel tiene aún abierto el

libro azul, un párrafo comienza: “Del mismo modo, allá, en el lugar remoto y guardado, donde todos esperan, la lluvia, como una fiera levantada, alta y furiosa, cae. Cae: dientes y garras y cola en mil puntas en mil sitios, y todos corren en busca de refugio. Y corren, mírese, porque tal es su deseo: porque son libres”.

TARDE DE LLUVIA
(3:00)

—¿Oí algo de una cena?

–Lo ayudo a levantarse —dice Molinar, y ya está al lado de Kustos, quien se apoya en su brazo y se pone de pie.

Kustos, todavía un poco aturdido, va a decir algo a Molinar pero no lo hace. La expresión de su cara le parece extraña. Nata tiene el mismo gesto: mitad estupor, mitad alegría.

Los tres se quedan callados un momento.

—Aquí está la cena —dice Nata de pronto, y va por el carro y lo acerca—. Yo creo que todavía se puede comer… ¿No quieren ir a sus cuartos? Estaremos más cómodos.

Kustos y Molinar se miran.

—No se preocupen, ya sé que hicieron destrozo —dice Nata—. Zhenya me dijo.

—Fue él —dice Molinar.

—Fui yo —asiente Kustos—. Mejor quedémonos aquí. Por cierto, Francisco… Gracias. Y a usted, señorita —Nata se acerca a una de las puertas. Kustos y Molinar quieren interponerse pero Nata los ignora y rebusca en un llavero—. Qué bueno, por cierto, que volví a aparecer dentro del traje. Lo que sea que hayan hecho ustedes…

—Y Zenia —dice Molinar.

—Zhenya —lo corrige Nata.

—Cuando me dan estas cosas y luego regreso… Una vez estaba en una plaza de Pekín… o Beijing, como prefieran… No la más famosa, ni aquel día famoso, claro, pero estaba rodeado de gente y mi ropa se había quedado en una casa a varias cuadras de allí, porque la persona que me ayudó entendió lo que pasaba sólo después de que salió a dar una caminata…

Nata abre la puerta del cuarto. Es la "celda" que Molinar ocupaba y está exactamente como estaba cuando Molinar entró en ella por primera vez. No hay agujero en la pared: no hay restos en el suelo ni herramientas tiradas ni la menor huella de lo que sucedió.

—Esto también lo hizo Zhenya —dice Nata.

—¿Quién es Zhenya? —pregunta Kustos, y Molinar nota que pronunció bien el nombre a la primera. Pero no dice nada y se limita a mirar hacia arriba.

—Lo hace no con frecuencia —explica Nata—. Y sólo cuando se lo pedimos los que le caemos bien. ¡Eres un amor, Zhenya! —grita, mirando hacia arriba también, mientras empuja el carrito y entra con él en el cuarto.

Hay que considerar una pregunta crucial: cuál es el propósito verdadero del edificio. Pocos conocen su existencia. Quienes lo conocen suelen pensar que sólo es un burdel. Quienes se asoman a sus misterios se quedan casi todos en la abundancia de los pisos. Quienes van más allá, quienes preguntan con más insistencia, suelen contentarse con alguna de las leyendas.

Circulan entre los clientes y los empleados comunes del negocio desde los primeros años de la torre. Es comprensible que existan semejantes historias: éste es un lugar enorme, del que casi nadie conoce sino una pequeñísima parte, y en el que cada día se puede observar al menos un hecho intolerable: que el edificio *es* más alto por dentro que por fuera, y acaso ni el mismo don Cruz sabe cuál es su verdadero tamaño.

(Algunos se dedican a observar a la señora Isabel cuando llega a sacar el libro azul para abrir un nuevo piso, y todos juran que siempre parece consultar las primeras páginas.

—No avanza —dicen, o bien: —Debe ser una cosa grandísima.)

Las leyendas son muy variadas pero todas, naturalmente, tienen en común un gran énfasis en ese espacio desconocido, todavía no descubierto. Las más simples son las más terribles: por ejemplo, muchas personas consiguen asustar, o asustarse, con sólo hablar de la *imagen* informe de los pisos desocupados, la torre aún cerrada y a oscuras que está encima de prácticamente cada persona y animal, todo el tiempo, hecha de quién sabe cuántos niveles exactamente iguales entre sí y acaso realmente cerrados, realmente desprovistos de todo misterio, pero quién sabe qué tan altos, qué tan numerosos, qué tan estables porque en ellos hay paredes que pesan, columnas que pesan, aire que pesa, y este peso no debería poder sostenerse:

—No es normal —dicen—. Y aquí es zona de temblores. Casi no se sienten cuando está uno dentro pero ¿qué tal que un día tiembla de veras fuerte? ¿Qué va a pasar?

(Uno de los empleados de limpieza, un muchacho llamado Tomás, sueña cada noche que tiembla y que el edificio, en lugar de caer para un lado u otro, cae directamente hacia abajo, como una aguja que se clavara en la carne de la Tierra, y como el edificio es infinito la aguja es infinitamente larga y no termina de hundirse, no se detiene, y la gente de Morosa sigue con su vida y da la impresión de no ver cómo los pisos del edificio caen y caen y caen, como una cascada de concreto y vidrio y cuerpos que ya no cantan sino que gimen, que son un solo grito de dolor que sigue y sigue y sigue.)

En cuanto a las otras leyendas, más complejas, son como cualquiera: se aprenden, se repiten, se amplían o se modifican según quién las cuente: de acuerdo a sus miedos y apetitos. Hay pisos enteros, dicen, ocupados por tropas secretas o grupos de choque del gobierno represor, o bien del crimen organizado, o bien de opositores revoltosos; hay prostíbulos normales pero ocultos, o bien dedicados a perversiones aún más terribles que las que todos ya conocen; hay arenas de lucha y boxeo, o casinos, o gimnasios, o clínicas donde se realizan cirugías y trasplantes ilegales; hay mazmorras de verdad donde niños, adolescentes, adultos o ancianos viven encerrados (sólo se les permite salir para ser explotados de alguna entre muchas formas concebibles, o bien se dejaron encerrar voluntariamente para protegerse de alguna amenaza del mundo exterior, o bien son enfermos o locos, vivos por piedad pero aprisionados para no revelar terribles secretos o contagiar graves enfermedades o cometer crímenes espantosos); hay capítulos, oficinas, instalaciones de agencias misteriosas, de iglesias, de sectas; hay tesoros; hay vampiros, zombis y hombres lobo; hay invasores extraterrestres; hay un tanque profundísimo donde duerme el Kraken, una jaula de vuelo para al-Buraq, una montaña de cartón piedra donde el Simurgh se resigna a su cautiverio; hay asesinos que acechan a cualquier persona que se pierda, a cualquiera que sienta miedo, y la persiguen incansablemente hasta que consiguen alejarla de toda posibilidad de escape.

Hay un poco de verdad, por supuesto, en todo lo que se dice.

Ejemplos:

En 1976, una empleada de limpieza llamada María Luisa

Barraza supo el nombre de un piso abandonado durante años y se lo apropió. Puso en él una pequeña escuela de gimnasia y artes marciales: su hermano menor había visto *Operación Dragón* y se hacía pasar por maestro calificado de karate. Era un gran problema llevar a los alumnos hasta el "salón", pues debían meterlos por la tarde sin que nadie los viera y sacarlos a la hora en que se abría el negocio, pero las clases no duraron un mes. Una noche, maestro, alumnos y promotora se encontraron de salida con un cliente a quien confundieron con el presidente municipal de Morosa. Los niños y el profesor huyeron corriendo y ahí terminó la "Escuela Karateka Dragón". María Luisa siguió trabajando en la torre durante cerca de un mes, y en realidad nadie los habría descubierto, pero al término de ese tiempo no pudo soportar más el miedo de que la despidieran: de que las personas a su alrededor estuvieran hablando siempre con una segunda intención y la señora Isabel esperara el momento más apropiado para causarle una terrible humillación. Una tarde no se presentó a trabajar y no se volvió a saber de ella.

—Qué bien está esto.

—¿De veras? Está frío —se queja Nata—. Yo tenía que llegar hace una hora. Y luego no supimos dónde estaba usted.

Los tres están sentados: Kustos en el suelo, Molinar y Nata en lados opuestos del aparato de tortura. Comen de platos de plástico en los que Nata acomodó primorosamente el primer tiempo –huevos revueltos con jamón, pimientos, chile y algo más: un condimento que ni Kustos ni Molinar consiguen identificar, acompañados de frijoles refritos y tortillas– y beben café de olla que la muchacha traía en un termo alto y brillante.

—Yo tampoco sé muy bien dónde estaba… Pero esto está buenísimo —insiste Kustos.

—Es cierto —dice Molinar.

—Es mi receta —sonríe Nata—: Revueltos a la Nata —su sonrisa crece y, después de un momento, disminuye hasta desaparecer.

Molinar entiende primero.

—Ah, sí, claro… Realmente están muy sabrosos.

—¿Usted es chef? —interviene Kustos.

Nata se sonroja levemente.

—Sí —responde ella—. Yo soy. Aquí en el negocio.

—¿De verdad? —dice Molinar— Muchas felicidades. Pero, oiga, entonces yo tengo una pregunta…

—¿Cuál?

Ejemplos:

En 2009, Hernán López, un contador del Brincadero que tenía un segundo trabajo como ministro de alabanza en una iglesia carismática, introdujo a toda su congregación en otro piso: acababan de echarlos de la bodega que usaban como templo y necesitaban un lugar donde reunirse. En aquel momento ser ministro era su empleo principal: ya le daba más dinero que el llevar las cuentas del negocio. Además aquí, se dijo muchas veces, le pagaban mal: aun cuando el edificio, por su tamaño, necesitaba un ejército de personas sólo para mantenerlo limpio y atender a los clientes que podían llegar en una noche, las ganancias netas de un solo día siempre eran enormes. ¡Y todo se lo gastaba el dueño en fiestas, en alcohol, en drogas! Lo que él hacía (pensaba Hernán) era una restitución: de hecho no sólo se rebelaba contra el dueño, sino contra el negocio mismo, que a fin de cuentas era contra natura.

La iglesia "Peregrinos de Madián" funcionó durante un tiempo relativamente largo: Hernán metía y sacaba a su gente en un camión que podía utilizar las entradas de servicio sin que nadie lo molestara y todos iban vestidos con ropas semejantes a las de los empleados de menor rango. Para sus ceremonias metieron instrumentos musicales que se quedaban guardados en el piso y cerraban muy bien todas las puertas antes de comenzar. Los gritos y los cantos se confundían con el resto de los sonidos del edificio y nadie se daba cuenta de que eran distintos y hablaban de rendición y no de placer, de Dios y no de seres humanos (o de bestias).

Después de seis meses, el culto pasó de semanal a diario y el número de fieles se había duplicado. Hernán tuvo la idea de reestructurar sus actividades, reducir los cultos normales y organizar retiros: reuniones especiales en las que los asistentes comían y dormían en el piso durante una semana entera. Tres asistentes –los más fieles, ascendidos como un premio a su devoción– se encargaban de alimentarlos, mantenerles un baño abierto, ponerlos a cantar cada cierto

tiempo y organizarles actividades que los mantuvieran ocupados hasta que llegaba el ministro. Los retiros eran mucho más caros y además implicaban menos entradas y salidas, por lo que eran más seguros.

Después de cierto tiempo, Hernán se encontró con que ganaba más dinero del que podía gastar, incluso restando el dinero que debía destinar a sobornos y a los salarios de sus asistentes. Ya podía rentar un local fuera del edificio y tal vez hasta pagar el enganche de un edificio propio. Pero se retrasaba. ¿Debía decir a sus fieles, que se sentían un poco como los primeros cristianos en las catacumbas, que debían cambiar ese sitio y ese ambiente que tanto les gustaba y los animaba? ¿No se interpretaría de manera incorrecta el que se mudara, si iba a dar cerca de alguna otra iglesia con características semejantes a la suya y territorio bien delimitado? ¿Realmente sería lo mejor renunciar a un sitio en el que no pagaba nada de gastos?

En eso estaba y los días de culto se sucedían sin demasiados incidentes: alguna persona se lastimaba al caer, o necesitaba un remojón en agua fría para recobrarse de un trance excepcionalmente fuerte, pero nada más. Lo habitual en una iglesia viva, vital, en la que la gente podía encontrar la pasión y el contacto emotivo, hermoso con Dios, que siempre hace falta.

Y así hasta que, una tarde, en un culto normal, una señora salió a mitad de una alabanza, se desesperó al no encontrar el baño y abrió la puerta equivocada: la que daba al pozo de las escaleras. Miró hacia abajo, descubrió el Ojo infinito y de inmediato empezó a gritar tan fuerte que el resto de la congregación la escuchó, detuvo el canto, salió a buscarla y la encontró tirada en el rellano, todavía gritando, con la cara gris y los ojos en blanco. Algunos pensaron que estaba en éxtasis pero otros fieles se indignaron: la pobre mujer estaba tirada en un charco de su propia orina, lo que fuera del salón de culto parecía algo sumamente indigno y triste. Los asistentes de Hernán intentaron retirarla discretamente, pero en ese momento llegó la señora Isabel.

Hernán nunca comprendió cómo pudo enterarse. Sí entendió, por otra parte, que Isabel estuviera furiosa, puesto que él había actuado con dolo. “Eso lo admito”, dijo varias veces. Como realmente era un buen contador y tenía siempre muy claro lo que ganaba con la “Peregrinos”, también pasó

largos minutos intentando convencer a Isabel de que lo mejor para todos era que ambos se asociaran, o por lo menos que Isabel aceptara el pago de una renta justa por el local. Él le podía hacer un pago retroactivo (dijo varias veces) de todo el tiempo que la iglesia llevaba en operación. Como Isabel no quería escucharlo, y como los empleados del edificio estaban expulsando de mala manera a los fieles de Hernán, éste tuvo la idea de amenazarla: le dijo que iba a revelar todo lo que pasaba en la torre.

Isabel se rio.

La iglesia "Peregrinos del Madián" sigue funcionando: ahora renta, al modo de otras, un viejo cine remodelado en el que los antiguos asistentes de Hernán tienen ganancias menores a las de antes pero no despreciables. El propio Hernán purga una condena por fraude: la más alta que permite la ley. La mujer que vio el Ojo de la escalera no se repuso nunca y sigue hasta hoy en un hospital psiquiátrico. No se espera que viva muchos años más. Su nombre es Aurora Gutiérrez, pero (por otra parte) ella misma lo ha olvidado, así como ha olvidado el resto de su vida terrena: en el instante en que el Ojo la miró creyó ver a Dios, y cree todavía que Dios, con su mirada irresistible, la sacó del mundo, para tener a alguien que Lo contemplara por siempre, fijos los dos en la eternidad, él absorto en Su ser sagrado y ella en el terror. Vagamente cree que esto es un premio a su devoción. No se sabe si la señora Isabel, como dicen algunos de sus allegados, realmente paga las cuentas del psiquiátrico, lo que sería (dicen) una pequeña compensación.

—A ver, a ver, un momento. Perdonen ustedes —dice Molinar—, yo soy un tipo cuadrado, entender estas cosas me cuesta…

—Yo soy de Rusia, como le decía —dice Nata—, y vine aquí por lo que les conté.

—Sí, sí, eso está claro. Además le encanta la comida mexicana y le pone ese toque europeo que le queda tan bien…

—Pero a ver, ¿qué es lo que no entiende? —dice Kustos.

—Ah, sí, sí. Cuando usted conoce a…, a Shenia…

—Zhenya —lo corrige Nata.

—¿Dice usted que es como un animal?

—Sí. Puede morder para atacar pero también para jugar o si está haciendo su trabajo, que es ver cómo es la gente que viene, si son peligrosos o no…

—Y cuando se pone muy contento… o contenta… —dice Kustos—, es cuando se pone como si ladrara en alta frecuencia, y entonces no lo oímos…, o no la oímos…

—Pero aunque no oigamos ahí está. Siempre. Todo lo que pase aquí lo ve y lo oye —dice Nata.

—Lo que me cuesta creer es que sea un animal —dice Molinar— porque habla muy bien. Entiende. Y responde.

—Pero sólo puede responder contando las cosas que sabe —dice Nata—. Y ya ve, ahorita no nos habla, de seguro, porque debe estar todavía contentísimo de que el señor Kustos esté bien y de que yo esté con ustedes…

Ejemplos:

La madrugada del 15 de diciembre de 1971, el señor Emilio, quien estaba aún a cargo de la torre y de todas sus actividades públicas y secretas, llegó hasta el piso donde estaba su oficina y encontró un rastro de sangre que iba de las escaleras hasta su propia puerta. Y cuando abrió la puerta encontró en el piso, tirado, entre su escritorio y su silla, un cadáver.

Estaba en medio de un gran charco de sangre que ocultaba las losas del suelo. Probablemente se había desangrado allí durante un par de horas. Era el cuerpo de un hombre alto y robusto que Emilio no reconoció. Si no se prestaba atención a la palidez de su piel, a su inmovilidad, daba la impresión de estar dormido. Vestía chamarra, camisa, pantalones de poliéster y zapatos de cuero viejo. Emilio llamó al doctor Herrera, quien llegó un par de minutos después con sus ayudantes de confianza. Entre los tres consiguieron levantar el cuerpo sin resbalar en la sangre.

—¿Qué pasó? —preguntó Herrera.

—Lo vamos a tener que averiguar —contestó Emilio y los tres asintieron. Todos sabían que, aun cuando aquel lugar era parte del burdel y no de los sitios secretos del edificio, Emilio no iba a permitir que la policía llegara hasta allí. El cuerpo sería enterrado o desechado sin ruido; mientras menos personas supieran de él, mejor.

Afortunadamente, uno de los ayudantes reconoció al

muerto: trabajaba como cocinero, dijo. Emilio hizo un par de llamadas y supo que un cocinero llamado Augusto Pérez no había llegado a su turno en un restaurante de los pisos altos. Entretanto resultó que el cuerpo tenía una herida de bala en el vientre, y que en el suelo, cerca de donde el hombre había caído, estaba un maletín que no era de Emilio y que contenía credenciales, dinero y una pistola descargada.

—A ver si con esto —dijo el doctor Herrera— aprende a cerrar con llave su oficina cuando no está. Usted sabe que los de confianza lo respetamos, pero vea, este cabrón…

Las fotos en las credenciales eran todas del muerto, pero los nombres eran todos distintos.

—Fidel, Tomás, Arcadio —leyó uno de los ayudantes del doctor Herrera, revisando una credencial tras otra— ¿Quién es éste?

—Quién era —dijo el otro, mientras descubría en el maletín otros dos objetos: una llave y un trozo de papel en el que estaba escrita la frase "He hecho de mí lo que no sabía".

—*Rigor mortis* —dijo el doctor Herrera, al inclinarse sobre el cuerpo, que habían colocado en una mesa. Había revisado los bolsillos de la chamarra y no había encontrado nada en ellos.

—Déjelo —dijo Emilio—. Que se quede aquí hasta que puedan venir por él. Va a tener que ser al rato, cuando hayamos cerrado. Tú quédate a cuidar —ordenó a uno de los ayudantes—. No dejes que entre nadie. Y ustedes vengan.

—¿A dónde vamos?

Emilio cubrió la cara del muerto con su chamarra.

Luego salió de la oficina con Herrera y el ayudante tras él. Todos subieron al elevador y Emilio leyó al elevadorista la frase anotada en el papel.

—Me parece recordar que tenemos abierto un piso con ese nombre, ¿verdad? —agregó.

—Sí, don Emilio —dijo el elevadorista después de un momento, y la caja empezó a bajar.

—Esta parte no era tan difícil —comentó Emilio, pero Herrera y el ayudante lo miraban con cara de admiración—. Lo que yo quisiera saber es… —pero no dijo más.

Cuando llegaron al piso comprobaron que estaba sin usar.

—Si me hubiera acordado de traer el libro azul —dijo Emilio mientras salía al corredor—, podríamos saber qué tanto tiempo tiene de haberse abierto, porque yo no tengo

idea… Nada más para que vean que no soy detective ni nada. Y ahora que lo pienso, quizá deberíamos haber traído a alguien armado. ¿No creen?

Ahora, Herrera y el ayudante lo miraron con espanto. Emilio ya estaba probando la llave en las puertas más cercana. La llave entró en la cerradura y giró.

Los tres se quedaron callados, inmóviles, durante más de un minuto.

Emilio llamó a la puerta.

—¿Hay alguien aquí? —preguntó. No hubo respuesta.

—A lo mejor tendríamos que irnos…

—Tendríamos que haber ido por varios más —dijo Emilio —. Parezco novato. Como si no hubiera pasado lo del 48, lo del 57, lo del 65. ¿Se acuerda de lo del 65, doctor?

—Me acuerdo que se nos murieron tres. No, cuatro — contestó Herrera.

—Vete rapidito —dijo Emilio al ayudante— por el señor Alan y todos los guardias que encuentres en su piso. ¿Sabes cómo llegar? —el ayudante asintió y se fue. Emilio y el doctor Herrera se quedaron de pie ante la puerta.

Durante los minutos que debieron esperar, Herrera preguntó:

—¿No deberíamos haber ido todos?

—Si hay alguien adentro no quiero que salga. ¿Quiere irse, doctor? Si quiere, está bien.

—No, no, don Emilio, cómo cree, cómo lo voy a dejar solo.

—En todo caso ya habría salido alguien, ¿no cree?

Herrera no contestó. Cuando las puertas del elevador volvieron a abrirse, el ayudante –Efraín, se llamaba; hizo carrera en el negocio y murió en 1984– llegó con el señor Alan y otros cinco o seis hombres. Todos armados.

Emilio dijo:

—No puede ser que me esté haciendo viejo tan pronto — y empujó la puerta.

Todos los demás entraron tras él y encontraron que el cuarto ocupaba en realidad el piso entero, pues habían derribado las paredes interiores. No había nadie, pero encontraron seis catres, un refrigerador, una estufa de gas, armarios, varios libreros, un par de mesas. El lugar olía a aceite, sudor y, muy levemente, a las flores que aún no terminaban de morir en un florero puesto sobre una mesa.

Había una guitarra sobre una silla y, en el fondo del espacio –del galerón, que Augusto el cocinero y quienesquiera que hubiesen estado con él habían reformado y amueblado, tal vez a lo largo de meses–, un área amplia y desocupada, pesas y otros aparatos de ejercicio y tres bastidores de madera con dianas pintadas y muchos agujeros de bala. Todos los armarios contenían ropa salvo uno, repleto de armas, municiones y explosivos.

Después, Emilio y los suyos vieron que el piso He Hecho De Mí Lo Que No Sabía era de los más cercanos a la planta baja y había estado en desuso desde fines de los años cincuenta. Nunca lograron averiguar cómo lo habría descubierto Augusto. Sí supieron, en cambio –tras preguntar con discreción a un par de clientes que trabajaban en el Ayuntamiento y el Seguro Social– que el nombre verdadero del muerto era Carlos. Luego fueron encontrando más información; Carlos Pérez Torres había terminado la preparatoria pero se había quedado en el primer semestre de la universidad; se había unido al Comité de Huelga de Morosa, que había funcionado entre 1968 y 1969; luego había desaparecido.

En una libreta sobre la mesa en el piso que Augusto (o Carlos) había tomado, los hombres del señor Alan encontraron una lista de nombres: *Augusto, Fidel, Eva, Ramón, Laura, Abelardo*. También hallaron que todos los libros eran de teoría política.

—¿Cómo habrán hecho para subirlo todo? —se preguntó uno de los hombres.

—Despacio y por las escaleras —dijo otro.

—Pues qué paciencia.

—¿Qué no ves que llevaban un buen rato viviendo aquí?

—¿Y por qué?

—No seas burro. ¿Qué no ves que estaban esperando? Mientras se preparaban, se entrenaban… Así son.

—¿Quiénes?

Los elevadoristas no recordaban haber visto a Augusto, o a Carlos, pero sin duda se debía a que él debía haber subido, según el doctor Herrera, justo en las horas de más movimiento en el negocio.

Isabel, quien se enteró del suceso los días siguientes, se sintió preocupada por su padre cuando lo oyó decir que deseaba un entierro digno para Carlos. Ella había creído que

el cuerpo sería quemado en un incinerador y sus cenizas echadas en cualquier parte, como se había hecho tras el incidente del 65 y (según le habían contado) también en el 48 y el 57.

—Qué sanguinaria me saliste, Chabe.

—No me diga "Chabe". ¿Y por qué sanguinaria?

—Bueno, no, sanguinaria no, pero ¿sabes quiénes eran Carlos y sus amigos?

—¿Quién? Ah, sí, el tal Augusto se llamaba Carlos.

—Eran una célula.

—¿Una qué?

Estaban en la oficina de Emilio, que estaba limpia de nuevo y olía a cloro. Emilio se sentó y miró a su hija sin decir nada por un momento.

—Uno no se entera de muchísimas cosas —dijo al fin—. Ellos, Carlos y los demás, hicieron algo que no les funcionó. Quién sabe qué, porque los periódicos no dijeron nada. Los revisamos todos. Y además ninguno de nuestros contactos nos pudo dar razón. Pero ¿has oído lo que se cuenta? ¿Lo que llegan a decir muy de vez en cuando en las noticias? ¿Lo de los secuestros, la gente que se mete a la guerrilla?

—A mí, la verdad, además de que tengo muchísimo trabajo aquí, nunca me ha interesado la política ni nada…

—Espérate. Déjame hablar. Ve lo que les pasó a ellos. Ve lo que hizo Carlos.

El padre de Isabel estaba realmente preocupado.

—No se me ocurre otra explicación —dijo Emilio—. Este Carlos o Augusto o como se haya llamado fue a hacer algo con sus amigos, quién sabe qué, quién sabe si era lo primero que iban a hacer o lo segundo…, o quién sabe…, pero les salió mal. Y entonces sólo él pudo escapar, llegó hasta acá, fue hasta mi oficina a pedirme ayuda y no me encontró. Se murió esperándome: se desangró aquí esperando a que yo llegara. ¿Te das cuenta, Isabel? Pensó que yo podía ayudarlo. Pensó que por lo menos podría tratar de convencerme. Quién sabe cuánto tiempo habían estado viviendo aquí, escondidos, con un piso para ellos solos, comiendo del negocio, y de todas formas eso fue lo que se le ocurrió.

Isabel no supo qué responder.

—Hemos tenido mucha suerte hasta ahora. Eso es lo que pienso. Siempre hemos podido mantener a salvo lo… lo que tú y yo sabemos…, y lo hemos hecho pagando, sobornando,

lo que ha hecho falta. Pero se va a volver más y más difícil. ¿Te das cuenta?

Enterraron a Carlos, o a Augusto, en el jardín. Nunca supieron quiénes habían sido Fidel, Eva, Laura, Ramón y Abelardo, ni qué fue de ellos.

(Hay un poco de verdad en todo lo que se dice sobre el edificio. Pero lo que se cuenta, si no apunta al mundo de afuera, sólo gira alrededor de la verdad.)

—…y entonces dentro del cuarto se oye ¡pum!, ¡pum!, ¡zoc!, ¡poc!, ¡BAM! Y sale Olga toda manchada de sangre y dice a la KGB: "¡Idiotas! ¡La pistola estaba descargada! ¡Tuve que matarlo dándole de golpes con la silla!" —concluye Nata.

Los dos hombres ríen con ganas y a Molinar le parece que Kustos ya está mucho mejor. Le parece incluso que ahora tiene más volumen, que es más opaco a la luz.

PERROS: de los rottweilers se cuenta que son pervertidos. "Francamente, lo parecen", dicen los clientes. Y también: "Son animales muy listos".

—¿Ya oyeron? –dice Kustos—. Ahí está otra vez Zhenya.

La discusión se prolonga, pero todos están de acuerdo en que los ejemplares de esta raza alojados aquí, y en especial un par de ellos (los llamados "Quicha" y "Caramelo"), pueden determinar, no se sabe cómo, cuándo están sus parejas a punto de llegar al momento culminante, y entonces se retiran, violentamente y con el fin expreso de provocar las más desagradables sensaciones de frustración y zozobra. Quienes gustan de tales efectos adoran, por tanto, a los rottweilers.

—Cierto… Oiga, yo tengo una pregunta —dice Kustos—. Ya que nos ha atendido tan bien, y que usted y el señor Molinar me han hecho el favor de ayudarme…, yo quería llevarlo a él al jardín. Nos habíamos cansado de esperar, pensé que no nos iban a atender, y como yo ya he estado ahí…

—¿Ya estuvo en el jardín? —dice Nata, y mira a Kustos con una expresión que parece de indignación y, más todavía, de incredulidad —¿Cómo?

—Me llevó Barba. Es decir…, Edith Barba, se llama, ¿no? ¿La conoce usted?

Los chihuahueños, pequeños y neuróticos, producen los ruidos más espantables y agudos. Algunas personas se conforman con escuchar estos lamentos, e incluso hay quienes ni siquiera se desvisten al llegar con el animal que les es asignado y se limitan a penetrarlo con un juguete o cualquier otro objeto alargado: sólo quieren oírlo. Una costumbre que se está poniendo de moda entre estos clientes es traer máscaras de cartón, hechas a partir de fotografías ampliadas, y ponerlas a los perritos antes de comenzar. Algunos dicen que los rostros son de parientes y amigos; otros dicen que son imágenes elegidas al azar y tomadas de revistas y periódicos, o de sitios de internet.

Nata pone, ahora, cara de miedo.

—¿Eso le dijo a usted? ¿Le dijo ella que lo llevaba al jardín?

—Ya sé que no es exactamente un jardín —dice Kustos—, que el nombre es en sentido figurado.

—No —dice Molinar, pero Kustos lo ignora y sigue hablando.

Un equipo especial de empleados se forma siempre que hace falta para buscar perros callejeros en los mercados y barrios bajos de Morosa. Las expediciones regresan con los machos y hembras más miserables, a veces flacos y de pelo amarillo, otras achaparrados y cubiertos de guedejas tiesas de mugre, otras más con patas rotas u ojos u orejas de menos. Se les mantiene tanto tiempo como es posible y, siempre, con el aspecto que tenían cuando se les encontró. Desde la fundación de El Brincadero, estos animales han sido siempre los que se han destinado a la más enorme variedad de usos.

—Me los encontré hace rato. A ella y a Constantino y a su gente. Los dos tipos que se llaman "Olaf". Y fuimos. La verdad el trabajo de electrónica…, o de robótica, es muy impresionante pero.

—Ése no es el jardín —dice Nata.

—He visto cosas parecidas —dice Kustos—. Conste que no digo mejores.

—Ése no es el jardín —insiste Nata.

—No —la apoya Molinar.

—Me da la impresión de que es una investigación independiente pero, bueno, uno no puede inventar dos veces la rueda, ¿me entiende?

—Horacio, le estoy diciendo… Le estamos…

Micky, el más grande y blanco y gordo de los samoyedos, tiene la costumbre de correr por los cuartos en los que se le coloca. Brusco, velocísimo, salta a las mesas, hace caer lámparas y televisores, y es tan pesado que puede mover o derribar casi cualquier mueble que no esté fijo al piso. Al término de cada sesión, el cuarto está hecho pedazos y cubierto de pelos blancos, el perro feliz e intocado y exhausto, aunque no tanto como su perseguidor.

—¿Qué? —dice Kustos al fin.

—¡Ése no es el jardín! —repiten Molinar y Nata al mismo tiempo.

—Quién sabe qué será pero no es el jardín —agrega ella.

—¿De verdad? ¿Cómo sabe?

—Yo vivo aquí —responde Nata—. Yo soy de las personas que ayudan a la señora Isabel a cuidarlo.

—¡Ah, la famosa sociedad secreta! —dice Kustos.

Un grupo de *performanceros* visitó la torre y estuvo a punto de conseguir que se importara para ellos, directamente de una de las granjas húngaras más exclusivas, un par de Dachshunds, de los conocidos como perros salchicha, criados para incrementar al máximo la longitud y delgadez de sus cuerpos. La petición fue rechazada cuando se supo que los artistas deseaban sacar a los perros de la torre y emplearlos en funciones en diversas ciudades del país y el extranjero; encima, tenían la intención de grabar en video varias de esas funciones como parte de una serie sobre objetos largos y delgados, para la que ya habían utilizado troncos de árboles jóvenes, vasos de los llamados "de yarda" y varios tipos de rifles y ametralladoras.

Los perros, de muchas más variedades que estas cinco, se guardan en los pisos que van de Miedo Del Teléfono Que Suena En El Silencio De La Noche Muerta hasta Otro Modo De Ser Humano Y Libre.

—Yo sí estuve ahí —agrega Molinar.

—¿Usted ya estuvo en el jardín? —pregunta Kustos.

Él y Nata miran a Molinar, quien se ha sentado en el borde de la cama y todavía mordisquea un trozo de pan.

—Hace mucho tiempo. Vengo a… visitarlo. A ver si es como me acuerdo. Es una historia larga. Lo que sí le adelanto es que no es como usted dice. Sí hay plantas, y pasto, y todo.

—Sí hay —dice Nata.

—¿Por qué no vamos de una vez? —pregunta Kustos— Mientras nos puede ir contando.

—No —dice Nata—, la señora Isabel quiere venir con ustedes, ¿se acuerdan que les dije?

Kustos abre la boca. La vuelve a cerrar.

—Fue hace rato —insiste Nata—. Cuando estaban comiendo quesadillas y usted dijo que no había probado las de flor de calabaza.

Kustos se sienta en el suelo y cruza los brazos.

—No puedo creerlo —dice—. Todo este rato que llevamos esperando… A ver, cuéntenos, Francisco, pues.

—Me interesa saber —dice Nata—. ¿Es cierto que usted es hijo de Ricardo Molinar? Yo no lo conocí, pero me cuentan de él… Él estuvo aquí desde el principio. ¿No?

—Caray —dice Molinar.

—Y usted, señor Kustos, no haga, ¿cómo se dice?, ¡no haga berrinche!

CUANDO AÚN ERA JOVEN, el contador Samuel Rendón, quien trabaja en el edificio desde hace unos treinta años, comenzó a mantener una lista de todas las especies animales que hay en El Brincadero. La lista ofrece detalles precisos: cuánto tiempo lleva cada criatura, qué edad tiene, si es perro, si grulla, si celacanto indonesio (*Latimeria menadoensis*)… Todo empezó como un pasatiempo, hecho a escondidas y robando tiempo a las labores por las que se le pagaba; Rendón fue descubierto luego de años de llevar registros minuciosos, cuando hacerlo se había convertido en una obsesión que le impedía fijar la atención en cualquier otra cosa. Pero Emilio García se interesó enormemente en sus catálogos y sumas y hasta las llamó "su investigación". Posteriormente, la señora Isabel mantuvo el permiso que le había otorgado su padre.

—Escuchen lo que dice… No sé si mi papá estuvo aquí desde el principio —explica Molinar a Nata—. A lo mejor usted sabe más que yo. Mire. Miren. Mi padre, que sí, se llamaba Ricardo…, él murió hace unos años. Era dueño de un par de talleres mecánicos. Yo pensaba que siempre se había dedicado a eso. Fue lo que siempre me dijeron. Y el año pasado convencimos a mi madre, que ya es bastante mayor, de que vendiera la casa que tenían ellos dos y se fuera a un lugar más chico. Para que fuera más fácil cuidarla.

—Sí —dice Nata.

—Bueno, pues… en la mudanza me encontré un archivero

viejo, grande, que nunca había visto. Estaba cerrado con llave y todo pero lo pude abrir. Y adentro…

—¿Adentro qué? —dice Kustos.

Ahora, Rendón pasa muy poco tiempo realizando trabajo contable, pero en cambio tiene toda la información sobre las especies en una computadora, lo que le facilita hacer conteos estadísticos y análisis. “Son bien interesantes”, dice, y comúnmente se le puede encontrar absorto en ellos, encerrado en su pequeño cubículo en el piso Como Una Mano Abierta Y Cerrada Al Mismo Tiempo. Abre archivos y los cierra; lee en voz alta; si alguien está cerca lo invita o lo fuerza a acercarse.

—Adentro había documentos: recibos, planos, cosas que hacían referencia a este lugar. Ahí venía por ejemplo el nombre de Constantino, es decir, del papá, el fundador. Yo no tenía idea de qué quería decir “brincadero”. Y cuando le pregunté a mi mamá, ¡uy! Se puso como loca: me gritó que por qué andaba fisgoneando en las cosas de mi padre, que para qué quería sacar eso. Entonces pensé que se comportaba como si yo hubiese sacado una revista pornográfica de debajo de su cama, algo vergonzoso…

—Y sí lo era, ¿no?, supongo. Para ella.

—Claro.

—Un momento —Molinar saca un cigarro. Es el último. Lo enciende—. Bueno. No le pude sacar nada más, y le tuve que prometer varias veces que quemaría todo lo que estaba en la caja mientras seguíamos con lo de su mudanza.

—Pero no lo quemó…

Molinar niega con la cabeza. Baja la mirada pero casi de inmediato la eleva. Tiene otra vez una expresión que Kustos no sabe interpretar.

Previsiblemente, las listas cambian con el tiempo: algunas poblaciones se eliminan o disminuyen en número, pero otras se agregan o se hacen crecer por los deseos de clientes particulares o los cambios en la moda; a veces se sacrifica a tales o cuales criaturas, o se deja que otras pasen el resto de sus vidas sin reproducirse, pero están también las que mueren todas de golpe, sea por accidente, por exceso de entusiasmo o por indiferencia. Rendón tiene gráficas que muestran todos estos cambios e incluso, recientemente, ha aprendido a crear versiones animadas de las mismas, que representan las fluctuaciones a lo largo de años.

Cuando las proyecta en su pantalla, siempre termina por afirmar que las barras que suben y bajan –a veces bruscamente, otras de modo imperceptible– le recuerdan el movimiento de las olas.

—…y lo que estaba ahí era la evidencia de que el padre de usted…

—… trabajó aquí, fue ingeniero mecánico y hacía toda clase de máquinas. Cosas para usar aquí. Aparatos para los clientes. Y estuvo aquí un buen rato, en los años cincuenta, parte de los sesentas. Y de ahí resultó que supe…, ¿cómo le diré?

—¿Qué cosa?

—Mi papá hacía algo como…, animales mecánicos. Robots. ¿Ha oído cómo se usan para el sexo?

—¿Qué?

—¿No ha oído hablar de eso? —pregunta Nata.

—No importa, no importa —dice Molinar; habla mientras fuma sin parar ahora, con una urgencia que Kustos no le ha visto antes—. Lo importante es esto. Yo nací aquí pero crecí en otra ciudad, en San Jacobo. Allá estudié la carrera, allá me casé, allá vivo. Como le dije, no me va mal. Y lo único que se podría decir que es…, raro…, que no cuadra con la vida que tengo… No sé si les pase esto: que una cosa pequeña, algún recuerdo que tienen perfectamente claro, simplemente no puede ser. Por ejemplo: una amiga de la carrera decía que de pequeña hablaba con la Virgen y que luego creció y entendió que todo había sido un sueño, nada más…

Nata dice:

—Según mi tío Kirill, cuando era niño sus padres lo llevaron con unos primos que tenía en Samara y se perdió en el hotel. Estuvo dando vueltas durante mucho tiempo sin poder volver al cuarto y entonces vio a una cabeza sin cuerpo que flotaba en el aire y que le dijo a dónde debía ir. Lo que todos decíamos era que más bien se quedó dormido en el pasillo, sus padres lo encontraron y lo metieron en la cama sin que él se despertara. ¿No? Que todo fue un sueño.

—Pero es como si fueran olas de… animales, sí, que vienen y se van. Un tiempo todo está lleno de pájaros o de peces, y de pronto pasan de moda y llegan otras especies. Cuando todo el mundo se siente contento les gusta meterse con animales grandes, y cuando hay una crisis, o elecciones, o perdemos en el futbol, buscan cosas chiquitas, a las que les puedan hacer cualquier cosa…

—Eso es lo razonable —asiente Molinar—. Y a uno le enseñan que siempre debe pensar que lo razonable es lo que va a ser verdad, porque el mundo es el que es. ¿No? Por mucho que uno quiera que sea de otro modo… Creerse esas cosas es ir a la locura. ¿No?

Muchas tardes se demora en partir a su casa y se queda absorto, mirando la aparición y la fortuna incierta de los recién llegados, la prosperidad de esclavos que gozan del favor del público y la decadencia de otros, que se extinguen y desaparecen del mundo a escala que él ha representado, por medio de números, durante tanto tiempo. Él mismo no llamaría devoción a su fidelidad.

—Yo… nunca he contado esto que les voy a contar.

De niño, FRANCISCO MOLINAR tenía un conejo. Un conejito. Era negro y blanco y tenía los ojos rojos y la nariz de un rosa pálido. Francisco no le puso nombre pero jugaba con él todos los días. El animal llegó cuando Francisco empezaba la escuela primaria, así que cada tarde el pequeño se apresuraba a llegar a casa –pues su escuela quedaba muy cerca, apenas a un par de cuadras sobre la avenida Angustias– para verlo otra vez.

—Oye, no, un momento. ¡Shania!

—¿Qué pasa? ¿Eso que dice Zhenya es cierto? —pregunta Nata.

—Sí, pero…

Para entrar deprisa y cruzar el pasillo y encontrarlo en el pequeño jardín, o bajo las patas de la mesa, o en su pequeña cama, que estaba junto a la cama del niño.

—¡Tú! —Molinar levanta la voz—¡Como te llames! ¡Cállate!

—A lo mejor quiere ayudar —propone Nata.

—A lo mejor es impaciente —dice Kustos.

—¿Qué?

—Se estaba usted tardando mucho en empezar, Francisco —dice Kustos.

—¿Cómo que me estaba…? —dice Molinar.

—¿Eso que decía Zhenya es cierto? —pregunta Kustos.

—Ya se calló —dice Nata.

Pasa un momento.

En un piso remoto, una mujer de mediana edad se viste

mientras piensa en un hombre al que no ha visto en muchos años.

En otro piso, justamente ese hombre se está quitando la ropa. Él, por su parte, piensa en una estrella de televisión. La imagina desnuda y al lado de su criatura favorita, que ya lo espera.

—¡Usted le ha caído muy bien! —dice Nata.

—Perdonen —Molinar da una última fumada a su último cigarro y tira al suelo la colilla—. A ver. Va la historia. Yo tenía un conejito. Ahí está. La historia del niñito y su mascotita. Lo tuve muy pequeño, cuando tenía como seis años. Y no tenía nombre. No lo llamaba de ninguna manera. Nada más estaba ahí, en una caja junto a mi cama, y cuando yo llegaba de la escuela lo iba a ver, le daba de comer… Yo era de esos niños sentimentales. No le puse nombre porque yo pensaba que él tendría que tener su propio nombre, que por qué le iba a poner uno que no era el suyo. Le daba de comer, estaba encima de él para que no hiciera sus necesidades donde no debía… Mi papá no me hacía mucho caso: se pasaba la mayor parte del tiempo en su trabajo, que yo ignoraba. Entonces Morosa era todavía más pueblo que ahora: yo me iba caminando a la escuela desde donde vivíamos y él llegaba a su trabajo en diez, quince minutos a pie. Todos los días salía de mañana y volvía hasta la noche. De vez en cuando regresaba hasta el día siguiente y a veces se fue durante una semana.

"Y esto es lo que recuerdo: un día regresé de la escuela con fiebre: era la temporada de lluvias y me había dado gripe. Me sentía muy mal, obvio. Llegué a casa y me encontré a mi papá que salía. Llevaba un bulto. Quise hablarle pero él no me hizo caso. Me dijo que tenía prisa y se siguió. Yo me sentí peor, ignorado, pasado por alto… Entré a la casa y mi mamá no estaba. Quién sabe a dónde se había ido. Mi papá me había estado esperando para dejarme entrar y luego irse, claro. Quise ir a mi cuarto. A acostarme. De hecho tan mal estaba que ni siquiera pensaba en mi mascota: no me pasó por la cabeza la idea de buscarla ni de abrazarla ni nada parecido. Es sólo que cuando llegué a mi cuarto vi que el conejo ya no estaba.

"Entonces empezó a llover otra vez. Lo recuerdo muy bien porque me pareció que era como en las películas: que tenía que llover porque me sentía mal y encima pasaba lo que estaba pasando. Yo entendía perfectamente, ¿me entienden? Que se había muerto el conejo. Esos animales se mueren a cada rato.

Son muy frágiles. No era para hacer ningún drama…

—Usted era un niño —dice Kustos.

—E hice un drama. Porque también entendí, por supuesto, qué era lo que mi papá se estaba llevando. Y me puse como loco. Salí corriendo en ese momento. Quería alcanzar a mi papá, decirle algo, no sé qué. No llevaba llaves, no tenía manera de volver a entrar, pero de todas maneras fui. Y corrí todo el camino hasta aquí, hasta el "trabajo" de mi papá, como le decía, bajo la lluvia. Y no era cualquier cosa: era una tormenta. Había momentos en los que no podía ver. ¿Les ha pasado eso, ir avanzando pero tener frente a los ojos la cortina de agua…? ¿Ir nada más caminando a ciegas, esperando nada más no caer?

"Llegué. Sabía dónde era, ya había visto el edificio varias veces. Incluso había acompañado a mi papá hasta la puerta. Lo que no sabía era qué hacer cuando llegara, porque nunca había entrado… Me quedé ahí, es decir acá abajo, ante la puerta, un rato largo. No sé cuánto. Tocaba y tocaba. Golpe y golpe en la puerta. De vez en cuando hablaba, ya no sé lo que decía… Me acuerdo que sentía el agua en los zapatos, adentro de los pies, y cómo me escurría por la espalda, cómo me bajaba por el pelo, por las cejas…

"Y así hasta que me abrieron. No sé quién era. Supongo que un empleado. Me vio, vio cómo estaba lloviendo y me dejó entrar. Debe haber pensado que no tenía de otra. Y cuando me preguntó yo le dije quién era mi papá, y creo que mandaron por él… Yo me sentía mal y no sólo por el conejo, o por lo que sea que me hubiese sentido mal, sino porque con la lluvia no me había disminuido la fiebre, por supuesto. Varios días más después de esto los pasé en la cama y delirando. Y supongo que empecé a delirar desde entonces, porque…

Molinar calla. Respira profundamente. Baja la cabeza.

Kustos y Nata se quedan en silencio. Ella se ha sentado en el piso y es una sombra: las luces del cuarto no lo alumbran.

—Fíjense… —continúa Molinar, sin levantar la mirada— Fíjense en lo difícil que es. Yo me he pasado la vida pensando que lo que pasó fue parte del delirio, de la fiebre. Porque uno crece. Se ocupa, se vuelve razonable, se ocupa en cosas serias… Lo que pasó, según yo, fue en 1966, hace como… ¿cuánto?

—¿En uno nueve sesenta y seis? —dice Nata.

—Cincuenta años, ¿no? Casi. No importa. Lo que pasó

después… —continúa Molinar, y sus dos escuchas notan que la voz se le quiebra, pero siguen callados— Mientras le hablaban a mi papá, llegó una niña. Me dijo que se llamaba Isabel. Ahí la conocí. Me acuerdo que me saludó, me dijo quién era, me dio una toalla para que me secara la cabeza y luego, al ver cómo estaba, me trajo ropa, quién sabe de dónde, para que me cambiara. Me preguntó qué hacía ahí; le dije de mi papá, del conejito… Me dijo que tenía que esperar un poco. Lo recuerdo perfecto. Tenía que esperar pero ella se iba a quedar conmigo. Ella tendría, no sé, once, doce años. En realidad supongo que entonces no pensé en ella como una niña. Pensé que era una mujer, llevaba vestido… Pero lo importante es que ahí estábamos. No sé exactamente dónde, la verdad, ahora que entramos no reconocí casi nada… Recuerdo haber estado un rato sentado. Y que ella me hablaba de algo. Yo le decía cosas. De verdad creo que estaba delirando. Subimos a alguna parte. En elevador. Llegamos a un pasillo y caminamos, caminamos, caminamos, y de pronto llegamos a un cuarto. Y yo entré y allí estaba mi papá, y estaba todo embarrado de sangre. Y el conejo estaba junto a él, como en una mesa, así, abierto en canal. O más bien era la piel del conejo. Las vísceras… Las vísceras estaban a un lado y también… Mi papá estaba sacando, raspando la carne. Con un cuchillo. Y junto había un como esqueleto de metal. Siempre lo recordé así: un esqueleto de metal.

”Creo que jamás he visto algo más espantoso. He visto cosas mucho peores, claro, tanto en vivo como en la tele, pero ésa fue la primera de todas.

”Me salí corriendo. Y después de eso todo se vuelve de plano como una pesadilla. Confuso. No recuerdo muchas cosas. De pronto veo que Isabel viene tras de mí y me llama. Yo estoy buscando el elevador o las escaleras. Y también hay alguien más, por lo menos una persona más, que me habla. O a lo mejor son varias. Y de pronto mi papá está ahí también, y está gritando, y también Isabel está gritando, y de pronto alguien me levanta, no sé quién, y de pronto ellos ya no están ahí pero yo estoy corriendo, o me están llevando… A lo mejor Isabel me lleva… Creo que volvimos a tomar el elevador. Creo que ella me estaba diciendo que íbamos a jugar un rato, nada más un rato, creo que me dijo, en lo que mi papá se desocupaba, y entonces…, entonces llegamos a otra parte.

”Llegamos al jardín, pues.

”Eso sí lo recuerdo perfectamente.

“Éste es el jardín”, dijo ella. Y me abrazó.

”Parecía un parque. Era enorme. Lo recuerdo enorme. Como un valle. Había pasto, montañas al fondo, el sol encima… Supongo que debo estar confundiendo el recuerdo de lo que vi con una película, porque ahora me da la impresión de que parecía mediodía aunque era de tarde, y no estaba lloviendo ni nada… En fin, no importa. Supongo que debe haber sido un jardín cubierto, como un invernadero. Pero como sea yo estuve ahí. Isabel me llevó. Yo estaba temblando, por la fiebre, pero lo vi todo. Los árboles, un río, los animales a lo lejos. Recuerdo haber olido flores. También recuerdo que caminamos, cruzamos el río, es decir, un río… En un momento ella me acostó, o yo me acosté solo, es decir, en el suelo. Y entonces empecé a ver…

“A ver, lo digo así. Supongo que debe haber pasado el tiempo, porque en un momento ya había estrellas, es decir, en el cielo, como si estuviéramos afuera… Otra cosa que recuerdo es que ella me dijo eso: Qué chistoso que pase esto aquí adentro.

—¿Cómo? —pregunta Kustos.

—Eso me dijo. Como si el techo fuera de estrellas, ¿no?, como un planetario. O… Tengo que haber estado delirando. ¿No? También recuerdo que me dijo: “Francisco, escucha, todo va a estar bien”…

”Y luego viene lo que sí es el delirio puro: oí rugidos de leones, elefantes…, quién sabe qué más. Y luego hay una imagen…, un… unos como… duendes.

—¿Qué?

Los tres callan ahora. Kustos escucha el rumor del edificio, que no cambia.

—Vi, o creo que vi, muchas criaturas pequeñas —prosigue Molinar—. pequeñas y así, encorvadas… Se acercan… Las veo que se acercan…

“Y después de eso llega mi papá. Lo veo venir también, me levanta, y lo siguiente que recuerdo es que estoy en la cama, mucho, mucho tiempo en la cama. Soñé o deliré mucho más. Pero ya nada de eso tiene que ver con el jardín o lo que sea… Lo que haya sido.

”Algún tiempo después de eso nos mudamos. Nos fuimos de Morosa a San Jacobo. Cambio de escuela, todo eso. Y luego crecí y estudié medicina y me casé y…, y ya. Creo que nunca

volví a preguntar por el dichoso conejo. Y ellos nunca me hablaron de lo que pasó esa tarde. Insistían en que mi papá se había dedicado siempre a la mecánica. Y entonces él se murió y pasó lo que ya les conté.

"Ahora, entre los planos que vi el año pasado… había uno de un conejo. Un esqueleto para ponerle motores y encima, de forro, una piel de conejo. Tiene las orejitas. Para que se muevan también. Yo me imagino que a mi papá se le ha de haber hecho fácil tomar al animalito muerto y llevárselo para disecarlo y luego, cómo decirlo, ponerle el esqueleto nuevo. ¿No? Hacer una especie de robot como los que tienen, o tenían, en las ferias y los parques de diversiones. Hacer que se moviera, que pareciera vivo. Según esto él se especializaba en construir ese tipo de máquinas. De hecho las hacía con animales más grandes o muy peligrosos, para que la gente se hiciera la ilusión de que…, bueno, para que hiciera sus cosas sin riesgos. Eso fue lo que supe. Y lo supe por la señora Isabel.

"Me costó un año encontrarla. Los números de teléfono que encontré anotados en los papeles ya no eran los mismos, y desde luego este lugar no está en la Sección Amarilla. Y por eso llegué hasta hoy.

"No es que quiera "recuperar una parte del pasado de mi familia" ni ninguna cosa así. Es…, es más simple. Cuando hablé con la señora, ella me dijo que sí había un jardín, que era como un jardín interior, una cosa así.

Nata va a decir algo pero Molinar no se da cuenta y continúa:

—Todo lo que quería, lo que quiero, es verlo. No me importa lo que haya hecho mi padre para ganarse la vida. Y supongo que dejó de hacerlo poco después de este día que le cuento…

"Además, yo soy médico. Proctólogo. Ya le había dicho, ¿no, Horacio? Me va muy bien, tengo todo lo que quiero en la vida, éxito, bla bla bla, pero…

—¿Qué es un proctólogo? —pregunta Nata.

—¿Qué? Ah…, bueno… Colon, ano y recto —Nata lo mira con la boca abierta; luego hace una mueca de desagrado—. Hay gente que hace chistes de nosotros pero la verdad es que es muy bien pagada la especialidad. Y todo el mundo tiene que pasar algún día a que…, a que le veamos el trasero. "Tarde o temprano a todos les pica el ano"…

Kustos y Nata lo miran en silencio.

—Eso lo decía un doctor que era mi jefe, cuando hice la residencia.

Kustos no dice nada.

—Eso es grosero —dice Nata.

—Oh, perdón. Miren, se los digo así. No me importa lo que haya hecho mi padre, no me importa lo que yo hago, me va muy bien, soy productivo. Eso no me tiene que dar vergüenza. Vergüenza si fuera criminal, si hiciera pornografía infantil… Lo que tengo me ha costado y estoy bien. El problema que yo tengo, que yo he tenido toda la vida… o que creo haber tenido toda la vida.

"Imagínense que un día se encuentran con que una pesadilla, algo que ustedes creían que fue mentira, sí pasó. Imagínese, Nata, que lo que le contaba su tío… ¿Cómo se llamaba?

—Kirill.

—Imagínese que la cabeza sin cuerpo sí hubiera existido.

Molinar baja del aparato de tortura. Camina por el cuarto. Mientras habla trae las manos entrelazadas atrás de la nuca, como un prisionero al que condujeran a punta de pistola. A Kustos le recuerda al mismo tiempo al actor que conoció en Bujumbura en aquella función de Macbeth; *a la mujer del Culto de Filomela que rezaba a gritos, y a un mendigo que ha visto en sus propias pesadillas: que de tanto en tanto se sienta junto*

a él, en la banca del parque, y es capaz de mantener la mano tendida todo el día aunque nadie lo mire siquiera.

—¿Francisco?

—Yo no tengo imaginación. Yo no tengo talento para inventar cosas, para dibujar, para componer canciones. Nada de eso. Y *está bien. No me interesa. No me hace falta. Pero entonces imagínense. Imagínense que cuando llegan a pensar en esas cosas, el jardín, las estrellas…, lo que sea…, ustedes piensan que es como una anécdota rara de su infancia, un sueño, que a lo mejor el conejito ni siquiera existió, y en realidad es mejor así porque entonces no hay nada extraño, nada fuera de lugar, todo está bien. De vez en cuando se acuerdan, y el recuerdo es vívido, sí, como cualquier otro, es más, el recuerdo es todavía más claro que el del primer beso, la graduación, la boda, el día que nació el hijo, el día que se abrió el consultorio, el día que la esposa los botó por otro, las cosas que se supone que son importantes… Y a veces, muy*

pocas veces, sí, una, dos veces, al año, vuelven a soñar con eso y lo ven tal cual, tal cual… Pero está bajo control. Hay que pensar que fue un día malo, un trauma de la infancia. Y ya. Así están tranquilos y viven contentos.

—¿Trauma —dice Nata— quiere decir "sueño"? ¿Alemán, Traum?

—Pero entonces… entonces, un día usted, Nata, o usted, Horacio, están de lo más tranquilos y contentos pero se encuentra con que a lo mejor sí hubo conejito, y además sí estuvo abierto en canal y sí le iban a poner la piel a un esqueleto de metal, y entonces ya no saben ustedes dónde acaba lo que vieron de veras y dónde empieza lo que no puede ser, porque además la primera vez, la primera vez que llaman y preguntan, de inmediato los comunican con la señora Isabel, y la señora Isabel los reconoce, sabe quiénes son… A mí me saludó. Me preguntó por la salud de mi papá. Cuando le dije que ya estaba muerto me dijo que lo sentía.

—Es que no es sueño— dice Nata.

—¿Y entonces qué? ¿Entonces qué? Díganme. ¿Qué hace uno? ¿No le pregunta? ¿Se queda callado, le cuelga, se deshace del teléfono que le costó un año conseguir, no le pregunta por lo que nomás no puede ser verdad? ¿O sí le pregunta y espera que lo razonable sea que la persona no entienda nada de lo que usted dice? ¿Creen que ella me negó lo del jardín? ¿Saben qué me dijo? Nada más me preguntó cuánta más gente lo sabía. Y yo me quedé así. "Es un secreto", me dijo. "Como estabas ese día, jamás pensé que te fueras a acordar", me dijo. ¡Eso fue todo lo que me dijo!

"Y entonces yo le pido que me reciba, que me deje ver el jardín, nada más para saber que sí existió, que no estaba loco, y no sé de dónde saqué eso…

"Ya acabé. ¿Shenia?"

—Zhenya.

—¡Ya acabé, Zhenia! ¿Lo dije bien? ¡Ya acabé, muchas gracias!

SEGÚN EL SEÑOR DEVON, que es un escocés nervudo y sólido, emigrado por motivos que aún no están claros, los peces beta (cuyos tanques están en el piso MIENTRAS DEVORO FRESA TRAS FRESA) podrían convertirse en una de las grandes atracciones de El Brincadero. El instinto de pelea de la población a su cuidado, dice Devon, ya se está "rectificando" y llevará a las generaciones venideras, inexorablemente, a preferir el atacar y golpear y morder grandes

cuerpos humanos; los clientes podrán orientar a sus pequeños agresores para obtener las sensaciones deseadas.

La señora Isabel duda: en otras épocas la han visitado los criadores de pavos con turbante, los hacedores de sirenas y muchos otros. Pero no hay motivo para impacientarse: tantos proyectos externos han merecido un piso, incluso desde la época de Emilio García, y si bien la mayoría ha fracasado, el edificio guarda algunas especies preciosas que no existen en ningún otro sitio: los gorriones con plumas de todos colores, los alces de astas frágiles, las "perritas dulces" que siempre parecen a punto de volverse muy populares.

> *—Realmente le tiene cariño —dice Nata a Molinar—. ¡Me voy a sentir celosa…!*
>
> *—A ver, a ver, antes de que continuemos —dice Kustos—, hay un modo muy simple de aclarar las cosas. Señorita Nata, díganos, ¿existe un jardín? ¿Algo como lo que describió el señor Molinar?*
>
> *—Claro que existe —responde Nata—. No es* Traum, *no es sueño*.
>
> *La muchacha y Kustos se han puesto de pie y las luces del cuarto los alumbran*.
>
> *—¡Perfecto! —dice Kustos— Entonces iremos. ¿Insiste usted en que esperemos a la señora Isabel? ¿No podemos irnos de una vez? ¡En cuanto lleguemos, Francisco…! —se acerca hasta él y le da una palmada en la espalda, con tanta fuerza que lo hace trastabillar— Perdón. Cuando lleguemos, le decía, se va a sentir mucho mejor. Va a ver que sí. ¿Nos podemos ir, entonces?*
>
> *—Es la indicación que me dio —dice Nata, con rostro contrito. Aparta la mirada y empieza a guardar en el carrito los platos y cubiertos sucios—. Además lo que me dijo es que usted hizo un caos hace rato. Así me dijo. Que lo debo cuidar especialmente*.
>
> *—En fin —dice Kustos—. Si el jardín existe y es como dice Francisco, ¿entonces dónde estuve yo?*
>
> *—No tengo idea —dice Nata*.

KUSTOS, AL DESPERTAR, tuvo un instante de horror: estaba acostado y oía voces. Pero de inmediato comprendió lo que decían.

Una: "¿No tiene de esas sales…? ¿Sí se llaman sales?".

Otra: "Ya no se usan, señor".

La primera: "¡No me voy a estar esperando a que se levante!".

"Ya estoy levantado", mintió Kustos.

—¿Eso qué es? —pregunta Molinar.

—¿Es lo que pasó? —dice Nata.

—Es lo que pasó cuando me desperté. Hace rato. Cuando desperté ahí estaban ellos.

—¿Quiénes?

—Fue muy extraño —dice Kustos.

No lo escucharon. Las voces continuaron, distantes, amortiguadas, y Kustos, aunque seguía aturdido, comprendió que debían estar en un cuarto contiguo. Abrió los ojos para ver el techo, cubierto de paneles de plástico e iluminado por luces fluorescentes. Se incorporó y miró a su alrededor. Ya no estaba, por supuesto, en el piso donde había caído: alguien lo había tendido en un sillón largo, forrado con tela beige, al lado de una mesa achaparrada cubierta de libros y revistas. Las paredes eran blancas y estaban decoradas con cuadros abstractos de supermercado, hechos a base de formas alargadas y colores pastel. No había ventanas.

—Así fue —dice Kustos—. Era horrible la decoración.

Mientras las voces callaron la puerta se abrió para dejar entrar al joven Constantino. El dueño (putativo) de El Brincadero llevaba la misma ropa que antes: traje hecho a la medida, camisa de seda color azul eléctrico y zapatos negros y relucientes. Kustos notó que el hombre tenía la piel del cráneo tirante y lustrosa, y sobre ella, un casquete de cabello negro, brillante y suave.

—¿Cómo está? —dijo Constantino— ¿Bien? ¿Qué le pasó?

El otro hombre que había hablado se asomó por la puerta.

—Oiga, señor —dijo; tenía el cabello canoso pero con un peinado igual al de su jefe. Kustos entendió que era un empleado—. Señor…

—¿Qué quieres, Vega?

—Me dicen que éste no es el técnico, el técnico no ha venido.

—¿No? A ver, espera. Oiga —dijo a Kustos—, ¿usted no viene a arreglar las fuentes de poder?

Kustos recordó que el hombre lo había confundido con alguien más.

—No —dijo—, ¿cuáles fuentes?

—¿Lo saco? —pregunta el empleado, todavía desde la puerta.

—¿Y entonces qué hace aquí? —preguntó Constantino.

—¡Cómo que qué hago aquí! Usted me puso aquí —se quejó Kustos. Luego dijo—: ¿Usted quién es?

—¡A ese tal Vega lo conozco! —dice Nata— Es un… No, no lo digo, es grosería.

—¿Esto acaba de ocurrir? —pregunta Molinar.

—¿Cómo que quién es? —dijo el empleado— ¡Es el dueño, el señor Constantino Arocena Jiménez!

—¿Quién es usted? —repitió Constantino.

Kustos tardó en responder.

—"Un cliente —dice Kustos— que viene de lejos y que quiere conocerlo a usted."

Pero de pronto dijo: "Un cliente… Un cliente que viene de lejos y que quiere conocerlo a usted".

—Ah, caray —dice Molinar.

El joven Constantino se quedó mirando a Kustos, pero al fin sonrió y dijo:

—¿Se dio cuenta? —dice Kustos.

"¡Qué barbaridad…! Tanto tiempo… Permítame", se volvió a mirar al empleado. "Vega, ya te puedes ir."

"¿Ya?"

"Sí, al…, al señor lo conozco."

"¿No quiere que le avise a alguien?"

"¡Claro que no! ¿A quién? ¿A la señora García? No te preocupes. Ya. Vete. Gracias… ¡Ya, carajo, gracias!", el joven Constantino avanza hacia el empleado hasta que éste, por fin, da media vuelta y desaparece. "Al fin. Perfecto. ¿Sabe el trabajo que cuesta que nadie se entere del proyecto? Y se supone que yo soy el dueño. Todo son chismes, habladas… Pero ya, ya está todo arreglado. Le doy la bienvenida. Aquí tengo mi pequeño jardín y…", esbozó una sonrisa, no lo consiguió, volvió a intentarlo pero de un modo distinto, con otra torsión de la boca; Kustos entendió que estaba realmente alegre, "lo pongo a su disposición".

—Genial. ¡Genial, GENIAL! ¡Esto sí que no me lo esperaba! —dice Kustos, y como antes empieza a aplaudir— ¿Usted sabía que Zhenya podía hacer esto, señorita Nata?

—¿Hacer qué?

—¿No se dio cuenta? Se supone que la cosa que ocurrió aquí fue otra. A veces me encuentro con situaciones inesperadas, pero esto es rarísimo…

—¿Qué pasa? —pregunta Molinar.

—Más bien qué pasó —responde Kustos—. Cuando él, Constantino, me preguntó lo que me preguntó… Yo no supe qué decir. No sé por qué dije lo que dije. O más bien no sabía. Hasta hace un momento no sabía.

—No entiendo.

—¡Claro! Ésta es la obra maestra de don Cruz. Zhenya es la obra maestra.

Horacio Kustos, sorprendido, dijo:

"¿A mi disposición?"

Se quedó mirando al joven Constantino, que no decía nada.

"Pues…, muchas gracias…"

El joven Constantino dejó de sonreír.

"¿Le gustan los animales?", preguntó, de pronto, y Kustos se dio cuenta de que su voz se había vuelto cortante y perentoria. Además, le temblaban las comisuras de los labios.

—Escuchen, ahora dirá: "No".

Entonces pensó que la respuesta que el hombre esperaba era:

"No."

"¿Le gustan las plantas?"

—"No" —vuelve a decir Kustos.

"No."

"¿Le gustan los seres humanos?"

—"¡Claro que no!"

"Claro que no."

El joven Constantino abrió la boca, la volvió a cerrar y se le acercó hasta casi tocarlo. Luego se puso en posición de firmes.

"¿Qué necesita el mundo?"

—De pronto se me ocurrió que era un loco. Que debía contestarle bien porque era capaz de cualquier cosa. Lo pensé así, con estas palabras.

Nata y Molinar miran a Kustos con extrañeza, pero él no se da cuenta. Sigue sonriendo.

—Esa pregunta era tan estúpida… Pero él me seguía viendo y no se movía… Y entonces me llegó la respuesta. ¡Me llegó! Y yo no entendía cómo. Me llegó como una voz, como si alguien me estuviera diciendo: "Limpieza, limpieza"…

Kustos no supo qué debía responder y vaciló. El hombre seguía en la misma posición.

De pronto a Kustos se le ocurrió la palabra:

“Limpieza.”

“¿Limpieza de qué?”

—“Limpieza de todo lo que lo ensucia, empezando por usted y por mí.”

“De todo lo que lo ensucia, empezando por usted y por mí.”

“¿Y cómo se va a poder llevar a cabo la limpieza?”

—“Barriendo con todo, barriendo con todo.”

“Barriendo.”

“¿Con qué?”

“Con todo, por supuesto”, respondió Kustos.

Molinar está boquiabierto. Nata también.
—¡Ja! —grita Kustos.

El joven Constantino se relajó, estrechó la mano de Kustos y luego le dio un abrazo.

Las caras de asombro de los dos se parten en sonrisas enormes.

“Hermano ”, dijo. “Hermano en muerte y destrucción.”

—¡Qué maravilla!

LAS PARTES
DE ESTE CUERPO
NO SE TOCAN
(2010)

Isabel duerme: sueña que está en un corredor alumbrado por luces brillantes y tan largo que su fin no puede verse, pero se siente tranquila –o levemente ansiosa, o amablemente intrigada– porque no está sola: su madre está a su lado y ambas caminan tomadas de la mano. La cara de su madre cambia constantemente, y basta con que Isabel aparte la vista de ella por un instante para que no la reconozca al mirarla de nuevo. Pero esto tampoco la inquieta: ronca y apagada, la voz es siempre la misma, y lo que dice también. Le está describiendo su casa, que está lejos, en una ciudad del norte. No está claro si se refiere al norte de la ciudad, del país o del mundo, pero lo importante (dice ella) es que las paredes son de ciertos colores y las puertas de ciertos materiales; que se tienen programas de televisión que no se transmiten en ningún otro lugar; que las flores son cuatro, cada una en su florero, y sin duda Isabel se sentirá feliz de verlas…

De pronto, a espaldas de Isabel y de su madre, alguien aparece y comienza a repetir que la presencia de Isabel hace falta. Isabel no puede voltear a ver quién es, pero sabe que está allí: por lo menos, repite su llamado tantas veces como para que el corredor se acorte y oscurezca hasta quedar convertido en un cuarto en penumbras. Isabel se sorprende del poder de las palabras, que consiguen alterar de ese modo el espacio y, probablemente, el tiempo. Se mira una palma de la mano, y luego la otra, mientras la voz sigue llamándola. Su madre se ha ido.

—Señora Isabel —dice la voz. Isabel entiende que es la voz de una de las personas que trabajan en el edificio, e intenta atraer su atención a algún pendiente importante del trabajo; entiende que está soñando y que este escenario brillante y complejo va a desaparecer.

Incluso alcanza a pensar que desearía recordarlo todo: las paredes, el caminar, el número cuatro, los muchos rostros de su madre. Todo esto tan suyo: tan solamente suyo.

—Señora Isabel —insiste la voz, y todo desaparece: el mundo es negro ahora, negro como el interior de los párpados.

Pero ya no es la misma voz de antes. Isabel se da cuenta de que sigue soñando, aunque el cambio a su alrededor ha sido enorme y el mundo que ahora percibe no podría compararse con el que percibía hace unos momentos: enormes corredores… o bóvedas… caminar con alguien… conversar…

—Señora Isabel —dice la voz de su subordinado. Isabel ya no

recuerda por qué era mejor lo que soñaba antes.

Entonces oye cómo las dos voces dicen su nombre al mismo tiempo, pero la otra voz está más cerca; la otra voz está con ella, aquí, la llama sólo unos metros más allá, en la negrura, que ahora es un espacio vasto: una cueva de aire fresco y frío.

Hay una luz adelante. Una ventana. La otra voz es más fuerte ahora:

—Señora Isabel —y se ve la luz que entra por la ventana y es la luz de muchos días, de muchos tiempos diferentes. La luz alumbra a alguien del otro lado del cristal. Es una mujer joven y delgada, que tiene una sola cara. Muy joven. El pelo rubio y revuelto, la nariz afilada, ojos grandes, azules. Es hermosa y a la vez de aspecto vulgar. Tiene cuerpo de modelo, espigado, las caderas un poco más anchas de lo que anticipan sus pechos diminutos. A Isabel le llama la atención la exactitud con que la percibe. También (aunque ya no entiende por qué) el que tenga una sola cara. Sólo varía su expresión, que es de asombro, o de angustia, o de las dos, pero siempre son los mismos rasgos.

La muchacha mira a Isabel, y la reconoce, y abre la boca para gritar, y entonces Isabel despierta de veras.

Parpadea. Tarda un momento en orientarse. Está en el cuarto de su padre, de cuyos muebles sólo queda el viejo interfono. Isabel piensa que el aparato es únicamente un recuerdo –y no, como ella misma acostumbra decir, una herramienta útil, que le permite mantener su disciplina y estar siempre lista– y entonces termina de despertar: éste ha sido su cuarto durante más de diez años.

Se levanta con dificultad. La voz que la llamaba a despertar –no la otra: ¿por qué recuerda con tanta precisión la otra?– pertenece en efecto a uno de sus empleados, el cual le dice que se vio obligado a insistir durante varios minutos. Todavía hoy es lo más cerca que puede llegar cualquiera de hacerle un reproche. Rápidamente, Isabel se entera de lo que sucede.

—Está bien, David —dice al interfono—. Ven a mi oficina y quédate al pendiente por si pasa cualquier cosa. Yo me encargo.

—¿Segura, señora?

—Esto debe ser otra de las payasadas del tipo ese —contesta ella y apaga el aparato.

Entonces mira su reloj: ¡va a dar la medianoche! Isabel se durmió con blusa, pantalones y zapatos, pero entonces era la tarde: sólo iba (recuerda) a descansar un momento. La torre está abierta ahora. Los clientes entran como cualquier día…

Sale de su cuarto, baja hasta el estacionamiento de servicio y al

salir del elevador se da cuenta de que su cabello está suelto y despeinado, pero ya está frente a ella el joven Constantino, quien no da la impresión de sorprenderse al verla. Hay un hombre de pie junto a Constantino que apenas la mira. Es un hombre de poco más de cuarenta, vestido con un traje de color verde oscuro y un grueso reloj de oro en la muñeca. Usa lentes de montura delgada que casi no se ven. Su pelo es castaño y ralo, igual que la barba. Su sonrisa deja ver las encías. Isabel ha visto a muchos clientes parecidos a él.

—Hola —dice Constantino—. Y éste es mi amigo, el señor Escalante.

—Juan Luis Escalante —dice él, y extiende la mano para estrechar la de Isabel; ella no corresponde pero el hombre no se inmuta—. A sus órdenes. Soy empresario. Hubiera querido que habláramos mañana, con más calma, pero dado que ya está usted aquí, déjeme decirle que tengo mucho interés en poner a trabajar aquí el…

—Dile, mi John —dice Constantino—, dile qué te pareció el edificio el día que te traje de paseo… ¿A poco no está cabrón?

—¡Ni siquiera parecen más chicos los pisos! —responde Escalante, sin dejar de sonreír.

—Y a ver —dice Constantino—, ¿se ve más bajo el techo?

—No, no, no, para nada, está muy bien hecho el truco. Desde afuera… Con otros dos de éstos se podrían…, uy, se podría hacer un montón de cosas. Está chingón. Muy chingón.

Isabel piensa, de pronto, que los tres van a empezar a conversar, pero no es así. Escalante no deja de declarar su entusiasmo y Constantino lo secunda y finge no escucharla a ella. La presentó como la administradora del edificio. E Isabel descubre que le cuesta alzar la voz para imponerse a los dos hombres. Es en parte este cansancio extraño, en parte la conciencia de lo temprano que es, en parte también que algo en la actitud de Escalante, perfectamente arreglado, vigoroso, fuerte, la sobrepasa. Se siente mal con la ropa cualquiera que lleva puesta: se siente de menor estatura.

La sensación es muy desagradable: una impresión amarga, y más aún porque Escalante y Constantino siguen y siguen hablando…

De pronto Isabel se harta y toma, ahora sí, la mano de Escalante. La siente fría entre sus palmas y ve cómo el hombre se sobresalta.

—¿Señora?

—Mire, una pregunta. Qué le dijo aquí el…, el señor Arocena. ¿Le dijo que no usamos el edificio o algo así? Sí lo usamos.

Sólo entonces suelta su mano. Escalante vuelve a sonreír como antes.

—¡Claro que ya sé que sí lo usan! No es mi onda pero hasta una vez vine, de chavito. Yo lo conozco aquí al Tino, le digo Tino, ¿verdad, cabrón?, desde hace ¡uuuh! Muy loco su negocio. Y ya me dijo que usted es muy celosa de administradora, muy de armas tomar… Pero yo nomás le tengo echado el ojo a las partes ociosas, ¿me entiende? Los pisos que están vacíos. Yo lo veo como una relación de ganar-ganar: yo rento espacio en un sitio seguro, ustedes ganan, yo gano…

—¿Cómo que seguro? —pregunta Isabel. El joven Constantino protesta. Escalante quiere explicarse pero pronto los tres están hablando al mismo tiempo. El joven Constantino le grita a Isabel. Escalante se hace a un lado, pero luego de un rato vuelve a acercárseles.

—No se meta con él —grita Constantino— porque es cabrón. Él sí es cabrón. ¿Sí ha oído su nombre?

—No, no, mi Tino, pérate —dice Escalante—. Qué pasó. Yo no quiero problemas, yo nomás quiero poder traer mis camiones…

—¿Cuáles camiones? —pregunta Isabel, y ahora es Constantino quien la aparta de Escalante y se la lleva a un rincón.

—Isabel, mire, yo creo que es muy razonable…

—¿Cuáles camiones?

—¡Ya está todo hecho! Mire: ya entraron. Ya descargaron. Son esos. ¡Hay que ser razonables!

Ambos voltean a mirar la puerta metálica, abierta, que conduce a la rampa de concreto que lleva a la calle. Por ahí entran camiones de distintos modelos y colores. Isabel cuenta siete, más otros tres que están ya, lado a lado, en un rincón del estacionamiento.

—Este cabrón —dice Escalante— realmente no le dijo nada, ¿verdad? Ah, qué mi Tino tan soberbio…

Algunos empleados del edificio miran los camiones sin saber qué hacer; sólo uno de ellos ayuda a la media docena de hombres armados, vestidos de negro, a sacar cajas, bultos y muebles de uno de los vehículos.

Del tercer vehículo, un poco más pequeño que los otros, bajan varias muchachas, todas muy hermosas, delgadas y jóvenes. Las muchachas permanecen juntas y evitan las miradas de los empleados y de los hombres de negro. Visten camisetas de algodón, pantalones de mezclilla y tenis sucios. Una de ellas cojea: estrecha entre sus manos una bolsa de plástico y se queja, cada pocos pasos, en un idioma que Isabel desconoce. Otra, muy erguida, tiene un moretón en el ojo derecho y restos de sangre en el cabello.

Y una más, sentada en el suelo, con las piernas cruzadas, es la

muchacha que Isabel vio en su sueño. Tiene el mismo pelo muy rubio y revuelto, la misma nariz afilada, los mismos ojos. Es igual de hermosa y vulgar. Es el mismo cuerpo de modelo, espigado, las caderas un poco más anchas…

La muchacha la mira a ella. Y ahora Isabel entiende que las dos tienen la misma expresión de sorpresa.

Entonces la muchacha se levanta y empieza a caminar hacia Isabel.

—¡Eres tú! —le dice— ¡Eres tú! ¡Habla de ti!

—¿Qué? —dice Isabel. La muchacha habla en un idioma que ella no conoce.

—Ayúdame —pide la muchacha, en su idioma, y al llegar hasta Isabel la abraza—. Por favor, ayúdame.

—Suéltala —grita uno de los hombres de negro—. ¡Atrás! —y tira de la muchacha con tanta fuerza que la hace caer al suelo. La muchacha se levanta después de un momento y se reúne con las otras.

Isabel evita a Escalante, quien empezaba a decir algo, y se acerca al empleado del edificio que está ayudando con la descarga. Éste intenta evitarla pero Isabel lo toma de un brazo. El hombre suelta una maleta que se abre al caer y desparrama ropa por el suelo.

—Tú eres Vega, ¿verdad?

El hombre no responde.

—De los que trabajan con Constantino… —continúa Isabel— ¡Oye, te estoy hablando!

—¿Qué? —dice el hombre.

—¿Cómo que qué? ¿Qué estás haciendo? ¿Quién les abrió a los camiones?

—Yo —dice Vega, la vista fija en el suelo.

—¿Tú mismo les abriste? ¿Por qué? ¿Y con permiso de quién?

—El señor me dijo.

—¿Qué señor?

—Señora —dicen, casi al mismo tiempo, Escalante y Constantino. Están junto a ella. Los hombres de negro obligan a levantarse a las mujeres y las conducen a un rincón del estacionamiento. Otro de los camiones ya estacionados se abre y de él salen más hombres de negro y otras mujeres.

—El señor Jiménez…, el señor Arocena me dio la indicación —dice Vega.

—Señora, mire… —dice Constantino.

—Aquí mando yo, no él.

—Tino —dice Escalante—, tú me dijiste que no iba a haber…

—El señor Arocena me dio la indicación —vuelve a decir Vega; no ha levantado la vista del suelo. Las muchachas se amontonan ahora ante las puertas de los grandes ascensores de carga; ellas y los hombres de negro miran a Escalante, y de vez en cuando a los empleados, que siguen donde estaban cuando se abrieron las puertas.

Poco después, los diez camiones de Escalante están estacionados y un grupo de empleados de la torre termina de descargarlos. Cuando las primeras cajas atraviesan la puerta, hacia los elevadores y los pisos cercanos, Isabel ya ha ido a su cuarto y ha vuelto con el libro azul.

—Ella lo guarda —dice Constantino al verla llegar y ponerse de pie ante las puertas del elevador.

—¿Qué es? —pregunta Escalante.

Isabel se mete en la caja de uno de los elevadores: apenas hay espacio entre los objetos que ya lo llenan. Rebusca en las páginas sin vacilar, pronto se detiene en una y lee, en voz alta y clara:

—"Yo vivo donde mi cuerpo está" —y sale deprisa de la caja del elevador. Las puertas se cierran—. Si yo no digo el nombre primero no se pueden abrir los pisos.

—¿Qué? —dice Escalante.

Con la siguiente carga, en el elevador de junto, Isabel vuelve a decir las mismas palabras. Más tarde las muchachas suben en un elevador de pasajeros acompañadas por Vega, quien se ha aprendido el verso y no mira a Isabel mientras las puertas se cierran.

—Que no se desbalaguen —le grita Constantino a él y a los de negro—. Al rato vamos por ellas.

—Esto es por el momento —dice Isabel a Escalante cuando los tres se han quedado solos con unos pocos de los hombres de negro —. Por ahorita. Y nada más porque no podemos dejar aquí sus cosas. Al rato que cerremos…

—Cada piso tiene su nombre —la interrumpe Constantino.

—¿Y entonces los piden por nombre? —se interesa Escalante.

—Sí, es como… Es reconocimiento de voz… Un sistema de seguridad. Antes había que usar un elevadorista y era complicadísimo.

—En cuanto cerremos hablaré con ustedes —insiste Isabel.

—Si no te sabes la contraseña —dice Constantino a Escalante—, no puedes ir. Pero bueno, luego podemos cambiar las contraseñas por algo más…, por nombres atractivos para cada piso.

—No, no es cierto —dice Isabel.

—¿Por qué no? —pregunta Escalante.

—Claro que sí —dice Constantino—. Se tiene que poder.

Isabel entra en otro elevador; dice:

—"Proclive al ron, el malhumor, el vaticinio" —y ve cómo, después de un momento de vacilación, tanto Escalante como el joven Constantino y los hombres de negro corren para entrar en la caja antes de que las puertas se cierren.

El piso al que llegan funcionó por última vez en los años ochenta y fingía ser un salón de fiestas o un dormitorio colosal; todavía hay restos de carteles con las caras de Madonna, Michael Jackson y otros por el estilo en las paredes del corredor. Cerca de la puerta del elevador hay una mesa de plástico con cuatro sillas alrededor; Isabel se sienta en una, Escalante y Constantino se unen a ella y uno de los hombres armados aparta la silla restante, se sienta y sonríe a sus compañeros.

—Mire, señora, si aquí mi Tino no es el responsable, no me importa —dice Escalante. Constantino va a protestar pero antes el hombre continúa—: Trato con usted. A mí me da lo mismo: lo que me interesa es el espacio. Ustedes pierden dinero teniendo pisos como éste. Le digo que es una relación ganar-ganar.

—No es nuestro giro —dice Isabel.

—Oiga —dice Constantino—, claro que es el giro. Esto es un putero.

—¿Y no se podría ampliar? —pregunta Escalante.

—Oye —dice Constantino.

—No —dice Isabel—. No podemos.

—¿Por qué no? —dice Escalante.

—Porque no se puede. Ya le dije, no es nuestro giro.

—Señora García, mire, entienda…

—Tino, pérate. Estoy hablando.

—¿Cómo que…? —empieza el joven Constantino, pero no termina. Escalante lo mira, levanta apenas las cejas e inclina la cabeza. Constantino se queda callado y baja la vista al borde de la mesa.

—Mire, señora, nos podemos seguir un rato aquí chingándonos el uno al otro, pero de lo que se trata es de que nos vamos a tener que portar bien, usted conmigo y yo con usted. Yo no me voy a echar para atrás: ya están aquí mis niñas y aquí se van a quedar. Vamos a pagarle, ¿entiende? Simplemente porque es lo justo. Y todo va a ser transparente: sus clientes ni siquiera se van a enterar. No tendrá que subir precios ni cambiar reglas ni nada. Usted sabe

que hay quienes le cobran tributo a la gente por ir a algún lado, por estar en algún lado… Yo no le voy a hacer eso.

Constantino hizo venir a un mesero. Él y Escalante beben cervezas y los de negro cocacolas. Isabel sólo pide agua fría. Cuando el líquido la reanima, respira hondo y dice:

—¿Sí sabe usted quién nos respalda?

—Yo ya hablé con el Lobo.

Isabel, por un segundo, no sabe qué decir.

Luego vacila al responder:

—El Lobo Campos.

—Sí, el Lobo Campos. ¿Cuál otro Lobo conoce usted? No se haga: aquí, como en todas partes, ustedes venden y distribuyen, se paga y se cobra y no pasa nada. ¿Pensaba que no sabía?

El joven Constantino levanta la vista. Isabel lo mira y ve que empieza a sonreír.

—Hasta le puede convenir. Le puedo rentar varias de las chicas, ¿No tiene shows en vivo? Es más, se las puedo prestar sin costo extra. Nada más tiene que entrenarlas.

Isabel se levanta, toma el libro azul, sale al pozo de las escaleras y, por un momento, se queda mirando el ojo inmóvil y oscuro.

Y recuerda esto, de pronto: el día en que su padre la descubrió leyendo el libro.

Debe haber sido en 1963: ella no tenía más de ocho o nueve años. No le interesaba mucho leer, pero su padre había llamado su atención simplemente por llevar el libro a todas partes. Isabel había comenzado a asomarse a sus páginas cuando su padre dormía o estaba ocupado en otra cosa. Las tapas eran pesadas para una niña, las hojas muy grandes y difíciles de manejar, y encima no entendía nada: en ningún lugar del texto había algo semejante a una historia como las que Martita, su nana, le leía cuando era más pequeña. Pero su padre seguía asomándose al libro con frecuencia, seguía cargándolo bajo el brazo mientras subía y bajaba por los pisos de la torre, así que Isabel había persistido.

El día en que Emilio la descubrió, Isabel estaba en su propio cuarto y había puesto el libro en el suelo para leerlo más cómodamente. Revisaba una larga serie de versos, que de pronto parecían tener sentido en una lectura corrida pero luego la quebraban y la volvían delirante, acompañada de un sándwich de mermelada de fresa y un vaso de leche con chocolate. Su padre entró y la miró boquiabierto. Ella cerró el libro de golpe y al hacerlo tiró el vaso de leche, aunque no sobre las páginas sino en la alfombra.

—¿Qué es eso? —preguntó Emilio, de tan asombrado, como si no lo supiera, pero luego no la regañó ni le pegó (de hecho le pegaba muy raras veces), y en cambio se le quedó mirando con una expresión que Isabel, en aquel momento, no supo descifrar.

Ahora le parece que su cara era de alegría y a la vez de temor.

Entonces a ella le bastó que su padre no reaccionara como ella temía y que, en cambio, la levantara junto con el libro, mandara pedir que limpiaran la alfombra y la llevara a una cocina a cenar en forma, mientras conversaban.

—¿Le has entendido? —le decía su padre—. Esto es el manual con el que trabajo aquí, pero como puedes ver es muy grande, y tiene mucho que no se ha usado todavía. Y ya ves que yo…

—Algo se entiende más o menos —mintió Isabel. A su papá le gustaba escuchar que ella entendía más cosas que él. Le daba mucho orgullo, decía, que ella pudiese ir a la escuela y aprender tanto.

Emilio le acarició el pelo y le dio un beso en la frente. Luego se quedó callado por un momento.

—Cuando seas grande me gustaría que me ayudaras con el negocio —dijo al fin.

—Bueno —respondió Isabel—, ¿a qué?

—A administrarlo. Que tú seas la jefa. No va a ser pronto. Ahorita no sabes nada de lo que es el trabajo, pero un día vas a saber que es muy importante. Y entonces me sentiría muy contento…

Emilio calló otra vez y se puso a hojear las páginas del libro.

—Sí lo ayudo, papá —dijo Isabel.

—Me sentiría muy contento —continuó— de saber que tú eres quien se va a quedar con esto. Porque te quiero mucho, mija. Y porque sé que eres una niña muy responsable y muy lista.

—Ay, papá, qué malo era usted para juzgar a la gente —dice Isabel, hoy, amarga; ahora mira hacia arriba a la negrura sobre ella, apenas perforada por las luces de los pisos más cercanos.

Entonces Emilio se detuvo en una página que estaba marcada con un boleto de autobús. Isabel notó que era un boleto viejo y gastado. Entendió que Emilio regresaba aquí muchas veces desde hace tiempo.

—Fíjate, por ejemplo, esto —dijo Emilio—. Esta parte —señala un pasaje que parece contener las entradas muy breves de un diario, o unos aforismos, separados por asteriscos—. ¿Te acuerdas de don Cruz, de mi jefe?

—¿El señor raro? ¿Su jefe no es el señor Constantino?

—No: mi jefe-jefe es don Cruz, y él fue el que me dio el libro. Me dijo que cuando no tuviera nada que hacer lo leyera con atención a ver qué encontraba. Por ejemplo, ve esto: según yo es como una adivinanza…

Isabel, ahora, no necesita abrir el libro para recordar el pasaje, que está en una sección que ella llama de los Enigmas:

"Algún tiempo después se verán el intruso del falso y el intruso del cierto. Se verán en cuartos oscuros. Se perderán y se encontrarán mientras hablan con la historia. Nadie sabrá de ellos en la espera, y ellos, en cambio, sabrán primero del aire que vuelve."

—Cómo se le ocurrió enseñarle esas cosas a una niña —dice Isabel en voz alta, y saca los dos teléfonos celulares que siempre lleva consigo en horas de trabajo. Uno de ellos es el de uso común y vuelve a guardarlo; en el otro marca un número. Debe ser la tercera o cuarta vez que utiliza ese teléfono.

Le contesta a gritos un ayudante que, primero, no entiende lo que Isabel le dice (no oye, insiste), y luego se niega a comunicarla; Isabel, furiosa, se contiene para no gritarle y termina por convencerlo.

—Espere.

Mientras espera, Isabel escucha música y voces y piensa que debe tratarse de una gran fiesta.

—¿Quién habla? —dice, de pronto, una voz masculina, más grave y áspera que la del ayudante.

—Isabel García. De Morosa.

—¿Quién? Ah, sí la del putero… ¡Bájenle! —grita el hombre, y el volumen de la música disminuye entre quejas y risas— Largo —agrega, y las voces se alejan hasta desaparecer—. ¡Carajo…! Dígame qué se le ofrece.

El Brincadero ha tratado siempre con organizaciones como la de Campos, que le procuran mercancía para vender entre los clientes que pudieran desearla, pero siempre ha conseguido adaptarse a los cambios: como hizo el viejo Constantino, y luego Emilio, Isabel siempre sabe qué traficantes gozarán de favor y quiénes serán perseguidos. El Lobo Campos lleva varios años entre los favorecidos, y continuará así por el momento; la torre, por lo tanto, le sirve como un buen cliente, un punto de distribución conveniente y barato.

—Para que le dé gusto trabajar con nosotros —le dijo Isabel, en su momento.

En efecto, es parte de lo que debe hacerse.

Ahora Isabel le explica al Lobo lo que ocurre: Escalante, sus

hombres y camiones, las mujeres.

—¿Usted le dijo? Quiere meterlas al edificio. ¿Le dijo?

El Lobo se aparta de la bocina sin decir nada. Isabel lo nota porque lo oye llamar, desde lejos, a alguien.

Luego espera mientras el Lobo y una o dos personas más discuten, sin que se entienda lo que dicen.

Luego se corta la comunicación.

Isabel marca de nuevo pero una voz le dice que el número está ocupado. Su otro celular empieza a sonar y se da por vencida. Contesta: es David, el empleado que le avisó de la llegada de los camiones. Es un tipo confiable y uno de los mejores cocineros del negocio.

—¿Qué pasa? —pregunta Isabel. Ahora se siente cansada de veras: por lo que va a ocurrir, y que no se parece a nada que hayan vivido su padre o don Cruz. No se irán, ahora que el imbécil de Constantino les ha abierto la puerta. Se quedarán con todo.

—Doña Isabel —dice David, y le resume lo que está ocurriendo.

Isabel deja el pozo de las escaleras, entra de nuevo en el pasillo y llega hasta Constantino y Escalante, quien le pregunta:

—¿Qué pasa, dónde estaba?

A Isabel se le ocurre mentir:

—Mi contacto —dice— no me contesta. Y al contrario de otras personas, me tengo que ir a trabajar. Los busco en la mañana. Se divierten. Una cosa nada más: ¿Constantino?

—No me diga así. ¿Qué?

—Que no rompan nada que no sea de usted —termina ella y da media vuelta: de pronto siente que incluso este intento de dureza es una humillación.

Toma un elevador y pronto está en la enfermería. Allí la reciben David y el doctor Herrera, quienes le explican que la muchacha, hacinada con las otras en un piso abandonado, sufrió un ataque.

—Los que las cuidaban insistieron en traerla —explica Herrera.

—Que estaba espantando a las otras, dijeron —completa David —. ¿Quién es? ¿Quiénes son?

—Menos mal que la mandaron —dice Isabel.

—Isabel —dice la muchacha al ver a la señora. Es otra vez ella: la muchacha del sueño. Está sentada en una silla en un extremo del cuarto, junto a un visor de radiografías. Tiene la cara roja, los ojos hinchados y bajo ellos dos surcos, trazados con lágrimas—. Isabel —vuelve a decir.

—¿La conoce? —pregunta Herrera, y la muchacha empieza a hablar a gritos. Habla en la lengua que usó en el estacionamiento.

Ni David ni Herrera la comprenden.

—Suena como…

—Ruso —dice David.

—¿Cómo sabes? —pregunta Isabel.

—¡No sé! —David se acerca a la muchacha mientras le muestra las palmas— Is okay —agrega—. Okay. Do you read me?

La muchacha no parece entender. Mientras sigue hablando, gesticula: abre los brazos, hace girar la cabeza, señala sus orejas y se toca las sienes. Cada vez está más agitada. No se calla. Da un grito. Luego otro. Y luego ella misma intenta usar el inglés:

—It speaks! —dice; suena a rusa de película de Hollywood— It speaks! As radio! It can't speak before but now it can! You hear? —se golpea las orejas—You hear?

E Isabel nota que está oyendo, que ella también está oyendo, cuando va a callar a David:

—Oye —se vuelve—, de por sí no se entiende lo que dice y si encima tú estás hable y hable —pero David tiene la boca bien cerrada.

Herrera tiene la boca abierta pero no está hablando. Y los dos hombres se han puesto muy pálidos.

Isabel mira otra vez a la muchacha, que calla por fin. Mira hacia arriba. Tiembla. Isabel nota que la voz sigue y sigue y menciona su nombre, el de David, el de Herrera y otro más. Isabel gira la cabeza hacia un lado y el otro y descubre que no puede situar la voz: no parece venir de ningún lugar preciso. Podría estar en todas partes, ser el aire del cuarto, el interior de su cabeza…

—Momento —dice—. Un momento. ¡Doctor, David! ¡Shhh! ¡SHHHH! —todos callan. La muchacha también: Isabel se lleva el índice a los labios— Silencio. Ustedes dos saben qué es este lugar. Tranquilos. Ustedes saben cuántos pisos hay en el edificio. ¡Saben qué hay en el último! Vieron la remodelación de 2005, vieron cómo cambia. ¡Calma! Esto es nuevo, nada más.

Los cuatro se quedan callados, escuchando.

Pasa un largo rato.

En un momento a Isabel le parece que escuchan algo semejante a la voz grabada que guía a los visitantes de un museo: una pista que no habla directamente a nadie. Pero lo que dice…

—Oye —dice Herrera de pronto—. ¡Oye! ¿Me oyes? ¿Me, me oye? ¿Usted?

Pasan unos segundos.

De pronto las luces se apagan. La muchacha y Herrera dan un grito. La luz vuelve a encenderse casi de inmediato. Todo se ve

como antes. La voz –sosegada, bien articulada, con un tono y un timbre que hacen difícil atribuirle sexo– no ha dejado de hablar.

—¿A qué se refiere…?

—Shhhh —ordena Isabel.

—¿Te puedes comunicar? ¿Te comunicas con las luces? ¿Apagando y encendiendo? —pregunta la muchacha en su idioma. Los demás no comprenden.

—Silencio —dice Isabel, pero la luz vuelve a parpadear.

Isabel y sus dos empleados miran con extrañeza a la muchacha.

—¿Una vez es sí? ¿Dos veces es no?

La luz parpadea de nuevo.

—Realmente me suena como ruso —insiste David.

—¿Ellos son amigos?

Un parpadeo. Rapidísimo. La muchacha sonríe –su sonrisa es muy hermosa– y empieza a palmotear. Se levanta y da saltitos.

—It speak! —grita— Say! One yes two no! One yes two no!

—Le hablaste primero a ella —dice Isabel.

La luz parpadea.

Pasan horas. El teléfono celular suena varias veces pero Isabel no contesta. Después de cierto tiempo de escuchar a la voz y de compartir impresiones con David, el doctor Herrera y la muchacha, le ha venido a la memoria otro pasaje de los Enigmas: “Las partes de este cuerpo no se tocan pero crecen y maduran como las de otros cuerpos. Primero son el libro azul, los miembros de materia, el vientre que alberga el tesoro. Luego vendrán la historia que se cuenta y se habla, el aire que vuelve, la cosa de nada, las mil agujas brillantes, los intérpretes negros, y varios más, que serán hermosos y terribles mientras el cuerpo llega a su momento. Pero muy despacio: hay que esperar como esperan las niñas por sus pechos y los niños por su barba y todos por su locura”.

David y el doctor Herrera se ven maravillados ahora, y la muchacha también: ya saben que cada uno escucha la voz en su propio idioma. Ya saben también que ésta puede contarles en cualquier momento numerosas historias, sucesos del pasado de cada uno de ellos, y de los de cualquier otra persona relacionada con el edificio.

Pero ahora los cuatro escuchan algo más: la historia de una criatura pequeña, un animal que creció solo, sin la compañía de ningún semejante, en un lugar que no comprendía: que no entendía siquiera como lugar. Por mucho tiempo no supo nada salvo por el tacto: por las sensaciones sordas, diminutas, que iban y venían sobre su cuerpo y que no sabía nombrar. Cada tanto descubría un

cambio en su interior por otras sensaciones, más precisas, que tardó en comprender como dolor y de las que nunca pudo librarse. Por ellas, también, entendió el movimiento: la cualidad que tenían sus sensaciones pero que él (o ella) no tenía. Y entendió el tiempo: la diferencia entre unas sensaciones y otras. Y supo de la memoria: las sensaciones de antes que permanecían de otro modo, que no se sentían más pero tampoco se iban del todo. Y por fin supo del pensamiento, que era lo que hacía con las sensaciones y los recuerdos y el espacio y el tiempo, todos juntos, todos unidos…

Pero estaba sola, más desvalida que la más débil de las criaturas humanas, porque apenas sabía y porque no sabía que sabía. El miedo, por ejemplo: supo lo que era el miedo cuando dejó de tenerlo: cuando supo de la tranquilidad, la primera vez que vio y entendió cómo alguien –justamente una criatura humana, sola, confundida– se salvaba.

Y antes supo del asombro, o del terror: cuando, de pronto, empezó a conocer los pensamientos y sensaciones de otros, otros que no eran ella (o él) pero se movían en su cuerpo: que eran lo que siempre había sentido pero tenían su propio ser, y no dejaban de ser cuando él (o ella) dejaba de sentirlos, y también guardaban sus propios recuerdos.

Y qué terror cuando descubrió las otras sensaciones: el ver, el escuchar, el oler, el saborear, y cuando comenzó a entender que cada una se correspondía con las otras, y venían acompañadas de mucho más: palabras, ideas, historias…

—Se tardó mucho en entender todo eso. Crece despacio. Y no tenía a nadie que la ayudara —dice Isabel.

—Lo ayudara —dice Herrera.

—¿Es hombre? ¿O… macho? —dice Isabel.

—¿O no?

—Yo no sé —dice David.

—Creo que tampoco ella sabe —dice Herrera.

—¿No que era él?

—Cállense —dice la muchacha en su idioma, pero todos la entienden por una vez. Callan: la historia sigue. La criatura habla también –en tercera persona, como siempre que ha hablado– de cuando aprendió a reconocer a aquella otra criatura, desvalida, pequeñísima, que se movía por sus corredores –por esas partes de su cuerpo, largas y estrechas– con una desolación y una angustia semejantes a las suyas. Con ella aprendió esas otras partículas del ser: la maravilla, el tedio, la inquietud, la pasión, el temor ante el porvenir, el dolor causado por lo que ya no podía evitarse, la rabia

contra lo que se negaba a cambiar…

—Creo que se refiere a mí —dice Isabel—. Soy yo…, un recuerdo muy temprano que tengo es ese animalito al que se refiere, esa lagartija. Fue con mi papá… Y lo del hombre con las botas es… de la primera vez que me encargué de un cliente…, y lo de cuando era pequeñita y me perdí… Fue…

Y ahora ella (o él: qué curiosa distinción, todavía no consigue encontrarle sentido) se da cuenta de que, como Isabel en el pasado, también está creciendo y ha llegado a una etapa nueva. Se podría decir que es algo semejante a la pubertad: de pronto su cuerpo es más que antes, es distinto, y no sólo tiene esta cosa nueva, esta voz, órgano raro, órgano rarísimo, sino también tiene más: más órganos. Facultades. Enciende y apaga la luz. Y más todavía…

—¿Y pudo hablarme a mí primero por ser persona sensible? —pregunta la muchacha, con una sonrisa extraña en la cara; nadie entiende lo que dice— ¿Ahora resulta que soy sensible?

Un día la criatura será todavía más. Crecerá y crecerá con lo que guarda. Por el momento, puede hablar a la muchacha, y a la mujer a la que ha acompañado por tanto tiempo (y que estuvo un rato anormalmente largo dormida, hace rato) y a todos aquellos que elija, cuando así lo elija.

—Y lo demás también, ¿verdad? —recuerda Isabel.

La luz parpadea una vez. Ahora la voz está hablando de las pasiones, del amor, de la rabia. Ya es de día y ya se han ido los clientes. El teléfono vuelve a sonar. Isabel se da cuenta de que es su aparato especial y que a él llegaron todas las llamadas que no se molestó en atender en las últimas horas.

—¿Dónde chingados estaba? —le pregunta el Lobo Campos cuando Isabel contesta.

—Con el negocio —responde—. Asuntos urgentes. Y usted me colgó a mí.

—Gracias a usted me di cuenta de que tenía un par de cabrones insubordinados acá.

—¿Ya no los tiene?

—No.

—¿Y ahora? —pregunta Isabel.

—El tal Escalante, el que está con usted, es otro de ellos. Se está queriendo pasar de verga. A mí no me dijo nada. Seguro pensó que podía hacer negocios a mis espaldas. No ha de saber que usted trata conmigo.

—Entonces puedo decirle que no ande metiendo putas a mi edificio.

—¿Qué quiere decir "putas"? —pregunta la muchacha— Todo el tiempo están diciendo la misma palabra.

—Dígale que no. De hecho, ¿no me hace un favorcito?

Isabel se queda callada, pero sólo unos segundos.

—¿Qué favor?

—Dígale al pendejo ese que el Checo ya no va a trabajar con él.

—¿Quién es el Checo?

—Usted dígale. Y le digo, no pasa nada. Si se le pone pendejo háble me. De todas maneras voy a mandar por ellos y de hoy no pasan. Pero de que se sale, se sale. No se preocupe —termina el Lobo, y cuelga.

—Buenos días, güey —dice Escalante y sale de la regadera. Él y sus hombres (salvo los encargados de vigilar a las mujeres) se quedaron con Constantino en uno de sus pisos privados, durmieron en sus camas y sofás, comen ahora de la comida que él mandó pedir. Uno de los empleados de Constantino –"su *entourage*", los llama él– apresura a los meseros que los atienden—. ¿Qué es ese ruido?

—¿Cuál? —pregunta Constantino.

Algunos de los hombres armados juegan dominó. Otro ha encendido una televisión y mira las noticias.

—Ese ruido que se oye.

—Son los otros pisos —responde Constantino.

—¿Cómo que los otros pisos?

—Así se oyen cuando uno está lo bastante alto. Siempre se ha oído así. Nadie sabe por qué. No es muy molesto. ¿O sí? Le podemos poner recubrimiento: insonorizar…

—Sí, pendejo, insonorizar todo el edificio —se burla Escalante.

En ese momento Isabel llama a la puerta. En los segundos que tardan en abrirle, ella descubre que está sonriendo. La voz de la torre la acompaña: habla ahora de una crisis terrible pocos años antes de que ella naciera: no la peor en la historia del edificio pero sí la primera en la que hubo muertos y la necesidad de deshacerse de ellos sin que nadie se diera cuenta. La puerta se abre.

—¿Qué pasó, doña? —le dice Escalante, quien sigue secándose con una toalla— ¿Ya más distensa? —agrega, y se rasca la entrepierna con la toalla.

—¿Quiere que le diga estando así o se quiere vestir primero? —pregunta Isabel.

—¿Decirme qué?

—Ya hablé con mi contacto —dice Isabel mientras pasa al interior del cuarto.

—¿Y qué le dijo?

—Ya verifiqué que ustedes se tienen que ir.

Los hombres armados se tensan. Isabel piensa que cometió un error. El que veía la televisión la apaga y se levanta. Constantino dice:

—¿Qué? ¿De dónde sacó eso?

Escalante deja caer la toalla y, desnudo, vuelve a entrar en el baño.

—Espérese —dice, desde adentro, e Isabel siente de pronto que alguien la toma por los hombros: sus manos son pesadas, duras. Es mucho más alto que ella.

—¿De dónde sacó eso? —vuelve a decir Constantino. Estaba sentado en un sillón, comiendo de un plato de huevos con chorizo, y ahora se ha puesto el plato sobre las piernas. Lleva una pijama de seda negra y una bata a juego con la letra C bordada en hilo dorado —. Señora, ¿de dónde sacó eso?

—Ayer le dijo aquí mi Tino que yo sí soy un cabrón, ¿verdad? — dice Escalante, y vuelve a salir del baño, ahora vestido con una pijama y una bata iguales a las de Constantino, pero de color rojo brillante— Sí lo dijo, ¿verdad, muchachos?

Isabel mira cómo los de negro asienten y sonríen. Escalante se pone a menos de un paso de Isabel. También es más alto que ella. Isabel escucha.

—Ya no se ande con mamadas —dice Escalante—. Nada más porque es mujer le pregunto: ¿va a trabajar conmigo por las buenas, o no?

Isabel piensa que lo más sensato sería decirle que sí, decirle, cualquier cosa, alejarse de él y esperar a que llegara la gente del Lobo Campos. Pero siente rabia: los del Lobo van a entrar también, van a esperar que se les abra la puerta, van a caminar por los pasillos y a subir por los elevadores y a disparar en sus cuartos y salones…

—¿Le dijo Constantino —pregunta— que él tenía la autoridad, que él mandaba en el negocio?

—¿Qué? —dice Escalante— Sí, sí me dijo, pero yo ya sabía que no es cierto. ¿Qué cree, que no se nota? Lo he estado cultivando porque el edificio me interesa…

—¡Güey! —dice Constantino. Su voz suena como la de un niño. Se levanta del sillón y vuelca el plato que está sobre sus piernas. Todos lo miran mientras los trozos de huevo y chorizo van cayendo al suelo—. ¡No es cierto! ¡Di que no es cierto, cabrón!

Escalante golpea con suavidad la cabeza de Constantino, como si

le estuviese perdonando su tontería y su imprudencia.

—No sabes lo que es que todos te hagan a un lado —se queja Constantino.

—Tino, cállate —dice Escalante—. Vamos a tener una plática de adultos. Cállate.

—No sabes qué es que todos piensen que eres un inútil. Que siempre te pasen por alto. ¡Que hasta las mujeres te pasen por alto! ¡Que tu propia vieja te pase por alto!

—Uy, va a empezar otra vez. ¡A ver, ustedes! —grita Escalante, y un par de empleados de Constantino, que estaban en un rincón, se acercan y lo empujan con suavidad— Llévenselo. Vete, Tino. Mejor vete.

—Ahora que Edith no está. Al menos ahora quería hacer algo para mí —se queja Constantino, pero ya está de pie, y caminando hacia la puerta con sus hombres, y no mira a Isabel ni a Escalante. Los dos hombres salen. Tras ellos salen los meseros. La puerta se cierra. Isabel escucha.

—Señora, a usted tampoco la necesito. Si no me ayuda usted me ayudará alguien más.

—Dice el señor Campos que el Checo ya no va a trabajar con usted.

Escalante se queda boquiabierto. Todos los hombres de negro se levantan y sacan sus armas, pero se limitan a sostenerlas y a mirar a Escalante. Isabel se da cuenta de que casi todos ellos son muy jóvenes.

Pero dice:

—¿Qué pensaba? ¿Que tenía trato con alguien más abajo de él? ¿Que iba a poder hacer cosas a sus espaldas?

—A ver, cabrones —dice Escalante. Sus hombres se tensan—. Pérense. Nos vamos. Ya valió madre. Vamos al estacionamiento, sacamos los camiones y nos vamos a la chingada. Ahorita.

—¿Y el Lagarto —pregunta uno de los de negro— y los demás que se quedaron con las muchachas?

—No seas pendejo. Háblale y diles que se salgan también.

Isabel escucha y dice:

—Menos mal que no les dijo que las mataran.

—No tiene caso —responde Escalante. Le sorprende cómo el hombre, en cosa de segundos, ha dejado de parecer arrogante y temible. De pronto da la impresión, incluso, de que la bata de Constantino le queda grande. Sus hombres no se mueven. Isabel escucha—. Constantino nunca me dijo que usted conocía al Lobo, pensó que trataba con intermediarios, como todo el mundo.

—Pues ya ve que no. ¿Quién es el Checo?

Escalante suspira: ahora él es quien parece muy cansado.

—El que me tapaba con el Lobo —dice—. Hicimos grandes negocios todo este año. Y ahora mire. ¿Qué les pasa? —pregunta a sus hombres, que siguen en donde estaban, sin moverse.

—Es que no sabemos cómo manejar el elevador —dice otro.

Escalante se mueve deprisa, empuja al hombre que está tras Isabel y ocupa su sitio: la toma por el cuello con un brazo mientras le pone una pistola en la sien. Isabel no tiene tiempo de reaccionar.

—A ver, vámonos. Nos lleva a todos abajo. Y ¿quiere que me vea malo? Usted se viene con nosotros.

Todos empiezan a salir. Isabel escucha, como todo este rato, la voz de la criatura, que no ha dejado de acompañarla. Ha estado diciendo algo sobre unos clientes de los que ella nunca ha oído hablar, pero justo ahora termina y empieza a hablar de su cuerpo. Dice que antes, cuando no era capaz de moverlo, diversas personas convocadas por don Cruz debían ayudarla. Le asombra darse cuenta de que no siente miedo.

—¿Cuáles son las palabras? —pregunta Escalante. Los elevadores se han detenido y tienen las puertas abiertas.

—¿No me puedes ayudar? —pregunta Isabel.

—¿Qué? —dice Escalante, y entonces las luces parpadean una vez.

Luego se apagan. Alguno de los hombres grita. Isabel se da cuenta de que el grito suena extraño: después de un segundo nota que no se oye nada más: que los murmullos habituales del edificio se han detenido. El brazo de Escalante le aprieta el cuello y el cañón de la pistola sigue contra su sien.

Entonces hay un estallido terrible, ensordecedor, e Isabel está volando: un golpe de aire la ha levantado del suelo, y ahora su cuerpo golpea con algo, o más bien algo la retiene, mientras el viento fortísimo aúlla a su alrededor y delante de ella se ve el cielo, negro, cubierto de estrellas.

Isabel lo mira. No entiende por qué lo está viendo. Apenas se está preguntando por qué da la impresión de que es de noche cuando nota que está mirando al exterior a través de un agujero enorme en la pared del cuarto, cuyos bordes irregulares se dibujan apenas entre chispas eléctricas y el parpadear de un par de focos de emergencia. Está sola: aunque el aire sigue soplando hacia fuera, y arrastrando objetos que salen disparados, ella misma está retenida por un montón de cables enredados alrededor de su torso y sus piernas.

La voz no se escucha pero sí, bajo el tronar del aire, un zumbido agudo, casi más allá del borde de lo audible. Y muy lejos, alumbrado apenas por una luz remota, Isabel ve algo que flota entre las estrellas: está envuelto en tela de color rojo brillante. A Isabel le extraña que la tela no ondee, que no se mueva con el viento, pero luego comprende que allá no hay viento. El aire del interior del edificio se disipa en el vacío.

No puede ver a los hombres de negro, aunque deben estar allí, alejándose, porque la luz (¿será del sol?, parece venir de abajo) no alcanza para que sus ropas se distingan del negro del cielo.

—¿Eres tú? —pregunta. Los cables la tienen bien sujeta.

El agujero en la pared empieza a cerrarse: trozos de muro (¿de dónde vienen?) cubren velozmente el vacío que está del otro lado. Después de un momento el viento cesa.

En la oscuridad total, pasan unos segundos. Algo sisea tras ella y deja de sentir los cables que la retenían.

Las luces vuelven a encenderse. Isabel mira el piso, que no parece haber sufrido ningún daño. Hasta los muebles están de nuevo en el lugar en el que los vio al entrar. Las luces parpadean una vez.

Seis meses más tarde, David dice:

—Descompresión explosiva —en este lapso se ha aficionado al cine de ciencia ficción y dice cosas semejantes con frecuencia—. Como en las películas. El edificio es altísimo. Supongo que en cierto modo se sale de la atmósfera de tan alto que es. Ella, o él…

—Zhenya — lo corrigen.

—El día que lo pueda pronunciar le digo así. Lo que quiero decir es que abrió un hoyo en la pared: eso hizo. Y se empezó a salir el aire. Como en los aviones que explotan, pero peor.

—¿Y los cuerpos? —pregunta Herrera.

—Han de seguir allá. Arriba. O cayeron y se quemaron al volver a entrar a la atmósfera. Como las cápsulas espaciales…

A su alrededor, en el salón (que es el del piso Ven, Digamos: El Rojo: el más grande y mejor cuidado de los que son para uso exclusivo de los empleados) nadie les hace caso: la gente baila reggaetón, pues han pasado muchas horas desde la ceremonia, o bebe en las mesas y afuera, en los corredores. En la mesa de los novios sólo quedan ellos, Isabel, el doctor Herrera y dos o tres más. Todos son de la confianza de Isabel, todos saben de lo ocurrido y todos escuchan con atención lo que dice David aunque no sea tema para un día de fiesta.

Todos recuerdan. Mientras Escalante y los hombres que estaban

con él desaparecían, los que estaban con las muchachas en el otro piso se quedaron un rato donde estaban, sin saber qué hacer. Luego quisieron huir, salieron al corredor y también –hasta donde puede saberse– fueron echados del edificio desde gran altura. Uno logró llegar a un elevador y se le encontró luego, electrocutado, adentro de la caja. Otros tres se encerraron en un baño y el techo del baño, aparentemente, descendió a gran velocidad hasta juntarse con el piso. Otro hombre más quiso llevarse a una de las chicas de rehén, intentó tomarla por detrás (como Escalante había tomado a Isabel poco antes) y hasta hoy su caso es el que más se discute: el suelo se abrió bajo sus pies, cayó, desapareció, y se le vio por última vez, ileso pero muerto de terror, afuera del edificio, sentado ante la entrada principal. Allí se encontró con otros sobrevivientes, malheridos. Ninguno fue capaz de levantarse ni a la llegada de los hombres del Lobo Campos, que aparecieron en una procesión de grandes camionetas y se estacionaron afuera del edificio a plena luz del día, mientras los transeúntes los miraban y aceleraban el paso.

Los restos de todos fueron apareciendo, un trozo cada día, en cajuelas de diversos automóviles abandonados por todo el estado. Mostraban huellas de tortura y las cabezas tenían tiros de gracia. Junto a cada trozo había un cartel con amenazas a los miembros de una organización rival de la del Lobo Campos. Las noticias reportaron que un lugarteniente de éste, apodado el Checo, lo había traicionado y hacía negocios a sus espaldas con los rivales, y también muchos otros hechos sórdidos en los que jamás se involucró al edificio de Morosa.

Por su parte, el joven Constantino se fue de la ciudad en un viaje largo (él mismo lo dijo así) cuyo objetivo era encontrar a Edith Barba en Japón o Shanghai, y se llevó con él a su asistente personal.

El edificio dejó entrar a los hombres del Lobo, pero solamente a recoger lo que quedaba de los cadáveres. El Lobo insistió en verlos y no dijo nada, hasta donde se sabe, pero el negocio entre él y El Brincadero funciona tan bien como siempre y nunca hay intromisiones de su parte, ni opiniones, ni preguntas.

A pedido de Isabel, las muchachas que se quedaron en el piso en que las confinaron al quedarse sin guardianes, fueron huéspedes de la torre durante un mes más. Sólo cuando las autoridades de Morosa encontraron culpables que arrestar por el caso de los descuartizados, Isabel permitió que se fueran. Las más se marcharon de la ciudad a otros lugares del país o a sus propios países; unas pocas se quedaron, volvieron a la prostitución y fundaron, para diversión y escándalo de la santurrona sociedad de Morosa, una

cooperativa en la que ellas eran sus propias jefas.

Una sola pidió y obtuvo trabajo en el negocio: su nombre es Natalya y, con toda propiedad –lo dice con frecuencia– es rusa de familia lituana. Como muchas otras, había respondido a una oferta de trabajo en internet: había perdido su empleo como cocinera. Le habían ofrecido la posibilidad de encontrar marido rico. Y en poco tiempo había terminado allí, encerrada en distintas residencias, violada, prisionera en un país que no conocía.

—Vamos otro tema —dice ahora, despacio, en español—. Cosa feliz. Brindar. ¡Salud!

—Salud, mi amor —dice David, y la besa en el cuello. Luego repite—: ¡Salud! —y levanta su copa. Todos brindan con ellos.

Natalya ha resultado ser una excelente cocinera; el restaurante en el que empezó ha cambiado su menú para acomodar varios platos típicos que ella prepara y que agradan mucho a los clientes. En apenas medio año se ha enamorado y casado. Ésta es su fiesta: la gente baila para ella en medio de las luces rojas.

Isabel bebe lentamente de su quinta o sexta cerveza y nota que, de momento, sólo ella y Natalya escuchan la voz de la criatura. Lo sabe porque las dos se asombran al mismo tiempo, o se intrigan. Pero ahora, mientras una pareja que bailaba cae al suelo, muerta de risa, y varios ríen a su alrededor y el resto no se entera y sigue bailando, se obliga a no hacer caso. Piensa que los novios se ven felices. Natalya, de blanco, con su velo recogido tras el peinado de salón, lo dice así ahora, con su español torpe y entrecortado. Y David, a quien el esmoquin negro le queda un poco apretado, asiente.

Él la llama “Nata”, como es la costumbre, o bien “Natita”, o “Natasha”, que según entiende es el diminutivo original en ruso. A veces la llama, también, su pequeña, y no le importa que sea un eufemismo (a fuerza de probar sus platos, Nata ha perdido ya la delgadez que la asemejaba a sus antiguas compañeras y terminará, sin duda, por ser como la mayoría de las casadas de Morosa, de caderas anchas y vientres amplios).

LA FLOR HUMANA
(3:47)

El joven Constantino se relajó, estrechó la mano de Kustos y luego le dio un abrazo.

Las caras de asombro de los dos se parten en sonrisas enormes.

"Hermano", dijo. "Hermano en muerte y destrucción."

—¡Qué maravilla!
—Entonces ¿esto fue lo que le pasó entonces? —dice Nata.
—Exacto —dice Kustos.
—Dejen que hable Zhenya. Capta detalles que uno no ve.

"Hermano", volvió a decir el joven Constantino, y Kustos se dio cuenta de que había pasado la prueba. Pero luego los dos se quedaron mirándose de nuevo, por un rato, sin decir nada.

Al fin, Constantino volvió a sonreír y dio una palmada torpe, insegura, en el hombro de Kustos.

"Por favor disculpe tanta paranoia, pero hay que ser precavidos…"

"Claro, claro", respondió Kustos. Había pasado la prueba, pero ahora, nuevamente, no sabía qué decir.

"Bueno. Como supongo que usted es recién ingresado", Kustos asintió sin entender, "supongo también que querrá ir a ver, ¿no? Y también saber por qué le decimos jardín…"

—Ya se imaginarán —dice Kustos— la cara que puse en ese momento.

—Quién sabe de qué estará hablando —dice Nata— porque él no sabe. Seguro que no sabe. Qué raro.

"Claro", volvió a decir Kustos.

"Todo es una historia larga. Si me permite, se la cuento", el hombre condujo a Kustos hasta la puerta y lo hizo pasar al otro cuarto, que era una sala más amplia y suntuosa con sillones de cuero negro en un extremo, un par de esculturas de acero en el centro, piso de mármol y una enorme pantalla de televisión cerca de una chimenea de metal y vidrio. Había también una barra de ébano pulido tras de la cual reposaba, en una vitrina, un enorme surtido de botellas. Mientras hablaba, el joven Constantino sacó whisky y sirvió vasos para él y para Kustos. "Tiene que ver

conmigo, así que espero no aburrirlo.”

“No, no, de ningún modo”, dijo Kustos, mientras tomaba su vaso. “Ya”, quiso improvisar, “ya sabía yo un poco de…”

“No tiene usted idea de lo retorcido del origen de todo. Va a ver, es interesante. En parte, la idea de…, de construir el jardín me la inspiró…”

—¿Cómo que construir? —dice Molinar.
—Espere y verá —dice Kustos.

“Bueno, en realidad la idea es de la maestra Barba, de quien ya debe haber oído hablar, pero a ella se la inspiró el trabajo de algunas personas de aquí.”

—¿Quién? —pregunta Molinar.
—Se la mencioné hace rato —dice Kustos—. Cuando pensaba que usted trabajaba para ellos.
—¡Shhh! —dice Nata— ¡Esto es nuevo!

LOS ANIMALES no tienen prejuicios morales, pero aun si muchas de las fantasías en las que se busca emplearlos no implicaran provocarles sufrimiento (o al menos sugerir una impresión de poderío), de todos modos los animales deben aprender movimientos y reacciones del mismo modo en que las aprenden las criaturas entrenadas en un circo: por medio de numerosas repeticiones y la sugerencia de recompensas o castigos que los clientes no siempre perciben ni comprenden. Y hasta el momento –además de que hay especies a las que definitivamente no se puede entrenar– no se ha encontrado ningún animal que busque espontáneamente hacer nada que un cliente haya descrito.

Las implicaciones morales del asunto no interesan a casi nadie, y menos aún en Morosa y en El Brincadero; los problemas prácticos que plantea son la razón por la que el edificio tiene, al menos actualmente, un equipo de fabricantes de muñecos.

Los encabeza una “maestra” –ella misma se llama así, como si perteneciera a un gremio antiguo–: su nombre es Edith Barba y es, de hecho, ingeniera electrónica.

—¿Habrá conocido al papá de usted?

Ella no trabajó con Ricardo Molinar, quien creó la especialidad en El Brincadero hace mucho tiempo, pero es que la hechura de animales artificiales –esqueletos mecánicos cubiertos de piel verdadera, o imitaciones tan buenas como sea posible crear– no

siempre está en boga, y durante largos periodos (años) no hay demanda en absoluto; entonces, por lo general, los fabricantes son despedidos o se les asignan otras tareas; entonces los talleres, que ocupan sólo un par de cuartos grandes, se cierran hasta que vuelvan a hacer falta.

Kustos y Molinar van a decir algo pero Nata no lo permite:
—Dejen que hable Zhenya.

Barba entró en la torre en el año 2000, cuando un alto ejecutivo de una empresa petrolera de Arabia Saudita encargó un tanque de pirañas que solamente lo "mordisquearan". Cuando los entrenadores dijeron que semejante cosa era imposible, la señora Isabel buscó hasta encontrar especialistas que pudieran hacer el trabajo y reabrió los talleres. Hicieron falta cuatro meses de trabajo duro por parte de Barba y una decena de asistentes, además de la compra de mucho equipo nuevo y materiales muy costosos; sin embargo la robótica ha avanzado mucho, como se sabe, y el cliente tuvo –tras pagar por ellas– veinticinco pirañas mansas, prácticamente indistinguibles de las verdaderas, provistas de dientes de plástico flexible que hacían cosquillas "deliciosas". Los pequeños robots, además, no sólo movían las mandíbulas sino que nadaban por iniciativa propia e incluso sabían localizar algunas partes del cuerpo humano y mantenerse cerca de ellas. Funcionaban mediante pilas y podían "jugar" con el cliente hasta por tres horas seguidas.

—Eso me recuerda una vez —dice Nata— que me tocó atender a un tipo que quería ser cubierto de… ¿cómo se dice custard *en español?*
—¡Shhh!

Éste ha sido siempre el motivo de todos los proyectos de fabricación de muñecos en la torre: lograr lo que no pueden hacer ni los entrenamientos ni las diferentes formas de sujeción disponibles y permitir que los clientes puedan, efectivamente, realizar sus fantasías sin importar ninguna restricción.

—Es que además de ponernos a buscar una receta de cómo hacer custard, *porque nadie sabíamos y pensábamos sería algo dificilísimo… —sigue Nata, y empieza a reírse— Además de querer estar embarrado de* custard, *el cliente quería estar vestido de plumas…*
—¡Shhhh! —dicen Kustos y Molinar.

Los más fieros carnívoros vueltos dóciles; los seres más lentos moviéndose velozmente, los más estúpidos siguiendo sin error coreografías y libretos.

Lo único en que esta última encarnación del taller de muñecos se distingue de las anteriores es que, una vez concluida la fabricación de las pirañas, el joven Constantino pidió a Isabel que mantuviera el taller abierto y con un buen salario a Barba y sus ayudantes.

—¿Usted conoce a esta persona? —pregunta Molinar a Nata.

PERO DE VUELTA A ESE MOMENTO:

—Si Dios existe, señor Kustos —le dijo el joven Constantino—, Dios es un imbécil, una voluntad ciega que conduce al universo sin mirarlo y sin mirar a dónde lo lleva.

—Mejor vamos a callarnos —dice Nata—. Tiene usted razón.

Muchos pisos abajo, un empleado insiste:

—¡Según él sí puede!

Isabel se le queda mirando. Los otros doce hombres no se han detenido y siguen pasándose los visores disponibles y sumergiéndose por turnos en el tanque.

—El señor puede —repite Isabel— reconocer a su pez dorado entre todos los otros cientos de peces dorados que están en el agua. ¿Eso es lo que sí puede?

—Sí puedo —dice el cliente, que está desnudo, también en el tanque, y toma cada pez que le dan, lo mira de cerca y lo tira de vuelta al agua.

—Ya basta —dice Isabel—. ¡Alto! ¡Ya! Usted espérese. Tú, trae una cubeta. Y llénala de agua. Echen los peces en otra parte, carajo, es de sentido común. No de vuelta en el tanque…

—Pero se van a sentir muy oprimidos por la falta de espacio —objeta el cliente.

Sólo ellos quedan en el piso: los otros clientes se han marchado ya y, por suerte, no llega ningún otro. El agua en el tanque enorme que ocupa casi todo el espacio disponible se empieza a enturbiar con la suciedad en la ropa y los zapatos de los empleados.

—Por favor no dejen de buscar —pide el cliente—. Seguro se ha de sentir solo —pero él se acaricia la entrepierna, y de

pronto Isabel se da cuenta de que ha estado haciéndolo todo el tiempo; o, cuando menos, desde que ella está en el piso, avisada de la emergencia.

—Carajo —dice otra vez y saca uno de sus teléfonos.

LOS FENÓMENOS. Los becerros con seis patas; los borregos de dos cabezas; los seres con miembros vestigiales o cráneos huecos, los demasiado pequeños o demasiado grandes, todos van a dar al piso ESTE HOLOCAUSTO EN EL QUE ENTRÉ. Algunos han nacido en la torre, pero la mayoría proviene de otros lugares: son donaciones de zoológicos, criaderos y otros lugares con los que el negocio tiene contacto. Son las criaturas más caras entre las que se ofrecen en el edificio, y en cierto modo las más preciosas: los encargados del piso reciben solicitudes de cualquier deformación o monstruosidad que los clientes deseen, pero les es imposible asegurar que podrán satisfacerlas ni estimar cuándo podrán hacerlo. Un cliente esperó veinte años por un osezno con cabezas en ambos extremos del cuerpo; otros siguen esperando.

—¿Lo ven? Ya le dio enojo —dice Nata—. Tiene su carácter.

—Ya lo sabía —dice Kustos.

—No, no, lo que le pasó a usted no es nada. Cuando yo llegué aquí…

El más famoso de los especímenes recientes es el sapo sin boca que apareció en el piso correspondiente pero fue trasladado a éste cuando se vio su deformidad única, y se entendió que no viviría mucho. A éste se le encontró un cliente: un hombre que había dejado una lista larga de descripciones que le interesaban y, avisado, voló durante un día y una noche desde no se dijo qué isla de Oceanía para encerrarse con el animal en un cubículo pequeñísimo.

—Pero mejor cuento en otra ocasión —dice Nata—. Fue feo.

El sapo seguía con vida cuando el hombre terminó lo que había deseado hacer, y que no explicó a nadie; uno de los empleados que lo atendió trabajaba en la Mesa de Recuerdos y le ofreció disecar a la criatura, a lo que el hombre replicó, furioso, con una sarta de palabras en una lengua desconocida.

—De todas maneras pronto se le pasa, ¿verdad, Zhenya?

Un teléfono empieza a sonar.
—¿Zhenya?

LAS RAREZAS NO SE DETIENEN AQUÍ. Algunas personas, por ejemplo, llegan a El Brincadero disfrazadas de animales. Los atuendos varían previsiblemente en calidad y fidelidad, y pueden ir desde las simples orejitas de gatos –éstas iban en la cabeza de una falsa colegiala, de falda plisada y piernas varicosas– hasta la botarga completa y pesada que se finge un león anaranjado, o un caballo pinto hecho de dos personas.

—¿Qué es eso? —dice Kustos.
—Es Zhenya —dice Nata.
—Está sonando un teléfono —dice Molinar.
—Es el temperamento —dice Nata.

De vez en cuando, los empleados aburridos cruzan apuestas sobre quién de los vestidos, como los llaman, irá con qué animal. Los resultados no son siempre los que se esperan; por ejemplo, unas alas y un pico falso de palomo van a dar con los gatos, lo que se comprende; pero ¿por qué va con las mulas la falsa dragona? ¿Y por qué la persona que siempre viene de hormiga, la cara negra y antenas de fieltro en una banda sobre la frente, no acude jamás sino a los kiwis, rarísimos, diminutos?

—A lo mejor se disgustó hace rato, cuando estábamos hablando.
—Bueno —dice Molinar—, ya vimos que sí le da por hacer eso. Pero oigan, el teléfono…

EL VIEJO CONSTANTINO no era llamado “viejo” en aquel entonces. Era 1950: tenía cuarenta y cuatro años y todos lo describían del mismo modo: era expansivo, impetuoso y arrogante. Esa noche, al ver entrar a Emilio –quien se sentó a la mesa sólo porque don Cruz lo había exigido– lo miró de arriba abajo, sin ocultar su desagrado por verlo allí, y no le dirigió una sola palabra.

El Brincadero iba a cumplir su cuarto año y aún no ganaba dinero. Además, la situación del país no mejoraba. Todos en el edificio estaban preocupados salvo el propio Constantino, y él había dejado de atender directamente el negocio; en cambio, viajaba con mucha frecuencia fuera de la ciudad y del país, y cuando estaba en la torre se apartaba de las secciones ya “abiertas” –cuartos y camas, jaulas y tanques, el restaurante y el bar y una enfermería en la que

aún no se había visto nada más grave que una mordedura– para dar largos paseos por los pisos vacíos, subiendo y bajando en los elevadores, dedicando largas horas a los corredores y las salas de espera todavía sin muebles ni luces. Y al volver repetía:

> *—Señorita, ¿no va a contestar?*
>
> *—¡Ah, es mi teléfono! —dice Nata, y saca un aparato grande y pesado.*

"Nos va a ir muy bien", con una sonrisa que nadie en el edificio le vio después.

> *—¿Bueno? —dice Nata.*
>
> *—Bueno, pensándolo bien —dice Kustos—, la verdad es que la cuestión de cómo decide qué contar y qué cuenta no me parece fascinante.*
>
> *—¿Qué?*

Don Cruz había llegado en una de sus visitas a Morosa, que se volvían cada vez más breves y más espaciadas. Dijo venir de "muy diversos proyectos propios" en Pakistán y otros lugares aún más extraños; Emilio no lo había acompañado: desde hacía unos meses, él era el responsable directo de todo lo relacionado con la administración del edificio, y además:

> *—Claro —dice Kustos, y empieza a caminar. Llega a la pared y regresa. Se detiene ante Molinar y lo mira a los ojos —. Lo que dice tiene que ver con lo que nos pasa aunque nunca nos dirige la palabra. No usa las palabras como nosotros. Siempre tiene que terminar una cosa antes de pasar a otra. Nunca se detiene a la mitad de nada para reaccionar. No puede. Zhenya es una criatura que se expresa no con palabras sino con fragmentos de historia. Los va soltando de acuerdo a sus deseos. O a sus sentimientos.*
>
> *—Horacio, no le entiendo —dice Molinar, pero Kustos ya dio media vuelta y se aleja. Nata habla por el teléfono pero consigue escuchar lo que dice.*

"No me irás a decir ", le dijo don Cruz, sonriente, "que me extrañas. No me vas a decir que quisieras estar en la aventura, las malpasadas, los sufrimientos con éste, tu amigo, que por lo demás está hecho un chocho, mírame, ve qué mal estoy, en cualquier momento me muero aquí mismo."

A Emilio le pareció que don Cruz, frágil y envejecido como

estaba, se veía igual de frágil y envejecido que siempre: no había cambiado en absoluto desde su primer encuentro, y en cambio él había comenzado a engordar, a echar canas y a aceptar, con cierta torpeza, los coqueteos de varias empleadas de la torre y en especial de Elsa, una de las encargadas de la lavandería.

"Qué dice", le respondió, "si el que está para el arrastre soy yo."

"Que dice el señor que si pasan al comedor", dijo agriamente una de las cocineras, la cual había preparado una cena para dos y se había visto obligada a ampliarla para tres en el último minuto.

Emilio y don Cruz subieron en elevador al piso privado del viejo Constantino. Emilio nunca había subido antes. Don Cruz, como siempre hacía, caminaba por delante y a una velocidad que no parecía posible para alguien de su edad.

> *—Okey, señora —dice Nata. Kustos regresa a donde se encuentra Molinar y se detiene ante él.*
>
> *—¡Éste es un problema interesantísimo! Las palabras pueden no sonar pertinentes hasta que se acaba la historia completa, el párrafo… Zhenya podría ser inteligente pero no ser capaz de pasar la prueba de Turing. ¡A Edith Barba le interesaría sobremanera!*

"Ya lo tengo todo pensado. Nos va a ir muy bien", volvió a decir el viejo, un rato más tarde.

> *—A ella le interesaría el problema de Zhenya. De entenderla. Entenderlo… ¿Realmente no ha habido indicación de su sexo?*

"Me da gusto que esté, si me permite, que esté tan seguro", dijo don Cruz mientras mordisqueaba una costilla; Emilio, indeciso, comía también con las manos, pero había tardado un rato en darse cuenta de que aquello era lo que se esperaba de él; del mismo modo se había quedado desconcertado por la sopa fría, las velas en candelabro como única iluminación y la gran cantidad de copas y cubiertos. "Me parece muy digno de encomio, muy elogiable, ¡muy laudable, diría, de mucho salero!"

> *—Esa persona no sabe de Zhenya. Nadie sabe, de entre la gente de Constantino. Zhenya no les habla. Y no deben saber.*
>
> *—¿Por qué? —pregunta Kustos— ¿Por lo que están haciendo?*

El plan del viejo Constantino era simple: la torre era única

solamente porque era imposible de llenar. Nadie sabía que daba sus paseos solitarios desde los primeros días del negocio, ni que éstos habían sido causa de vértigo primero, de horror más tarde, pero al fin de una alegría enorme, pues no había forma de que ningún otro empresario –y él, en sus propios viajes e investigaciones, estaba llegando a conocerlos a todos, a los cabreros de Corfú y los piscicultores de París, a los domadores de Madrás y los vaqueros de Tananarive– pudiera igualar lo que él tenía. En lugar de especializarse, había que ofrecerlo todo al mismo tiempo: todos los animales, todas las alternativas para usarlos. Y había que proveer todo lo necesario para escenificar las fantasías más simples y las más complejas.

—Si todo sale bien, en un momento nos lo volverá a decir Zhenya —dice Kustos—. ¿No?

—Antes nos vamos a tener que ir —dice Nata, mientras guarda el teléfono.

Desde luego, habría que esperar mucho más de lo previsto para empezar a tener ganancias, y también para que *todos* los posibles clientes que el edificio iba a tener pudiesen efectivamente llegar al negocio, cuya sede (¡y ahora esto le parecía una enorme desventaja!) era una ciudad pequeña de un país atrasado…

"El país se está civilizando", dijo Constantino, esa noche, a don Cruz, luego de explicarle lo que pensaba. "Poco a poco, pero un día va a ser posible que vengan visitantes de todo el mundo, y que no les importe tener que venir hasta aquí…"

—¿Cómo que nos vamos? —pregunta Molinar.
—La señora me pide que la alcancemos.

Entonces el hombre bajó la mirada hacia el mantel y se quedó callado.

—¿De plano? —dice Molinar.
Casi al mismo tiempo Kustos pregunta:
—¿Y no podríamos haber ido antes?
—Es que esta noche está dura.

Pasó un rato sin que nadie hablara. Emilio miraba a uno, luego al otro. Don Cruz no dejaba de mirar a Constantino. La puerta del comedor se abrió pero volvió a cerrarse de inmediato.

"¡Entonces usted es, cómo se dice, cómo se dice, un visionario!", dijo don Cruz. Pero a esto siguió otro largo silencio.

Por fin el viejo Constantino alzó la vista.

Kustos va a decir algo más pero Molinar ya está ante la puerta. La abre. Da media vuelta y pregunta, ante los platos sucios:

—¿Recogemos?

"Don Cruz, yo lo considero a usted mi amigo, y además amigo de muchos años, y para siempre le voy a estar agradecido por todo lo que me ha ayudado. Ahora tengo muchos planes, y pienso que tendré aquí un próspero negocio, pero nada sería posible sin lo que usted ha hecho. No lo entiendo…, la verdad sea dicha no entiendo nada…, pero se lo agradezco", dijo. "Y ya sabe que confío en usted. Que hemos hecho los arreglos siempre como usted ha querido, que nunca dudo."

—No es necesario. Mando mensaje y vienen a recoger. O a veces hasta Zhenya recoge. Ya ven qué hizo hace rato. Me dijo la señora que fuéramos rápido. Vámonos. ¿Tiene sus cosas?

Kustos recoge su mochila. Nata teclea en su teléfono. Mientras tanto Molinar saca el suyo y lo mira.

Luego, bruscamente, se levantó y fue hasta don Cruz para decirle algo al oído. Emilio sintió el impulso de inclinarse hacia ellos para escuchar siquiera un poco, algunas de las sílabas que murmuraba su nuevo patrón. Pero no se movió.

—Tengo que comprarme otro teléfono —dice—. ¡Sigue sin haber señal!

Por fin Constantino dejó de hablar y regresó a su sitio. Se le ocurrió a Emilio que el hombre, al contrario de lo que había pensado, no se sentía ofendido por su presencia, y entonces don Cruz se levantó, con cierto esfuerzo, y apoyó las dos manos sobre la mesa, y de pronto habló con una voz clara y fortísima:

Nata abre la puerta.

—Sí nos vas a acompañar, ¿verdad, Zhenya? —dice en voz alta.

Kustos y Molinar salen tras ella. A Molinar le parece extraño ver, de nuevo, el pasillo ancho y limpio: le da la impresión de haber estado allí, hablando con la criatura, aterrado, temeroso por Kustos, hace mucho tiempo.

“¡No se sienta, por favor, por favor, no se sienta incómodo!”, dijo. “¡Mejor póngase cómodo, es decir, siéntese! ¡Y sepa! ¡Sepa que este muchacho es de toda mi confianza, y tendría, vaya, tendría que serlo: tendría que tener toda la confianza de usted también! ¡Ya está probado, ya está certificado, es leal, es noble, va a hacer toda su carrera aquí en el negocio! ¿Verdad, Emilio, hijo? No hay ninguna razón, don Constantino, para que usted vacile tanto, se ponga tan nervioso, en presencia de amigos. O de un amigo y un empleado leal y eficiente, como prefiera. ¡Y no ponga esa cara de desvalimiento o de sorpresa o de qué voy a saber qué es! Usted viene todo apenado a preguntarme, a decirme ‘¿por qué yo?, ¿por qué me eligió a mí?, ¿por qué me invitó a mí a venir a Morosa e invertir en lo que usted quería hacer?, ¿por qué me llamó cuando yo jamás he tenido experiencia ya no digamos en esto, ni siquiera en prostíbulos convencionales, y más bien soy un hombre de negocios cualquiera con ciertas aficiones? ¿Por qué no simplemente puso a su persona de confianza, a este muchacho Emilio o a cualquier otro, sin meterme a mí?’, y entiendo que le apene un poco decirme, preguntarme, todo, porque usted es un hombre serio al que le disgusta o bien le desagrada o bien no le parece muy bueno dejarse ver como alguien que duda y no entiende nada, y menos enfrente de alguien como… ¡Emilio, quédate ahí!”

Emilio, quien ya estaba levantado y apartándose de la mesa, obedeció.

Kustos cierra la puerta. Los tres caminan hacia el elevador.

La primera vez que vio al viejo Constantino, éste lo había saludado secamente y con una actitud que Emilio interpretó como desprecio. Pero ahora le parecía que el hombre estaba simplemente abrumado, en una situación que no comprendía en absoluto. Él mismo se había sentido igual, y en muchas ocasiones, durante sus viajes con don Cruz.

Los tres llegan hasta los elevadores. Molinar aprieta el botón de llamada.

—A veces Zhenya le habla a uno —explica Nata, sonriente — mientras está en la regadera, y entonces sí hay que decirle que no moleste…

“Lo entiendo, mi amigo”, dijo don Cruz, y su voz se escuchaba como antes: daba la impresión de que llenaba el comedor entero, como si saliera de un altavoz enorme y no de una garganta, “mi

querido Constantino, mi estimado amigo y socio, no entiendo que no le tenga confianza a la gente en la que yo, fíjese, yo, confío; en la que deposito, fíjese, mi seguridad. Yo lo busqué a usted, creo que alguna vez se lo dije, porque me parecía bueno que esto que yo quería abrir fuera también, aparte de lo que iba a ser, la empresa de un hombre de negocios pujante; pensaba eso y entonces me pregunté dónde habría alguien que comprendiera la naturaleza de un lugar como éste, que no se molestara con él, que lo cuidara y lo mantuviera, le diera su empeño, ¡su cariño, incluso! Que no lo quisiera convertir en un burdelito cualquiera, o transformar en una fábrica, o doscientas fábricas, o rentar los pisos como departamentos. No hay nada raro en esto: nada de malo en que uno quiera mantener la forma de sus deseos cuando llegan al mundo. No hay nada de humillante en que usted sea el agente de este deseo mío, el ejecutor, el socio, y además a usted le gusta y gana dinero y contribuye al progreso de este país y del mundo, ¡del mundo entero! Como quedamos, yo le doy cuando le haga falta y cuando no haga falta le pido un porcentaje razonable, más bien pequeño, diría, yo diría, pero el dinero no es todo en la vida, y en cualquier caso todo va muy claramente establecido, pues ya sabe que conmigo se pueden tratar esos asuntos. Ahora bien, si me lo permite, si no le molesta que siga por este camino, todas esas preguntitas de usted son razonables, comprensibles, muy sensatas, pero podría…"

> *El elevador tarda en llegar. Los tres se miran. Kustos cambia su peso de un pie a otro. Molinar rebusca en la cajetilla vacía de cigarros. Nata dice*:
>
> *—Tienes que acabar de decirnos lo que nos estabas diciendo, ¿eh, Zhenya?*

Al viejo Constantino, en este momento, le pareció que la luz de las velas temblaba y se oscurecía. Sombras que antes no había visto aparecían y desaparecían en el rostro de don Cruz, manchaban sus manos y todo su cuerpo, y lo hacían parecer todavía más frágil que antes, porque su cuerpo entero se volvía incierto, su misma forma temblaba y se estremecía. Y, a la vez, su voz continuaba escuchándose fuerte, y además empezaba a adquirir una resonancia distinta, metálica…

> *Hay un espejo en la pared a un lado de las puertas de los elevadores. Kustos se mira en el espejo. Su traje blanco tiene manchas y agujeros, producto de sus idas y venidas, de*

atravesar paredes y tal vez de aparecer y desaparecer. Su interior empieza a oler mal, aunque esto no se percibe si sólo se mira el espejo.

"Podría decir", siguió don Cruz, "es decir, yo, yo podría decir que le faltaron cosas por preguntar, cuestiones muy valederas que podría haberme hecho y que van más allá de estos asuntos tan interesantes pero, en el fondo, tan de poca monta. Por ejemplo, lo que sigue: '¿por qué, si usted puede crear un edificio como éste, más alto por dentro que por fuera, con tal cantidad de espacio, quiere dedicarlo a algo tan sórdido como una casa donde las personas paguen por copular con animales? ¿Cómo es posible que un edificio sea más alto por dentro que por fuera? ¿Cómo hace usted, por muy arquitecto que sea, para poner en el mundo semejante construcción? ¿Quién es usted realmente, que puede hacer tales cosas y tiene tales habilidades?' "

Tres rápidos golpes en la puerta lo hicieron callar. Las luces de las velas volvieron a brillar como antes. La puerta se entreabrió y Emilio pudo ver la cara de una empleada, que se asomaba: se veía aterrada y se dirigió a Constantino diciendo:

"Disculpe, señor, por favor, pero es que dice la señora Camelia que si ya les sirve el postre… La verdad me mandó hace rato…, pero no quería yo… interrumpir."

"En cinco minutitos", dijo don Cruz, pero la empleada siguió mirando a Constantino hasta que éste asintió con la cabeza. Entonces se retiró y cerró la puerta.

Molinar se mira también en el espejo. Ve que su saco y su pantalón están arrugados y tiene los ojos rojos. Tiene el aspecto que tendría tras una larga borrachera. Si hubiera cualquier modo de que su esposa o su hijo lo vieran ahora, piensa, no se quedarían indiferentes.

Don Cruz volvió a sentarse. Cuando habló su voz ya no sonaba (así lo pensó Emilio) más grande que su cuerpo, sino débil y cascada, como siempre.

"Le voy a decir", dijo, "una confidencia. Un secretito. No se lo había querido contar antes, pero si quiere se lo cuento ahora. Aquí Emilio, que le repito, es un joven de lo más responsable, de lo más serio, ya lo sabe, y ahora lo puede saber usted también.

"Tengo una… Algo. Guardado. En el último piso del edificio. Con toda propiedad, tendría que decir, que *reconocer* que esta cosa no es mía: no podría decir de ningún modo que lo es, pues ya

estaba aquí incluso antes de que estableciéramos nuestro humilde local, y de hecho por eso insistí en que todo se hiciera justamente aquí. Pero en todo caso, en todo caso lo importante es que tengo toda la intención de que eso…, lo que tengo guardado, se quede en un lugar donde se le cuide bien. No le estorba a nadie, cabe perfectamente en donde está, pero también tengo toda la intención de mantenerlo en secreto. Que sea un misterio, si así queremos llamarlo. Es lo de menos. Lo que importa es que esté a salvo. Bien. A cubierto. Protegido.

Nata se mira en el espejo. En especial mira su trasero. Hace una mueca y deja de mirarlo.

"Esto de lo que le hablo, este tesoro, tiene que ver con todo lo que ya tenemos aquí, todo lo que tan bien ha puesto usted y tan bien está. Los animales, la variedad… Y ésta es la razón, también es la razón, es otra razón, por la que lo fui a ver a usted. Me gusta que estas cosas sean bellas, ¿me entiende?, me gusta que su forma y su propósito y lo que puedan tener de raro se correspondan. Me gusta que quienes las visitan sean parte de esas correspondencias. Y yo sabía de la existencia de esto que le he contado, esto que tiene que ver tanto con los animales, esas criaturas tan nobles y sufridas, y pensé, me dije: ¿qué mejor para esconderlo?, me dije, ¿qué mejor que un lugar donde los animales sufren para nuestro placer? ¿Qué mejor que una cosa sea como el reverso, el complemento de la otra…?"

El Brincadero se convirtió en efecto en un negocio de gran éxito. Ni Emilio ni el resto de los empleados había previsto la cantidad de personas con intereses semejantes a los de su jefe, ni la eficacia de sus invitaciones, pero en los meses que siguieron a la cena de costillas y sopa la actividad de El Brincadero se multiplicó por cinco o por diez con la llegada de los primeros clientes extranjeros: centenares, provenientes de cualquier rincón del mundo… Todos quedaban encantados con el lujo de las instalaciones y la gran cantidad de alternativas que se les ofrecían. Muchos llegaban a pisos que se abrían y se amueblaban especialmente para ellos, y pagaban generosamente por todos los lujos requeridos.

Pero aquella noche, mientras llegaban los platos con el pastel y el servicio de café, don Cruz dijo:

—¡Cómo se tarda este elevador!
—¿No podemos ir por las escaleras? —pregunta Molinar.
Los otros dos se le quedan mirando.

—Sí —dice Molinar—. Sí, sí. Dije una estupidez.

"Ya se enteró, pues, don Constantino, y yo le ofrezco. ¿Quiere saber el secreto? ¿Quiere conocer lo que he escondido aquí? Si le parece que yo, de algún modo, por alguna razón, le debo esto, le debo el conocimiento de esto, dígamelo y participará en el secreto. Le tendría que pedir que no lo revelara y que mantuviéramos, ya sabe, el arreglo: que este edificio siguiera siendo lo que es, que no cambiara, que no se deshiciera de él. Nada de esto lo hará más pobre ni más rico, pero si quiere saber, sabrá. ¿Qué me dice? ¿Le digo? ¿Vamos a ver?"

Y el viejo Constantino, aunque hizo otra pausa larga y apartó la vista de los otros dos hombres, terminó por sonreír y responder solamente:

"No. No, gracias."

El viejo Constantino hizo un gesto y la empleada que había entrado con el café rellenó las tres copas.

"Pero ya verá", dijo Constantino. "Usted estará orgulloso de su edificio y de su socio. Mi amigo", y levantó su copa, "yo no sé qué dirán de usted en otros lugares, pero aquí yo digo que es un genio. ¡Salud!"

Los tres bebieron. Emilio notó una mirada furtiva del viejo Constantino, y se le ocurrió que deseaba ver su reacción a las burbujas del champaña.

"¡Salud entonces, mi amigo!", dijo don Cruz. "Y, perdonará usted que vuelva un poco sobre lo que ya conversamos tan sincera y tan amistosamente, ¿todo está entonces, como se dice, funcionando bien? No me ha dicho, ¿se porta bien este muchacho? Ha estado haciendo su trabajo, ¿no es así? ¿Se ha ocupado bien de todas las labores, digamos, de gerente, de administrador, de jefe por debajo del jefe? ¿No lo tiene, cómo le digo, no lo tiene a gusto, no está usted contento, no se siente confiado en lo que está haciendo?"

"Hace rato", replicó el viejo Constantino, "yo le iba a decir que estoy tan contento, que tengo tanta confianza en lo que hacemos… y en Emilio, claro…"

Por primera vez en toda la noche desde el comienzo de la cena, el viejo Constantino miró directamente a Emilio.

"Tengo tanta confianza", prosiguió, "que voy a tener un hijo."

Muchos pisos arriba, y cada vez más alto, en uno de los elevadores, Isabel está hablando por teléfono de nuevo.

—A ver —dice Isabel por el teléfono; está furiosa—. Ya saben que yo trabajo a esta hora y no siempre contesto las

llamadas. Cálmense. Empiecen otra vez. Y de uno en uno.

—Yo no le quería hablar —insiste la voz del joven Constantino; su voz suena como muchas otras veces—. No quiero…

—Marica —dice Edith Barba, y su voz se escucha más lejana.

—Cállate —responde el hombre—. Ella quiere que usted le diga si tiene…

—¿Qué?

—Agentes —dice Barba—. Espías.

—¿Qué? ¡No! —contesta Isabel— Claro que no. A mí lo que ustedes hagan no me importa.

—¿Ya ves?

—Quiero que me lo diga de frente —exige la mujer. Su voz *se oye más fuerte, por lo que Isabel deduce que ha arrebatado el teléfono*.

—¿Para qué? —dice Isabel— ¿Qué quiere usted? ¿Terapia?

—¿Podemos no meternos en problemas? —pide Constantino, desde más lejos.

Pero Edith Barba se pone a gritar. Isabel cuelga y, con los dientes apretados, dice:

—Qué ganas de fastidiar —al mismo tiempo que, aquí, la puerta del elevador empieza a abrirse.

—¡Al fin! —dice Kustos— Qué barbaro, qué lento, ya hasta Zhenya se fue. ¿Va a la velocidad de un elevador normal?

—¿Se fue? —responde Nata.

ESTO SUCEDIÓ hace casi un año. Iban a dar las ocho de la mañana. Los empleados estaban aún en los pisos del joven Constantino, pero ninguno se había atrevido a entrar en sus habitaciones y nadie, por tanto, podía entender lo que el hombre decía. Hablaba y hablaba: confundidas, mezcladas, amortiguadas por la distancia que las separaba de sus escuchas, las palabras sonaban a saliva atorada en la garganta, a estertores o escupitajos. Habló durante mucho tiempo y luego calló.

Los tres entran en la caja, que no viene vacía: en ella hay dos mujeres vestidas de mezclilla. Una de ellas abraza a la otra, que contiene el llanto, levanta las manos y las agita cerca de su cara y dice:

—Y entonces me dijo que ésas eran locuras de

menopáusica.

Las puertas se cierran.

—Quiero renunciar —dice la mujer—. Ya. No lo quiero volver a ver. ¿Con qué cara voy a llegar en las mañanas?

—No, no, espérate, Myrna —dice la otra mujer—. Necesitas… —se calla y mira a los demás con rabia. Luego murmura—: ¿Con qué vas a pagar tus cuentas? ¿Cómo vas a seguir viniendo aquí?

Señala hacia arriba con los ojos y la cabeza.

—Estaba pensando en decirles que me lo vendieran —dice Myrna. Su *amiga abre la boca pero no dice nada—. A Jorge… al ingeniero lo quiero, lo quiero mucho. Lo amo. Soy estúpida, ya sé.*

Hace una pausa y mira a Molinar, a Kustos, a Nata.

—Pero en cambio él…

—¿Tienes idea de todo lo que hace falta para mantener a un…?

Molinar abre la boca: iba a reír pero se contiene y sólo resopla. En vez de terminar su frase, la amiga voltea a mirarlo.

—Usted no se meta —dice la otra mujer—. Gordo idiota.

Ella y Myrna enrojecen de rabia. Kustos aparta la vista pero Nata lo mira también con expresión indignada.

La puerta del elevador se abre y las dos mujeres salen. Mientras la puerta se cierra, Kustos, Molinar y Nata alcanzan todavía a escuchar:

—¡Pervertido! ¡Puto! ¡Le han de gustar los ositos!, ¿verdad?

Luego, mucho más tarde, sólo Isabel se animó a abrir la puerta: el sol ya entraba por los ventanales y Constantino estaba en el suelo, desnudo y rodeado de charcos de vómito y brandy. Con unas tijeras había destrozado la tela de un cuadro de gran tamaño que representaba a su padre. Cuando lo levantaron para vestirlo y llevarlo con los doctores, Constantino dijo:

"Nadie, nadie, nadie me entiende. Tú no me entiendes. Tú tampoco me entiendes. Eso me pasa por rodearme de ustedes. ¿Pero por qué me pasa? ¿Por qué me pasa? Díganme por qué me pasa. ¿Qué hice, qué le hice, qué les hice?"

Isabel buscó a Edith Barba y no la encontró. Tiempo después se enteró de que ella y Constantino habían peleado y ella se había ido a unas breves vacaciones a la playa, con algunos amigos. Este día, aún sin saber esa parte de lo ocurrido, su único comentario fue:

"No se puso así cuando su infarto."

Varios días después, en toda la torre se rumoraba que un empresario podría comprar el edificio y convertirlo en un hotel o quizá en un burdel "de a de veras".

Isabel se burló de la idea, que había llegado incluso a sus empleados de más confianza y a los miembros del grupo secreto:

"No vamos a vender", dijo, varias veces, a varias personas. "Ya lo saben."

Pero los alarmistas pensaron que la insistencia de Isabel era una mala señal, y a los pocos días tuvo lugar el incidente de los camiones.

> *El elevador se pone de nuevo en marcha.*
>
> *—¡No, no! —se queja Nata— "¿No gravita la Tierra? ¿La materia doliente no atrae a la materia?"*
>
> *—El nombre del piso, ¿verdad? Al que tenemos que ir —dice Molinar. Kustos nota que se ha puesto rojo.*

En 1950, EL VIEJO CONSTANTINO ADOPTÓ UN NIÑO, de pocas semanas de nacido, al que llamó José Constantino Arocena Jiménez: el viejo no se casó jamás, como había sido su propósito desde el comienzo, pero el bebé, recién sacado del orfanato, recibió como segundo apellido el del funcionario del registro civil, quien se negó a repetir los dos del padre en los renglones correspondientes del acta. Ya era bastante irregular –dijo– que no fuera una pareja la que recibiera a la criatura. El viejo lo dejó quejarse e incluso le ofreció un poco más de dinero; hubiera preferido dejar al niño su propio apellido materno, pero sólo hasta algunos años más tarde llegó a pensar que aquel error, aquella imperfección en sus planes, era un signo.

> *—Nos está dando más detalles del tipo ese —comenta Kustos.*

El niño parecía hermoso: era de piel blanca, ojos azules y cabello claro. Tiempo después el viejo Constantino leyó que todos los bebés, incluso los más feos, *inspiran* en los adultos cierto instinto protector del que se deriva la impresión de su belleza uniforme…

> *—¿Shen-ya?*
>
> *—Sí, Zhenya —dice Kustos—. Lo que me hace pensar…*
>
> *—¿Cómo lo pronuncia? Yo no puedo —se queja Molinar.*

Al crecer, el pequeño resultó lo contrario de lo que su padre adoptivo había deseado: no sólo se le oscureció el cabello; no sólo resultó tener ojos pequeños y muy separados, labios colgantes, la

nariz demasiado ancha y tosca, sino que la cara entera se volvió una luna vasta, fofa, en la que todos los rasgos se perdían y ninguno parecía tener relación con los otros.

> *—Tuve suerte. Cuando tomé clases de ruso no fui el mejor alumno, pero tenía una maestra que nos insistía mucho en la pronunciación correcta. Por ejemplo, para el sonido* zh *nos decía "¡Como las abejitas! ¡Zhhhh!", y se ponía a aletear. De hecho nos ponía a aletear a nosotros también. Se llamaba Svetlana y pedía que la llamáramos Svetia —Kustos hace como que aletea con las palmas de las manos y vuelve a decir: —¡Zhhhh!*

Llegó a ser tan alto como su padre, pero engordó muy pronto, y la barbilla se le perdió en pliegues blandos y húmedos. Siempre estaba sudando, como si estuviera nervioso: como si no pudiera olvidar el hecho repulsivo de su propia fealdad.

> *—¿En serio? —pregunta Nata.*
> *—No me dirán que esas cosas no se olvidan —sonríe Kustos.*

Además, realmente no podía: el viejo nunca pudo decir si su desagrado apareció antes que el rencor de su hijo, pero el joven Constantino fue, muy pronto, voluntarioso, terco, pronto para la ira, capaz de arrebatos que duraban horas y en los que siempre terminaba tirado en el suelo, pataleando, con tal rabia que a veces no podía ni gritar y se quedaba con la boca abierta, como esperando a que el aire volviese a sus pulmones. El viejo Constantino se acostumbró a decir:

"Desde luego", al descubrir cada nuevo problema y al padecer cada nuevo disgusto. Desde luego, el niño era distraído y no pasaba de ser un alumno mediocre en las escuelas; desde luego, carecía de amistades verdaderas y le costaba procurarse lealtades a la fuerza o por interés; desde luego, no era ingenioso, rápido ni fuerte; desde luego, no entendía el valor del dinero y en cuanto lo tuvo se dedicó a malgastarlo.

Y, desde luego, no sentía ninguna atracción por los animales. No heredó nada del afecto secreto, del impulso que el viejo Constantino había encontrado en sí mismo desde antes de su primer recuerdo. Si el viejo le llevaba un cachorro, una criatura inofensiva, tan sólo para que se acostumbrara a su presencia, el niño salía huyendo: lo hizo desde antes de aprender a caminar y el viejo llegó a odiar esas

escenas porque su velocidad era sorprendente, como si él mismo fuera un animal, habituado a andar en cuatro patas.

La segunda vez que Emilio visitó con don Cruz el piso privado del viejo Constantino, el niño tenía ya, en realidad, trece años cumplidos: crecía con rapidez y ya le había cambiado la voz. Nuevamente cenaron los tres, pero el viejo Constantino los recibió ahora con las luces apagadas en el comedor y la vista fija en el ventanal abierto a la noche. Bebía de una botella de vino de la que no ofreció a los otros y apenas habló durante la cena. Sólo al final dijo:

"Yo no siento ninguna culpa. Usted lo sabe. Y usted también. Yo sé lo que me gusta hacer y al negarlo me estaría negando a mí. Soy quien soy. Y desde el principio me dije que podría ser hipócrita en cualquier cosa que me hiciera falta, en mis tratos con cualquiera, pero nunca en esto. Todo hombre tiene que tener una verdad y ésta es la mía. No me importa que sea una verdad así. Tampoco le importa a nadie más, y hasta podría decir que es una verdad mejor que otras, porque a nadie le hace daño."

—Debí haber dicho el nombre del piso antes —reconoce Nata—. Ahorita quién sabe a dónde nos está llevando.

"No piense que me creo un buen hombre: he hecho muchas cosas malas, a veces por necesidad y a veces, sí, por gusto. Pero yo sé algo que no saben las personas que dicen defender la 'pureza', que dicen defender la 'decencia': yo sé lo que me gusta. Yo sé lo que me pide el cuerpo. Y sé que lo que hago por mi cuerpo me hace bien, porque vivo tranquilo. Y saberlo es algo muy bueno. No tengo que preocuparme de que me quieran, o de que yo los quiera de verdad. Sólo le hacen falta a una parte de mí y el resto…, el resto puede hacer lo que quiera. Puede dedicarse a trabajar. Puede estar tranquilo. Le repito que vivo muy tranquilo. No estoy sujeto a lo que ustedes están sujetos. No necesito a nadie. Lo único que pido además de todo esto es lo que pide cualquiera: que no se acabe todo de golpe. Que deje yo algo. Ese niño…, ese muchacho, ya es un muchacho, habría tenido una vida muy infeliz. Habría sido un obrero, o un campesino, o un delincuente. Tal vez, a estas alturas, ya estaría muerto. Y en cambio está aquí. Ya se salvó de ser un cualquiera. Nada le falta ni le faltará jamás. ¿Es mucho pedir que… mi hijo…, que la persona a la que he elegido…, la que heredará todo esto que he podido construir con mi esfuerzo, y con la ayuda de usted, claro…?"

—Así era un gato que adopté —dice Nata.

—¿Un gato?

—Yo pensaba que lo estaba salvando. Y me daba alegría.

"Siga, siga", dijo don Cruz.

—Señorita Nata —dice Molinar—, ¿el elevador viaja a…? ¿Viaja a la velocidad normal de los elevadores?

Emilio nunca lo había escuchado decir tan poco. Se mantuvo en silencio, como acostumbraba hacer en la presencia de los otros dos hombres, pero esta vez don Cruz también se tardó en volver a hablar.

Kustos va a decir algo pero Nata se le adelanta:

—No, claro que no. Seríamos ancianos antes de llegar a otra parte. Pero igual toma tiempo. Ni modo. Paciencia.

Pasó un momento. Emilio miraba al viejo y al más viejo, que a su vez miraban a la pared o al techo o a la débil luz más allá de la ventana.

"¿No puedo soñar al menos", preguntó el viejo Constantino, de pronto, "con verlo tan tranquilo como yo? ¿No puedo aspirar a que tenga todas las ventajas que yo he tenido? No quiero que todo el mundo sea como yo, aunque de verdad, señor mío, de verdad se lo digo, yo pienso que estaríamos mucho mejor. Las guerras ocurren por culpa del deseo. Porque no nos separamos del animal, porque no lo mantenemos a raya, porque dejamos que nos ocupe todo el cuerpo y que nos vuelva animales…"

Molinar cruza los brazos, los descruza y los vuelve a cruzar.

Luego camina los dos pasos que lo separan de un extremo de la caja del elevador, da media vuelta y camina hacia el extremo opuesto.

Luego mira el techo, el piso, otra vez el techo.

Luego se busca en los bolsillos, pero los cigarros, efectivamente, se acabaron hace mucho.

Al responder, don Cruz no levantó la voz, aunque el tono de sus palabras fue el de siempre:

"Las gentes de mi tierra hubiesen dicho que usted, don Constantino, querido amigo, que usted es un visionario", dijo. "Creo que hasta se lo he dicho ya."

“No estoy loco”, respondió el viejo. “No lo estoy. Es más, estoy convencido de que esto que pienso, y que no es la locura, se puede enseñar. ¿No dicen también, los doctores, los psicólogos, que uno aprende estas cosas aunque no quiera o no se dé cuenta?”

Al día siguiente de su reunión con don Cruz y Emilio, el viejo Constantino decidió no esperar más. Pero la primera tentativa fue la última: desnudo, de pie en el cuarto ante el animal que lo esperaba debidamente atado y listo, el muchacho se mostró horrorizado y no consiguió obedecer a su padre. Éste se burló de su cuerpo “blando” y “flojo” (utilizó ambas palabras) y le prohibió que llorara. Como, de inmediato, el joven Constantino empezó a llorar, el viejo sentenció que, sin duda, no era capaz de obligarse, de dominar su carne. Para demostrarle cómo hacerlo se desvistió, mencionó el hecho de que su cuerpo seguía delgado y saludable a pesar de tener casi cuatro veces la edad de su hijo, y se afanó por un rato con el animal.

Cuando terminó, y se apartó de la criatura, su hijo intentaba abrir la puerta del cuarto. Seguía desnudo pero sostenía sus ropas, hechas un bulto del que, en su forcejeo, caía de pronto la trusa o un calcetín. El viejo Constantino le dijo que no era más que un ser débil e indigno. Iba a ordenarle que mirara al animal, que se concentrara en sus ojos, cuando el muchacho saltó sobre él y comenzó a golpearlo. Hicieron falta dos empleados para apartarlo y reducirlo.

> *—Qué horror —dice Molinar—, qué bestia.*
> *—Zhenya, ¿esto lo sabe la señora? —pregunta Nata.*
> *Las luces en la caja parpadean una vez.*

Algo de piedad le impidió al viejo deshacerse, como podría haberlo hecho sin dificultades ni consecuencias, de aquella “basura” (así dio en llamarlo). En los años siguientes, mientras lo miraba crecer en tamaño y en fealdad, mientras escuchaba los informes sobre sus encuentros con mujeres y hasta algunos hombres, mientras pagaba las cuentas de sus viajes, su ropa, sus fiestas, sus escuelas, se vio incapaz de desprenderse de la pena que le inspiraba aquel muchacho que se hacía hombre y lo odiaba.

Tardó mucho en concebir una solución a su problema: ocurrió hasta años después, poco antes de su muerte, y nadie supo de sus planes durante mucho tiempo. Su carácter se había agriado y tenía frecuentes accesos de furia: de vez en cuando atacaba a empleados y animales que estuvieran cerca, e incluso había golpeado, en una ocasión, a un par de clientes, con las consiguientes dificultades.

Muchos lo evitaban. Él, como más de veinte años antes, vagaba solo por los pisos aún vacíos del edificio, o se encerraba durante largos periodos.

—Se entiende un poco por qué el tipo es como es.

—¿Constantino? —pregunta Molinar.

—Sí —dice Kustos.

—Es que Zhenya cuenta así —dice Nata—. Prepara las cosas.

—Pero entonces ¿sí va a contar lo que le pasó a usted, como cuando se puso a hablar de mí?

El elevador se detiene y las puertas se abren.

Entra, tambaleándose, un muchacho. Apenas debe pasar de los veinte años. Está desnudo. Cojea. Tiene pintado en la cara un bigote negro y retorcido.

—¿Éste es el piso de los… esos? —pregunta.

—¿De los qué? —pregunta Molinar.

—Los esos. Que tienen así. Y las patas.

—¿Alguna otra característica? —pregunta Nata, servicial.

"Si DIOS EXISTE, SEÑOR KUSTOS", repitió el joven Constantino, "Dios es un imbécil, una voluntad ciega que conduce al universo sin mirarlo y sin mirar a dónde lo lleva."

—Y justamente ahorita que Zhenya está empezando otra vez con lo interesante —se queja Kustos.

—No se enoje conmigo —dice el muchacho—, yo estaba chupando tranquilo. ¡Y los cabrones me pintaron con el marcador! ¡Mire!

Se frota la piel sobre el labio superior; los tres se acercan un poco a mirar y notan que, en efecto, el bigote fue pintado con tinta indeleble.

"Kustos", añadió el joven Constantino. "¿Qué significa su nombre?"

"Le cuento si primero me dice a qué viene lo de Dios."

Estaban sentados en los sillones de cuero negro. Kustos permanecía agitado por sus horas de extravío en los corredores: de vez en cuando, mientras el joven Constantino miraba hacia otra parte, buscaba su reflejo en el vidrio o el metal pulido de los objetos. Los dos bebían whisky despacio y conversaban como si fueran amigos.

—¿No tienes frío? —pregunta Molinar.

—Este piso —dice el muchacho—no es en el que yo estaba, ¿verdad? Me vinieron a echar. ¡Chago —grita—, eres un puto!

"Proyectos como éste", dijo Constantino, "tienen ya cierto tiempo en otros lugares, según sé. Aquí empezó hace relativamente poco. Unos cuantos años. Desde que…"

—¿Sostienen por favor la puerta? —dice Nata, y ya está saliendo de la caja. Molinar se recarga en una de las hojas, Kustos en la otra, y el muchacho se sienta en el suelo muy bruscamente o bien se deja caer y aterriza en su trasero. Nata se asoma a la placa de metal que está fija al piso, cerca del suelo, y lee—: "Pues Vive En Partes Donde La Tristeza Muere".

—¿Te suena? —pregunta Kustos— ¿Te suena esa frase?

—¿Eh?

—Está perdido —dice Molinar.

—Mejor que no esté perdido —contesta Nata—, porque sí ha pasado. Que se equivocan de piso, o no se fijan, y para ponerlos donde deben estar es muy difícil.

—¿Alguna vez se ha perdido alguien para siempre? ¿Que nunca lo hayan encontrado? —pregunta Molinar.

En ese momento tocaron a la puerta. Dos golpes rápidos y luego otros tres, más lentos.

Constantino se levantó a abrir. Entró una mujer menuda, pelirroja, con los ojos ocultos detrás de lentes oscuros. La mujer miró a Kustos de arriba abajo.

"Justo a tiempo", dijo Constantino. "Ésta es la maestra Barba. A lo mejor le contaron algo de ella."

—No que yo sepa —responde Nata, al mismo tiempo que las luces parpadean una vez.

—¿Usted conoce al Chago, al Ávatar? —dice el muchacho, todavía en el suelo. Las luces vuelven a parpadear.

—Por favor, Zhenya —pide Kustos en alta voz—, no te pongas a contar del caso que dice Nata. Ni del Ávatar, sea quien sea. Ni del Chago.

—¿Qué clase de apodos son ésos?

Con alguna vacilación, Kustos levantó la mano para estrechar la de Barba. Ella no se movió. Kustos, con la mano tendida, dejó pasar

unos segundos.

"¡Maestra!", dijo Constantino. "Justo a tiempo, ya lo decía… Éste es nuestro invitado. Ya ve que…"

"Señor Arocena", dijo Barba.

Los tres guardaron silencio. Kustos se decidió a bajar la mano.

> *—Gracias —dice Kustos.*
>
> *—Ya suelten la puerta —dice Nata—. A ver, ven acá —agrega, y tira del muchacho para levantarlo. Cuando lo ha conseguido lo jala al interior de la caja— "¿No gravita la Tierra? ¿La materia doliente no atrae a la materia?"*
>
> *Las puertas se cierran y el elevador se pone en marcha otra vez.*
>
> *—Lo vamos a tener que poner en Objetos Perdidos.*

"¿Le hizo las preguntas?", preguntó Barba.

"Sí."

"¿Quedó satisfecho?"

"Sí."

"¿No se le fue nada?"

"¡No, claro que no!"

Ninguno de los dos lo miraba siquiera. Kustos pensó en sentarse y continuar bebiendo su whisky. Luego se preguntó si podría excusarse y esperar afuera a que terminaran de conversar: el joven Constantino hacía grandes gestos con las manos, subía y bajaba el tono de su voz, se aclaraba la garganta, se tocaba los labios con una mano casi después de cada frase, y en cambio Barba lo observaba con los brazos cruzados, bien erguida, sin cambiar la expresión de su cara.

> *—¿Objetos perdidos? —pregunta Kustos.*
>
> *—Es un decir. Como vamos a la administración, mejor que se quede ahí. Le darán de comer y una cama. Mientras, su gente puede preguntar por él. ¿No le ayuda? —dice Nata a Molinar, y éste la mira con cara de desconcierto. Luego entiende, se quita su saco y lo pone sobre los hombros del muchacho, quien se ha sentado en el piso de la caja.*

"No me diga", prosiguió Constantino, "que sigue sin confiar en mí."

Un lado de la boca de Barba se torció, ligerísimamente, hacia arriba.

"¿Cómo cree?", preguntó. "¿Acaso no he visto todo lo que

ocurrió?", dio un paso hacia él y, levantando la mano, tocó uno de sus brazos. "¿Acaso no lo he acompañado?"

> *Cuando se aparta de él, Molinar va a una esquina de la caja y se queda de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza gacha. Kustos piensa que el hombre se comporta como si estuviera desnudo. No debe gustarle estar en mangas de camisa: debe pensar que su pecho y su vientre son realmente enormes*.

Al contacto, el joven Constantino se envaró. Era mucho más alto que Barba, e inclinó la cabeza como para mirarla, pero Kustos notó que miraba sus propios pies, o tal vez la mano de la mujer, que avanzaba hacia su vientre sobre la tela de su camisa.

"No", dijo el hombre, tenso; le temblaba la voz, "digo, sí, claro que sí. Aquí ha estado conmigo."

Barba detuvo su mano cerca del pecho de Constantino.

"¿Y no lo he ayudado?"

> *—Nada más le faltaría hacer un poco de ejercicio, comer mejor —empieza Kustos, pero no dice más*.

"Me ha ayudado como ninguna persona en el mundo."

De pronto Kustos tuvo una idea:

"Mire, no quiero ser inoportuno", comenzó, "pero debió estar aquí hace rato", se puso de pie. "Debió ver cómo me interrogó el señor Arocena. Constantino: voy a llamarlo así. ¡Debió ver su cara! Fiero. Rudo. Apenas hemos hablado pero yo no sospechaba que pudiera tener semejante actitud", gesticulaba. "Maestra Barba, yo soy una persona que tiene cierto conocimiento de la vida, ¿sabe? No soy un inocente, sé perfectamente lo que ocurre aquí, no ignoro las cosas que pueden suceder cuando las personas se embarcan en un secreto, cuando tienen una misión que las sobrepasa y las justifica, cuando sienten que el mundo entero debe ser mantenido a raya, afuera, para que nadie sepa lo que se debe ocultar, para que la misión pueda cumplirse. Para que el destino tremendo que se espera pueda llegar al fin. ¡Yo sé de eso! ¡Sé de los deberes con los que hay que cumplir y sé del valor, de la dureza, que hacen falta en ocasiones! Y debo decirle que el señor Arocena, que Constantino, ya casi lo siento como mi amigo, que Constantino fue muy duro conmigo. No me dio cuartel; me interrogó, me presionó, no quedó satisfecho hasta que le hube demostrado más allá de toda duda que yo no era un espía. Nunca flaqueó. Nunca se ablandó. Nunca me

habló con amabilidad. ¡Es una fiera, y ahora brindo por él! ¡Salud!", bebió el whisky que quedaba en su vaso, y se volvió a mirar al hombre y la mujer. Ella estaba atónita y él sonreía por primera vez.

—¡Fiera! —Molinar alza la cabeza y aplaude. Nata mira desconcertada a los dos hombres. El muchacho se tiende de espaldas.

—Gracias —Kustos sonríe —. Aunque, bueno, siempre lo más difícil no es eso, el discurso, sino hablar de cosas normales. Cuando se quiebra el mundo nadie dice "oh, el mundo se quiebra": se ponen a hablar del trabajo, de las amistades, de lo que les gusta ver en la tele…

—¿Qué es eso de que se quiebra el mundo?

El muchacho abre la boca y dice algo que nadie entiende.

Kustos, Barba y el joven Constantino hablaron de trivialidades. El clima, la política, los males de la ciudad de Morosa, que Kustos desconocía y que los otros dos le describieron con amargura y numerosos detalles.

"Los políticos hablan y hablan de progreso", se quejó Constantino, "pero yo los conozco. De hecho fui a la escuela con varios de ellos."

—Ay, no, esa parte sí la debería omitir porque fue aburridísimo. Luego de eso, con todo y que odiaba los políticos, siguió como media hora sobre las elecciones, y qué amigos habían quedado bien parados, y no sé qué más…

Ricardo Molinar llegó a tener UNA HABILIDAD SORPRENDENTE para construir sus juguetes mecánicos, y éstos gozaron de mucha popularidad, pero después de su desaparición nadie continuó su trabajo. No hubo nadie tan competente para ocupar su sitio: Molinar nunca tuvo aprendices ni asistentes y la búsqueda de otro especialista dispuesto a trabajar en El Brincadero no prosperó. Además, Emilio García decidió tras algún tiempo que no deseaba conservar criaturas mecánicas que imitaran a las vivas.

—Pues ya lo omitió —comenta Molinar.

—Güey, güey —dice el muchacho, y agita las manos—. Que dos lesbianas se besen sí me gusta, pero dos hombres me da asco…

—¿Qué se habrá metido éste? —pregunta Molinar a Nata y a Kustos. Ella se encoge de hombros.

Las especulaciones (Molinar y García habían sido los mejores amigos) fueron silenciadas; ignoradas las quejas de los clientes que gustaban del servicio, y el piso donde Molinar tenía su taller se cerró, como muchos otros, sin que nadie se molestara en vaciarlo.

—¿Zhenya? —dice Kustos— Zhenya. Ya.

Casi treinta años más tarde, Edith Barba volvió a abrir las puertas del taller y se encontró con una cueva negra: el polvo acumulado se elevaba en montículos irregulares, colgaba del techo en largas estalagmitas y se resistía a los pies que deseaban avanzar sobre él y a las manos que deseaban moverlo. Pero todo estaba como lo había dejado su antiguo dueño: bancos de trabajo, máquinas, herramientas, una pequeña forja, piezas de metal por todas partes.

—Zhenya…
—Déjelo —dice Nata—. O déjela.

Lo único que Ricardo Molinar se había llevado consigo eran los planos de sus máquinas y otros documentos, pero en cambio había dejado un par de pequeños esqueletos a medio disecar: Barba los descubrió sobre una mesa, pegados todavía a trozos de algo que pudo ser piel o músculo.

—¡Zhenya!
—¡No lo haga enojar! —dice Molinar— O no la haga enojar. ¡Acuérdese de que es temperamental!

La reacción de asco que le provocó el descubrir los despojos la convenció, sin embargo, de que había llegado al lugar correcto: las jornadas podrían ser duras, complejo el trabajo de realizar los proyectos, pero todo sería una labor de limpieza: todo quedaría, al final, impoluto, brillante, libre de imperfecciones.

—Zhenya, no es justo.
—Ya, cabrón, te dije, yo soy machito —dice el muchacho en el suelo.
—¿Está bien? —pregunta Kustos.
—Drogado o borracho perdido —dice Molinar, quien recuerda, de pronto, a una amiga de su esposa, tendida en el suelo de un bar, insensible y con el pecho cubierto de vómito. Tenía la misma expresión de abandono.
Por su parte Kustos dice:

—Esto me recuerda una vez, en Chicago, que hablé con un fantasma. No era exactamente un fantasma, porque en realidad los fantasmas no existen…

ANTE BARBA Y CONSTANTINO, después de un rato de plática banal, Kustos empezó a impacientarse pero justo cuando estaba por decir algo, Edith Barba se puso de pie.

—…pero era algo parecido. Hablaba, uno podía platicar con él, y como que entendía, pero no del todo. No siempre. Y además nunca hablaba derecho: todo lo que decía lo decía en… ¿Cómo se llaman? ¿Unos poemas en que los versos siempre acaban en una de seis palabras?

"Creo que será mejor que vayamos de una vez. Hasta el último piso. ¿No, señor Arocena?"

Él respondió:

"Claro, claro que sí, claro que sí", y dijo a Kustos: "¿Está usted dispuesto?".

—Horacio —dice Molinar.

—Señor Kustos —dice Nata, casi al mismo tiempo—. ¿Ya oyó?

"Sí, sí", dijo Kustos.

Los tres salieron del cuarto y caminaron hasta el elevador. Cuando las puertas se abrieron, Barba dijo:

"Siempre me ha gustado, ¿sabe?, que nuestro proyecto, que está en contra de la confusión y la porquería y el excremento, exista aquí. Siento que es la señal de que vamos a ganar."

—¡Sextinas! —dice Kustos— Y además cada sextina era en sentido figurado. Una metáfora. El fantasma o lo que haya sido tenía razón en todo lo que decía, era buenísimo, inteligentísimo, pero nadie entendía nada: había que aprenderse la sextina, pensar un rato en qué quería decir, entenderle a tal o cual simbolismo…

—¡Horacio!

—¿Qué cosa?

Kustos, Barba y Constantino entraron en la caja del elevador.

" 'Tengo mi felicidad intacta porque con ella no he podido hacer feliz a nadie' ", dijeron Barba y Constantino, casi al mismo tiempo, mientras la puerta se cerraba.

—¡Ah!

"¿Cómo dicen?", preguntó Kustos.

"Es la clave."

"¿Qué clave? ¿Como la clave de la entrada?"

El elevador se puso en movimiento. Ninguno de los dos dijo más.

—Ya era hora. ¡Gracias, Zhenya!

—Le digo que siempre regresa —dice Nata.

—Qué raro que en ese momento no entendí nada de lo que decían sobre los nombres de los pisos…

—¡Ya cállate! —grita el muchacho en el suelo. El elevador se detiene.

El elevador se detuvo con una desaceleración tan brusca que Kustos, aturdido, hecho un ovillo en el suelo de la caja, sintió que se elevaba por un instante y temió golpearse contra el techo. Fugazmente, además, se le reveló una imagen más terrible: tal vez, si no se cuidaba, el techo del elevador no sería una lámina de metal sino una hoja de papel, o de aire, y él la atravesaría, y seguiría subiendo, cada vez más rápido, por un pozo que tal vez sería en realidad el esófago de una criatura enorme, o acaso no estaría allí siquiera: acaso estaría subiendo por el cielo, rodeado por las estrellas inalcanzables y el frío más espantoso…

—Ay, perdón —dice la mujer al otro lado de la puerta. Lleva una cubeta y un trapeador y viste un sencillo uniforme de afanadora. Mira el cuerpo desnudo del muchacho, del que se ve bastante.

—Silvia —dice Nata, seria—, ¿no le dijeron que estos elevadores son para clientes?

De pronto se dio cuenta de que estaba fuera del elevador, tendido en el suelo duro y cubierto con alfombra de mala calidad, y dos pares de brazos lo ayudaban a levantarse. Eran dos hombres rubios, muy parecidos entre sí y vestidos con playeras y pantalones semejantes.

Silvia se marcha y la puerta se cierra. El elevador vuelve a ponerse en marcha.

"¿Está bien?", volvió a preguntar el joven Constantino.

"¿Qué le pasó?", preguntó Edith Barba.

—Debo haber estado aturdido todavía —dice Kustos— porque le dije cualquier cosa.

"Algo que comí por la causa", contestó. Barba y Constantino se miraron y no le respondieron.

Mientras avanzaban por el corredor en dirección a la puerta de entrada, Kustos se enteró de que el piso entero pertenecía, como tantos otros arriba y abajo, a Constantino y su gente. A esos cuartos y "espacios" privados, que no eran parte de El Brincadero, no entraban sino ellos, y los únicos empleados del resto de la torre que llegaban a ir con alguna frecuencia iban en calidad de sirvientes. Kustos notó que la decoración era distinta de todas las que había visto antes en el edificio: la alfombra era gris pizarra y las paredes estaban recubiertas de hojas de plástico blanco.

"¿Le gusta?", preguntó Constantino.

"Es un diseño sobrio", dijo Barba. "Si usted llegara aquí directamente jamás sospecharía que abajo hay un burdel."

"¿Le pertenece?", preguntó Kustos.

"Es un territorio libre", dijo Barba.

"Es nuestro país privado", dijo Constantino. "Un día lo vamos a declarar nación independiente. La República Jardín Número 1. Vamos a tener representación en la ONU."

"¿De qué hablas?", se quejó Barba.

—¿Es ahí donde lo tienen? —pregunta Molinar— ¿El jardín?

—Lo que yo pensaba que era el jardín.

—No sé qué será —dice Nata—, pero jardín no es. No el que yo sé.

"Bueno, no, no es cierto."

"Claro que no es cierto", dijo Barba, y otra vez un lado de su boca se torció, ligerísimamente; Kustos entendió que ella sonreía así. "Este hombre tiene delirio de grandeza, no le haga caso."

"¿Me está diciendo que esto no va a ser grande?"

"¡Claro que va a ser grande, señor Arocena…! Usted sabe que va a ser grande…"

"Oh, ya sé, ya sé", dijo Constantino, con una sonrisa mucho mayor, y una de sus manos se acercó al torso de Barba y casi llegó a tocarlo.

—Cerdos —dijo el muchacho ebrio.

—Los que eran raros —le dice Kustos sin pensar— eran los

Olafes.

—¿Quiénes? —dice Nata.

Los dos hombres que habían ayudado a Kustos seguían con ellos pero un poco detrás, caminando al unísono. Constantino dijo a Kustos que ambos se llamaban Olaf y eran ayudantes de Barba, "seleccionados entre los mejores ingenieros".

"El requisito primordial para que trabajen con nosotros es el compromiso, claro, pero si no hay talento no tiene sentido."

"Estos dos son tocayos", dijo Constantino, "pero uno es de… ¿dónde?"

"Uno es sueco. El otro es de Belice."

—Zhenya, ¿no podrías concentrarte en lo que estaba pasando? Creo que realmente no me gusta esto de ir en elevador…

Tiempo después, bajando en el elevador y mientras se le metía en el cuerpo la imagen invertida del malestar de poco antes —la impresión de una caída interminable hacia las entrañas de un monstruo, o hacia el infierno, o hacia el sueño de los muertos, que es como escuchar sin fin el mismo ruido sordo, sentir el mismo agarrotamiento, pensar el mismo instante embrionario de la idea terrible–, Kustos procuraría asirse del recuerdo de los Olafes, los falsos gemelos, que estaban aprendiendo español y ahora, mientras los cinco se detenían ante la puerta que decía

, dijeron:

"No olviden ponerse su traje de seguridad, cuidado."

"Importante."

—¿Tenía un rayito pintado, el cartel?

—Sí —dice Kustos—. ¿Cómo sabe?

—No sé —dijo Molinar—. De pronto se me reveló.

—Qué raro es usted, Francisco.

La puerta era hermética, una esclusa como de película, que se abrió con un silbido de aire cuando uno de los Olafes marcó una combinación en el tablero electrónico de la pared. Al mismo tiempo se encendieron torretas rojas y amarillas y sonó un timbre agudo y constante. Los cinco entraron a una estancia de gran tamaño, ahora de suelo y piso blancos, y esperaron a que la puerta volviera a cerrarse.

Cada uno pasó a un pequeño cubículo donde dejó su ropa y se puso un traje de seguridad: un overol blanco, botas y guantes de plástico grueso. Kustos dejó ahí su mochila.

"¿Para qué es esto?", preguntó Kustos al salir de su cubículo.

"¿Cómo que para qué?", le respondió Constantino.

—¡Ah, entonces ahí fue que se consiguió esa ropa! —dice Nata—. ¿Qué es eso, un traje antirradiación?

—¿No podrían al menos apagar la luz? —se queja el muchacho.

Las luces se apagan.

Entonces abrieron la segunda puerta, igual a la primera pero en la que había fijo otro letrero:

—¿Shenia? —dice Molinar en voz baja.

—¡Zhhh! —replica Kustos.

—¡Shhh! —dice Nata— Claro que es Zhenya. Está ayudando a este pobre que viene con nosotros. Cállense.

—Esto no me gusta —dice Molinar.

"¿Y esto?", preguntó Kustos.

"Éste debería ser el nombre del piso", dijo Edith Barba. "Como usted sabe, la flor que queremos plantar es otra."

"Por eso le decimos jardín", dijo Constantino.

Kustos tiembla muy levemente cuando advierte que la oscuridad no es completa. La caja del elevador no tiene controles ni indicadores, pero hay una luz tenue, de color púrpura o azul, que sale de las paredes, o más bien de los ángulos y los vértices en que se juntan las paredes. No ve ninguna fuente obvia de luz pero la luz está allí.

Éste, piensa Kustos, es un milagro relativamente pequeño. Otro más. Pero es hermoso. La luz viaja con ellos por el pozo larguísimo, la torre dentro de la torre, que los lleva despacio, y a la vez a una velocidad tremenda, a donde quieren ir.

Más allá de ellos se veía un nuevo pasillo, más amplio que el exterior y con una pared inclinada en la que se abrían varios grandes ventanales, pero Constantino se plantó ante Kustos y se quedó mirándolo.

Molinar, por su parte, no está asombrado, aunque le alegra que no esté tan oscuro como poco antes, en el pasillo, cuando se quedó solo con Zhenya. No desea saber más de este misterio en particular: hace años, leyó en algún sitio –de seguro una revista new age *de las que gustan tanto a su esposa– que el universo era la mente misma de Dios: que nada (ni los planetas, ni los seres humanos) era más que un pensamiento en el interior de ese cerebro enorme. ¿Qué pensaría ella de verlo ahora aquí, en el interior de Zhenya?*

"Hace tiempo…", dijo Constantino. "Hace mucho tiempo yo tenía una vida… sin rumbo. No tenía un propósito."

"Y entonces tuvo una experiencia importantísima", lo interrumpió Barba.

Constantino se sobresaltó, pero casi de inmediato dijo:

"En el año 2000 tuve un infarto. Me estaba muriendo. Y

sobreviví, y ahora me cuido un poco más, pero después de eso me di cuenta de que había vivido… nada más reaccionando ante ciertos traumas, ciertos problemas. Y uno de los mayores…"

"Es este lugar, que fue de su padre…"

—Tienen unas ideas muy raras —dijo Kustos—. Ellos.

—¿Cómo qué?

—Según esto, lo primero que hay que reconocer es que la humanidad es un fracaso.

—¿Toda la humanidad?

—Y todo lo que hemos hecho. Todo sería un fracaso y ya habría pasado su tiempo… Que todo se va acabar. Es más, se tiene que acabar. Dicen. Incluyendo a la gente.

—Más bien sería que la gente mejorara para que no se acabe todo —dice Molinar—. ¿No? ¿O qué?

"Yo lo puedo decir, maestra, gracias", dijo Constantino. "Este lugar que fue de mi padre siempre me pareció un horror, una cosa espantosa, una vergüenza. Una muestra de la verdad sobre el ser humano. Yo no podía vivir sabiendo que esto estaba aquí, pero nunca hice nada al respecto hasta que tuve el infarto. Pero ahora, con el derecho que me da ser el heredero de mi padre, uso parte de este edificio, de este espacio…"

—¡Ja! —se burla Nata— Sigue pensando que el edificio es suyo.

"Para algo distinto", dijo Barba. "Mejor. Por eso cuando me conoció y supo lo que me interesaba…"

Constantino se volvió hacia ella y Kustos comprendió que estaba molesto.

—Oiga lo que va a decir, Francisco.

"¡Cuando supe lo que le interesaba me interesó a mí también! ¿Me permite?"

Pero en vez de continuar se hizo a un lado y entró en el pasillo. Kustos y los otros lo siguieron. Todos los ventanales miraban a grandes cuartos en el piso de abajo, muy altos y aislados entre sí por paredes de metal; asomarse era como mirar un anfiteatro o un espacio para animales peligrosos en el zoológico.

Kustos pensó, desde luego, que esta última era la imagen más apropiada porque en el cuarto, en cada uno de los cuartos, había un animal.

“Ésta es una parte de nuestro jardín. Del primero. Un día tendremos más.”

“Son de metal”, dijo Kustos.

—Le dije que tuviera cuidado, maldito Ávatar —dice el muchacho, a nadie.

Tiempo después, en el elevador y de regreso, también trataría de recordar las colas, las patas, las cabezas, alas y cuerpos de metal. En este momento, luego de observarlas por un rato, moviéndose de un ventanal a otro, Kustos pensó que tal vez era incorrecto describirlas como animales de carne: no todas las criaturas tenían fauces; no todas tenían cuatro patas, o dos, o siquiera una de ellas; los ojos no siempre estaban en las cabezas y había otros elementos en los cuerpos que Kustos no supo identificar.

Algunas eran de colores uniformes –blancas, grises, negras– y otras parecían hechas de materiales muy heterogéneos e incluso piezas de desecho: aquí y allá se adivinaban en algunos cuerpos manchas de pintura brillante y hasta letras, números o logotipos, siempre cortados.

—¿Todo eso lo tienen? —pregunta Nata.

—Lo que creen es que la humanidad tiene que limpiar. O limpiarse. Extinguirse —explica Kustos—. Dejarle el lugar a otra cosa.

“Y se mueven”, dijo Kustos, fascinado.

Algunas eran pequeñas y otras muy grandes. En algunos cuartos había criaturas solas y en otros dos, o tres, o más; algunas estaban quietas, tendidas como si descansaran, y algunas más jugaban o peleaban entre sí: se arrojaban una encima de otra, se golpeaban…

“Como autómatas”, dijo Kustos, y en ese momento la criatura que estaba mirando saltó hacia él con tal fuerza que golpeó el ventanal. Kustos gritó y cayó al suelo. Más tarde recordaría haber visto claramente a la criatura –o a la máquina– por un instante, justo antes del golpe y del estruendo del metal contra el vidrio: tenía una boca repleta de colmillos –sólo eso podían ser– y muchos ojos redondos y negros, como de araña.

—¿Dejar lugar a qué?

—A otra cosa. Al siguiente paso de la evolución, o…

—¿No pasó eso ya de moda? ¿Lo del fin del mundo?

—¡Ah, no, no, para nada!

—Iba a ser este año —apunta Nata—. ¿No? La profecía salió en la internet y en la tele.

—Eso es la que esta gente cree. Yo he conocido a otros parecidos a estos que dicen que lo que uno tendría que hacer, es decir la humanidad, es suicidarse cuando ya esté todo listo o de preferencia de una vez.

—Eso es una locura —dice Molinar—. ¿O no?

—Esto no es nada —dice Kustos, y sonríe.

Los otros cuatro habían caído al suelo también, pero Barba se levantó casi de inmediato y se rio a carcajadas.

"¡Esto nunca había pasado!", dijo. "¡Nunca había pasado! ¡Es la primera vez que se pone así de agresivo! ¡Nos quiere matar!"

Por primera vez, Kustos la veía sonreír de veras. También la vio acercarse otra vez al ventanal y retroceder ante un segundo ataque y un segundo golpe contra el vidrio.

"Está blindado", dijo Constantino, como para tranquilizarlo.

"Pero un día se pasa de este lado", dijo uno de los Olafes.

Y el otro, casi al mismo tiempo, con enorme entusiasmo:

"¡No los fornicamos, nos fornican ellos!"

—Jardín sin plantas —dice Nata.

—Sí, en ese jardín no hay. No sé por qué. Puro animal.

—Pero no son animales —dice Molinar.

—Bueno…

—Más bien son.

—Animales de metal —dice Kustos—. Bueno, ya pensándolo me imagino que también deben ser de plástico y otros materiales.

El grupo fue hasta otra porción del piso: una especie de cubierta de observación encima de un espacio más grande, en el que criaturas de diferentes formas ("diferentes especies", decían Barba, Constantino y los Olafes) convivían, se aliaban para propósitos que a Kustos le parecían oscuros, peleaban o se mataban.

—¿Usted había visto algo así antes? —pregunta Molinar— Suenan como robots, pero no… ¿Se puede decir que son animales?

—Ellos estaban convencidos de que sí —revira Kustos.

Kustos, en el elevador, recordaría no haber visto sangre sino (y esto sólo en unas pocas ocasiones) salpicaduras negras de algo

parecido al aceite. Tampoco había rugidos ni quejas: simplemente una criatura se echaba sobre otra y la golpeaba hasta que dejaba de moverse o hasta que comenzaba a descomponerse en las partes que la formaban.

"Apenas estudiamos cómo reciclarlas", dijo Constantino, "cómo hacer que las asesinas se las puedan comer, por así decirlo…"

"¿Usted qué opina?", le dijo un Olaf a Kustos.

—Yo opino que no saben el español —dice Nata.

Kustos no supo qué decir, pero en cualquier caso los otros seguían muy entusiasmados. El ataque era lo más emocionante que hubiera ocurrido jamás en el Jardín # 1.

"Con esto ya los dejamos atrás a todos, ¿no?", dijo Constantino.

"A todos", asintió Barba.

"¿Cuáles todos?", dijo Kustos.

"¡Todos!", insistió la mujer. "¿Cree que en Oslo tienen algo así? En Huelva tampoco lo tienen. Y los de Brisbane son unos mentirosos…"

"Sólo tienen sistemas que no necesitan la atención de humanos", dijo un Olaf.

Kustos tuvo ocasión de ver aún más de cerca a varias criaturas. Pudo, por ejemplo, entrar al cuarto donde se guardaba una especie relativamente mansa: seres del tamaño y la forma aproximada de una pelota de futbol que se desplazaban rodando, saltaban de pronto hasta una altura de un metro o dos y, mientras caían sobre su víctima, se abrían por la mitad y resultaban ser sólo una boca, de fuertes fauces aunque desdentadas; mordieron a Kustos varias veces pero no consiguieron lastimarlo. Pudo también caminar junto a una criatura de seis patas, alta como un caballo, que no intentó atacarlo porque se alimentaba, por así decir, de carroña: los trozos que iban quedando de otras criaturas muertas, que eran triturados en su interior y volvían a salir como esquirlas y polvo, capaces de ser recogidos y reciclados.

—Sólo es un anteproyecto —explicó Barba—. Tendría que poder utilizar ella misma el material…

Y también pudo ver una zona más amplia en la que se amontonaban muchas espigas, delgadas y brillantes, hechas de un material negro y flexible. Se movían de un lado a otro como mecidas por una brisa. Cuando Kustos comprendió que no existía tal brisa ya se había abierto una puerta de metal en una pared y entraban en el cuarto diversas criaturas de otras zonas del Jardín # 1: un surtido de seres de distintas formas, casi todos con algún daño

o imperfección visible en sus cuerpos.

Las espigas negras empezaron a golpear a las otras criaturas: se doblaban con rapidez y restallaban como látigos. Después de un par de minutos los otros animales habían dejado de moverse.

"El problema central", dijo Constantino, más tarde aún, mientras todos miraban, otra vez desde arriba, a una manada de criaturas piramidales que flotaban, subiendo y bajando muy despacio, en el aire de otro cuarto; Kustos vio que estaban propulsadas por hélices en sus bases, "será no sólo que las criaturas sean agresivas y puedan alimentarse…"

"…sino que se reproduzcan", completó Barba.

"Entonces ya no nos necesitarán", dijo un Olaf.

"Entonces ya independientes", dijo el otro.

> *—Algunos creen que es parte de la evolución, que después de los seres vivos tienen que venir las máquinas y es inevitable. Otros —dice Kustos— creen que lo que hay que hacer es extinguirnos voluntariamente para que se acelere el proceso*. Y *luego están los que creen que podrían sobrevivir convertidos en máquinas: trasplantar su cerebro o copiar su mente en un robot o algo así para vivir eternamente… Hace años estuve en uno de los lugares que mencionaron, Brisbane, y me encontré con unos tipos similares. Se hacían llamar el Club de la Buena Partida y querían morir al cumplir 47 años, ocho meses y doce días. Nunca me explicaron por qué*.

"Es verdad —dijo el primer Olaf—. Muerte. Toca destrucción."

"Nosotros lo hacemos", dijo el segundo Olaf.

"Lo que quieren decir", dijo Constantino, "es que aquí tenemos…"

"Bombas atómicas para limpiar la vida", dijo el primer Olaf.

"¿Tienen eso?", dijo Kustos.

> *—¿Tienen eso? —pregunta Nata, asustada*.

"Tierra limpia", dijo el segundo Olaf.

"No, no tenemos", dijo Constantino.

"Bueno, si tuviéramos…", dijo Barba.

> *—¡Ah, pendejos! —se ríe Nata, y no se da cuenta de que el localismo le salió con perfecta entonación*.

"Maestra", dijo Constantino.

"De cualquier modo cualquier día…", dijo el primer Olaf.

“Puede ser este año”, dijo el segundo Olaf. “Hay profecía.”

“En todo caso”, los interrumpe Barba, “mire… ¿a usted no le gustaría, Kustos, saber que puede acelerar el proceso por el cual se va a acabar todo? Terminar con el sufrimiento y el sinsentido. La piedad no tiene cabida. Y todo puede ser muy rápido: limpiar la tierra entera, dejarla sin plantas, animales ni microbios… Para que éstos”, y señaló a las criaturas del piso inferior, “tengan el campo libre. Para que pueda existir un mundo mejor.”

“Pero no tenemos bomba”, dijo el primer Olaf.

“Ni las usaríamos si las tuviéramos”, dijo Constantino.

“Yo sí”, dijo el segundo Olaf.

“Señor Arocena, me extraña”, dijo Barba.

“Si no tienen bombas ni nada semejante”, quiso saber Kustos, “¿qué van a hacer con todos esos?”, y se quedó mirando a una criatura redonda, con nueve patas agrupadas de tres en tres; cada pata terminaba en una rueda dentada.

“¿Cómo que qué? Soltarlos.”

“Dejar que compitan”, dijo el primer Olaf.

“Dejar que suban la escalera evolucionaria”, dijo el otro Olaf.

“Además nosotros pensamos”, dijo el primer Olaf, “que un día hay quien viene a tomar esto. Cuando ya no estamos. Hacemos servicio.”

“¿A quién?”

“A quienes vienen después”, añadió el mismo Olaf. “Serán iguales que ellos. Para que los mejoren. Éstos se parecen mucho a nosotros. Sólo así van a ser mejores.”

“Serán los que realmente no vendrán de la naturaleza”, dijo Barba, que tiene los ojos muy abiertos, y enseña los dientes. “Yo a veces creo que ya están naciendo.”

“Qué locura”, dijo Kustos.

—¿Usted dijo “qué locura”? —pregunta Molinar.

“¿Cómo que qué locura?”

—No sé qué me dio —reconoce Kustos—. De hecho ahí fue donde todo empezó a salir mal.

“Oiga…”, dijo Barba. “Usted no está a favor de esto, ¿verdad?”

“Pues mire… Ni a favor ni en contra…”

—Ah —dice Molinar.

“Entonces ¿para qué vino aquí? ¿Quién es usted? ¿Cómo se

enteró de las claves?”

El joven Constantino miraba fijamente a Kustos. Su rostro enrojecía.

“Mire, sólo soy un curioso.”

Kustos vio que Constantino enrojecía de vergüenza cuando Barba le dijo:

> *—Espere a oír lo que sigue.*
>
> *—Me duele —dice, de pronto, el muchacho tirado en el piso del elevador.*
>
> *Las luces blancas del interior vuelven a encenderse.*

“Eres un imbécil. ¡Hasta estos dos pueden ver quién es de fiar y quién no! ¿De dónde lo sacaste?”

“Maestra”, dijo Constantino. “Eddy…”

“Cállate”, dijo Barba. Los dos Olafes se acercaron a Kustos con expresiones desagradables en las caras. “Te va a tocar castigo. ¿Y a usted quién le dijo dónde estábamos? ¿Quién le dio la clave para entrar al edificio?”

“La señora García”, empezó Kustos, “la señora Isabel… Pero…”

“No”, dijo Constantino. “Esperen. ¡Olaf! ¡Esperen!”

“¿Qué?”, dijeron Olaf y Olaf.

“La dejé plantada”, dice Kustos. “Me vine por mi cuenta.”

“¿Qué?”, dijo Constantino.

“La tenía que esperar”, dijo Kustos, arrinconado, de espaldas contra un ventanal, “en…”

“¿Qué pasa?”, dijo Barba.

Con un pie, Kustos golpeó el vidrio sin querer y muchos animales mecánicos saltaron hasta él. Todos muy pequeños, sin embargo, y redondos, de alas diminutas: parecían pollitos de color gris y negro. Golpeaban el vidrio y caían hacia atrás. Hacían un ruido dulce.

“Este hombre se va”, dijo Constantino.

“Te va a tocar doble castigo…”

“Yo soy el dueño de esto y este hombre se va. Yo no me voy a meter con…”

“Olaf, Olaf”, ordenó Barba, y los dos avanzaron hacia Kustos, pero el joven Constantino se interpuso entre ellos y Kustos. Al primer Olaf le dio un coscorrón, mientras que el otro requirió un par de bofetadas, pero al cabo los dos abandonaron sus intenciones agresivas: se quedaron atónitos.

“¡Me pegó!”, dijo uno de ellos en su propia lengua materna.

—Oye, Chago, ¿sabes qué? Me duele. Ya, en serio —dice el muchacho.

Algún tiempo después uno le diría al otro:
"Nadie me ha pegado desde la escuela primaria."
"¡Tú no eres un hombre violento!", le reprochó Barba, entonces.

—Aquí debe ser el momento en que ellos nos buscaron —comenta Nata.

Sin embargo, apenas un minuto más tarde, ella estaba hablando con alguien de la gente de Isabel y acordaba el piso en que deberían dejar a Kustos. Constantino dejó a los Olafes tras pedirles muchas disculpas y desanduvo con Kustos y Barba el camino que habían recorrido desde el elevador. Mientras caminaban no se dijeron una palabra. Tampoco se detuvieron a quitarse los overoles; Kustos apenas tuvo tiempo de recoger su mochila.

Más tarde, al quedar solos, Barba le diría a Constantino:
"Haberte querido hacer el macho para *esto."*
Y Constantino le respondería:
"Todos nos vamos a morir de todas maneras", y voltearía a la pared, para no mirarla, y se perdería su expresión admirada, fugaz.

Pero ahora:
"¿Cuál piso te dijeron?", preguntó Constantino.
"No, no, lléveme a la planta baja."
"Ah, no, ahora que la señora se encargue de usted", dijo Barba.

—Y el resto —dice Kustos— fue que me llevaron hasta el piso aquel donde estábamos, y me estaba esperando alguien, un tipo alto y grandote, de seguridad, dijo…

—¿Muy grandote? Ha de haber sido el Coruco —dice Nata.

—Traté de escaparme pero no lo logré —responde Kustos —. Me puso en la celda y se fue.

—Qué bueno, porque es malo.

—Chago, te digo que me duele —repite el muchacho, boca abajo, y Molinar se inclina a mirarlo.

—Pensé que podría salir con facilidad —dice Kustos—. Vi la pared y me dije: seguro es como de burdel, pura mentira.

—¡Qué cabrones! —grita Molinar de pronto.

—¿Quién, nosotros? —pregunta Kustos, con cara de indignación. Pero Molinar no lo está mirando y en cambio señala cómo las ingles del muchacho están ensangrentadas.

—Los que venían con él le hicieron algo. Creo que —se inclina un poco más—… Ay, hijos de puta. Le metieron algo dentro. Creo que es una botellita.

La puerta del elevador se abre.

—¡Ya llegamos, al fin! —dice Nata. Más allá de las puertas se puede ver que las paredes están pintadas de verde pistache y las ventanas tienen marcos sencillos de madera. Hay algunos cuadros baratos y carteles pegados en los espacios libres. Se oye música, a bajo volumen o desde algún aparato lejano: una canción de moda. El lugar parece una oficina burocrática.

—¿Cómo no lo vimos antes? —dice Molinar, y ahora tanto Kustos como Nata pueden verlo también. Es el fondo de una botella de plástico transparente. Algo se agita en su interior.

—¿Qué pasa?

Ante ellos, afuera de la caja del elevador, ha aparecido una mujer mayor, de unos cincuenta años o poco más, todavía delgada y de estatura mediana. Lleva pantalones y un suéter grueso. Su cabello entrecano está recogido.

Molinar piensa que debe haber sido hermosa en su juventud. De hecho, lo es todavía. Su *nariz es pequeña y su cara redonda. Sus ojos son grandes y brillantes*

—Al fin —dice la mujer—. Buenas noches. O días.

Molinar la reconoce un momento antes de que ella diga:

—¿Francisco? ¿Tú eres Francisco?

—¿Isabel?

Él extiende la mano desde el suelo. La vuelve a bajar porque no alcanza a acercarse: el muchacho sigue tendido y ha quedado entre los dos.

Nata, apretada contra una pared de la caja mientras detiene una hoja de la puerta, empieza:

—Perdone que hayamos tardado tanto, pero el elevador fue primero por otros pisos, y además hubo que traer a este…

Kustos, quien detiene la otra hoja, dice:

—Buenas noches, señora. Cometí un error. Me fui por donde no debía. Uno es atrabancado. Estuvo muy interesante, pero espero no haber causado un…

—A ver, cállense los dos —dice Isabel, sin alzar la voz, y los dos callan—. ¿Quién es ése, qué le pasó?

—No sabemos quién es —explica Molinar—. Nos lo encontramos y hay que atenderlo. Le metieron una botella en el…

—Otra vez —dice Isabel.

—Ay —dice el muchacho.

—¿Cómo que otra vez? —dice Kustos.

—Creo que en la botella hay un ratoncito —dice Molinar —. Desde hace años está la leyenda urbana de que la gente famosa usa ratones.

—No se puede quedar así —dice Kustos.

—El doctor Herrera se acaba de ir —dice Isabel— y los otros están ocupados.

—Ayúdeme a levantarlo, Horacio —le pide Molinar, y entre los dos lo alzan. Salen de la caja del elevador—. ¿Entendí que aquí tienen enfermería? Para que vean, ni les voy a cobrar.

Isabel y Nata los llevan hacia la enfermería. En un momento, sin detenerse, Isabel estrecha al fin la mano de Molinar, torpemente.

—Me da mucho gusto verte… Verlo. Señor. Doctor, ¿no? Volverlo a ver —dice ella y sonríe. Deja de sonreír cuando ve a Kustos—. ¿Y ese traje, usted? ¿Qué, se va a ir al espacio?

—Es de los que usan en el jardín.

—¿En dónde?

—En el número 1, el criadero o taller o lo que tenga ese tipo… Constantino…

Isabel se detiene y se queda en silencio por un momento. Luego se echa a reír. Kustos mira a Molinar, éste a Nata, y ella les devuelve la mirada.

Después de un momento Isabel dice:

—Con razón están como locos, si llegó hasta allá… Qué bárbaro. ¿Tiene usted idea del caos que provocó? ¿Sabe que sus amiguitos me van a estar fastidiando durante semanas? ¡Y luego voy a tener que ir a pedirles su ropa! ¡Todo lo que tenía que hacer era hacerme caso y quedarse donde yo le dije!

—Perdón —dice Kustos.

—Pero no, ése no es el jardín. Le dicen así, nada más. Pero no es el jardín.

Molinar no sabe si decir algo, pero antes de que pueda decidirse a hablar, Isabel prosigue:

—Si nos hace el favor de atender a este pobre, después nos vamos. Éste es buen momento para hacer la visita. Vamos a tener que bajar un buen trecho antes de llegar al último piso. ¿Van a querer algo, necesitan ir al baño?

Molinar se ríe:

—No, miss.

—¿Cómo?

Casi al mismo tiempo Kustos dice:

—Mi mochila —y se inclina a recogerla—. Ah, por cierto, una pregunta.

—¿Qué?

—¿El último piso es abajo?

—Y encima le pusieron bigote —dice Isabel, mientras cruzan un umbral que dice: "ENFERMERÍA".

—Voy a necesitar desinfectante —empieza Molinar—. Le sacamos eso y luego lo mandan a un hospital.

—¿Cómo le hacen eso? —pregunta Nata, sin mirar al muchacho—. Eso sí, en mi pueblo son peor. Una vez vi uno con un ¿cómo se llaman, los que van en el motor? ¿Cilindro?

—Oiga, Isabel —interrumpe Molinar—. Necesito algo más. ¿De casualidad no tendrá un cigarro?

Y justamente ahora, en el piso LAS COSAS SE JUNTAN COMO LAS ORILLAS, los amigos del muchacho celebran.

"Uno siempre busca, uno busca", dice el Ávatar, alto y desgarbado, desnudo de la cintura para abajo, mientras bebe de una botella de tequila, "alguna manera de llevar las cosas más allá. No quedarse nada más en lo que hacen los otros. Porque de eso está hecha la vida. Y yo le decía al pinche Bigotes: 'Vencer no es nada más matar. Matar es muy sencillo. Matar lo puede hacer cualquiera con la fuerza suficiente. No hay mérito en sólo matar'. Hay que hacer fuerza. Hay que forzarse. Uno se forza. Se forza más allá. Se supera y se forza cada día. Y por eso el Bigotes ahorita está bien. Porque se está forzando. Porque está yendo más allá."

"De veras, ¿dónde está el Bigotes?", pregunta el Chago, que es gordo y tiene la cabeza rapada, pero no le hacen caso ni el Ávatar ni los otros.

"Y ahora yo también me forzo, cabrones, cobardes", dice el de la botella, y empieza a buscar la caja con los otros ratones blancos, pero tropieza con sus pantalones y cae al suelo.

Y justamente ahora, ante las puertas de los ascensores en CAÑERÍAS TIENEN GRITOS ESTRANGULADOS, COMO SI SE ASFIXIARAN DENTRO DE LAS PAREDES, Edith Barba está de pie a un lado de Myrna y de su amiga, a quienes no conoce. Nota que las dos están

vestidas igual y le cuesta distinguirlas. Una de ellas llora y la otra intenta consolarla:

“Nada más nos equivocamos al bajar. A cualquiera le pasa. Y sí, le puede pasar dos veces. Y hasta tres. Pero ya ahorita salimos. Y descansamos hasta mañana y entonces vemos qué hacer con Jorge.”

Myrna levanta la mirada y trata de sonreír:

“El ingeniero”, dice.

Edith Barba piensa que, en otras circunstancias, lloraría igual que ella. Pepe –que es el nombre secreto que sólo ella da al joven Constantino– es ya un hombre mayor, prácticamente un viejo. No va a cambiar: no va a dejar de ser quien es y nunca entenderá la urgencia y la belleza de los planes que tienen. Para él son sólo un pasatiempo; tal vez, incluso, nada más que un modo de tenerla contenta. Una forma de consolarse en el tiempo que le queda.

Cuando llega el elevador y las tres suben, no alcanza a pedir su piso antes de que las dos mujeres pidan ir a la planta baja. Así que será un viaje largo. Esto le sirve porque el desánimo desaparece. Siente rabia. Piensa que odia a Isabel, dueña de un tesoro de valor incalculable que se desperdicia en estas personas y en sus costumbres. Piensa en otros hombres y mujeres así, que ha conocido, que no son animales y a la vez no tienen capacidad de raciocinio. Piensa en sí misma, atada a Pepe, aferrada a él en las noches mientras lo escucha roncar y decir frases sin sentido.

Y justamente ahora, en el piso ¡OH PATRIA!, FOSA COMÚN: justo ahora, ante el soporte que mantiene inmovilizado al caballo negro; justo ahora, cuadrada, rotunda, morena, desnuda por completo, la ingeniera Irma Cañedo, a quien en la secundaria llamaban (en efecto) La Luchadora, a quien todos en su trabajo creen lesbiana, a quien acaban de concederle la cinta negra y pasa horas en el dojo a solas, sola, sola entre su maestro y sus compañeros, está a punto de averiguar si hay algo más en su interior, algo que no conoce aún en su cuerpo y su alma.

Y justamente ahora:

A la orangutana, que nació en 1994 de una de las hembras más viejas del negocio, se le dio el nombre de Pepi, a pedido de un cliente cuyo nombre propio era Rudolph Glatzel. Era un hombre alto y muy gordo, que cuando no se movía daba la impresión de estar hecho de piedra pero con

sólo un paso, con apartar la mano de su vientre, se transformaba en un globo lleno de agua. Al término del primer año, cuando Glatzel ya se había hecho amigo de los cuidadores de Pepi y los orangutanes, les contó lo que sigue:

"Mi familia no es de aquí, claro. Llegamos con mi bisabuelo, que vino a poner un par de empresas y las hizo crecer. Pero yo sí nací aquí, aquí me crié. Lo que pasa es que nos gusta mantener los nombres originales, como se usaban allá. Yo me podría llamar Rodolfo Glatzel, pero entonces podría parecer que mi apellido es, digamos, extraño, ¿no? Y más si usara mi apellido materno, que es Robledo y que suena a cosa local… No se trata de una presunción: ése es nuestro nombre."

Pepi no fue separada de su madre con brusquedad (pues esto ocasiona daños a las crías de orangután, como a las de otras especies), pero desde muy pronto se le habituó a la presencia de su dueño; Glatzel le dio el biberón personalmente en muchas ocasiones. También fue de los más entusiastas a la hora de ponerle el pañal: quien lo sugirió fue el "preparador personal" de Pepi –contratado especialmente cuando Glatzel dejó claro que no iba a escatimar en gastos y deseaba mantener a Pepi con todos los cuidados y por largo tiempo– pero Glatzel lo vio no sólo como una manera ventajosa de aprovechar la inteligencia de su animal para aligerar el trabajo de todos sino, también, como una prueba de su carácter entrañable y dulce. Y así se fue haciendo costumbre, en los pasillos del piso de los orangutanes (Hay En Tus Melodías Escondidas), verlos pasear, de la mano, los dos balanceándose a uno y otro lado, Glatzel pesado y torpe y Pepi gallarda. Y entonces Glatzel se detenía y se inclinaba, con un esfuerzo tal que parecía siempre a punto de derrumbarse, para jugar con ella:

"A ver, una sonrisita", le decía, y le separaba los bordes de la boca (nunca soportó que le dijeran "hocico") para que Pepi mostrara los dientes. "Para mí", decía luego, y la hacía girar la cabeza para que lo mirara. "Y ahora un besito", y le apretaba los labios uno contra el otro; todos eran gestos enseñados con paciencia por el preparador personal.

Entonces Glatzel sonreía y besaba los labios anchos y gruesos de Pepi. Y al poner un dedo en su mejilla, la orangutana, que también esto había aprendido, sacaba la lengua y la hacía sonar en una trompetilla grosera, y Glatzel

fingía indignarse y se sentía felicísimo.

Cuando Pepi cumplió diez años, Glatzel dijo esto a sus colegas de la torre:

"Yo siento que me afecta mucho, cuando veo personas desvalidas. Yo era así. Soy así. Siempre fui gordo y me molestaban en la escuela. Aunque fui el más rico del salón de clases, y mi padre me insistía en que debía amenazar a mis compañeros con castigos que sólo una persona rica puede pagar, nunca lo hice. Porque no quería ser como ellos. No quería que sólo se fijaran en esa parte de mí, que es nada más la superficie. Y aunque me molestaran también en la calle, los parientes que iban a la casa… Ésta es mi gran pelea, ¿saben?, mi conflicto con la familia, a pesar de que yo sé que las cosas son así. Yo nunca haría nada para avergonzar a mi familia. Por ejemplo, cuando empecé a fijarme en las muchachas, yo sabía que ninguna me iba a hacer caso, porque así es la naturaleza humana, se fija nada más en la superficie, pero…"

Para cuando Pepi cumplió los quince años, y sólo sus periodos de celo eran problemáticos, Glatzel consiguió que se le dedicara un piso entero. El piso, cuyo nombre es Como Semilla De Su Limpio Mundo, parecía un trozo de la selva de Borneo: los árboles eran auténticos, así como las rocas y los detalles que buscaban dar realismo al escenario; todo se mantenía en buen estado con grandes trabajos y mucho dinero; pero Pepi podía dedicarse a haraganear el día entero si así lo deseaba, a jugar con sus juguetes, o a beber agua del río artificial…

Glatzel iba todos los días a ver a Pepi y se quedaba horas mirándola, sentado en el tronco de un árbol o una silla plegable, sudando bajo esos trajes enormes, que no descubrían más que su cabeza y sus manos. En cambio, se ponía a hablar largamente con Pepi, quien no siempre le hacía mucho caso pero confiaba en él lo bastante para quedarse quieta, o apenas distraída con un insecto o una rama, mientras él ponderaba la belleza del pelo de la criatura, o bien de su pecho y vientre lampiños, de un rosa brillante, al igual que las palmas de sus manos y las plantas de sus pies.

"¿Te das cuenta de que nos parecemos en eso?", decía, levantando sus propias palmas.

Si Pepi seguía allí al terminar el discurso del hombre,

llegaba la hora de jugar. Juegos más inocentes que el de la sonrisa, el beso o la trompetilla.

"Cuando me interesé en estas cosas", dijo Glatzel, mucho tiempo después, "yo estaba muy preocupado: no puedo negar las ventajas, por supuesto que no, pero me preocupaba qué iban a decir mis parientes. Mi familia es muy tradicional. Si hubiera un partido de ultraderecha en este país votarían por él. Y yo también votaría porque agradezco lo que han hecho por mí. Además creo en la decencia y el compromiso. Creo que uno debe seguir las reglas y obedecer y no indignar ni avergonzar a nadie."

Ya no es un joven: desde que empezó a perder el cabello se rasura la cabeza en que se forman pliegues, crestas y valles movedizos con que Glatzel se incline un poco. Su cara está empezando a arrugarse, y cada año aumenta un poco de peso. Pero hoy, por fin, Pepi va a cumplir dieciocho años, y por lo tanto ha llegado el momento, y por lo tanto Glatzel ha llegado a la torre a un paso ligero que parece increíble en un hombre de sus dimensiones. Incluso al sacerdote le cuesta trabajo seguirlo, aunque no dice nada y se limita a apresurarse.

No es la primera vez que celebra una ceremonia como la que tendrá lugar, aunque sí es la primera vez que el novio está tan elegante. Rudolph Glatzel se lo advirtió cuando fue a contratarlo, por recomendación de sus amigos de la torre:

"Yo soy una persona decente, padre. Si le pregunta a cualquiera verá que me he estado guardando, que he sido respetuoso, que tengo las mejores intenciones. Quiero que todo sea como debe ser. Por ejemplo, yo tenía pensado ir de frac, pero hubiera sido un error gravísimo: a esta hora de la madrugada un frac habría sido impropio…"

Los empleados, en mesas colocadas en un extremo del bosque, ya han puesto a enfriar la champaña y están por acomodar las fuentes con la comida. Un conjunto de cámara prepara sus instrumentos. La mayor edad registrada que ha alcanzado un orangután es de 57 años, y algunos de los que viven en El Brincadero están muy cerca de llegar a esa marca. Y justamente ahora, Rudolph Glatzel, quien avanza ya hacia la puerta del bosque artificial de Pepi, quien se imagina ya a Pepi con el hermoso vestido que le compró, piensa en todo esto y siente que le basta: que no pedirá sino la felicidad que le esté reservada en el mundo.

EL VENADITO
(1979)

Papá: esta carta va a ser larga. Si mi letra le resulta muy fea, o si algo no se entiende, pídale ayuda al doctor Herrera, que además de tener la letra más fea que yo es persona de confianza.

12 de octubre de 1979

Papá:

Estoy segura de que ya ha visto que no me llevé el libro: que está en el cajón de siempre. Seguro usted ya lo usó muchas veces. Pero en mi otra carta, la de cuando me fui, no se lo dije. Usted siempre me ha dicho que soy muy terca y muy orgullosa, y pues sí, sí lo soy. Me fui porque soy terca. Pero ahora que estoy acá, que estoy un poco más tranquila, también me puedo poner orgullosa: nunca fui irresponsable. Siempre he sabido que el libro no debe salir. Le dije que me lo iba a llevar, y que lo iba a tirar a la basura o a quemarlo, o ya no sé (no me acuerdo), pero no lo decía en serio. ¿Entiende que estaba furiosa?

Siempre he sabido lo que le importan el jardín y la torre. Y por eso jamás les haría daño: porque a usted le importan. Usted eligió vivir para cuidar lo que se guarda allí y yo lo entiendo y lo respeto. Lo más que podría intentar es hacerle un poco de daño a usted mismo, papá, y se lo digo francamente. Ya sabe que también soy así.

Esto, el que me encuentre aquí, el que haya huido hace tanto tiempo, es mi modo de pegarle. No le voy a decir que «con el debido respeto» ni nada así, porque sería hipócrita. Yo quería que se indignara con esto, que se diera cuenta. Que volteara a mirarme.

¿Se imagina que me mira ahora, papá? ¿Trata de pensar en dónde estoy, qué me ha pasado, qué hago? No le diré el nombre de este lugar porque no quiero que me busque. Una amiga (se llama Roberta, pero no se moleste en tratar de dar con ella) me vendrá a ver, se llevará estas hojas y las pondrá en el correo desde algún lugar muy lejano. Sé que está preocupado por mí, además de todo lo demás (enojado, tal vez decepcionado), y por eso le aseguro que estoy bien. No sólo me llevé una buena cantidad de dinero, como seguro ya vio, sino que estoy trabajando. Soy mesera en un restaurante. Sirvo platos y bebidas de siete de la mañana a seis de la tarde y gano salario más propinas. Le juro que no lo hago para fastidiarlo a usted; al contrario, alégrese porque le tengo que dar la razón: aquí donde estoy no hay mucho trabajo ni mucho respeto para una mujer que no pasó de la preparatoria, aunque en realidad la falta de trabajo y de respeto es más bien pareja para todas las

mujeres.

En fin, papá, la cosa es que aquí estoy, sigo viva, me las arreglo y ¡ah!, casi se me olvida: algo más por lo que pienso en usted con frecuencia es que el dueño del restaurante tiene un tocadiscos en el que pone a todas horas la música que a usted le gusta. Cuando no es Juan Arvizu es Agustín Lara, y cuando no los Panchos, o Pedro Infante… A mí no me molesta salvo cuando pone alguna de sus preferidas a todo volumen. Las odio todas. Si usted estuviera a unas cuadras de aquí podría encontrar el restaurante siguiendo la música… Desde luego, como se imaginará, no es mucha la gente joven que viene.

Pero me estoy desviando otra vez. Es que esto es muy difícil: incluso sin tener que decirle todo esto a la cara, es muy difícil.

Usted no sabe por qué me fui. Cuando le dije que me iba, también le iba a decir por qué, pero usted no me dejó. ¿Se acuerda? Se puso a gritarme que no me iba a ir, que usted es mi padre y que yo le debo respeto, y de ahí no pasamos. Ya amanecía y usted se fue pensando que me iba a quedar, como otras veces. Y yo me fui.

Me fui, papá, porque ya no aguantaba estar en el edificio. Ya no aguantaba El Brincadero. Ya no quería saber nada de la torre. Quería ser libre. Así lo pensé: «Quiero ser libre».

Desde que recuerdo, usted siempre me dijo que yo, por terca y orgullosa, le daba más problemas que los que otros niños daban a sus padres. Y yo le decía que sí, o que no, o le hacía caras, pero ¿sabe qué? Nunca lo pude comprobar de veras porque de chica, y durante años, no tuve amigos que me dijeran cómo eran sus padres, si de veras yo era especialmente mala o rebelde. No tuve amigos y punto. Fue una de las muchas cosas que siempre quise decirle y usted no quiso oír. En la escuela yo era de las apestadas: todos sabían que yo venía del Brincadero, del lugar más sucio de Morosa, y no importaba que no supieran de veras lo que pasa en el edificio: que no tuvieran ni idea de lo peor, de lo verdaderamente horrible, que usted o yo hemos visto. Tampoco importaba que no supieran el significado de las palabras que me decían: “libertina”, “pervertida”, “pecadora”, “cortesana”, “furcia”… Yo no podía defenderme porque yo tampoco entendía, y porque lo que pasaba en el edificio, lo que descubrí desde que empecé a caminar, me parecía normal. Usted ya era un hombre crecido cuando entró a trabajar para don Cruz. ¿Y yo?

Estaba en primero de secundaria cuando varias niñas me acusaron, directamente, de ser “puta”. Usaron la palabra. Yo no la conocía y tuvieron que explicarme. De hecho no sabía de la

existencia de la prostitución. ¡Fue muy extraño descubrir que había burdeles con seres humanos!

Imagínese, además, la cara de ellas cuando les conté de lo que yo sí conocía…

Y entonces usted me enseñó el jardín. Y entonces a lo que ya debía cargar se agregó el secreto, lo que nunca podría decirle a nadie. Y para mí todo fue peor. Usted siempre me dijo que el secreto nos justificaba: que todo lo que hacíamos, por feo que fuese, por malo que pudiera parecer, tenía su razón de ser en que nos servía para cuidar el tesoro, lo que guardábamos en lo más profundo del edificio. «Como una fortaleza», decía. ¿Pero eso de qué me servía a mí? A mí me seguían despreciando; los maestros seguían desconfiando de mí por principio; mis compañeros se alejaban de mí, o me empujaban o me pegaban… Yo aprendí a defenderme en esos años, y me ha servido, yo lo sé. Desde entonces pego fuerte y no me dejo. Pero no fue por gusto.

Yo hubiera querido tener alguien con quien hablar de las cosas de afuera. Que no me tratara bien por ser yo la hija de usted. La señora Marta era una mujer muy buena, y me cuidó como nadie más me podría haber cuidado, y creo que hasta me quiso de veras (no sé qué pensará usted)… pero ella era empleada. Y los demás también. Yo no les podía contar muchas cosas. Yo no me podía sentir acompañada por ellos. Usted debe haber estado muy solo alguna vez, papá. No me diga que no. Debe entenderme.

¿Quiere saber de algo más que nunca le dije? Una vez hablé del jardín. O más bien quise hablar. No se asuste. Fue una sola vez, a un muchacho que se llamaba Pánfilo. Estábamos en segundo de secundaria. Mucho tiempo pensé en él como mi primer novio. No me gustaba nada: era grandote, gordo, cuadrado… Le decían el Tinaco y era de la pandilla de los peores del grupo: los más tontos y los más malvados. Pero un día fue y se me declaró. La verdad es que tampoco lo hizo con mucho cariño ni mucha delicadeza, pero nunca se me había declarado nadie. Me conmovió. Pensé que era sincero. Me puso una mano en la cara, en la mejilla, y me dio un escalofrío. Yo pensé que eso debía significar algo. Que no podía pasar nada más porque sí.

Entonces él me dijo que tenía un secreto que no debía revelar a nadie pero a mí me lo iba a decir. Porque me quería, dijo. Y yo suspiré, como estúpida, como actriz de película, y él debe haber visto que ya me tenía. Yo sólo pensé, me acuerdo, que debía ser justa con él (eso fue: la verdad no me pregunté si lo quería, si era lo correcto, nada semejante)… y le dije: «¿Yo te digo un secreto

también? En el negocio de mi papá tenemos un jardín». Pero él no me dejó continuar porque me besó.

Tampoco fue con mucha ternura. De inmediato quiso meter la lengua, y yo me sorprendí mucho pero abrí la boca porque ya sabía que eso es lo que se espera de una. Su lengua era grande y áspera. Pensé en algo como un gato enorme y me pregunté si así se sentiría la lengua de los leones. Y entonces me quiso empezar a fajar. Estábamos en un rincón del patio, a la mitad de un descanso, y de pronto sentía sus dos manos sobre mi pecho, que tampoco es que fuera tan grande, usted se acordará, pero ya existía. De inmediato me quise quitar, y él trató de ponerme contra la pared para seguir acariciándome, y no sé cómo se me ocurrió pero le di una patada en la espinilla, tan fuerte como pude, y eso bastó al menos para que se sorprendiera y se apartara.

Debí haberle dado un rodillazo en la entrepierna, pero entonces no lo sabía. Él se enojó, me dio un revés y me dijo su secreto: que había apostado con sus amigos a que lograba besarme, fajarme y hasta cogerme. Le dije todas las malas palabras que sabía, y ya me sabía bastantes, papá. Él, claro, se dedicó a decir que sí había ganado su apuesta…

Esto pasó en la escuela de la que me cambié. ¿Se acuerda de cómo le insistí a usted y a la señora Marta? Fue por eso. Y los convencí, pero como la ciudad no es tan grande, y yo seguía siendo quien era, y viviendo donde vivía, los chismes me alcanzaron… Tuve que aprender a dar rodillazos: a defenderme. Así también es como me fui haciendo quien soy. Y así es como decidí, por cierto, que no quería continuar estudiando. Por eso no entré a la universidad y por eso tenemos ese pleito hasta hoy, o lo tuvimos. (¿Lo tenemos, papá?)

No me malentienda. No resople y no apriete los dientes. Ya le conozco la ira, cuando la cara se le enrojece y parece que se vuelve sordo… No se vuelva sordo ahora. Imagínese esto: le estoy escribiendo en una noche bastante fría. Son las tres de la mañana y llevo un rato sin dormir, entre escribir y entre pensar cómo dejarle claro todo. Estoy muy cansada. Mi cuartito, que comparto con otra mesera (ella duerme; yo escribo con una vela sobre el tocador que compartimos para no despertarla), está en un primer piso y afuera, por una ventana, se puede ver una calle vacía y la fachada de una casa vieja, de ésas con una sola puerta muy alta de madera, que nunca he visto abierta. Hay un farol que pinta un círculo gris en el asfalto. A lo lejos, de pronto, se oye el motor de un coche, o el reloj de una iglesia, o pasos: pasos como de alguien que se acerca, y

luego se aleja, y no se ve nunca. Y usted no puede saber cómo se siente el cansancio en mi espalda; qué triste se ve ese espacio vacío afuera; qué triste se ve también el vacío del futuro, de lo que voy a hacer durante el día, que es exactamente lo mismo que hice ayer, con la misma música de fondo, con todo siempre igual. Allá en El Brincadero también tenemos la rutina pero usted sabe que no es lo mismo: por ejemplo, se ha de acordar, usted me enseñó que en ciertos días, en ciertos pisos, se ven estrellas que no se ven nunca desde el suelo. ¿Sabe que extraño eso? ¿Sabe que extraño las luces que aparecen en los elevadores? ¿Sabe que hasta extraño a las escaleras, al ojo, que cuando era chica me asustaba tanto?

No estoy escapando de usted. Por si se le había ocurrido. Yo entiendo. Siempre he entendido que usted hizo todo lo que hizo porque me quiere: porque para usted era importante que yo tuviera lo que usted no pudo tener. Pero, ah, cómo cuesta hablar con usted, papá. Cómo cuesta que usted quiera escuchar. Por ejemplo, lo que de verdad causó todo esto: que yo esté aquí y no allá con usted y ya hayan pasado casi dos años.

Por cierto, déjeme decirle que algo hice de lo que usted quería: he viajado. No nada más a otra ciudad o a un pueblo, como hacía antes cuando me hartaba, sino más lejos. Casi todos los trayectos los hice por tierra pero también un par de veces anduve en barco y en avión. Fui al sur por Guatemala, Costa Rica, Panamá, y luego Colombia, Perú…, estuve en el pueblito de Bolivia del que usted me contó, y llegué hasta Argentina y tomé un barco. Fui a Francia, a España, y un ratito a Inglaterra, que es carísimo: allí se me acabó el dinero, pero un rato me quedé viviendo con amigos. Unos músicos. No eran mala gente, pero mejor no le digo más, porque si a usted lo chocaban los hippies y el rock and roll, éstos le hubieran dado un infarto. De pronto me dan ganas de mandarle con esta carta una foto que me tomé entonces… Sí, se la voy a mandar. Nada más para que se tranquilice, le digo que ya me creció el pelo y no me visto así para ir a trabajar. Ni en ningún otro momento, la verdad.

Lo que pasó fue esto: ¿se acuerda de «Pues Vive En Partes Donde La Tristeza Muere»? A lo mejor no, claro. Quién se puede acordar de todos los nombres de todos los pisos. Pero éste es de los que se usaban cuando yo me fui. Es el piso donde están los armazones de metal, los que yo llamo «potros de tortura» para que usted haga coraje. (Porque ya sé que no son potros, papá, ya sé: como siempre le digo también, he visto cómo es un potro de verdad tantas veces como usted.)

Es el piso del venado…

Ya se acuerda, ¿verdad?

Ese día me tocaba, se acordará también, estar sola y al pendiente de diez pisos, porque teníamos un grupo de clientes importantes. ¿Era una cámara de diputados entera? Sí, ¿verdad? Había que darles atención especial, claro, y mucha gente estaba alrededor de ellos y todos los demás estábamos muy tensos. A mí no me gustaba tener que ocuparme de tanto espacio… Y encima de eso yo deseaba hablar con usted largo y tendido. Eso fue lo primero que no alcancé a decirle.

Se lo digo ahora, papá: llevaba un rato largo pensando en la torre en sí. Casi nadie piensa en estas cosas pero yo crecí allá adentro y tuve muchas horas para estar sola: mucho tiempo para estar de ociosa, para mirar, para soñar despierta. Para asustarme. Nunca llegaba a nada: a lo mejor para eso me hubiera servido estudiar un poco más, pero a lo mejor no. Por ejemplo, lo que yo pensaba ese día, lo que me tenía en realidad bastante obsesionada, era que los nombres de los pisos son versos. Siempre decimos que son claves secretas, para que no sea tan fácil llegar a ellos, pero ¿sí serán? ¿Por qué (pensaba) tienen que ser cosas tan elaboradas? ¿Y por qué algunas son antiguas pero otras son muy nuevas y a lo mejor algunas están en el libro antes de que alguien más las escriba? ¿Se acuerda de que en 1973 salió un libro de poemas donde venía el nombre de un piso que se usa desde los años cincuenta?

Yo pensaba que era como si el libro azul nos tuviera amarrados: como si nos amarraran sus palabras. No es nada más todo lo que no sabemos de él, de lo que tiene escrito, hasta de don Cruz: con esos nombres basta para que uno no se olvide jamás de que el libro existe y de que sin él no podemos hacer nada. Es una locura, ya sé. Son cosas en las que una no debería pensar. Pero yo llevo pensando en eso mucho tiempo, papá, y ese día más que otras veces. No es que me hubiese fumado nada, tampoco, ¿eh? Usted sabe que sí lo he hecho pero no: no hace falta. Usted sabe que basta salir a mirar las escaleras, o abrir una ventana, o escuchar al mediodía los sonidos que salen las llaves del agua y los enchufes. Nos pasamos la vida sin pensar en nada más que lo de todos los días; nos quedamos con la idea de que todo es muy normal, y no: vivimos en el interior de esta cosa enorme, que no entendemos, que no queremos entender, que no depende de nosotros y que nos obliga a seguir unas reglas que quién sabe por qué existen o para qué sirven…

Para mí, ese día, nada más decirle al elevadorista el nombre de un piso era una cosa horrible. ¿Se ha fijado que todos los que

trabajan en eso se comportan igual? Usted tiene que saberlo. A lo mejor hasta es quien los enseña… Adentro nomás está la palanca: no hay indicador de en qué piso va la caja ni nada. Pero el que maneja mueve la palanca como si nada, empieza a bajar o a subir y siempre se detiene exactamente donde debe. ¿Cómo sabe dónde? ¿Cómo sabe que un piso está abajo o arriba de otro? También pueden llegar a los pisos nuevos, los que apenas se van a abrir. Y cuando yo les he preguntado, papá (¿sabía que les he preguntado?), ponen una cara muy rara, como si no entendieran lo que les estoy diciendo, y siempre me dicen lo mismo: «Es lo natural», me dicen. Así. Con esas palabras, y de ahí no se les puede sacar…

Acabo de levantarme, papá, y de volverme a sentar. Mi compañera de cuarto empezó a despertarse con el ruido y tuve que moverme muy despacio. Estoy llegando a la peor parte de lo que intento decirle.

En el piso aquel había un solo cliente esa noche: un tipo. No recuerdo el nombre. De la edad de usted o un poco más joven. Había llegado con un cassette porque quería poner música mientras estaba a solas con su animal. Yo le había dicho que sí: pensaba que no era problema y de hecho, si se acuerda, había mandado comprar varias grabadoras nuevas, baratas, apenas el mes anterior. Lo molesto era que quería que lo vieran y María Luisa, a la que yo encargaba ese tipo de cosas, estaba con los diputados igual que casi todo el mundo. Así que me quedé yo.

Y el tipo, cuando entró, ya tenía su venado ahí, con las astas recién cortadas y bien amarrado a los travesaños. La indicación era que no debían anestesiarlo y estaba bien despierto. Se veía asustado, creo, pero yo pensé que debía ser por estar inmovilizado, totalmente amarrado al metal con cinturones de cuero desde la cabeza hasta las patas. Mientras el tipo se desvestía y ponía su ropa de cualquier modo en la maleta que traía yo puse su cassette. Y resultó que su música para acompañarse era (vea usted qué original) «El venadito». Esa canción ranchera que le gusta a usted. Aunque el tipo no me explicó nada (porque en realidad nunca explican nada, papá: si la gente le cuenta sus historias a usted es porque le tienen confianza, o porque saben que es el encargado, pero en general no hacen eso), pronto se vio que era una fantasía muy sencilla, porque todo lo que quería hacer era representar la letra. Ya se imaginará: se le acercaba despacio al animal en la parte de:

Soy un pobre venadito
que habita en la serranía.

Como no soy tan mansito,
no bajo al agua de día.

Y lo abrazaba al llegar a:

De noche poco a poquito
y en tus brazos, vida mía.

No empezó de inmediato con lo demás y yo vi que deseaba actuar la letra entera. Se puso a acariciarlo, a besarlo, a frotarle el pelo. En la parte de

Quisiera ser perla fina
de tus lucidos aretes
pa morderte la orejita
y besarte los cachetes.
¿Quién te manda ser bonita
que hasta a mí me comprometes?

… trató de morderle las orejas. El animal se le quiso resistir y como no pudo hacerse a un lado empezó a temblar; el tipo le pegó en el hocico y luego lo besó. Creo que no encontraba los cachetes.

No era hembra, el venado, y tampoco tenía mucho sentido lo que la canción estaba diciendo, pero el tipo se empeñó en hacer algo con todas las estrofas. Hay varias que yo no entiendo a qué se refieren y creo que él tampoco, porque cuando sonaba alguna, en vez de tratar de actuar, hacía un paso como de ballet, con las manos levantadas, que por supuesto se veía horrible. Me hubiera ido, pero se suponía que estaba ahí para verlo y (me imaginé) para aplaudirle cuando terminara o algo así. Creo que empezó a frustrarse muy pronto: no conseguía penetrar al pobre animal, lo que hubiera sido tal vez el final del acto, por tratar de que saliera bien la actuación. Y no le salía. El animal no le respondía con agrado, o él mismo desafinaba al tratar de cantar, o se sentía mal al hacer un gesto, o un paso… Lo más raro era cómo le daba vergüenza: una vez se golpeó en la panza y la hizo temblar, y luego agitó la cabeza y se despeinó y se vio la calva de su coronilla, y en ambas ocasiones me volteó a ver con una cara, papá… Como si yo no lo estuviera viendo ya de cuerpo entero. Como si no llevara la mitad de la vida mirando a tipos como él.

Pensé que al terminar la canción terminaría él también: se oyó el “tan tan” del final y él se detuvo. Pero entonces la canción volvió a empezar. Y cuando terminó, sin que el tipo hubiera podido terminar

de hacerlo todo bien, volvió a empezar. El cassette entero traía una sola canción repetida muchas veces. Y el tipo se animaba y se desanimaba, actuaba y bailaba, recuperaba la erección y la volvía a perder, vuelta tras vuelta.

Como a la séptima yo estaba a punto de irme. Ya estaba harta. Y de todas maneras tenía otros pisos que atender y usted no me iba a perdonar que no los atendiera por ocuparme de que el tipo estuviera bien. Ya me iba a ir pero entonces el tipo se hartó también, se apartó del armazón del pobre venado, se puso a gritar, se tapó la boca al verme y entonces se puso a llorar. Como niño: gritos y lágrimas grandes, a chorros.

Entonces fue hasta su maleta, sacó un martillo (un martillo grande, no para clavar clavos: como para clavar estacas, tal vez: ¿usted sabe de dónde venía este hombre?) y se puso a golpear al venado. Yo me quedé como lela, la verdad: no esperaba que hiciera algo así y antes de que pudiera pensar en algo ya le había roto el cráneo, las costillas y una de las patas.

¿Usted sabe que los venados sólo hacen ruido cuando están en celo? Este venado no hizo ruido pero tendría que haberlo visto. Tendría que haber visto cómo intentaba escaparse. El tipo le rompió la pata, una de las traseras, porque pudo soltarla: se puso tan frenético que logró romper uno de los cinturones con que lo habían atado. Los dos vimos cómo se movía la pata libre, como al compás de la música, y entonces él fue y le dio un golpe muy fuerte: pensé que se la iba a arrancar pero no, por supuesto que no: sólo quedó colgando. Entonces pensé (así lo pensé, papá) que el tipo seguía desnudo, y sostenía el martillo con ambas manos, y otra vez tenía una erección e iba a matar al venado y entonces iba a terminar.

Y hasta ese momento, la verdad, papá, me puse como loca. No antes.

Es verdad parte de lo que le dijo el tipo: es verdad que fui hasta él, le dije que parara, le quise quitar el martillo cuando no me hizo caso, y cuando no quiso darme el martillo, y me empezó a gritar quién sabe qué, le di un rodillazo en la entrepierna. Todo eso es verdad.

Con eso lo vencí.

Lo que no es cierto es todo eso que le dijo a usted de que yo deseaba timarlo, o quitarle su venado (así le dijo, ¿verdad?) o hacer uso del servicio que él había pagado. Usted lo sabe, pero esa noche no me dejó hablar.

No sé qué me pasó. No sé qué me dio de ver al animal así. Usted sabe que había visto peores cosas y no había hecho nada. Que

siempre había dejado a los clientes hacer lo que quisieran. No sé, papá: no sé por qué me dio tanto horror y pena y asco ver a ese pobre venado muriéndose así, con música, delante del tipo desnudo y fofo y calvo, en ese cuarto oscuro… Por qué a ese animal y no a ninguno de los otros…

Yo terminé matándolo, y se lo dije a usted, pero sólo para que ya no sufriera. Eso es lo que sé. Por eso tomé el martillo y no paré hasta deshacerle el cráneo entero. Fue para que ya terminara. Para que terminara el venado y para que terminara la canción. Nada más.

13 de octubre

Hola, papá. Ya pasó un día. Estaba amaneciendo cuando terminé ayer. Ahora estoy peor de cansada: no sólo no he podido dormir sino que el trabajo en el restaurante estuvo pesadísimo.

Pero ya sé qué me pasó.

Usted no quiso ni oírme cuando le llegó la queja y por eso empezamos a pelear como lo hicimos. Yo tenía eso, el horror, el asco, atorados en la garganta, y ahí se me quedaron cuando empezamos a gritarnos, cuando lo amenacé, cuando me fui. Y creo que he seguido con eso adentro desde entonces: lo he traído en todos mis viajes y no había querido mirarlo, creo, hasta ayer. No había querido ni pensar en eso.

Pero hay algo que no le he dicho. He vuelto a escuchar la canción de «El venadito». También es de las que le gustan al dueño del restaurante y de hecho le gusta bastante: la escucho a cada rato. Ayer debo haberla oído como diez o doce veces. No es fea canción, y de hecho la versión que tiene el dueño no es la que aquel tipo tenía, pero ya se imaginará qué me recuerda.

Por otra parte, ayer, de estarla escuchando, de haber removido todo esto que traigo por querer escribirle, se me ha ocurrido algo. ¿Ya ve cómo dicen, que cuando alguien se pone loco «algo se le mete»? Ahora me parece que algo se me metió a mí: algo me cayó encima y me tomó y me hizo como quiso. Era el pobre animal amarrado, y el tipo con su fantasía, pero sobre todo la canción: las palabras que el tipo quería usar, de las que se agarraba para hacer su teatro. Son palabras que no se entendían, que no parecían tener que ver con lo que estaba pasando… Exactamente igual que las palabras en el edificio. Lo que le escribí antes. También ahí, en el cuarto, esa noche, estaba viendo un misterio: uno que no podía entender, que no era para mí, y que sin embargo me obligaba a quedarme hasta el final y obedecerlo. Y un misterio que no me

daría nada a cambio, igual que la torre que nunca me había dado nada.

¿Me está entendiendo, papá? ¿Entiende que me fui por eso? ¿Porque la torre me había quitado la vida? Ese día, ante ese hombre y ese pobre animal, yo sentí que aquello era todo mi futuro. Esa gente, papá. Esa carne viva y esa carne muerta. Y el jardín. Pero el jardín no es para mí, papá. Ni para usted. Ni para nadie.

¿Me entiende?

15 de octubre

Dormí, papá. Me hacía falta. Y ahora le escribo otra vez. He estado pensando y hay algo que le quiero decir.

Hace rato salí a caminar. Esta ciudad es mucho más tranquila que Morosa. Incluso tarde, de madrugada, se pueden encontrar lugares por los que es posible andar sin peligro. Hace tiempo, según me cuentan (creo que ahora sí le puedo contar esto), todavía perseguían guerrilleros, pero parece que ya no. Mi compañera de cuarto, que ha vivido aquí toda su vida, dice que se fueron después de la visita del Papa y que debe ser porque vieron a Dios. No es una persona muy lista.

Por otro lado, en este rumbo acaban de construir una refinería, ya ve que están haciendo varias ahora, y tampoco es un lugar tan agradable. Hay agujeros por todas partes, montañas de tierra removida por las excavaciones, montañas de cascajo también, camiones llenos de vigas y de tubos… Me recuerda un poco a varios lugares que he visto en este tiempo en Inglaterra, en Sudamérica: excavaciones, construcciones, desechos. O ésa es la impresión que tengo.

Le digo esto en parte por lo que me acaba de pasar. También le puedo decir, creo, que estoy cerca del mar. Antes de volver aquí pasé por la playa y resultó que había habido un derrame de petróleo: no se podía ver la mancha negra en el agua pero sí que la arena era negra también: la pisé y era pegajosa, como si quisiera detenerme de los pies en vez de dejarme avanzar. Y no noté qué llegaba al agua hasta que una ola me dio en las piernas. Desde el muelle, que estaba cerca, alguien me gritó que me quitara de allí. Dijo también que me iba a echar un cerillo para quemarme y que me siguieran dando ganas de meterme en lo que no me importa. Me fui.

Algo parecido me pasó en Inglaterra, cuando estuve allá. Uno de los músicos de los que le contaba fue mi novio. Se llama Rick. Decía que yo le gustaba por el sexo (y no se me vaya a espantar ahora,

¿eh, papá?) y también que yo era bonita. No es que otros no me lo hubieran dicho, ¿sabe?, pero a él la voz le sonaba distinta. Como si no le importara mucho. Y tampoco le importaba quién era yo: creo que es a la persona a la que menos le ha importado mi pasado. Llegué, nos gustamos, nos juntamos. Así fue de fácil.

Y además, la verdad, a mí también me gustaba muchísimo. A usted le habría caído mal porque se inyectaba. Ya se imaginará: allá le dicen "smack". Los meses que pasé con él los pasé también con sus jeringas. Primero me ofrecía, pero yo nunca me atreví (a otras cosas sí, ya sabe: ya me conoce), y luego dejó de ofrecerme. La gente decía que yo le salía barata pero creo que también era un poco su ancla. De vez en cuando se ponía loco y a veces me pegaba, pero entonces yo le pegaba también. Creo que a los dos nos gustaba la idea de andar con una persona loca. Él me decía "My crazy girl"…

No se quería casar conmigo, no quería que trabajara ni que hiciera nada en especial. Su grupo no era muy bueno y él tampoco pero no nos iba tan mal. Y en la ciudad, en los lugares a los que íbamos, en donde vivíamos, había animales, como en cualquier parte, pero apenas los llegábamos a ver: además de las cucarachas, si acaso encontrábamos ratas, perros callejeros, gatos que no dejaban acercarse a nadie. Era como estar en otro mundo: el más lejano posible de la torre y de todo allá.

Creo que fui feliz, papá. Pero con el tiempo empezamos a pelear más y más. Nos aburrimos. O yo empecé a aburrirme, al menos. Se me ocurre que yo seguía con el peso de lo que me había pasado allá en la torre porque se lo quise contar a Rick (la parte de la torre, lo del venado; del jardín nada, nunca volví a hacerlo después de la secundaria) y me puse furiosa cuando lo único que hizo él fue agarrar la costumbre de hacerme bromas y contarme historias sobre su novia anterior, que según él era retrasada mental y tenía relaciones con un perro. Un día le dije que estaba harta de eso y que estaba harta de él. Y entonces él hizo algo raro: me invitó a ir a su pueblo natal, que estaba en el norte del país, lejos de Londres.

Pensé que iríamos a ver a sus padres o algo así, pero no: resultó que era huérfano y que había huido de allí tan pronto había podido. Cuando llegamos, dimos tres vueltas alrededor de un multifamiliar que se estaba cayendo a pedazos, entramos en una escuela que estaba peor y luego pasamos al lugar más horrible que he visto en la vida: la playa junto al pueblo.

¿Se acuerda de la playa con petróleo? Ésa de Rick era así siempre. No era sólo el petróleo sino que había minas que estaban

cerca, no sé qué industrias… Ahí el agua se veía gris oscuro, la arena negra, el cielo negro también, y aunque parecía a punto de llover en realidad llovía muy poco. Los desechos se acumulaban en la arena y no había un solo animal en muchos kilómetros. Era un mundo muerto. Uno podía quedarse allí mirando y pensar que la Tierra entera era igual, que no quedaba nada más que eso. Además, llegamos casi a las cinco de la tarde, cuando ya iba a anochecer. Era el mundo muerto a punto de llegar a su última noche, la que iba a ser para siempre.

De sólo estar allí comencé a sentirme mal: caminamos hasta el borde del agua negra y me di cuenta de que yo no quería sentir el frío en el cuerpo, el malestar, el hartazgo, la tristeza, el aburrimiento de aquel lugar espantoso. Y a la vez no podía sentir ninguna otra cosa. En un momento dado nos detuvimos y nos quedamos de pie en la playa, callados. Fue un largo rato. Mirábamos la tierra, el agua, el cielo. Todo olía mal también, no sabría decir a qué, y le juro que las olas se oían distinto, como más espesas. A medida que se metía el sol, en algún sitio más allá de las nubes, yo sentía cada vez más frío, por razones obvias, pero también porque no llevaba una gorra y sentía que las orejas y la cabeza entera se me iban a congelar. Todavía traía el peinado que verá en la foto. (A los que llevábamos el pelo así nos decían "punks", que es una palabra con un significado bastante feo, que a todos nos gustaba mucho.)

Creo que empecé a temblar. Quizá por eso Rick me miró y se dio cuenta de cómo estaba. Me miró, me miró… Yo lo miré a él.

Y entonces Rick se quitó la gorra que llevaba.

No, papá, no me la dio. Se la guardó en la bolsa de su chamarra y como traía un peinado parecido al mío se puso también a helarse la cabeza conmigo en esa playa. Y así nos estuvimos otro rato, congelándonos la cabeza.

Luego él me dijo dos cosas. Primero: "Cuando vengo acá sé que la vida es así". En inglés, claro. Ni él ni los otros amigos hablaban español. Y después: "Si quieres vete, pero me gusta que tú también quieras sufrir. Que nuestros corazones estén muertos".

Y yo pensé, se lo juro, papá, pensé: "¿No es eso una canción ranchera?".

Y de inmediato se me ocurrió que tal vez la frase de él no era sólo algo muy, muy ridículo: tal vez hasta estaba diciendo la verdad y ése era el mejor modo en que podía decirla. Pero cuando abrí la boca me di cuenta de que nunca iba a poder explicarle ni qué pensaba de sus palabras, de cómo era él y cómo estaba, ni qué era

una canción ranchera, un bolero, esas músicas que le gustan a usted….

Así que me salté a la conclusión. Me reí. Le dije también que eso era una estupidez. Más exactamente, le dije que era una pendejada. Se lo dije en inglés. Es decir, dije la palabra más cercana que me sabía y que significa más o menos eso. No era una palabra que lo ofendiera mucho, o que él mismo no dijera, así que no me contestó nada. Pero creo que me entendió. Y sobre todo, que yo entendí.

Al día siguiente estábamos en el tren de regreso a Londres. Y a la siguiente semana me despedí de Rick y usé el dinero que había podido juntar para comprar un pasaje de regreso a México y una pañoleta para la cabeza, mientras el pelo me volvía a crecer.

¿Sabe qué descubrí en la playa, papá? A lo mejor le suena raro o tonto pero a mí me parece verdad. Rick estaba igual que el tipo del venado, y que yo, y que usted, y que todo el mundo: amarrado a las palabras. Las de él eran otras: las que él mismo había dicho, las que cantaba, las que pensaba, pero en el fondo eran lo mismo. No sabe qué feo fue pensar eso. Y no sabe qué feo fue seguir pensándolo todo el viaje de regreso, y luego todo el rato que he vivido aquí tratando de ganarme la vida. Porque yo he estado huyendo del horror que crece en las palabras: de esto que yo veo como algo espantoso.

Pero ahora que le estoy escribiendo: que por fin me atreví a hacerlo, y he visto otra vez ese pasado que sólo existe en mí y lo he convertido en palabras, he descubierto algo más: que en el fondo sólo hay un sitio, en todo el mundo, que nos permite hacer algo distinto que sólo huir para siempre.

Y ese sitio único es el jardín, ¿se da cuenta? Es el único donde no cuentan las palabras: donde aún están por llegar o ya se fueron hace mucho o jamás van a aparecer.

No le había escrito por orgullo. Porque entre servir mesas, limpiarlas, tomar órdenes, cobrar cuentas, las cosas que son mi vida ahora, no se hace mucha vida, claro que no, pero al menos (pensaba) no tenía que volver vencida, con la cola entre las patas, a Morosa y a la torre.

Sin embargo, ahora pienso que esto no será ir a refugiarme con mi papá, ni alejarme del mundo (que es bastante peor de lo que yo creía: de lo que incluso alguien que creció como yo crecí puede imaginar), ni para volver a ver un sitio sin aguas negras y sin huellas de destrucción.

No: ahora que vuelvo, volveré para tratar de entender. Aunque me tome toda la vida. Aunque tenga que convertirme, como usted,

en protectora y en sirviente del jardín, y de paso tenga que ver a más tipos locos y más muertos. Volveré para estar con usted y ver con usted ese misterio: eso que es tan grande, que está ahí siempre.

¿Ya me entendió, papá? Voy para allá. A Morosa y a El Brincadero. Cuando reciba esta carta no me busque, porque no tendrá que hacerlo: estaré en camino. Habré dejado mi trabajo y estaré en un autobús para allá. Usted sabrá si me admite o no. Pero al menos voy a tratar. Yo sé que usted me crió para que pudiera ayudarlo y para que con el tiempo pudiera tomar su lugar. Esa idea me parecía terrible, pero ya no. Porque necesito hablar con usted. Que usted hable conmigo. ¿Sabe que nunca me ha dicho qué sintió cuando don Cruz le pidió dedicarle la vida al edificio? A lo mejor usted ha pasado por lo que yo. A lo mejor está bien que usted me diga lo que piensa, papá, lo que le preocupa. También puedo estar ahí para eso.

Hace días, cuando empecé con esto, me di cuenta de una última cosa: hay un par de versos de «El venadito» que a pesar de todo me gustan. En el restaurante, cuando empieza la canción y no hay más remedio que escucharla, me quedo esperándolos, porque están casi al final:

Ya con ésta me despido
pero pronto doy la vuelta

Son versos que puedo recordar y volver a oír sin asco ni miedo. No es sólo que la versión que tienen aquí es distinta de la de usted y la cantan dos voces: un hombre y una mujer que la hacen sonar dulce, más cálida. No: el tipo del venado se quedaba quieto al oír esas palabras porque no significaban nada para él, pero ¿sabe qué significan para mí ahora? En la mañana se lo comentaba a mi amiga Roberta, que ha venido todos estos días a recoger esta carta y creo que se está hartando de que no la termine:

Hay más de una canción que termina así porque esas palabras son una promesa: un modo de decir adiós que está amarrado a una esperanza, y por lo tanto las puede decir cualquiera. Hasta alguien que va a morir o que ya está muerto, es decir, roto: separado de la vida. ¿Sí me entiende, papá? No importa que no sea verdad y haya lugares de donde no se vuelve. Una cosa buena que pueden hacer las palabras, y a lo mejor es la única, es regresar en lugar de nosotros cuando nos vamos: cumplir hasta lo que no podemos cumplir nosotros mismos.

(Así se lo dije a Roberta y me puso una cara que debe ser parecida a la que está poniendo usted. Ya, ríase o enójese o

cualquier otra cosa. Pero siga leyendo.)

Ya con esta me despido, papá, pero pronto doy la vuelta. A lo mejor no puedo darla de veras y usted no me deja regresar, pero al menos usted está leyendo estas palabras ahora mismo, mientras yo voy en camino. Ya llegué a Morosa en esta carta: ya hice todo el viaje en carretera; ya dejé atrás las fábricas de las afueras, ya llegué al centro; ya pasé junto a la iglesia de Santa Bruna y junto a los cines Victoria; ya alcancé la esquina de Hidalgo y Bravo, ya estuve ante la puerta del edificio, ya entré; ya subí pisos y pisos y más pisos, metida en estas palabras, hasta llegar a sus ojos.

Ésta soy yo, o parte de mí: esta hija suya que lo quiere como a nadie, siempre.

Con ese amor,

Isabel

EL JARDÍN
(5:15)

—Es difícil de decir —explica Kustos—. A lo mejor esto no puede existir más que aquí: a lo mejor el edificio no puede existir más que para tener adentro este negocio. Estas cosas muchas veces dependen de aquello que las rodea de modos muy raros. Sólo pueden existir en un lugar, en un momento, para ciertos fines. Imagínese: a lo mejor estamos oyendo la voz de Zhenya…

—Pero ahorita no está.

—No, no, digo en general. A lo mejor lo podemos oír, o la podemos oír… y puede hacer lo que hace, y todo, únicamente *porque tiene adentro esto que tiene adentro. Esto que es como sus entrañas.*

—No le entiendo —comenta Nata.

—¿Usted no sabe si esto es así, señora? —pregunta Kustos.

Isabel ríe.

—Yo tampoco le entiendo nada —responde—. Ya tengo bastante con eso de que Zhenya tiene un secreto del que no nos habla ni a nosotros…

—¡Yo siento eso! —se queja Nata— Que a veces si no nos habla es que habla para otra parte.

Y *allá arriba, muy lejos, cada vez más lejos a medida que los cuatro empiezan el trayecto hacia el último piso, la puerta del cuarto que ocuparon Kustos y Molinar vuelve a abrirse.*

Y *don Cruz –despacio, vacilante, ayudándose con un largo bastón– se asoma al interior. Mira la pared en la que hubo un agujero y mira también la huella de su reparación, invisible, fresca todavía. Piensa que Zhenya hizo bien aunque ahora se le ocurre esta idea: dos cuartos burdamente conectados, como para hacer referencia a intercambios secretos e inconfesables…*

He aquí la historia de LOS PÁJAROS Y LOS CERDOS:

Las fantasías de los clientes de la torre cambian con el tiempo; sólo unas pocas persisten más allá de uno o dos años. Entre las que llegan y desaparecen más rápidamente destacan las que tienen que ver con películas, programas de televisión o, de vez en cuando, libros que se ponen de moda; efímeras o no, en ocasiones hace falta dedicar pisos enteros a una sola

de ellas.

Una de las más llamativas se volvió popular en los años sesenta: hubo que amueblar de forma austera –y como si fuera una sola habitación– un piso completo: Como Búfalos Bajo Sus Retorcidos Cuernos De Humo. El cuarto se llenaba con pájaros (no debían ser necesariamente de la misma especie, pero se prefería que fuesen más o menos del mismo aspecto y del mismo color: ejemplares de varias especies de gaviotas, por ejemplo, o de córvidos), a los que se obligaba a volar, asustándolos con ruidos o de otro modo, en el instante preciso en que las clientas (siempre eran clientas) entraban por una puerta abierta en la pared opuesta.

Cada una llegaba sola, vestida con un traje severo y una peluca rubia que simulaba siempre el mismo peinado rígido y lustroso. Desde afuera, por las ventanas disimuladas, los empleados controlaban la "puesta en escena" y observaban la ola de plumas que caía sobre las mujeres, cómo gritaban o contenían los gritos, cómo se tendían en el piso y se cubrían apenas con los brazos, para dar la impresión de que se defendían.

Todas salían no sólo con heridas numerosas, sino muy decepcionadas. El placer de la entrega, decían, siempre con palabras semejantes, era mucho menor de lo que habían supuesto.

En los años noventa, más de tres décadas después de que los cuartos de los pájaros (en algún momento hizo falta que tres funcionaran al mismo tiempo, cada uno en su piso) hubieran quedado en el olvido, una clienta llegó muy temprano, casi antes del anochecer, y fue recibida sólo porque se le esperaba y había pagado una generosa cantidad para no tener que respetar los horarios habituales.

Ya para entonces se había abierto uno de los tres cuartos y se le había limpiado y reequipado. La clienta era mayor y mucho más gruesa que la mayoría de las usuarias de los cuartos en los años sesenta, pero estaba vestida de la misma manera y llevaba una peluca como las de aquellos tiempos; un empleado que estaba en El Brincadero desde aquel tiempo, y cuyo sobrenombre era el Pelos, la miró de arriba abajo mientras se preparaba; minutos después dijo a un amigo suyo:

"Fea como la chingada."

"¿A poco?", preguntó el amigo, a quien se conocía como

el Manotas.

"Y gorda. Además cuando me vio que la estaba viendo se me echó encima. ¡No así, güey!", el Manotas ya se reía. "Se puso a decirme que quién sabe qué, que ella, que lo que había sufrido…"

Un rato más tarde, el Pelos consiguió pasar a la zona de observación del cuarto de los pájaros y vio todo a través de las ventanas disimuladas. Tenía la idea que los cerdos estaban entrenados para comer carne humana: había visto en una película que la mafia se deshacía de sus víctimas dándoselas a comer a una piara hambrienta y de ese modo no quedaban huellas. Sin embargo, los cerdos –veinte de ellos, pesados, espantados por un par de empleados que los azuzaban con picanas– no se comieron a la clienta, que estaba tendida boca abajo en el suelo, más bien en el centro del cuarto y no en un extremo, y que no había dejado de llorar: sólo pasaron sobre ella muchas veces, atropellándose, chocando con las paredes, incapaces de salir del cuarto y corriendo cada vez más rápido.

Aquello tardó mucho más tiempo de lo que el Pelos había previsto, pero la clienta no flaqueó: no pidió que detuvieran a los cerdos, y en realidad no dijo una sola palabra. Sólo hasta poco antes del final dio un grito ahogado, que se confundió con los chillidos de los animales. El Pelos se sintió un poco mal al ver todo aquello y también al notar la expresión de indiferencia de los dos que espantaban a los cerdos: ya los conocía y eran tipos dispuestos a cualquier cosa por un poco más de dinero.

La peluca voló en los primeros minutos, y la ropa quedó hecha pedazos, también, mucho antes de que los encargados recibieran la orden de sacar a los animales del cuarto.

El Pelos acompañó a la camilla mientras la bajaban al estacionamiento, pudo asomarse bajo la sábana que cubría al cuerpo y pudo escuchar también cómo la señora Isabel decía:

"No me diga que no les inyectaron algo, los cerdos no hacen eso."

"¿Y qué tiene?", respondió el joven Constantino, quien caminaba delante de ella a paso vivo. "Los mandamos al mercado, la gente los compra, los cocina, con eso se les quita, ¿no?"

"¡No, no podemos mandarlos al mercado!"

El joven Constantino se detuvo de pronto y se volvió.

"¿Sabe usted lo que dicen de la gente buena?", le dijo, y cruzó los brazos y levantó la barbilla.

Isabel lo miró a los ojos y no se movió.

"…Que los maten y los tiren, pues", dijo el joven Constantino, y con los brazos aún cruzados quiso trotar para alcanzar la camilla, que ya los había dejado atrás, pero la señora lo detuvo otra vez.

"¿Está seguro que está todo arreglado? La señorita esta, Imelda no sé qué, la que según nos va a ayudar a taparlo…"

"Sí, señora, sí, todo está bien. Yo no fui el que hizo el arreglo, fue, cómo se llama… El abogado. Y Jorge ya sabe que se la tiene que llevar el coche hasta el kilómetro…, a ver, espere…", y sacó una hoja de papel del bolsillo de su saco, pero entonces el Pelos decidió apartarse de ellos: el chofer esperaba ya al final del corredor, y además acababa de aparecer el Manotas. El Pelos fue hasta él y se lo llevó a un rincón.

En realidad, lo que la clienta había dicho fue:

"Sí, señor, ya sé que no me parezco a *ella*. Ya sé que soy vieja y que soy fea. Toda la vida lo he sabido. Desde que tenía su edad. O sea, la de *ella*. Desde entonces. Y toda la vida me han machacado que soy así, y que jamás en la vida voy a poder ser de otra manera, porque hay personas que nacen con la belleza, que la tienen desde el principio, y otras que no la vamos a tener jamás. ¡Jamás! ¡Y yo ya lo sé! Por más operaciones que me pudiera hacer, por más rebanadas y recortes, ya lo sé. Y toda la vida me la he pasado sufriendo por eso, y ya sé que así va a ser de fijo: me conozco el cuerpo, me conozco la cara, y ya sé que si yo viniera con pájaros, como *ella*, ¡sería grotesco, daría asco! Ya lo sé. Por eso no vengo con pájaros. Por eso no vengo a hacerme la que busco el placer, no vengo a hacerme la que me entrego, ay, así, lánguida… No. Por eso no. Por eso les di todos mis ahorros para que me dieran lo que quiero. Por eso les pedí…", la voz se le quebró. "¡Por eso voy a desquitarme de todos, les voy a dar lo que quieren, les voy a enseñar que no me importa!"

El Pelos no había sido capaz de responderle.

Y la clienta había concluido:

"Una vez le dije a Imelda que me gustaba eso, lo de *ella*, y todo lo que Imelda me pudo decir fue que cómo se me ocurría, que con el cuerpo que tengo… ¡Así que ahora vas a

ver, Imelda, vas a ver cómo me va con el cuerpo que tengo! ¡A ver si te da gusto cuando te enteres, cuando me tiren enfrente de tu casa, para que veas cómo me fue con el cuerpo que tengo!"

"La clienta no es clienta", dijo, riendo, el Pelos al Manotas.

"¿Cómo que no es clienta?"

"Te digo que no es clienta, güey. No es mujer."

"¿Cómo sabes?"

"Ve y vele. Levántale la falda. Vele ahí"

Pero el Manotas respondió:

"¡Yo qué le voy a estar viendo!", y no hubo razones ni amenazas que lo llevaran a confirmar la observación, por demás sensacional, que había hecho el Pelos.

Don Cruz intenta un pase mágico que surte efecto, pero no ahora, ni aquí.

Más y más lejos, los dos hombres siguen caminando tras Isabel y Nata. Han pasado, subiendo y bajando del elevador, por un piso que es un enorme salón de baile, otro con palmeras de plástico sobre arena blanca y bajo luces amarillas que fingen ser un sol quemante y otro más, o varios juntos, que alberga una enorme jaula de vuelo.

—No se queden atrás —les pide Isabel—. Una vez que hayamos visto lo importante Nata les puede dar un paseo con más calma. Hasta yo voy a ir.

Ahora, los cuatro van por un pasillo estrecho, iluminado con luces rojas. Algunos empleados y clientes se cruzan en su camino, pero nadie repara en ellos. A pesar de lo dicho por Isabel, Kustos se demora de tanto en tanto para asomarse por las mirillas que hay en cada puerta. Algunos cuartos de este piso están decorados al modo de los que ambos ocuparon, pero también hay salas falsas de operaciones, con mosaico blanco y mesas de metal y de plástico, llenas de agarraderas y palancas; hay salones de clases, con dibujos provocativos y palabras obscenas escritas con gis en los pizarrones; hay imitaciones de baños públicos, llenos de suciedad en las paredes y charcos verdes en el piso, presididos por excusados de cerámica mellados y rebosantes…

—No siempre los recogen —está diciendo Isabel—. A veces siguen ahí cuando amanece y entonces no hay más remedio

que sacarlos. Pero bueno, al menos ése no tendrá una botella metida ahí cuando se vaya… Con esto quiero decir que te agradezco, Francisco.

—No lo podía dejar así. Qué bestia quien le haya hecho eso.

—¿Cuántos son en total? Es decir, los… pisos —pregunta Kustos.

Sólo en éste, hay salones de estilo dieciochesco, con pesados cortinajes color verde hoja o azul cobalto, violas y cellos aguardando en sus soportes al lado de atriles para partituras, retratos al óleo de perros y gatos tumbados en cojines de seda, con las lenguas de fuera; hay cuartos insonorizados con jaulas y cadenas; hay camas de hospital entre paredes blancas y aparatos de medición; hay un cuarto vacío y con el piso cubierto por una gruesa capa de algo pardo, entre sólido y líquido…

—¿Los que están en uso? No llevo la cuenta pero deben ser unos ochocientos. Sería cosa de consultar el libro —y levanta el tomo gordo, de pastas azules, que lleva consigo, metido en una bolsa de lona con la correa cruzada sobre un hombro.

Hay una falsa caverna prehistórica, con pinturas rupestres y rocas de cartón piedra, en la que aguarda…

—¿Quién es esa persona? —pregunta Kustos, quien se ha detenido y mira atentamente.

—Es un hombre de Neanderthal —responde Isabel, casi sin volverse.

—¿En serio?

—¡No, cómo cree! Es un cliente maquillado.

—Ah.

—Ya, quítese, lo va a ver… Si es el que yo creo, le gustan —dice en voz un poco más baja— los cachorros de tigre dientes de sable…

—¿Tienen? —pregunta Kustos, asombrado.

—Señor Kustos —dice Nata.

—Voy, pues, ya voy.

—No tuvo bastante con todo lo demás —se queja Molinar, pero está más cerca de Kustos que de las dos mujeres. Está pensando que no es lo mismo escuchar que ver.

Isabel se detiene ante la pared en el fondo del pasillo. Abre la puerta que lleva a la escalera, con su ojo y sus alturas enormes.

—Ahora sí, empezamos a bajar un trecho —dice, y abre la

marcha, con pasos lentos y sin soltar el pasamanos. Kustos la sigue, luego Nata, pero Molinar no avanza. Entra pero se vuelve y se queda con la vista en el pasillo de los calabozos mientras la puerta se cierra.

—Señora —dice, en voz alta, después de unos segundos.

Nata sube hasta él.

—¿Qué pasa? ¿Se marea?

—Algo así.

—Mire, venga —tira de él y consigue llevarlo hacia los peldaños—. Mire el escalón. No mire otra cosa. Yo me voy atrás de usted.

Don Cruz grita mientras arroja el polvo al aire y el polvo se convierte en una llama verde, que brilla y se apaga dejando sólo un rastro de humo gris.

Aún hay personas en la torre que recuerdan esta historia: a mediados de los años setenta, UNA TAL DIANA SOARES, portuguesa radicada en Lisboa, volvió al negocio después de una primera visita. Se las arregló para hablar directamente con Emilio y le rogó e insistió de tal manera que éste, por fin, le dio permiso de llevar al edificio a un grupo de treinta personas, que ella conduciría en una especie de *tour*. Además del "tiempo íntimo" que sus compañeras (eran todas mujeres) deseaban, dedicarían un par de noches a ir "de farra" a varios de los bares y restaurantes del edificio; por último, en al menos una noche más, harían todas juntas una serie de breves visitas a varios pisos, sólo a mirar, como si estuvieran en un zoológico.

"Así lo hice yo", explicó Soares, con ayuda de una traductora profesional que era parte de su comitiva, "cuando vine sola. Y fue una experiencia muy agradable desde el nombre mismo de su establecimiento: ¿sabía que *brincadeira* significa *juego* en portugués? Todas mis amigas quedaron fascinadas cuando les conté y por eso estamos aquí."

Las personas las veían pasar como si todas estuvieran enfundadas en cuero, con el rostro oculto tras una máscara y una picana eléctrica en la diestra, pero en realidad llevaban pantalones bombachos y blusas vaporosas de color azul pastel, sombreros de ala ancha y lentes oscuros en armazones de plástico de colores. Todas rieron mucho cuando se quitaron los lentes en el vestíbulo del edificio:

“¡No pensamos”, explicó la traductora, “que estaríamos todo el tiempo bajo techo!”

Todas avanzaban juntas por los pasillos, tomando fotografías, saludando a clientes y empleados y riendo a carcajadas. Todas hablaban portugués, pero no todas parecían europeas. Ninguna quiso revelar cómo se habían conocido, qué significaba el fistol de plata con incrustaciones de zafiro que llevaban prendido a la altura del corazón ni qué interés particular tenían por los indris, que entonces eran aún muy raros y muy costosos, del piso Uno, Dos, Tres, Siete Lances.

Algunos notaron, además, que todas eran exactamente de la misma estatura (los que aún viven siguen discutiendo violentamente con quienes no les creen).

Sólo dejaron de sonreír cuando estaban por entrar a los espacios preparados para ellas y los indris, que son parecidos a los lémures pero de ojos más profundos y fijos, hocico más afilado y patas más largas: los primos más remotos de los seres humanos, callados y hoscos. Las mujeres se quitaron los sombreros, apartaron a todos los curiosos y cerraron las puertas tras ellas. El resto de su viaje fueron turistas atrevidas y alegres: iban de un piso a otro, por elevadores y pasillos, riéndose entre ellas, o bailando a los sones de una radio portátil, o embromando a los solitarios que encontraban a su paso. No daba la impresión de que cada amanecer se marcharan a dormir a un hotel de mala muerte y más bien lejos de la torre ni que los encargados de las partes más delicadas de los negocios –los traficantes de diversos tipos, los especialistas en resolver problemas o sacar desechos– las miraran con creciente inquietud y desconfianza.

Al fin se quedaron una semana entera, pues luego de su “noche de locura” y su “noche de juerga” se aficionaron a contemplar y lanzar piropos y besos a los indris y por tres días procuraron, muy amablemente pero sin pausa, obtener un permiso para alimentar y bañar ellas mismas a los “cara do cão”, como los llamaban. Pocas horas antes de su partida se enteraron de que Isabel cumplía años ese día y (la traductora dijo luego que era en prenda de agradecimiento al “señor don Emilio”, que tan bien las había tratado) localizaron a la muchacha, quien estaba en El Brincadero después de una ausencia de varias semanas. Isabel no lo

cuenta, pero vio a las mujeres acercarse desde el extremo de un pasillo, todas sonrientes y con los brazos abiertos, y antes de que pudiera entender lo que sucedía las tuvo a su alrededor, dando vueltas y cantando muy mal "Feliz cumpleaños". Luego se pusieron a aplaudir, le acercaron un enorme pastel sobre una mesa rodante, la instaron a apagar las velas y la ayudaron sirviéndose grandes trozos de masa y azúcar glas. Y luego, tras dejar todos los platos de cartón en un montón más o menos compacto en el suelo del pasillo, las treinta se alejaron corriendo, porque debían tomar el autobús que las iba a llevar hasta el aeropuerto más cercano.

—¿Entonces mi tía Fabiola también trabajó aquí?

—Le digo, como dos semanas. No se acomodó, pobre. ¿Usted la ve todavía?

—Murió hace muchos años. Uy, en el siglo XX*.*

—Oh —dice Isabel.

—Sí, bueno —dice Molinar—. Creo que fue feliz. En todo caso ya me la imagino, si trabajaba aquí… En realidad las arañas le daban terror —y hace una pausa al darse cuenta de que Isabel le contó de su tía, y lo impulsa a hablar, para que él no se fije en el ojo de las escaleras y pueda seguir bajando.

En el piso Con Tu Mano Imposible La Frágil Medianoche, el corredor, largo, de techo bajo, tiene grandes hojas de cristal empotradas en ambas paredes. Tras los cristales, separadas entre sí por particiones de madera, están las vacas, cada una puesta ante un telón de terciopelo rojo. Lánguidas, estúpidas, no se mueven: se diría que les fascina ser miradas, que saben de imposturas o que no les importan.

El señor Alba, solo en el pasillo, las contempla.

Las hay negras y blancas, de dos colores y uno solo. Las hay grandes y pequeñas. Las hay relativamente delgadas, de cabeza erguida y patas leves, y también las hay tremendas, de ubres enormes, mimosas y lascivas en cada ladear de la cabeza, cada movimiento del hocico y atisbo de la lengua, cada temblor de las patas y la cola.

El señor Alba, en especial, se siente fascinado por *esas* vacas, perezosas y extensas, tras las que (¡escándalo, calor, flujo afantasmado del deseo!) apenas es posible divisar

terciopelo ninguno. La vastedad, piensa. La extensión. Por algo se detiene más ante unas pocas vitrinas y evita muchas otras. Por algo se figura delatado en cada instante de más que sus ojos pasan (imaginando) sobre un lomo o una curva. Por algo, cuando la presión se vuelve incontenible, se abandona y cierra los ojos y fantasea con la hermosura de las carnes bajo las manos, la alternancia de la grasa y del hueso, la vida cálida y vibrante cuando se presenta la alegría del animal; los ojos enormes y vacíos que se cierran, también, cuando llega la dicha…

Pero nunca se ha atrevido a nada más. Nunca ha tocado el timbre del interfono, por el que una voz le preguntaría sobre su selección y le orientaría hacia un pequeño cuarto. Cuando está solo, como hoy, algunas veces se atreve a hacerse un ovillo en un rincón, esconder la cabeza entre las rodillas y considerar la posibilidad de darse alivio solo, con ayuda de pañuelos y una gran gabardina. Siempre lo levanta la angustia, sin embargo, y tras quedar de pie paga la tarifa magra que se le exige nada más por la vista, y sale apresuradamente del corredor, del piso, de la torre, y vuelve por la ciudad hasta su casa, en la que está su esposa menuda y de nervios estridentes.

—Está bien que estés alegre —dice don Cruz, al aire—. Hoy que pasaste ese recado es un día señalado y previsto. Otra etapa más de tu desarrollo, tu crecimiento. Pero falta más. Pronto enviarás otro recado para redondear lo que falta por redondear. Yo vengo a ayudarte, a darte asistencia, ya me conoces, como he venido en otras ocasiones. Igual que en todas las otras seremos tú y yo, y nadie más va a ver.

”E igual que en todas las otras, Zhenya, lindo nombre que tienes, Zhenya: no te asustes.”

Don Cruz aplaude una vez, sonoramente, y con una mano finge tomar un cuchillo y mima, en el aire, la acción de usarlo para cortar una superficie plana.

—Piensa que si no doliera un poco —continúa—, no tendría caso… ¡Porque sería muy aburrido! —y resopla y se tensa como si la superficie que estuviera cortando le ofreciese increíble resistencia— Pero… Pero, pero… Peroperopero…

El anciano continúa. De pronto se queja. Si estuviera cortando de verdad, su corte mediría ya unos diez, doce

centímetros.

—¡Ya! —grita don Cruz, y levanta las manos como si hubiera terminado.

Pero no ha terminado: ahora junta los dorsos de sus manos y los lleva al espacio de su corte fingido. Y empieza a separar las manos, muy despacio, una de la otra.

No se oye nada salvo el rumor de siempre en la torre. No se ven luces extrañas ni tiemblan las paredes. Pero el cuerpo entero de don Cruz se estremece mientras continúa su tarea de abrir la herida del aire. —¡Ahí, ahí —dice—, ahí va, ahí va, ya va a llegar, ya va a llegar!

LAS CUCARACHAS están entre los animales menos populares de El Brincadero, y no tanto porque los defectos morales de sus adictos sean mayores que –digamos– los que se disciernen en los partidarios de la tenia, el colibrí o el gusano barrenador. La mayoría de los clientes lo dice sin rodeos: las cucarachas son asquerosas.

Lo mismo se dice de sus fanáticos, pero este desprecio ha provocado que la comunidad que forman sea fuerte: con excepción de los guardianes del jardín, es la más antigua de las que hay en el edificio y, además de sus claves, tiene sus secretos, sus tradiciones y fábulas, que no revelan a casi nadie pues les permiten identificarse aun lejos de la torre, en hoteles sucios o casas invadidas y bullentes.

Los impulsa –los atrae, los obsesiona– el sonido tenue pero inquietante que hacen las patas de las cucarachas. También, el brillo de su lomo quitinoso, su glotonería, y la tenacidad ciega, idiota, que les permite sobrevivir a los ataques de enemigos muchas veces más grandes. Cuando ya están en su presencia, además, sus movimientos mezquinos los hipnotizan: en los cuartos llenos de muebles y basura que se les asignan en la torre, un aficionado puede pasar muchas horas, inmóvil, mirando el ir y venir de una sola cucaracha antes de adelantar una mano velocísima (años de práctica) para atraparla.

Actualmente su líder es Ilsa van Leuden, una antigua maestra de escuela que descubrió a las cucarachas y “lo dejó todo”. Ella viene a la torre y, clandestinamente, reparte panfletos y volantes con texto como el siguiente. “Estamos aquí”, escribe, “para constatar en el movimiento de las

criaturas contra la piel la existencia de otras vidas, que no nos quieren, que no nos temen, que nos recuerdan nuestra propia contingencia y la estatura miserable de todo lo que amamos de nosotros mismos. ¿Qué sentirías si te acariciara tu propia muerte? ¿Si trataras de aplastarla y sólo te manchara con el olor de tu podredumbre futura? ¿De qué modo tratarías de retenerla en ti, para saberte vivo en cada momento de tregua, si ella sólo quisiera escapar, atender a sus propias esperanzas?"

Van Leuden ofrenda una copia de cada hoja que reparte a las cucarachas de su piso (Que Me Crece Una Flor Rompiéndome El Pecho), cuyo suelo está siempre cubierto con miles de corazas blandas y relucientes. Con cuidado, pone el papel al alcance del animal que esté más cerca. El papel es sabroso y desaparece pronto, para engordar a las afortunadas.

Los textos de van Leuden mencionan con frecuencia a Currilla, una cucaracha legendaria que presuntamente ha sobrevivido durante mucho más tiempo que cualquiera de sus hermanas, y que, cuando tienen lugar los encuentros con sus fieles, observa desde abajo a los cuerpos enormes que se acercan a besarla; "en ese momento crucial", ha escrito van Leuden, "ocurre un fenómeno que no ocurre casi en ningún otro caso, en ningún otro encuentro de los que se dan en este sitio, y por tanto merece, pienso, celebración y estudio: dos criaturas de especies enemigas se hermanan, sin atender más convocatorias del miedo ni de la supervivencia…"

—¡Usted es muy decente! —se admira Nata.

—Bueno, no voy a hablar mal de la mamá de mi hijo. Ya lo que fue, fue.

—Ya déjalo, Nata, no seas chismosa —dice Isabel.

—¡No lo soy!

—Vamos a cambiar de tema —Isabel se detiene al llegar a un rellano y se vuelve a mirar a Molinar—. ¿Te acuerdas de la persona —pregunta— que te cuidó aquella vez, cuando eras chico y estabas tan mal y viniste a dar aquí?

Molinar le devuelve la mirada.

Dice:

—¿Qué pregunta es ésa? Eras tú.

—Una es burra de joven. No sabes cómo me fue después. Fue la única vez que mi papá me pegó y me pegó muy fuerte.

Yo no tendría que haberte llevado a donde te llevé.

Molinar, después de un momento, dice:

—Lo siento.

—Eras un chamaquito baboso —responde Isabel.

—¿Cómo? —pregunta Molinar.

—¡Ja! —grita don Cruz— ¡Ja! ¡Ya está, ya está, ahora sí ya está! —y levanta bruscamente los brazos, y cae de espaldas.

Entre los miembros del grupo de la señora Isabel se habla en ocasiones DEL PRIMER ANIMAL que se halló en el jardín del último piso, el más profundo, de la torre. Fue una vaca.

—¿Dónde andabas, Zhenya? —pregunta Nata.

El jardín estaba en el fondo de las excavaciones del edificio, donde habrían de quedar los cimientos.

"Mira", dijo don Cruz a Emilio, "y mira bien, porque esto estaba aquí antes de que empezara todo este proyecto y se nos reveló, digamos, se nos apareció, y mira que no estaba arriba, insisto y para siempre insistiré en esto. Y ahora, en cuanto dio la pala, ¡crac!, se rompió la tierra y abajo estaba esto. Árboles y todo. Y además, mira, estaba esto otro, por acá, mira."

—Nunca habla claro, ¿verdad? —dice Molinar.

—Así es como habla claro —dice Isabel—. También podría decirse que está aprendiendo, porque no lleva más de dos años tratando de hablar…

—¿Dos años? —pregunta Kustos.

—Pero no es tan difícil entenderle. Nos está acompañando y va a sugerir algo importante. Algo que se nos está pasando o que falta que ustedes sepan.

—¿Nosotros?

—Ya les tomó cariño —dice Nata—. Recuerden que ayudó a aparecer al señor Kustos.

"¿Pero qué es eso?", preguntó Emilio.

"Una vaca", respondió don Cruz.

"Eso no es una vaca", respondió Emilio.

El animal los miraba con desconfianza. Era grande, de color café y patas fuertes.

"¿Así nada más me dices que no es, que no es una vaca?"

—Sí, pero primero me desapareció.

—Eso es algo que a mí no me ha quedado claro —dice Isabel—. Después me tendrán que decir. Pero mientras…

"Me va usted a perdonar", respondió Emilio, "pero… No sé si le estoy entendiendo. Véalo. Yo nunca había visto nada así."

Estaban en el fondo de la excavación: un agujero con cuatro paredes rectas, húmedas y oscuras, que enmarcaba el cielo claro de Morosa y cuyo fondo estaba cubierto de hierba verde y lozana, salpicada de árboles pequeños pero ya vigorosos.

—¿Qué?

"No te preocupes, Emilio", dijo don Cruz, "porque todo esto que te acabo de decir tendrá tiempo, tendremos bastante tiempo todavía, para poderlo explicar, y lo que no se pueda explicar, bueno, mi querido Emilio, en la vida no siempre todo se puede. Pero dime ¿no da pena verla tan indefensa? ¿Y al jardín, tan bonito que está?"

—Mientras…

—Mientras —la interrumpe Molinar—, ¿podemos parar un momento? Un momento nada más —y se sienta en los escalones para quedar mirando la pared.

Nata se le acerca.

—¿Está bien?

—Sí, sí. Un momento nada más.

—Le digo que tendría que hacer algo de ejercicio —le recuerda Kustos.

El animal tenía unos cuernos enormes y puntiagudos, el cuerpo largo y delgado y patas muy gruesas, terminadas en pezuñas negras. Miró todavía un poco más a los dos hombres; luego dio media vuelta y se puso a pastar.

"No es nada más que sea un lugar hermoso, ¿me entiendes?", dijo don Cruz. "Ni que todo esto sea así como es. No; además, debo decirte, mira, acércate… Esto se tiene que decir así, al oído, en secreto."

Emilio se acercó para escuchar.

—¿Oyeron? —dice Isabel.

—¿Qué cosa?

—La idea principal de eso que Zhenya acaba de decir —explica Isabel— es que había que proteger el jardín. Esa historia me la contó mi papá. Luego de lo que dijo Zhenya,

don Cruz le dijo a mi papá que iba a crecer.

Don Cruz, aún en la celda, está sentado en el sillón. Respira con dificultad.

Cierra los ojos y procura relajarse.

Después de un rato se pone de pie, va hasta la mesa que también es cama o aparato de tortura y se acuesta.

—Estas cosas siempre, caray, siempre exigen trabajo —murmura.

Por su parte, Kustos se sienta un par de escalones más abajo de Molinar y dice:

—Tengo una pregunta.

—A ver.

—¿De qué sexo es Zhenya?

—¿Qué clase de pregunta es ésa? —responde Isabel.

Don Cruz, de pronto, se pone de pie y adelanta despacio la mano izquierda, como si la metiera en la herida del aire. La mano, desde luego, no desaparece de su vista.

Luego, con el índice y el pulgar, don Cruz parece tantear, aquí, allá. Finge tocar algo y retroceder; finge atenazar algo más, algo fino y largo.

—De una vez, de una buena vez —dice, y finge luego tomar, con toda la mano, algo un poco más grueso. Finge tirar del objeto. Finge hacer, de nuevo, un grandísimo esfuerzo…

Don Cruz finge tomar el objeto con las dos manos.

Finge apoyarse con ambos pies en una pared de aire, para tirar con más fuerza.

Sin dejar de tirar, con los dientes apretados y la cara roja por el esfuerzo, don Cruz dice algunas palabras en un idioma desconocido. Luego, en otro idioma. Luego dice:

—Palabras en un idioma… Palabras en otro idioma… Palabras en un tercer idioma…

—¿No sabe? —responde Kustos— ¿No tiene?

—¡Pregunte cosas más importantes! —dice Isabel.

Algo, cerca de las manos de don Cruz, cede y truena.

—¿Cómo qué? —dice Kustos.

—Como lo de Francisco. ¿Ya puedes seguir? —Francisco asiente y se levanta; Nata y Kustos observan que Isabel asiente también, comienza una sonrisa y no deja que su boca termine de mostrarla— Vamos bajando.

—¡Ah, tan fácil que es apreciar que todo quede bien, que todo esté como debe estar! —grita don Cruz, y algo nuevo sucede:

El edificio entero se sacude. Se estremece. Vibra y la vibración se vuelve sonido que avanza por los pisos desiertos y los habitados, por los lugares vacíos y los repletos: una voz que agita el concreto y la madera, que hace hablar al metal y el vidrio, leve y a la vez colosal porque se siente, también, en los huesos de las criaturas vivas, en los pulsos eléctricos de las máquinas, en los pensamientos de todos.

—¿Qué pasa? —pregunta Molinar, y le tiembla la voz mientras se agarra del pasamanos.

Kustos, Isabel y Nata están mirando hacia arriba, hacia la vastedad del ojo de la escalera. Molinar descubre que puede hacerlo también. Luego escucha a Nata:

—Zhenya. A veces pasa. No sabemos por qué. Es como gato que ronronea porque le rascan la panza.

Y la vibración es, también, un rumor cálido, gozoso: el gemido de placer de una bestia inmensa.

EL ARQUITECTO no querrá jamás hablar del cuerpo que es la torre; del alma que anima al cuerpo. No querrá decir si construyó un autómata, como los pequeños e insignificantes que se alojan en los pisos del falso jardín, pero hecho de concreto y metal y materias secretas para ser plantado en la tierra vieja de Morosa. No querrá decir, tampoco, si hizo algo más extraño: criar a un ser altísimo y hueco, educarlo en la altura y la rigidez y la firmeza, disfrazarlo de modo que pase inadvertido para quien lo mira sin cuidado. Y ninguno de los pocos que saben lo dirá nunca:

"Pues lo que importa es el misterio, la incógnita, vamos a decirlo así, la duda", dirá don Cruz, en cambio, cuando llegue a reunirse con sus amigos: con los pocos a quienes don Cruz, en sus siglos, ha tenido en verdad por amigos.

Y cuando esté con ellos (seres diversos que son de apariencia ordinaria pero que por lo menos tienen un gran poder) dirá también:

"Porque el de la torre es el Incierto Principio", y todos se sorprenderán al escucharlo, porque en ese momento la lengua se le desatará y no hablará más como habla siempre, con cada frase llena de vueltas y recovecos y cada palabra en cada frase saliendo de su boca como llena de miedo, temerosa de no hallar sitio en el aire. "La suya", seguirá, "es la Electrónica Secreta: la que toca y organiza y atraviesa las

porciones misteriosas de todo, la que habla con voces infinitas, la que comunica lo incomunicable, la que saca agua de las piedras y monstruos de los intersticios; la que llora en cada instante por los cuerpos de los otros instantes; la que manda a sus imágenes a estar con los lugares solitarios; la que vuelve infirme la firmeza del mundo, y lo convierte en otro u otro más, y le permite hacerse más grande y espacioso, y no se agota. ¡La noción, digo, que todo lo soporta, que todo lo cambia, que todo lo abarca, que todo lo abre y lo cierra!"

Los escuchas verán a don Cruz cada vez más exaltado, y además, de pronto, se darán cuenta: de pronto le verán los brazos en alto y el viejo torso desnudo, verde y gris y azul y con todos los tatuajes a la vista, como en los tiempos de la nieve o de los cielos negros. Y no sabrán de dónde les ha venido que hubo tiempos de nieve y de cielos negros, ni tampoco en qué momento se desvistió don Cruz, y entonces él les dirá:

"Pero mejor hablar de otra cosa. De la duda, por ejemplo. Hay muchas dudas. De hecho hay una lista de dudas. Ya están previstas y escritas en el libro. Cualquier día las encuentran. Puede ser en poco tiempo, o en cien años, o puede ser hoy. Una lista de todas las cosas que se preguntan, y se han preguntado y se preguntarán, quienes conocen el secreto de la torre."

Se sentará don Cruz ante la hoguera (¿ya estaba aquí esta hoguera?, pensarán todos; ¿ya estábamos en esta caverna de paredes resecas?) y empezará a contar con los dedos, despacio:

"Por ejemplo: ¿el edificio existe para proteger y conservar el jardín, de modo que nadie le haga daño? ¿El edificio existe para que el jardín no pueda hacer daño a nadie? ¿El jardín es un resto del pasado remoto? ¿Es una muestra del futuro posible? ¿Es un futuro inevitable? ¿Es un pasado que no fue nunca? ¿Es un lugar que existe *ahora*, en el presente, pero al que sólo se puede llegar por esa puerta extraña y secreta? ¿Es un lugar al que se podría llegar por otros medios, y por lo tanto el edificio que lo rodea es parte de un engaño? ¿Es una ilusión? ¿Es un parque de diversiones? (Realmente hay quien piensa esto, o lo hubo, o lo habrá.) ¿Es un lugar en otro mundo? ¿Es un fragmento de un sueño? ¿Es un premio para quien logra descubrirlo? ¿Es un castigo para quien muere en él, o por él? ¿La torre es un templo y quienes habitan el

jardín son dioses? ¿La torre es el infierno, o el paraíso? ¿El jardín es el infierno o el paraíso?"

Los escuchas se preguntarán qué ruge afuera de la caverna. Dónde están y qué tan lejos. Y don Cruz se reirá, porque esa pregunta tampoco será respondida, y así estará bien, porque las preguntas viven más tiempo que las respuestas…

—¡Ah, qué creatividad! —exclama don Cruz, y empuña su bastón y una luz se enciende sobre su cabeza. Su color no puede describirse. En pocos segundos es más brillante que el sol…

Y *luego se apaga de golpe*.

—Está bien —dice don Cruz, y en el aire sólo queda humo —. Di lo que debas decir a quien debas decírselo —y se sienta de nuevo en la cama, que está chamuscada como las paredes y el resto de los muebles del cuarto. Deja su bastón a un lado. Ahora sí va a descansar por un momento.

—Ya se calmó —dice Isabel—. Sigamos. Todavía falta.

EL JOVEN CONSTANTINO llega a ver a su padre, quien murió hace tanto.

A veces se siente como él. Cada esfuerzo le pesa como jamás creyó que pesaría; era verdad todo lo que siempre oyó del vigor que se agota, la mente que se desgasta y se tropieza, los dolores que se quedan con el cuerpo y terminan por ser parte de la conciencia del cuerpo. Pero estos dolores se mezclan con los recuerdos –los más terribles, los que ya no cuenta a nadie– cuando sube o baja por los pisos de El Brincadero, o cuando mira por alguna ventana a la gran altura que rodea a la torre. Entonces él piensa que la muerte del viejo Constantino se insinúa en lo que él mira, y que la aparición: severa, afilada y agostada a la vez, vestida con un traje perfecto, con la misma expresión de acritud y de impaciencia en el rostro, no llega para reprocharle nada. La percibe, casi, parada a su izquierda o su derecha, en el borde más allá del cual ya no pueden ver los ojos, y sabe que ese fantasma podría reprocharle muchas cosas: el no haber estado aquí para verlo morir, hace tantos años; el ser un hombre inútil y estúpido y cobarde; el no haber sido nunca,

por el contrario, el hijo que su padre deseaba, desde su cuerpo suelto hasta sus deseos ínfimos.

"No", dice, y es la única palabra que pronuncia en voz alta, y el viejo Constantino asiente. No viene a sermonear a su hijo sino a reírse de él, a reírse de dónde está y en qué han terminado tantas peleas agrias, tanto agitar de brazos, tantas expresiones de insubordinación y resentimiento.

Entonces el joven Constantino ordena que nadie se le acerque y pasa la noche en vela, bebiendo y hablando en voz alta, y su padre no se va pero tampoco da la impresión de que atienda a sus palabras.

—Antes de todo lo demás —sigue Isabel— le tengo que insistir en una cosa: el jardín ya estaba debajo. Este lugar fue un baldío desde que se fundó la ciudad, allá por…, por no sé cuándo. Lo puede investigar. Y desde entonces nunca se había construido nada aquí. Siempre estuvo vacío, abandonado. Así que lo que encontraron don Cruz y mi papá ya estaba aquí. Y no se acababa, no desaparecía.

—Justamente ahora le tenía que dar a Zhenya por irse —se queja Kustos.

EL BRINCADERO, terminada su construcción por la gente de don Cruz, fue inaugurado en 1946. Los animales llegaron en largas caravanas nocturnas que la gente de Morosa no pudo o no quiso ver. La clientela empezó a llegar también: primero muy despacio, oculta en grandes abrigos y coches, en viejas carretelas arregladas para la ocasión o en camiones de pasajeros, rentados para ocultar a una o dos personas que bajaban frente al edificio cerrado, protegidas así de las miradas. (Las primeras orgías llegaron años después, cuando se construyeron las entradas adicionales que permiten hasta hoy la llegada discreta de miles de clientes cada noche.)

Durante este tiempo, los pisos fueron llenándose no sólo de animales, sino de muebles, accesorios y todas las instalaciones necesarias. También se fueron estableciendo lazos más diversos con las personas importantes de la ciudad y del país, para que el negocio pudiera prosperar y se volviera uno de los lujos de Morosa, de sus lugares para visitar si se conocía su existencia, de sus sitios fabulosos. Los animales que morían se usaban como abono en los parques públicos, como carne en restaurantes de lujo y en mercados, como materia prima para fábricas y artesanos.

La sociedad secreta de la torre, que nunca tuvo nombre, fue formada por Emilio, quien invitó a cuatro empleados más, todos de su absoluta confianza. Juramentados para no hablar, ellos recibieron de don Cruz las verdaderas llaves completas de todo el edificio así como las instrucciones para abrir la última puerta: la secreta. El libro azul, cuyo origen don Cruz nunca quiso revelar, ya era parte de los instrumentos de trabajo de Emilio. La única tarea de todos ellos, al margen de lo que ya debían hacer en el negocio, era cuidar el jardín. Uno de los conjurados murió en 1947 por causas naturales; Emilio lo reemplazó con otro empleado hasta un año más tarde. Pasaría algún tiempo antes de que le hiciera falta aumentar el número de miembros de su grupo.

> *—¿Eso es exacto? —pregunta Kustos.*
>
> *—Claro que sí. Aunque yo no había nacido entonces —responde Isabel. Molinar resopla: de nuevo le cuesta mantener el paso de los otros.*
>
> *En la celda, don Cruz resopla también. Frunce las cejas y mira el suelo. Da la impresión de querer penetrarlo y hallar a los dos hombres y las dos mujeres que descienden.*

En 1954 nació Isabel, la hija de Emilio, quien fue la más joven en unirse al grupo de conjurados de su padre.

> *—Ya tuviste que decir cuándo nací —dice Isabel.*
> *Molinar nota que Isabel sólo finge su disgusto.*

Nadie entre ellos se opuso a Emilio en esto. Él no viviría para siempre, y una vez que faltase no quedaría nadie que hubiese estado en el secreto desde el principio. Los grupos secretos se ponen en gran peligro cuando pierden su primera memoria: quedan más cerca de poder desviarse de su propósito original, de corromperse, de desaparecer.

Isabel podría tener, pensaba Emilio, otros motivos para desear continuar con el trabajo que él tenía encomendado.

> *—Un momento, un momento por favor —grita Isabel al aire. El eco repite sus palabras muchas veces—. Yo puedo contar eso si se me antoja. ¿Zhenya?*

A veces dudaba: se decía que no tenía derecho a atarla a semejante obligación. Y, sin embargo, cada visita al jardín, cada vistazo que daba a su crecimiento, lo convencía de que era necesario preservarlo: permitir que prosperara y revelase, en su

hora, su secreto.

— ¡Zhenya! ¡Cállate!

ERA 1966: una de esas temporadas de pocos clientes, en las que los ingresos de El Brincadero estaban por debajo de lo que hacía falta para mantener el negocio. Entonces aparecían los depósitos "de apoyo" en las cuentas bancarias y nadie decía nada. Era de noche y Emilio García estaba revisando los detalles de los últimos de esos depósitos, que a veces se consignaban como hechos directamente por don Cruz y a veces no.

—Ya pasó a otra cosa.
—Lo que estaba diciendo es asunto mío.

Alguien dio un par de golpes en la puerta de su oficina. Abrió y era Herrera, el médico, uno de sus empleados de más confianza. Estaba pálido.

"¿Qué pasa, Salomón?"

"Venga, por favor. Venga ya."

"¿Qué pasó?", preguntó Emilio, mientras los dos corrían a los elevadores. Todos los empleados tenían instrucciones de atender por el interfono cualquier asunto salvo los más urgentes.

Herrera le contó que abajo, en la entrada, alguien le había abierto la puerta a un niño.

"¿Cómo que a un niño?"

Luego le dijo que Ricardo Molinar era quien sabía todo con detalle pero que no había podido subir.

"Está todo ensangrentado. No fuera a espantar a alguien"

—¡Francisco, ya oyó!
—¡Shhh! —dicen, a la vez, Molinar y, desde la celda, don Cruz.

Bajaron muchos pisos en el elevador, pero Salomón no pudo decir mucho más.

"Según esto, el empleado que abrió lo hizo porque el niño dijo ser el hijo de Ricardo, y que venía a verlo…"

"Y lo pasó."

"Sí, lo malo es que…"

Al abrirse la puerta del elevador, Emilio preguntaba:

"¿Cómo que mi hija se lo llevó?"

"El empleado era Demetrio, don Emilio, usted lo conoce", dijo Herrera. "Es un chamaquito todavía y no es muy listo."

—Me quería ligar —comenta Isabel, y suspira—. No tenía idea de qué quería decir eso, es decir, él no tenía la menor idea, pero de todos modos quería ser mi novio. Por eso estaba ahí en ese momento, con él en la puerta.

Emilio y Herrera caminaban por un pasillo decorado como el de un edificio de departamentos. La losa era barata y había tapiz en las paredes: aves y flores en patrones geométricos.

En efecto, el niño había dicho ser Paco, el hijo del señor Ricardo, e Isabel, quien estaba allí cerca, lo había llevado con su padre. El niño había insistido en entrar en el taller de Molinar, a Isabel le había parecido bien…

Y ya en el taller el niño había visto los animales con cuyos cuerpos trabajaba su padre y se había puesto a gritar. Su padre estaba destripando a un par de ellos con el fin de emplear las pieles para forrar un par de mecanismos.

"Se espantó", dijo Ricardo Molinar. Tenía una herida larga sobre un ojo, sangraba por la nariz y tenía varios cortes en la cara y los brazos. El delantal que acostumbraba llevar estaba embarrado de sangre. "Se quedó como trabado, como… Don Emilio, nunca pensé que…"

"¿Dónde está, Ricardo? ¿Dónde está tu hijo?"

"Es que eso no fue todo lo que pasó", empezó a decir Herrera.

"¿Qué más pasó?"

"El señor Constantino", dijo Ricardo.

Los cuatro se han detenido y se han quedado en silencio, escuchando. Kustos y Nata miran hacia arriba. Molinar trata de mirar a Isabel a la cara pero ella aparta la vista. Pasa un momento.

La voz de Zhenya se demora en volver.

De pronto, Kustos pregunta:

—Oiga, señorita Nata, hace rato usted decía que le parecía que Zhenya tiene un propósito especial, o algo así, cuando cambia de tema…

En 1964, el viejo Constantino fracasó en EL PROYECTO DE INICIACIÓN de su hijo adoptivo y decidió enviarlo a un internado en Europa. Hizo esto para librarse de él, para no verlo más, porque había perdido toda esperanza e interés en el proyecto de formarse un heredero exactamente como lo deseaba. Para castigar a esa criatura detestable que –así lo pensaba– le había fallado tanto, modificó además su testamento, de tal manera que el joven Constantino

pudiera hacer lo que quisiera con su patrimonio pero tuviera a El Brincadero como su último recurso para mantenerse. Era una suerte de venganza.

Un año más tarde, sin embargo, el viejo –quien seguía manteniendo la red de amistades e influencias que le permitían prosperar, aunque con menos energía y brillantez que en el pasado– volvió a tener esperanzas. En una visita a El Brincadero vio a una niña entrar en un elevador y se sorprendió enormemente:

"¿Es su hija?", le preguntó a Emilio, quien nunca le había dicho que Isabel subía y bajaba por el edificio con toda libertad.

Emilio respondió:

"Me ayuda con algunas cosas."

"¿Y nunca se ha espantado con lo que ha visto?"

Emilio, ofendido, respondió:

"Nunca ha visto nada."

Pero el viejo Constantino entendió que Emilio mentía. Y pensó en todos los esfuerzos que había hecho para habituar a su hijo incluso antes de revelarle su propósito: cómo le había dado animales de juguete, cómo había insistido en llevarlo cada semana, o aun con más frecuencia, al zoológico…

En uno de muchos momentos recientes de frustración, había pensado que la tarea era una locura desde el comienzo: que los deseos no podían aprenderse, como él se había empeñado en creer, y que provenían de otro lugar: de lo más profundo del cuerpo, de lo que se gesta o se hereda antes del nacimiento.

Pero si esta niña, sin ninguna predisposición, sin ningún condicionamiento previo, podía aceptar tan temprano la idea de que hombres y mujeres buscaran el placer con animales y no con otros hombres y mujeres, entonces tal vez era (pensó el viejo Constantino) que no había estado buscando en el sitio correcto. Que lograr su sueño no era imposible, sino tan sólo más difícil de lo que había supuesto.

Ricardo Molinar fue el primero en saber del nuevo proyecto del viejo: se enteró por casualidad cuando vio cómo un niño dejaba la torre por una de las puertas de servicio. Estaba por amanecer. Constantino y un hombre que nunca había visto antes conducían al niño.

Molinar veía bien de lejos sin necesidad de usar lentes, pero de todas formas se los puso. Notó que el niño, de grueso cabello rubio, tenía los ojos azules muy abiertos y lloraba en silencio. Se mordía el labio para no dejar escapar ningún sonido. Además estaba desnudo a excepción de una chaqueta de adulto puesta sobre sus hombros.

“Don Constantino”, dijo Molinar, cuando el viejo ya había despedido a los otros dos. Estaba en el otro extremo del corredor que llevaba a la puerta; tardó en advertir que, al oír su voz, Constantino se había vuelto súbitamente, sorprendido. “¿Todo está bien?”

El viejo Constantino no le contestó a él, sino a Emilio. Y no lo hizo sino hasta el cuarto o el quinto de aquellos visitantes –niños y niñas, todos de la edad aproximada de Isabel– que Molinar llegó a descubrir, siempre cuando el negocio estaba a punto de cerrar y siempre en el mismo corredor, el más remoto y poco frecuentado, por el que salían los clientes de mayor poder e influencia.

“No me van a estar vigilando”, dijo el viejo, “en mi propio negocio.”

“Señor, disculpe”, dijo Molinar, “pero yo no lo estoy vigilando. Yo paso por ahí porque arriba del pasillo está mi taller, y por ahí…”

El viejo Constantino ordenó que Emilio despidiera a Molinar. Emilio se negó:

“Don Constantino, el señor Molinar es muy útil. Trabaja bien. Además no es tan fácil hallar personas de su capacidad. Yo respondo…”

La discusión que siguió, sin embargo, fue larga y terminó en gritos.

“Lo que yo haga con ellos”, repetía Constantino, “no es asunto suyo. Además no les hago daño.”

“Este hombre”, repitió Molinar, “está trayendo a esos niños para…”

“¡Ah! ¡El señorito tiene moral!”

“Tengo más moral que usted. Yo elegí trabajar aquí, yo sabré qué hago con mi conciencia. Igual que todo el mundo. Pero esos pobres no trabajan aquí, no eligieron…”

“¿Cómo sabe que a alguno no le gusta?”

“Qué poca madre.”

“Cálmese, Ricardo…”

Era lo primero que Emilio alcanzaba a decir en un largo rato. Y entonces Molinar levantó la mano y dijo:

“¡No me calme! ¡Usted sabe lo que éste”, y señaló con el dedo a Constantino, “está haciendo!”

“No me digas ‘éste’, descastado, indio”, y levantó el puño para golpearlo.

“¡Momento!”, gritó Emilio, y se interpuso entre los dos hombres. “Momento, carajo. Ya basta. Vete, Ricardo. ¡Vete ya! ¡Ya! Yo hablo contigo después. No vas a perder tu trabajo. ¡No lo va a perder,

señor! ¡Nos hace falta!", le dijo a Constantino. "Ya vete."

Molinar obedeció pero, ya en el umbral, se volvió para quedarse mirando a Constantino mientras cerraba la puerta.

—Ése era mi papá —observa Molinar—. Tenía su carácter.

Cuando se quedaron solos, Emilio dijo:

"Señor Constantino, mire…"

"Usted tampoco se me quiera rebelar. Uno de esos niños puede ser el que herede la parte que me toca de todo esto. Todo lo que está en mi testamento puede dejar de estar."

Emilio se quedó con la boca abierta.

Luego dijo:

"Usted es libre de hacer lo que quiera con eso, señor."

—¿Así le dijo? —pregunta Nata.

—Yo no estaba ahí —responde Isabel—, pero según sé así fue.

—¿Y qué pasó?

CORDEROS. Entre quienes llegan a su piso, ESTE HOLOCAUSTO EN EL QUE ENTRÉ, los hay que gustan de yugularlos, como en un rastro, o de someterlos a mano limpia, como si víctimas y victimarios fueran seres del tiempo salvaje.

Los hay también que los contemplan, nada más, desde un lugar mucho más bajo o desde el otro extremo del pasillo, y se figuran altas palabras y trompetas.

Los hay que los toman, les ponen ligueros y pretenden enseñarles a fumar con largos puros metidos en el hocico.

Los hay que se tocan con su lana recién cortada, que se la ponen en la boca o se tapan con ella las narices, que en todo hay su símbolo y su misterio.

Y también los hay que no conocen El Brincadero, y sólo pasan ante la puerta, o bien batallan y comen y bailan en otros sitios de Morosa y del mundo, pero de pronto, ante ojos profundos, ante la estolidez o la dulzura, si escuchan un llamado servil o sienten un contacto tímido, un topeteo o la humedad de una lengua, están ante el mismo sueño: el mismo ser vislumbrado, sometido, inútil y destinado a lo que anuncia su carne.

—Calma. Ya sabes que a veces hace esto. Ahorita va a decir lo que debe decir —dice Isabel deprisa. Ha entendido la expresión en la cara de Molinar: el hombre sólo quiere saber,

pero el deseo es más fuerte que cualquier otra cosa. Nada de lo que ella alcanzó a oír de su historia, así como nada en el aspecto de Molinar, en su voz tibia, en sus modales, la hubiera hecho anticipar semejante pasión.

Ella misma nunca ha tenido una incertidumbre semejante: ha estado preocupada por su futuro, pero su pasado siempre ha estado claro, visible, listo para contarse y evocarse. Se pregunta qué será tener esa falta, ese agujero en la memoria.

—¿Pero tú también sabes? —pregunta Molinar.

—Mejor que lo diga Zhenya.

Ahora, de pronto, Molinar se detiene una vez más. Su voz suena distinta.

—¿Pero tú sabes, Isabel?

El viejo llevaba casi dos años buscando y encontrando sujetos para experimentar en toda Morosa y aun en sitios más lejanos. Todos eran rubios y hermosos; Emilio tuvo grandes dificultades para localizar al par de empleados leales al viejo que le abrían las puertas de varios pisos y les preparaban los animales.

—Isabel…

—Claro que sé, Francisco. Tu papá mató al viejo Constantino y por eso tuvo que salir huyendo con tu mamá y contigo. ¿Eso quieres oír?

Ricardo Molinar no tenía SANGRE EN LAS MANOS, pero mientras explicaba lo sucedido empezó a pasar las palmas sobre su delantal, nerviosamente.

"Su hija me llevó a Paco, a mi hijo, a mi taller. Y mi hijo se espantó. Él no sabía en qué trabajo, no les digo en la casa. Y me vio trabajando con un animalito que él tenía… Se había muerto y se me hizo fácil, era un conejito, y ya ve que encargaron siete para la semana que viene… Yo había echado uno a perder…"

Isabel sacó del taller al pequeño Francisco y, mientras intentaba calmarlo ambos escucharon varios gritos potentes. Luego se escuchó una voz de viejo, cascada, furiosa:

"¡Ven acá, ven acá! ¡Nada más es un mono!"

Y luego se abrió la puerta que llevaba a las escaleras de servicio y pasó junto a Francisco e Isabel, corriendo y gritando, una niña desnuda y blanca que entró en la caja abierta de un elevador. El elevadorista, desconcertado, sólo atinó a cerrar las puertas, y el viejo Constantino apareció cuando acababan de cerrarse, por el mismo lugar por el que la niña había llegado. Llevaba un cinturón

en la mano y aún dijo: "¿Dónde estás? ¿Dónde está?", antes de fijarse en los dos niños que estaban a su lado. Estaban abrazados el uno al otro. Francisco había dejado de gritar, pero temblaba y tenía el cabello mojado y revuelto. El viejo Constantino se acercó a ellos, se inclinó y dijo: "¿Tú quién eres?".

"Yo no oí lo que se dijeron", explicó Ricardo. "Isabel me contó después."

"¿Dónde está?"

"Está con mi hijo, están bien. Le tengo que contar, espere. Yo salí del taller cuando el señor Constantino estaba hablando con mi hijo… Y le vi el cinturón y…"

Ricardo vio el cinturón que Constantino llevaba y dijo:

"¿Qué hace usted con mi hijo?"

"¿Es tu hijo?"

"¿Qué está haciendo?"

"No estoy haciendo nada. ¡No me hable en ese tono!"

"Ven para acá, Francisco."

"Creo que se va a enfermar", dijo Isabel.

"¡Francisco, ven! No te quiero cerca de ese señor."

"Oiga, ¿qué le *pasa?* ¿Quién se cree que soy?"

"¿Cómo que quién? Un degenerado…"

"¿Cómo se atreve?", y antes de que Ricardo pudiera hacer otra cosa, el viejo Constantino estaba sobre él, golpeándolo con la hebilla del cinturón en la espalda, en el vientre, en la cara… Ricardo se cubrió y trató de alejarse de Constantino, pero éste lo persiguió, primero hacia un lado del pasillo, luego hacia el otro.

De pronto, Ricardo empezó a contraatacar a puñetazos y patadas y por un momento logró hacer retroceder al viejo. Pero luego éste logró golpearlo casi en un ojo y hacerlo recular. Un rato, que a Isabel le pareció larguísimo, estuvieron así, persiguiéndose, yendo hacia atrás y hacia delante. Ninguno de los dos era muy rápido pero los dos se esforzaban como si lo fueran: semejaban actores de una película, enfrascados en una persecución en cámara lenta.

Ricardo quiso, en un par de ocasiones, atrapar el cinturón y quitárselo al viejo, pero sólo consiguió recibir un par de golpes muy dolorosos en los dedos. El viejo le gritaba de tanto en tanto:

"¡Malnacido! ¡Pata rajada! ¡Bastardo! ¡Venirme a decir a mí…!"

E Isabel gritaba:

"¡Ya déjelo, ya déjelo!"

Y Francisco gritaba:

"¡Papá!"

Entonces Ricardo Molinar se arrojó sobre el viejo como para

derribarlo: no era un hombre fuerte pero sí grande y pesado. Y lo consiguió: lo golpeó en el vientre y lo hizo caer de espaldas. El viejo golpeó la pared con la nuca y se quedó inmóvil.

—Ay, Dios —dice Molinar—. Yo no me acuerdo de eso.

—¿No te acuerdas de que nos quedamos mirándolo un rato largo, largo…?

Seguía en la misma posición cuando Emilio y Salomón llegaron hasta él.

"Se rompió el cuello", dijo Salomón. "Ya estaba grande. Yo creo que fue rápido."

"Un accidente", dijo Emilio, asintiendo, pero Ricardo Molinar no se dio cuenta de que se lo decía a él, para calmarlo: de pie al lado de los otros dos hombres, miraba fijamente el cadáver.

Estaba pensando en el horror que había sentido su hijo al verlo. Y en que su propio horror era distinto. Éste era el primer cadáver que veía, su primer hombre muerto, y lo había matado él.

—No.

Isabel comprendió de inmediato. Tampoco había visto nunca un muerto, pero comprendió. Arrastró a Francisco hasta el elevador. La niña desnuda ya había bajado en algún otro piso.

—La encontraron después —dice Isabel—. Pero no sé más. Nunca supe qué fue de ella. Y entonces estaba pensando, no sé por qué, en sacarte del apuro a ti. En que ya no vieras eso.

"Vamos a jugar un ratito. ¿Sí? ¿Te parece bien? Tu papá está ocupado pero ahorita viene por ti. ¿Sí? Llévanos hasta abajo", le dijo al encargado del elevador, que la obedeció, porque sabía quién era y porque Isabel vivía así, para arriba y para abajo por los pasillos de la torre.

Francisco se dejó hacer. Estaba aturdido y tenía mucha fiebre. Ambos bajaron muchos pisos, casi hasta el último, y luego salieron.

"Vamos a jugar al jardín. ¿Te parece bien? Acá tenemos un jardincito."

—¿No podríamos bajar nosotros también en elevador? —pregunta Kustos.

—Cállese, Horacio —responde Molinar.

Dos empleados que trabajaban con Salomón Herrera se llevaron

el cadáver del viejo a la enfermería de la torre. El elevador los subió solamente a ellos y no se detuvo por nadie más en ningún otro piso. Lo dejaron sobre una mesa, en un cuarto apartado que cerraron con llave.

En ese momento, Isabel y Francisco llegaban a la puerta del jardín.

Cuando se quedaron solos, Emilio dijo que debían encontrar a los niños y bajó por el mismo elevador con Herrera y Ricardo.

"Don Emilio", empezó Ricardo.

"Tranquilo. Ya sabemos que fue un accidente."

Ricardo abrió la boca, la volvió a cerrar y al fin respondió:

"Esto es lo último que yo hubiera querido."

"Cualquier día", intervino Herrera, mirando a la pared de la caja, "se habría caído solo a la hora de bañarse o bajando una banqueta. Y habría sido lo mismo."

"Eso", dijo Emilio. "Podría haber pasado mañana."

"Pero no pasó", dijo Ricardo. Seguía sangrando. No había querido que Herrera lo tocara siquiera.

En este momento Isabel abría la puerta y salía con Francisco a la extensión verde, húmeda, sobre la que brillaban las estrellas. Y por fin abrazaba a Francisco para cubrirle la cara con su pecho.

—Yo era más alta.
—Sí, me acuerdo. ¿Para eso me abrazaste?
—¿Sí entiendes qué pasaba?

"¡Un abrazo, Francisco!", dijo Isabel, y hasta sonrió, aunque nadie podía ver su sonrisa. "¿Te gustan los abrazos?"

—Creo que sí —dice Molinar—. No me abrazaste antes de entrar, ¿verdad? Yo siempre tuve el recuerdo de que había sido después… Al menos eso sí lo tuve claro.

"Sí", dijo Francisco, y sólo sintió cómo Isabel, sin dejar de abrazarlo, lo hacía caminar, alejándose de la puerta. Un paso, y otro paso, y otro…

—Usted actuó muy bien —dice Kustos, quien se pregunta otra vez, pero no lo dice, por qué no bajan ellos también en elevador. Mira a Nata, quien también parecía a punto de decir algo pero ha cerrado la boca.

Emilio y los suyos entraron en el túnel.

—Vamos nosotros también —dice Isabel, y empieza a andar una vez más. Los otros tres la siguen: a Molinar le sorprende lo súbito de la orden.

Apenas han bajado un piso cuando aparece ante ellos una reja de hierro forjado que bloquea las escaleras. Está cerrada con un candado de metal negro que Isabel abre deprisa.

—Aquí está el último piso —explica—. Más allá de aquí no hay elevadores. Y bajamos como bajamos por seguridad, señor Kustos. Cuando yo era niña eran otros tiempos.

Los cuatro pasan al otro lado. Kustos nota que las escaleras no terminan aquí: que siguen y siguen y que el ojo –se asoma para mirar– se ve tan remoto y tan oscuro como siempre, allá abajo, quién sabe qué tan lejos.

Molinar está a su lado, mirando también. Y Nata. Isabel está en el rellano y los mira a los tres con los brazos en jarras.

—Nata, ¿tú cuántas veces has venido? Ven acá. Y no, señor Kustos, no sabemos qué tanto más baja. O qué tanto más sube. Pero éste es el último piso. Más abajo, hasta donde sabemos, ya no hay puertas.

La puerta que se ve en este piso es diferente de todas las que Kustos y Molinar han visto en la torre. Es más alta y más gruesa y está hecha de madera. Su superficie es oscura y está cubierta de surcos profundos. A Molinar le parece, sucesivamente, la puerta de una gran hacienda, la de una iglesia antigua, la de una cárcel, la de un castillo medieval.

—La puerta es relativamente nueva. No estaba cuando tú viniste, Francisco. No le van a decir a nadie, ¿verdad? —pregunta Isabel.

Kustos nota que hay una placa cerca de la puerta, fija a la pared como tantas otras que ha visto en la torre. Pero no hay nada escrito en ella.

—¿Y esto?

Isabel saca el libro azul de su bolsa.

—Aquí eso nomás está de adorno. Quien está autorizado para entrar puede hacerlo, como en cualquier otro piso, pero lo tengo que autorizar yo y tiene que ser con el libro —lo abre y empieza a pasar páginas—. Hay que decir más palabras que en otros pisos: poemas completos. Y nunca se sabe de antemano cuál va a tocar. Aparece en estas páginas —y se queda mirando el libro abierto.

Kustos, quien está un poco lejos, da un par de saltos para acercársele. Quiere asomarse por encima de su hombro, a ver

lo que ella está viendo, pero sólo ve siete versos en una página y otros siete en la opuesta, impresos en letra muy grande.

—Se lo perdió. Ahora cállense un momento, no vayan a hablar —e Isabel empieza a leer las palabras en voz alta.

Es un soneto. Se oyen su metro y sus rimas.

—¿De dónde vienen todos esos versos? —pregunta Kustos mirando a Nata— Es una pregunta retórica.

—¿Qué es eso? —pregunta Nata.

—Que no espera respuesta —responde Molinar.

—"… pero yo sé que existe y que perdura" —está leyendo Isabel, y se detiene para mirar a los tres con dureza.

Los tres entienden y callan hasta que ella termina.

La puerta se abre sola y deja ver un corredor oscuro, casi negro.

—Quiero decir —dice don Cruz, aún desde la celda— que yo podría haber aparecido entonces. Haberlos ayudado. Se hubiera podido. Hubiera sido mejor.

Los cuatro entran en el corredor. Caminan uno detrás del otro, con Isabel al frente y Nata detrás. Un rumor distante, apagado, se escucha en el túnel.

—¿Qué es eso? —pregunta Molinar.

—Es el aire. A ciertas horas es muy fuerte. Pero todavía está un poco lejos. Hay que seguir. Yo voy aquí adelante.

—Pero entonces no estaríamos aquí —dice don Cruz—. Estos propósitos que son otros, otros de la torre, aparte de guardar lo que guarda, aparte de confundir y de maravillar, van hasta más allá de uno, más allá.

Después de llegar al jardín, Emilio y los otros dos volvieron sobre sus pasos a las escaleras. Ricardo Molinar llevaba a su hijo en brazos. Isabel iba tras ellos; buscó la cara de su padre y se abrazó a él. Emilio no quiso decirle nada en ese momento.

"Papá, los duendes", dijo Francisco. Tenía los ojos cerrados.

Mientras Ricardo empezaba a subir por las escaleras, Emilio dijo a Herrera:

"Tenemos que arreglarlo todo. Y no nada más por el negocio, para que los amigos de Constantino no nos causen problemas… Ricardo no se merece que le pase nada."

"Claro que no."

"¿Se podrá fingir un accidente?"

"Claro que sí. Nada más lo vimos nosotros. Los de confianza. Y me imagino que el hijo quedará como dueño, ¿no?"

"De dientes para afuera. Pero sí."

Horas después, ya de mañana, se supo que el viejo Constantino se había caído al bañarse en su casa. Los escasos sirvientes que aún tenía dieron el mismo testimonio. El viejo no tenía parentela así que el funeral fue organizado por sus amigos de la política y la industria de Morosa –que todavía eran muchos– y por Emilio.

La velación y el entierro fueron silenciosos. Los periódicos difundieron la noticia de la muerte de un empresario ilustre de la ciudad, fundador y dueño de numerosos negocios que habían fortalecido la economía de la ciudad durante veinte años.

Los cuatro siguen caminando por el corredor.

—¿Falta mucho? —pregunta Kustos. Va con una mano en la pared, que se siente seca y fría bajo su palma.

El Brincadero cerró durante un día, e Isabel lo pasó con su padre, en las habitaciones en que vivían. Isabel oía música en la radio o leía revistas: ya no usaba sus juguetes de otros tiempos. Emilio la miraba, sentado a la mesa en la que ambos habían comido tantas veces. Hacia el mediodía, Emilio se levantó, abrazó a su hija y los dos miraron hacia fuera por una ventana. Apenas se veía nada más que vapor: nubes espesas y blancas. Ninguno de los dos se atrevía a hablar.

Ricardo Molinar se marchó tan pronto abandonó el jardín. Aún con su hijo en brazos entró al elevador, llegó a la planta baja, salió del edificio. Para la tarde ni él ni su familia estaban en la ciudad.

“¡No me digas que no te dijo nada!”, le había dicho Emilio a Isabel, al darse cuenta.

“¡Es que no me dijo!”, contestó ella; estaba llorando. “No me dijo nada. Usted estaba ahí también. Ni siquiera me volteó a ver. Entró, levantó al niño y nos fuimos…”

Emilio le pegó: nunca se había sentido tan furioso, tan impotente.

—Ah, de eso me acuerdo —dice Isabel. A Kustos le parece entender el tono de su voz—. Pero no, no falta mucho.

Y ahora, Emilio pensaba que no debía haber metido a su hija en nada de aquello. No debía haberla mantenido allí. Ella tenía los ojos muy abiertos y se apretaba a él con mucha fuerza. Afuera no se oía ningún sonido, y el silencio se prolongó durante mucho tiempo.

Y más tiempo aún tardó Emilio en dejar de tener miedo, de anticipar el día en que alguien descubriría lo ocurrido con el viejo Constantino. Ahora su hija lo abrazaba, y él se sentía agradecido,

pero al mismo tiempo se sentía obligado a examinar, cuantas veces fuera necesario, cada idea, cada posibilidad de que algo terrible sucediera; en varias ocasiones su pensamiento se detuvo por completo, en una pausa muda en la que se limitaba a pasar la mirada sobre las paredes o la cabeza de su hija, apoyada contra su pecho. Luego comenzaba otra vez, y entonces sus pensamientos derivaban hacia Isabel.

> *—Ah —vuelve a decir ella, más débilmente.*
>
> *El rumor delante de ellos, que nunca ha desaparecido, ahora comienza a escucharse con más fuerza. En su cuarto, cada vez más lejos de ellos, don Cruz fuma un cigarro verde. El humo a su alrededor es muy oscuro. Don Cruz espera.*

Tal vez, si se daba prisa, si se atrevía a salir ahora mismo de El Brincadero con ella, podría llevarla a la terminal de los autobuses y enviarla lejos, con alguna de sus tías, acompañada de algún dinero que le permitiese no volver; tal vez tendría que haberlo hecho muchos días, meses, años antes. Tal vez hubiera sido mejor actuar como Ricardo, no meterla nunca en el edificio, no dejarle ver ni saber nada. Y luego, la espera volvía a afectarlo, y pensaba que tal vez el joven Constantino, que había venido de Europa y estaba ahora en el edificio, podría ocasionar otro desastre; podría darse cuenta de lo ocurrido; podría impugnar el testamento; podría averiguar y revelarlo todo…

Tocaron a la puerta.

“Don Emilio”, dijo una voz. Era Salomón Herrera.

Su hija lo soltó de inmediato y se escondió tras el pequeño escritorio.

“Sí”, dijo Emilio, y para siempre se admiró de lo calmada que sonaba su voz.

> *—Esta parte no la sabía —dice ella, con una voz que suena distinta, nueva, incluso para Nata.*
>
> *Don Cruz dice:*
>
> *—Los que buscan respuestas, Isabel querida, Isabelita, no creo que se vayan a encontrar con muchas, pero se van a encontrar contigo. No sé si esto te sirva pero así va a ser.*

También se sorprendió de la ligereza con la que volvió a cerrar la puerta cuando salió de su oficina, bajó con Herrera, llegó hasta la oficina que había sido del viejo Constantino y encontró allí, ebrio, al joven Constantino.

“Usted era”, dijo el joven Constantino; estaba despatarrado en un sillón y le costaba levantar la cabeza, “su, su algo, ¿no?, su apoderado.”

“Sí”, dijo Emilio.

“Mire, usted vio que yo no estaba aquí.”

“Sí.”

“Sabe que no vivía aquí, ¿verdad?”

“Sí”, volvió a decir Emilio.

El joven Constantino jugaba, nervioso, con una pluma de oro. Nunca hablaron con más franqueza. Un par de días más tarde, luego de que se cerrara oficialmente la investigación sobre la muerte del viejo Constantino, y se leyera el testamento, el hijo se marchó otra vez: tardaría un par de años en asumir el control de las otras empresas que había tenido su padre, y le llevaría aún más regresar a Morosa.

> *—¿Ya estamos llegando a donde se hace curva el pasillo? —pregunta Nata—. Sí, ¿verdad? No se apuren. Es normal.*

Para entonces Emilio tenía otra distracción: sus hombres de confianza habían recorrido buena parte de la torre en busca de alguien que supiese algo, cualquier cosa, sobre la familia de Ricardo Molinar, que hubiese visto de reojo alguna dirección escrita o sus manos al marcar un número telefónico. No habían tenido éxito.

Corría la voz de que Molinar había sido despedido injustamente, y que Emilio se proponía reparar el daño. Pero nadie sabía nada; Molinar se marchó del edificio y del departamento en el que vivía. Se había ido con su esposa, su hijo y apenas unas pocas pertenencias. Ninguno de sus vecinos pudo o quiso dar referencias sobre a dónde se habrían marchado. Nunca más se supo de él ni de su familia en la ciudad de Morosa.

> *—Después me tendrás que contar más de qué les pasó, a dónde fueron… —dice Isabel— ¿Ya les dije que una discusión de siempre con mi padre fue que yo debía tener un hijo para que continuara lo que hacemos aquí en la torre? Él quería. Yo no.*
>
> *Kustos y Molinar, sorprendidos, no responden; la voz de Isabel llega con un eco y mezclada con el rumor, que ahora es aún más fuerte.*
>
> *—Una vez… no, un par de veces estuve a punto. Pero no. Sigan avanzando… No están para saberlo, pero parte de lo que me hizo negarme siempre fue acordarme de lo que pasó*

entonces. De la cara que tú tenías, Francisco, cuando viste a tu papá. Y de cómo estabas cuando llegaste aquí la primera vez. Yo creo que mi papá no hubiera querido enterarse de esto, pero así fue.

"Él nunca me lo dijo, pero pensaba que el problema llegaría no cuando se muriera él, sino cuando me muriera yo: que tenía que haber alguien que continuara cuidando del jardín. Y ahora yo estoy un poco preocupada también, la verdad aunque supongo que no me faltará a quién encargarle el negocio… De hecho estoy pensando en Nata."

—¿Qué? —dice Nata.

—No me digas que tu marido no te lo ha contado. Ya hablé con él. Si quieres lo platicamos, pero ¿no les gustaría quedarse a cargo? Yo sé que les importa.

—La historia de ella, por otra parte —dice don Cruz—. Por otra parte.

Las BESTIAS HÍBRIDAS, tan extrañas y únicas, son las más delicadas: se agotan más rápidamente y han de retirarse más temprano, o así dicen los cuidadores de los *ligres* en el piso OH, YUDHISHTIRA DE BRAZOS PODEROSOS, VEN, VEN, OH, JEFE DE LOS HOMBRES.

—De hecho, supongo que ustedes querrán seguir con sus vidas cuando salgan de aquí, pero le gustaron a Zhenya. En realidad es bastante raro. Así que si quieren mudarse para acá una temporada… En especial tú, Francisco. El doctor Herrera no nos va a durar para siempre y hace rato estuviste muy bien con aquel pobre baboso que se encontraron…

Isabel no prohíbe, pero tampoco aprueba, que los empleados de la torre se expresen de sus criaturas como lo hacen éstos: hijos como son (afirman) de león y tigre, los ligres, que nunca paran de crecer y se vuelven bestias majestuosas y lentas y macizas, deben su misma existencia a un amor análogo a los que justifican la existencia de todo El Brincadero. ¿No debería (prosiguen) tenérseles como símbolos de esas leyes rotas y darles sólo un turno diario?

Molinar, de nuevo, no sabe qué responder.

Por su parte, Kustos dice:

—Francisco, ¿en los papeles que se encontró de su papá no decía algo sobre esto? ¿Sobre lo que oímos?

—¿Esta historia? No —responde Molinar—. De hecho no sé si mi papá se enteró del entierro. Espero que sí, pero no

creo. Podría preguntarle a mi mamá, aunque es como les decía: si se entera de que no me deshice de aquellos papeles…

—Ya estamos llegando —dicen, casi a la vez, Nata e Isabel.

Los cuatro continúan caminando. El corredor ha vuelto a ser recto. Parece descender, pero es imposible saberlo; también parece que (así lo piensan Kustos y Molinar, al mismo tiempo, aunque están en silencio y procuran no dejar de oír los pasos de Isabel) el túnel es tan largo que los cuatro ya deben estar más allá del terreno de El Brincadero, internándose en el subsuelo de Morosa.

Isabel se detiene bruscamente. Kustos toca su espalda y se detiene también. Molinar toca la espalda de Kustos.

Se oye un picaporte que gira en algún sitio delante de ellos, y de pronto un golpe de aire y la luz del sol les dan de lleno en la cara.

Deslumbrados, Molinar y Kustos cierran los ojos. La brisa sopla con fuerza pero no la suficiente para impedir que avancen. Huelen tierra húmeda y escuchan más sonidos: ruidos aún más distantes, que no son como los de El Brincadero: nadie podría confundirlos.

—Ya estamos aquí.

"Ya estamos aquí", dijo Isabel a Francisco y los dos entraron en el jardín, en aquel momento hace tantos años. "Qué suerte que no está lloviendo."

Los dos hombres dan unos pasos más y dejan de sentir las paredes del corredor. Abren los ojos y comprueban que sus pies descansan sobre hierba verde, lozana, brillante de rocío. Y cuando se acostumbran al fulgor del aire y se animan a levantar la vista, ven que el campo es vasto, lleno de lomas y estanques, plantas y árboles, y más lejos están las montañas, altas y nevadas, en un círculo: un valle profundo y apretado bajo la luz de la mañana.

—¿Cómo es posible…? —dice Molinar— Señora. Digo, Isabel.

—¿Qué cosa?

—¿Dónde estamos?

—En el jardín, ¿dónde vamos a estar? Mira: aquella vez te llevé por acá. Cruzamos ese puente, que entonces pasaba sobre un arroyo…

“¿Éste es el jardín?”, preguntó Francisco.

“Sí. ¿Te gusta? Vamos para acá, ven para acá”, respondió Isabel, y lo llevó de la mano.

Molinar mira su reloj. Apenas son las seis, pero la luz es semejante a la del mediodía.

—El tiempo pasa distinto —le explica Nata.

—Qué maravilla —dice Kustos.

Isabel se encamina hacia el puente, que es muy pequeño: un arco hecho de ladrillos, que no mide más de un metro de largo, y bajo el que sólo hay más hierba. Ninguno de los otros la sigue: Kustos gira despacio, para ver todo alrededor, y cuando ha vuelto la mirada hacia atrás deja escapar un grito.

Molinar voltea también y no grita, pero se queda inmóvil y siente el mismo miedo que sintió en el corredor, cuando desaparecieron las puertas y se apagaron las luces.

Nata e Isabel comprenden el asombro de los dos: ya han visto antes, muchas veces, la puerta de madera por la que salieron, que es semejante a la del otro extremo del corredor pero que está encajada en el tronco grueso y altísimo de un árbol, lozano y vivo, con una copa inmensa. Sus hojas son las que murmuran al ser movidas por el viento. La torre no se ve por ningún lado. Tras el árbol, que da la impresión de estar en el centro del valle, se ven las mismas extensiones verdes, las mismas aguas y montañas, el mismo cielo.

Ellas supieron, desde la primera vez, que ese árbol era el más grande de todo el jardín. Y ahora los dos hombres lo saben también.

—Desde aquí no se ve nada de lo que está arriba —dice Isabel—. Pero por la puerta podemos regresar en cualquier momento. Vengan.

Kustos y Molinar se obligan a apartar la vista del árbol gigantesco y del cielo tras él. El azul les parece más oscuro y más intenso.

Luego van hacia el puente. Nata hace lo mismo.

—Ya no falta mucho —dice don Cruz y apaga su cigarro en la superficie del mueble de tortura. La pequeña quemadura que deja la brasa desaparece de inmediato—. Gracias mil, Zhenya.

Kustos ve algo moverse en la copa de otro árbol, lejos, y luego algo que corre, alejándose de ellos, a una distancia aún mayor. Isabel pasa sobre el puente como si hubiera agua debajo.

—Ahora el río está más allá —dice Isabel—. Vengan.

—¿De dónde viene la luz? —pregunta Molinar.

—Bien, bien —dice don Cruz—. Aquí va. Simple y fácil.

Hace años, Isabel y Francisco cruzaron de prisa y pronto estuvieron del otro lado del riachuelo, que corría con entusiasmo bajo el puente.

—No sé. Es como el sol, aunque a veces sale un poco más temprano que afuera, como ahora…, o también se mete a horas distintas…, pero no sé.

—Sin miedo, Zhenya —dice don Cruz—, Zhenya admirable, Zhenya fenomenal.

—Qué chistoso —dice Kustos—. Porque estamos dentro, en realidad. ¿Verdad?

—¿Qué dice? —dice Molinar.

"¿Qué dices?", preguntó Francisco.
"Nada", respondió Isabel, extrañada.

—Nada —dice Horacio—. Que estamos dentro. Seguimos dentro. ¿No?

—Es que eso…

"No, dijiste algo", respondió Francisco, y entonces Isabel se dio cuenta de que el niño seguía con fiebre.

—Ya lo hiciste antes y lo hiciste muy bien. Sigue, sigue —dice Molinar.

—Eso —dice Molinar—, esas palabras… Fue lo que yo…

Lo hizo acostarse en la hierba y se preocupó de verdad cuando lo oyó decir:
"¿Todo va a estar bien?"

Kustos lo toma del hombro.

—¿Se acuerda de lo que nos pasó allá arriba? ¿Lo que me pasó? ¿Cuando Zhenya contó cómo me recibió Constantino…?

Molinar no reacciona. Isabel piensa que es la primera vez en mucho tiempo —desde la llegada de Nata, de hecho— que algo en la torre la asombra. Molinar mira a un lado y luego al otro.

Tiembla.

“Todo va a estar bien”, dijo Isabel. “Nadie te va a hacer nada.”

—Esto es lo que le decíamos, señora —dice Nata, quien se siente muy asustada—. Esto es nuevo.

“¿Quién es usted?”, dijo Francisco, que temblaba y miraba para un lado y para el otro.

Kustos toma aire y grita hacia el cielo:

—¡Francisco…, niño…, escucha! ¡Todo va a estar bien! ¡Va a estar muy bien! ¡Tú vas a estar muy bien!

“¿Quién es usted?”, volvió a decir Francisco.

—No importa —dice Kustos, y se pregunta si, más tarde, deberá describirle su propia cara a Molinar, la expresión que tiene en este momento—. Soy… soy alguien que…

“No me hables de usted. Soy yo, Isabel”, empezó ella, y entonces oyó un rugido.

Molinar se deja caer al suelo de espaldas.

Empieza, de pronto, a reír a carcajadas. Su risa es *un estruendo. Después de un momento la risa se convierte en sollozos, largos, potentes, que se sienten en su pecho y en su garganta por igual. Luego vuelve la risa.*

—¿Qué le pasa? —pregunta Isabel.

—¡Qué le va a pasar! —grita don Cruz, que se ríe y palmotea en el cuarto, y da saltos, y se golpea él mismo la cabeza y el pecho y el vientre— ¡Qué le va a pasar!

Pasa el tiempo y la risa y el llanto se agotan por fin.

Molinar se yergue y queda sentado en la hierba. Tiene los ojos enrojecidos y la cara hinchada. Sonríe como nadie, ni aquí ni en el otro extremo del corredor, ha sonreído nunca.

—Muchas gracias, Isabel. Horacio, señorita Nata. Muchas gracias —dice—. Y… Un momento, ¿ya se acabó? —pregunta. Alza los brazos.

—Creo que sí —dice Kustos.

—Jamás había visto algo como esto —concede Isabel.

Molinar baja los brazos.

Entonces los tres escuchan un rugido.

Esto es lo que sucede cuando se permite que un jardín crezca durante décadas, protegido de las miradas indiscretas. En parte, se debe a otra cualidad fundamental del edificio, discurrida por don Cruz desde el primer momento, cuando supo de la existencia del jardín y dijo a Emilio:

"Esto es lo mismo que la compresión de arriba a abajo de la que ya te hablé. Compresión de lado a lado. No en vertical sino para los lados, de hecho para los cuatro lados. Norte, sur, este, oeste. O más en su orden: este, sur, oeste, norte. El jardín podrá ser tan extenso, tan poblado, tan *amplio*, mi querido amigo, mi estimado amigo, como sea necesario, sin rebasar el área que le corresponde en la planta del edificio, y por lo tanto, sin que nadie se dé cuenta. Es otra aplicación de la arquitectura de lo que yo llamo la…"

"¿Qué?"

"Te lo diré en otra ocasión, en otro momento. Baste decir que sólo se puede hallar una vez en la existencia entera. Tú has visto, y más de una vez, de hecho un montón de veces, un montonal, diría yo, las locuras, digamos, las infracciones, las transgresiones que cometen otros edificios en los que hemos trabajado, y que no se han repetido jamás…"

—Digo que qué fue eso —repite Kustos.

—Y yo digo que eres un amor, Zhenya, un prodigio. ¡Goza! —dice don Cruz, y traza grandes círculos en el aire con las palmas abiertas, como si acariciara el flanco de algo enorme —. Tenías toda la razón, y hacía toda la falta que los dos intrusos estuvieran aquí, y ahora han hecho lo que debían hacer, y tú ya sabes del todo cómo usar esa parte tuya que regresa. ¡Y luego vienen la cosa de nada, las mil agujas brillantes y el resto! Y vas a ser de una belleza…

Más allá del puente inútil, la planicie se curva hacia abajo y deja de verse. Sobre la curva asoman árboles más espesos. El sonido viene de detrás de ellos, o justo de adelante: no está claro.

—No corran —dice Nata.

—Cuando pasan cosas como éstas siempre es mejor conservar la calma —dice Isabel, pero Kustos camina con paso lento y firme hacia delante; por su parte, Molinar ha decidido, aunque no lo dirá nunca, que puede vivir con esta porción de lo milagroso que ha encontrado, y se ha puesto a trotar. Es un

trote muy lento, pues su cuerpo es pesado y torpe.

Ninguna de las mujeres les dice nada. Sólo cuando Isabel ve que se acerca a los árboles, advierte:

—Cuidado.

Molinar se detiene ante la alta cerca, hecha de postes de metal y malla ciclónica, que aparece levantada ante él, y tan larga que sus extremos no se ven.

—Espérenos —dice Isabel. Y luego—: Ya se dieron cuenta de que esto es lo que guarda la torre, ¿verdad?

Los tres terminan por alcanzar a Molinar, quien está absorto mirando más allá de la cerca.

Hay criaturas allí. Kustos entiende que las que entrevió antes, desde lejos, también están del otro lado de la malla. Los cuatro las miran. Isabel está serena. Nata siente un temblor profundo que no se nota, lo sabe, pero tampoco la deja. Molinar se pregunta qué le inquieta de esos animales, por igual grandes y pequeños, que los miran y se acercan poco a poco…

Al fin lo entiende. No consigue reconocer a ninguno de ellos. Se parecen a animales que conoce pero no lo bastante para confundirse. Hay seres parecidos a caballos y a cerdos, hay pájaros, hay un grupo de grandes felinos a lo lejos. Hay roedores y –al menos aquí cerca– insectos. Pero todos tienen algún detalle, algo en su color o su tamaño o su manera de moverse, que le hace pensar que nunca antes los ha visto.

Todos se ven lozanos, vivos, nerviosos. Sin que haya ningún signo evidente, además, Molinar entiende que no son mansos ni están domados.

—Yo creo —dice don Cruz—, que son leves, o más bien enérgicas, con un entusiasmo, un hervor, no sé si me doy a entender, que no tiene ningún otro ser en ninguna parte. Quienes las ven piensan que es como si todos los demás, todos en todo lugar, cargaran un peso, supieran de una pena enorme, y éstas, en cambio…

—Lo primero —dice Isabel— es que se puede pasar, de hecho la puerta está para allá, como a trescientos metros…, pero es peligroso. Los animales no son mansos. La cerca da toda la vuelta: nos deja un círculo como de cuatrocientos metros de diámetro alrededor del árbol. Lo demás es de ellos. Cuando pasamos hay que pasar con equipo. No nada más tiendas de campaña, víveres, sino también armas. Apenas la semana pasada una de las personas que trabajan conmigo cuidando todo esto…

—Los de la sociedad secreta —dice Kustos.

—¿Qué tanto les dijo Zhenya? —pregunta Isabel a Nata.

—Sí les confía —responde la rusa.

—Cuéntenos —dice Molinar.

—Hace una semana uno de ellos, un tarado, quiso ponerse a usar esta parte del jardín como bodega. Quién sabe en qué estaba pensando. Se pasó al otro lado de la cerca, abrió un hoyo en el suelo, enterró unas cajas que bajó quién sabe cómo, me imagino que una por una…

"Se lo comieron."

"Y es que mira, Emilio", dijo don Cruz, hace mucho tiempo, "que esto que hay aquí está creciendo, te digo, se hace más grande."

"¿Cómo?"

"También deben saber que nuestro edificio está construido encima de esto, de tal manera que lo cubre y no permite que nadie más lo vea por… por lo que sea que hizo don Cruz… Y *además este sitio crece —explica Isabel—. No sé cuántos metros al año. Entrar a medir cuesta trabajo. Por eso el arroyo ya no está donde antes. Está más allá…"*

"¿Y yo qué voy a saber cómo? Pero imagínate qué pasa, qué podría pasar, si crece, si se hace cada vez más grande, creo que esto ya lo dije… Qué puede pasar si el jardín crece y crece, y crece, y un día llega a los bordes."

"¿Qué bordes?"

Kustos se sienta en la hierba. Siente el frío en sus piernas pero no la humedad: la tela de su overol resiste de veras.

—Pero todo el propósito de esto…, entonces…, es que el jardín quede guardado, ¿verdad? —pregunta Molinar.

—Zhenya está diciendo algo —dice Nata, pero Kustos no presta atención.

"Que llega a sobrepasar, a sobrepujar, a desbordar, a avasallar… Me estás entendiendo, ¿verdad? Que llega a ser tan pero tan enorme… ¿Qué tal que es más grande que la ciudad? ¿Qué tal que se vuelve más grande que el mundo? ¿Qué tal que aquí donde lo vamos a guardar no alcanza un día, que le da una indigestión? Esto es viejo y ha estado mucho tiempo aquí. A lo mejor un día quiere regresar a ser como era, a estar como estaba, a estar en todas partes. O también, a lo mejor, va a llegar la hora de que no lo

contengan y a lo mejor se salga, ¿sabes?, se vaya, se marche, ¡fin! Para quién sabe dónde. Para allá", y levantó las manos pero no señaló a ningún sitio.

Molinar vuelve a fijarse en las criaturas. Algunas le parecieron vacas, perros, gallinas, caballos, gatos, cerdos; ahora piensa que no se parecen, en realidad, a ningún animal que recuerden los seres humanos: sus patas se ven más fuertes, su tamaño es un poco mayor; la gallina tiene alas muy pequeñas, cuello largo y pico fuerte y duro; al verla con cuidado, la vaca parece más un bisonte, con largo pelaje sucio y ubres casi invisibles…

Al hombre se le figura que son seres ferales, devueltos al salvajismo de sus primeros padres; luego piensa que sus cuerpos (en realidad) no delatan ninguna sumisión, ni siquiera en el pasado, a los hombres. Son altivos y cautos; algunos de ellos miran a Kustos, y lo miran (entiende) como a un enemigo.

Kustos tiene la impresión, en ese instante, de entender su secreto.

—No intente acariciarlos —le advierte Nata, quien se ha acercado hasta donde él está.

—Venga por acá —dice Isabel a Molinar. Los dos se alejan un poco—. Quiero mostrarle algo.

Entonces Nata señala a Kustos:

—Mire a éstos; éstos de aquí, mire —y Kustos mira a un grupo de bípedos sin plumas, y de hecho casi sin pelaje, que permanecen acuclillados o tendidos en el suelo, silenciosos, mal escondidos entre arbustos.

Los bípedos son muy pocos: apenas seis o siete hembras, otros tantos machos y dos crías, muy jóvenes. Únicamente se les ve pelo en las cabezas y en el sexo. El resto de su piel se ve tostada por el sol pero sus cuerpos son frágiles y flacos. Tarden en notar que Kustos y Nata los miran, pero cuando los ven reculan y se aprietan todavía más unos contra otros.

Se diría que intentan aplastarse: quedar aún más cerca del suelo, hacerse todavía más pequeños y despreciables. Carecen de fuertes garras, de colmillos, de alas. No deben poder competir contra el resto de las bestias.

—Varios de nosotros —dice Nata— pensamos que esto, el

jardín, es en realidad el Paraíso.

—¿Cómo dice?

Kustos se queda mirando a uno de los machos, que oculta la cara con una mano. Kustos nota, en ese momento, lo que está percibiendo. Una cara. Unas manos.

Un pájaro desciende, se posa sobre un macho viejo y picotea su coronilla, en la que apenas hay pelo. El miserable levanta un brazo y tras un poco de esfuerzo logra espantar al pájaro, que le ha dejado sin embargo una pequeña herida. Kustos ve el rojo de la sangre. Una de las hembras más jóvenes también lo ve. Se acerca al macho herido y lame la herida como para limpiarla.

—Mírelos —dice Nata—. Mi marido, que lee mucha ciencia y esas cosas, dice que todas esas especies son como serían si no los hubiéramos domesticado, y que en cambio ellos, estos pobrecitos, son…

—Hombres y mujeres —completa Kustos.

Ya lejos de él y de Nata, Molinar pide a Isabel:

—Dígame una cosa, ¿estos animales los usan allá arriba?

—No, no, cómo cree. Ni se podría. Una vez lograron sacar a uno. Algo que parecía manso. Parecido a un castor. Fue en tiempos de mi papá. No sólo mató a uno de los que intentaban sacarlo, sino también al cliente.

—Pero eso es horrible —dice Molinar—. ¿Qué va a…? No, no, primero otra cosa: ¿de veras el jardín crece?

—Si se quedara un año o algo así, lo vería. Cuando su papá, el de usted, vivía, era chiquitito.

—¿Y qué va a pasar?

—No sé. ¿No ha oído lo que decía Zhenya, que no se sabe?

—¿Lo dijo Shenya? —pregunta Molinar, y se da cuenta de que lo ha pronunciado mal.

La mañana, o lo que está sobre ellos y parece la mañana, avanza: se colorea de un azul todavía más intenso.

—Lo que dice mi marido —continúa Nata, mientras ella y Kustos siguen mirando a los seres con brazos y con piernas— es que si no hubiera habido la evolución estaríamos así. Ellos no hablan, no se visten, no tienen… ¿cómo se dice? ¿Lenguaje?

—¿Zhenya nos podría decir algo? —pregunta Kustos— ¿Zhenya?

—¡Ah! —dice don Cruz— Zhenya está feliz y no nos habla

a nosotros. Quiere crecer. Quiere contar sus historias. Si fuera mi hijo, yo estaría muy orgulloso. O mi hija. Muy bien, bastante bien esta parte. Nada mal. Bien. Bastante bien. Así está bien. Dicho y hecho. Todo claro y revelado: quienes deben oírlo lo oyen, o mejor dicho: quien lo ha de ver lo ve. Ahora mismo lo ve. Por otra parte: ¿no es necesario dejar algo, un poco nada más, para el misterio? Sí lo es, sí, sí. Y por lo tanto…

Don Cruz se levanta. Junta las manos, despacio, como para orar, o tal vez como si juntara dos mitades de una cortina, o cerrara dos hojas de una puerta. Toma su bastón, sale de la celda, cierra esa otra puerta –normal y perfectamente visible– y va hasta el elevador más cercano. Ordena ir a la planta baja, desciende y sale del edificio.

Ya afuera, camina por Nicolás Bravo hasta llegar a la Plaza de Armas de Morosa. Ayer, como parte de los festejos de la Independencia, hubo aquí un concierto gratuito organizado por el municipio. La gente que pasa junto a don Cruz –sobre todo, empleados de limpia que recogen la basura o no han terminado aún de desmontar los decorados y las gradas portátiles– no le presta atención y más tarde no recordará haberlo visto. Él saluda, o (con más propiedad) se despide, inclinando la cabeza hacia uno y otro lado. Aquí, afuera de la torre, en el mundo, apenas va a amanecer.

En el jardín, Kustos grita:

—¡Zhenya! —y su grito espanta a la manada de hombres y mujeres, que se levanta de prisa y echa a correr.

—¡Kustos! ¡Nata! —los llama Isabel.

Kustos se hace el remolón un momento, mirando a la manada desaparecer a lo lejos. Se pregunta si sería posible enseñarles a hablar. También se pregunta qué nombre podría ponérsele a esa especie, dado que nadie podría confundirlos con los hombres de Neanderthal, por ejemplo…

—¡Ya vengan!

Nata ya camina hacia Isabel y Molinar. Kustos los alcanza junto a la cerca. Un río avanza y murmura del otro lado, pero ellos están mirando un objeto pequeño y cuadrado que se encuentra a sus pies. Es una pequeña lápida. Aparte de la

cerca, es el primer objeto artificial que Kustos ve en el jardín, y, mientras avanza hacia el hombre y la mujer, trata de leer las letras grabadas en la piedra. Cuando está por llegar hasta ellos se da cuenta de que hay más lápidas, acaso cuarenta o cincuenta alrededor, siempre de este lado de la malla.

—Los únicos que realmente están aquí —dice Isabel, señalando un par de lápidas, un poco más lejos— son mi papá y mi mamá. Las demás son como…

—¿Monumentos?

La que está a los pies de Isabel y Molinar dice:

—¿Se enteraron de cuándo murió?

—No podemos tener a toda la gente aquí. Se supone que esto es secreto. Pero es un homenaje. Eso sí, si un día lo quieres traer…

—Señora Isabel, Francisco, señorita Nata —dice Kustos cuando llega hasta ellos, pero no dice más.

Los cuatro miran las lápidas al caminar. Algunas fechas de muerte son más tempranas que la de Ricardo Molinar. Otras son posteriores.

—Mi papá lo quería mucho. Al papá de usted, a Ricardo. Un tiempo muy largo lo estuvo buscando y nunca lo encontró. De verdad.

Molinar inclina la cabeza ante la lápida.

—Venga —dice Isabel a Kustos, y lo aparta. Luego, en voz baja, agrega—: Mire. Ya sé que usted es como un investigador, que escribe de estas cosas. Y también sé que don Cruz le tiene confianza. Pero yo le tengo que decir: si va a escribir de esto no diga todo. Cambie nombres, lugares. Que no nos encuentren. Además de lo que puede pasar… aquí… alguna vez, no tiene usted idea de los problemas que tengo para que esto no se destape. Cada vez es más difícil.

Entonces los dos escuchan un ruido que proviene de más allá de la cerca y se vuelven a mirar. Kustos piensa que podrían ser las criaturas enfermas que vio poco antes.

—La tarea es esperar —dijo don Cruz, cuando mostró el jardín por primera vez a Emilio García: cuando le habló de su misterio—. Tener paciencia. Aguantar hasta donde se pueda.

—Eso siempre nos lo decía mi papá —comenta Isabel.

La criatura que asoma del otro lado de la cerca sólo es una: un cachorro, de pelo largo y grasiento, vacilante sobre sus dos pies. No un cachorro: un jovencito. Es poco más alto que un niño pero algo dice a Kustos que está cerca de cumplir los quince años. Los mira desde la orilla más lejana del río y luego se vuelve, aterrado…

—¿Qué es eso? —pregunta Molinar.

El falso jardín de Edith Barba y los suyos seguirá existiendo, por un tiempo: criaturas nuevas, más fuertes y feroces, nacerán de sus máquinas de gestación, aprenderán a vivir y a matarse, y llegará un día en que los Olafes, fascinados ante su plenitud y su ardor eléctrico, decidirán que es el momento. Uno se desnudará y entrará en la sabana artificial para entregarse y ser comido, o por lo menos hecho pedazos, y así indicar que acepta la obsolescencia y la extinción de su especie y la llegada de un orden nuevo y mejor de la vida; el otro Olaf abrirá las dos puertas de seguridad que separan a las bestias mecánicas del resto del edificio. Entonces Barba y el joven Constantino y todos los otros entenderán y se llenarán de horror, y no sabrán. ¿Las criaturas escaparán, se propagarán por El Brincadero y matarán a los visitantes? ¿Se propagarán por toda Morosa? ¿Por el mundo? ¿Realmente será el fin que tanto desean?

Tal vez las criaturas no maten a nadie. O sólo los maten a ellos. O no quieran salir. O se oxiden y se hagan pedazos en cuanto salgan de su ambiente abrigado y propicio. O el edificio, poderoso aunque ninguno se atreva siquiera a pensar en ello, se canse por fin de soportar la presencia de esos humanos y esos animales intrusos y simplemente los aplaste, los fulmine con rayos, los ahogue con vapores venenosos, los eche al vacío helado, los mate, en fin, con el mismo desdén con el que mató a los invasores aquella noche en que Nata llegó al

Brincadero, entre camiones y armas…

—Un venado —dice Nata.

Más tarde, Kustos recordará, por fin, que su libreta ha estado guardada en su mochila desde muchas horas antes. Y tendrá que anotar, de memoria, todo lo que ha pasado: cada detalle del viaje por el edificio, de su aparición y desaparición, del jardín falso y los corredores y las escaleras, y lo que ahora ve: el enorme venado, negro, de astas tremendas y llenas de puntas, que aparece detrás del muchacho y camina hacia el agua.

El muchacho se encoge. El venado no se digna a mirarlo. Tampoco mira a los hombres y mujeres que lo observan desde el otro lado de la cerca.

Molinar dice:

—No, no. Junto al venado. ¿Qué es eso? ¿Quién es ése? ¡Está desnudo!

—No es nadie —empieza Nata.

—No es exactamente un ser humano —empieza Kustos.

—Es el duende —dice Molinar—. Ése es, ¿verdad? Ésos son. Ésos eran los duendes. Los que yo vi cuando era niño.

—¿Duendes? —pregunta Nata.

—Cuando estuvimos aquí, aquella vez, él los llamó duendes —le responde Isabel—. Entonces no había cerca. No sé cómo no nos comió un oso o algo así… Éstos son mansos, eso sí —dice a Molinar—. Se nos acercaron ya cuando estaba por llegar tu papá. Y respondiendo a tu pregunta…, no sé quién es ése. No tienen nombres y no les ponemos.

Pasan varios segundos. El duende, el muchacho, el animal, sigue encogido en el suelo, pero de pronto se levanta y huye. El venado llega hasta el agua y se inclina a beber.

—Oiga, Horacio —susurra Molinar.

—¿Qué? —responde Kustos. También susurra.

Molinar tarda en responder:

—Gracias. Hace rato, cuando pasó aquello, yo estaba muy atontado. No hubiera sido capaz de decir nada claro. De decirme a mí mismo… Usted me entiende. Y creo que sí me ayudó que me dijeran algo entonces, cuando estaba aquí de niño.

—Ahora me da la impresión —responde Kustos— de que yo pude llegar hasta acá únicamente para poder hablarle. Pero… de nada, no fue nada.

Dentro de poco Molinar irá a su hotel a dormir largamente,

y al volver a casa tendrá problemas para pensar en una coartada aburrida que pueda sonar verosímil. Sus sueños serán distintos de los anteriores. Y le parecerá que en sus pensamientos había un cráter, un precipicio, que ahora se ha convertido en una montaña.

Isabel, por su parte, tendrá meses y años muy apurados, pero podrá seguir subiendo y bajando las escaleras durante casi todos ellos, y no sólo tendrá a Nata y a David sino a los hijos de ambos: Alex, el mayor, que será inteligentísimo; Emilia, la segunda, pero la primera en conocer el siguiente atributo de Zhenya, el que se llama "la cosa de nada" en los Enigmas; e Isabel, la tercera, que será voluntariosa y bella y verá tanto del mundo de afuera y de éste, y caminará por las calles de Morosa y las de tantas ciudades, y tendrá el mismo nombre pero historia distinta.

El viento sopla con fuerza en el jardín. Sus criaturas se mueven, se persiguen, se cazan y se matan ante la vista de los intrusos, y también más allá, donde sólo ellos se ven y donde nunca ha ido nadie que tratara de nombrarlos, de tocarlos con palabras. Ellos no saben de la imagen de idilio: el paraíso del que habla el libro azul, ni saben tampoco que llenan ese mundo. No saben nada.

—Me tienen que contar lo de la desaparición —pide Isabel.

Junto al venado ha aparecido una hembra de su propia especie que se acerca al agua y bebe también.

El venado levanta la cabeza y la olisquea.

—Qué hermosos y fuertes —dice Nata, con admiración.

Los dos venados se vuelven, por primera vez, a mirarla a ella y a los otros.

AGRADECIMIENTOS

Horacio Kustos, o Zhenya, deberían explicar aquí las circunstancias en las que se escribió este libro, pero ellos ya hablaron bastante. Además, la última palabra aquí debería ser tal vez de los que no pueden hablar: los que se limitan a observarnos desde las jaulas o los lugares que no les hemos arrebatado.

Por mi parte, sólo me resta agradecer a los lectores de las diversas etapas del libro, que fueron muchas y arduas, y en especial a seis muy empeñosos y queridos: Erika Mergruen, Carlos Ramón Morales, José Luis Zárate, Édgar Omar Avilés, Karen Chacek y Verónica Murguía. También agradezco a Martín Solares, editor y amigo extraordinario, y a Rogelio Villarreal Cueva, que aceptó darle casa a esta historia extraña.

Más agradecimientos: la familia Castro de Chignahuapan, Puebla, me dio refugio durante los últimos días de la escritura y revisión del primer borrador del texto; desde muchos lugares, amigos conocidos y desconocidos hicieron caso de una convocatoria que puse en *Las Historias*, mi sitio web, en 2008, y sugirieron versos de diversas procedencias para el libro azul.*

Y por fin, pero no al último, este libro está también dedicado, además de a los vivos y muertos de la primera página, a Raquel. A ella agradezco su confianza, su presencia constante, su imaginación y su disposición para la maravilla.

A. C.

México, mayo de 2004–Madrid, marzo de 2012

* http://www.lashistorias.com.mx/index.php/archivo/este-es-el-verso/

Alberto Chimal (1970) ha publicado más de quince libros de cuento y una novela, *Los esclavos*, que lo han confirmado ya como uno de los narradores más originales y queridos de su generación. También es profesor y tallerista literario muy solicitado y una autoridad en el campo de la escritura digital. Su sitio web: www.lashistorias.com.mx

Este libro se completó con el apoyo de una beca del Sistema Nacional de Creadores de Arte de México

Editor de la colección: Martín Solares

Diseño de portada: Christian Cañibe

Fotografía del autor: Fabien Castro

LA TORRE Y EL JARDÍN

© 2012, 2015, Mauricio Alberto Martínez Chimal

D.R. © 2015, Editorial Océano de México, S.A. de C.V.
Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, piso 10
Col. Lomas de Chapultepec
Miguel Hidalgo, C.P. 11000, México, D.F.
Tel. (55) 9178 5100
info@oceano.com.mx
www.oceano.mx

Primera edición en libro electrónico: julio, 2015

eISBN: 978-607-735-633-2

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o trasmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito del editor.

Libro convertido a ePub por
Information Consulting Group de México

Índice

Portada

Página de título

Dedicatoria

Epígrafe

La criatura (1967)

La torre (23:59)

La mitad de la vida (1991)

Nos oye (0:50)

Mente abierta (1972)

Muerde (1:31)

La tarde en la que supo qué era el miedo (1957)

La mujer que le habla (2:32)

Los fines y los comienzos (1992)

Tarde de lluvia (3:00)

Las partes de este cuerpo no se tocan (2010)

La flor humana (3:47)

El venadito (1979)

El jardín (5:15)

Agradecimientos

Datos del autor

Página de créditos

OCEANO

INFORMACIÓN • NOTICIAS • NOVEDADES

www.oceano.mx

www.oceanotravesia.mx

www.facebook.com/editorial.oceano.mexico

www.twitter.com/oceanomexico